



# Luca D'Andrea

## La sustancia del mal

Traducción de Xavier González Rovira



Lectulandia

En 1985, durante una terrible tormenta, Kurtz Schaltzmann, Markus Baumgartner y su hermana Evi son brutalmente asesinados en el Bletterbach, un enorme cañón tirolés cuyos fósiles cuentan la historia del mundo.

Treinta años más tarde, Jeremiah Salinger, un documentalista estadounidense recientemente instalado en una aldea de la zona junto a su mujer Annelise y su hija pequeña, se obsesiona con ese caso nunca resuelto. Todos a su alrededor, desde su suegro Werner, exdirector del Socorro Alpino y uno de los hombres que descubrieron los cuerpos mutilados, hasta la propia Annelise, son sospechosos de alguna manera y nadie desea remover el pasado. Sin embargo, es como si aquel sangriento acontecimiento arrastrara una maldición y en el Bletterbach hubiese despertado algo espantoso, tan antiguo como la misma tierra, que se creía desaparecido. ¿Podrá Salinger descubrir la verdad y sobrevivir a ella?

**Lectulandia**

Luca D'Andrea

# **La sustancia del mal**

ePub r1.0

Titivillus 13.09.17

Título original: *La sostanza del male*  
Luca D'Andrea, 2016  
Traducción: Xavier González Rovira

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Alessandra,  
brújula de mis mares tormentosos.*

*La sustancia del mal* es una obra de ficción. Nombres, personajes, instituciones, organismos, lugares, acontecimientos y circunstancias, aunque no sean por completo fruto de la imaginación del autor, se utilizan con fines narrativos. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con acontecimientos o espacios reales debe ser considerado pura coincidencia.

Siempre es así. En el hielo, uno primero oye la voz de la Bestia, y luego muere.

Grietas idénticas a aquella en la que me encontraba estaban llenas de montañeros y escaladores que habían perdido las fuerzas, la razón y, finalmente, la vida por culpa de esa voz.

Una parte de mi mente, esa parte animal que conocía el terror porque había vivido en el terror durante millones de años, comprendía lo que la Bestia silbaba.

Ocho letras: «Márchate».

No estaba preparado para la voz de la Bestia.

Necesitaba algo familiar, humano, que me arrancara de la cruda soledad del glaciar. Levanté la mirada por encima de los bordes de la grieta, allá arriba, en busca de la silueta roja del EC-135 del Socorro Alpino de los Dolomitas. Pero el cielo estaba vacío. Una saeta desportillada de un azul cegador.

Fue eso lo que me derrumbó.

Empecé a balancearme adelante y atrás, con la respiración acelerada, con la sangre vacía de toda clase de energía. Igual que Jonás en el vientre de la ballena, me encontraba solo ante la presencia de Dios.

Y Dios gruñía: «Márchate».

A las dos y diecinueve minutos de ese maldito 15 de septiembre, del hielo surgió una voz que no era la de la Bestia. Era Manny, con su uniforme rojo destacando en todo aquel blanco. Repetía mi nombre, una y otra vez, mientras el cabestrante lo iba bajando lentamente hacia mí.

Cinco metros.

Dos.

Sus manos y sus ojos estaban buscando heridas que explicaran mi comportamiento. Sus preguntas: cien y mil cosas a las que no podía dar una respuesta. La voz de la Bestia era demasiado fuerte. Me estaba devorando.

—¿No lo oyes? —murmuré—. La Bestia, la...

La Bestia, hubiera querido explicarle, aquel hielo tan antiguo, consideraba intolerable la idea de un corazón caliente sepultado en sus profundidades. Mi corazón caliente. Y también el suyo.

Y ahí estábamos: las dos y veintidós minutos.

La expresión de sorpresa en la cara de Manny que se transforma en puro terror. El

cable del cabestrante que lo levanta como a una marioneta. Manny que sale disparado hacia arriba. El rugido de las hélices del helicóptero que se convierte en un grito estrangulado.

Por último.

El grito de Dios. El alud que destruye el cielo.

*¡Márchate!*

Fue entonces cuando vi. Cuando me quedé solo, más allá del tiempo y del espacio: vi.

La oscuridad.

La oscuridad total. Pero no morí. Oh, no. La Bestia jugueteó conmigo. Me dejó vivir. La Bestia que ahora susurraba: «Te vas a quedar conmigo para siempre, para siempre...».

No estaba mintiendo.

Una parte de mí todavía sigue allí.

Pero, como habría dicho mi hija Clara con una sonrisa, esa no era la z al final del arcoíris. No era el final de mi historia. Al contrario.

Ese fue solo el inicio.

Con seis letras: «Inicio». Seis letras: «Bestia».

Las mismas que: «Terror».



## ***(We Are) the Road Crew***

1.

En la vida, como en el arte, solo hay una cosa que importa: los hechos. Para conocer los hechos, los que se refieren a Evi, Kurt y Markus y a la noche del 28 de abril de 1985, es esencial que lo sepáis todo sobre mí. Porque no se trata solamente de 1985 y de la masacre del Bletterbach. No se trata solamente de Evi, Kurt y Markus, sino también de Salinger, Annelise y Clara.

Todo está relacionado.

2.

Hasta las dos y veintidós del 15 de septiembre de 2013, es decir, hasta el momento en que la Bestia estuvo a punto de matarme, se me había definido como el cincuenta por ciento de una estrella en ascenso en un ámbito, el de los documentales, que más que estrellas tiende a producir minúsculos meteoritos y flatulencias devastadoras.

A Mike McMellan, el otro cincuenta por ciento de la estrella en cuestión, le gustaba decir que aun aceptando que fuéramos estrellas fugaces en rumbo de colisión con el planeta llamado Fracaso Total, habríamos tenido el privilegio de desaparecer en la hoguera reservada a los héroes. A partir de la tercera cerveza me manifestaba de acuerdo con él. Aunque fuese el único motivo, era una excusa óptima para un brindis.

Mike no era solo mi socio. También era el mejor amigo que podéis tener la suerte de conocer. Era irritante, vanidoso, egocéntrico tanto y más que un agujero negro, obsesivo hasta extremos insostenibles, y dotado de la misma capacidad de concentración en un único tema que un canario cargado de anfetaminas. Pero también era el único artista de verdad que había conocido.

Fue Mike —cuando aún no éramos más que la combinación de medios talentos menos *cool* de la Academia de Cine de Nueva York (curso de Dirección para Mike, de Guion para el que suscribe)— quien se dio cuenta de que si nos empeñábamos en seguir nuestras ambiciones hollywoodenses acabaríamos con el culo aplastado a base de patadas, amargados y farragosos como el maldito profesor «Llamadme Jerry» Calhoun, el exhippie que más había disfrutado torturando nuestras primeras y tímidas creaciones.

—Que le den por culo a Hollywood, Salinger —dijo Mike—. La gente está hambrienta de realidad, no de gráficos por ordenador. La única manera que tenemos de hacer surf en este *Zeitgeist* de mierda es alejarnos de la ficción y dedicarnos a la amada, vieja y sólida realidad. Cien por cien garantizada.

Enarqué una ceja:

—*Zeitgeist*?

—Tú eres el teutón, socio.

Mi madre era de origen alemán, pero no había nada de qué preocuparse, estaba a años luz de sentirme discriminado por Mike. Al fin y al cabo, yo había crecido en Brooklyn y él, en el Medio Oeste de mierda.

Consideraciones genealógicas aparte, lo que Mike pretendía decir en ese húmedo noviembre de hace tantos años era que iba a tener que tirar mis (pésimos) guiones y, junto a él, ponerme a filmar documentales. Trabajar con instantes dilatados para transformarlos en un relato que discurriera bien desde el punto *a* hasta el punto *z*, según el evangelio del difunto Vladimir Jakovlevič Propp (uno que sabía tanto de historias como Jim Morrison de paranoias).

Un auténtico lío.

—Mike... —resoplé—. Poseo ejemplares del *National Geographic* que se remontan a 1800. Solo existe una categoría de personas peores que quienes quieren triunfar con las películas: los documentalistas. Muchos de ellos tienen antepasados que murieron en busca de las fuentes del Nilo. Llevan tatuajes y bufandas de cachemira al cuello. Es decir: son unos capullos, pero unos capullos liberales, y por eso se sienten absueltos de todos los pecados. Por último, pero no por esto menos importante: tienen familias cargadas de pasta que subvencionan sus safaris por todo el mundo.

—Salinger, a veces eres muy, pero que muy... —Mike negó con la cabeza—. Déjalo estar y escúchame. Necesitamos un tema. Un tema fuerte para un documental que haga saltar la banca. Algo que la gente ya conozca, algo familiar, pero que nosotros dos vamos a mostrar de una manera nueva, diferente a todo lo que se haya visto hasta ahora. Estrújate el cerebro, piensa y...

No sé cómo y no sé por qué, pero mientras Mike me estaba mirando con esa jeta suya de asesino en serie, mientras un millón de razones para rechazar esa propuesta se arremolinaban en mi cabeza, oí que un gigantesco clic me estallaba en el cerebro. Una idea absurda. Demencial. Incandescente. Una idea tan idiota que amenazaba con funcionar rematadamente bien.

¿Qué había más electrizante, potente y sexi que el *rock and roll*?

Era una religión para millones de personas. Un latigazo de energía que unía a las generaciones. No había ni un alma en este planeta que nunca hubiera oído hablar de Elvis, de Hendrix, de los Rolling Stones, de Nirvana, de Metallica y de todo ese tren chispeante de la única y auténtica revolución del siglo xx.

Fácil, ¿verdad?

No.

Porque el *rock* también eran esos grandes y fornidos guardaespaldas vestidos de oscuro, parecidos a armarios de dos puertas y con la mirada de un pitbull, a los que se paga por alejar a listillos como nosotros. Algo que de buena gana hasta harían gratis.

La primera vez que intentamos poner en marcha nuestra idea (Bruce Springsteen en un bolo de calentamiento previo a la gira en un local del Village) salí bien librado, con algún empujón y un par de cardenales. A Mike le fue peor. La mitad de su cara se parecía a la bandera escocesa. La guinda del pastel: nos libramos de una denuncia por un pelo. A Springsteen le siguió el concierto de los White Stripes, el de Michael Stipe, el de los Red Hot Chili Peppers, el de Neil Young y el de los Black Eyed Peas, que en esa época estaban en la cima de su fama.

Coleccionamos un montón de moratones y muy poco material. La tentación de rendirse era fuerte.

Fue en ese momento cuando el dios del *rock* miró en nuestra dirección, vio nuestros patéticos esfuerzos para rendirle homenaje y con una mirada benévola nos mostró el camino del éxito.

3.

A mediados de abril conseguí hacerme con un contrato doble para montar un escenario en el Battery Park. No era para un grupo cualquiera, sino para la más controvertida, diabólica y denostada banda de todos los tiempos. Señoras y señores: con todos ustedes, Kiss.

Trabajamos como aplicadas hormiguitas concienzudas; luego, mientras los obreros se marchaban, nos escondimos en una montaña de basura. Silenciosos como francotiradores. Cuando llegaron las primeras berlinas oscuras, Mike pulsó el botón Rec. Estábamos en el séptimo cielo. Era nuestra gran oportunidad. Y, como es natural, todo se precipitó.

Gene Simmons salió de una limusina tan larga como un transatlántico, se desperezó y ordenó a sus lacayos que soltaran la correa de su querido cuatro patas. En cuanto se sintió libre, el caniche blanco y horroroso, de expresión luciferina, empezó a ladrar en nuestra dirección igual que uno de los sabuesos del infierno que cantaba Robert Johnson («*And the day keeps on reminding me, there's a hellhound on my trail / Hellhound on my trail, hellhound on my trail*»). En dos saltos, el chucho se me vino encima. Apuntaba a la yugular, el muy cabrón. Esa bola de pelo quería matarme.

Grité.

Y algo así como doce mil energúmenos que no habrían hecho un mal papel en el Salón de la Fama de los degolladores nos agarraron, nos patearon, nos golpearon y nos arrastraron hacia la salida, con la intención —gruñeron— de arrojarnos de cabeza al océano. No lo hicieron. Nos dejaron magullados, abatidos y cansados en un banco rodeado de desechos, reflexionando sobre nuestra condición de Coyote tras el Correcaminos. Permanecimos allí, incapaces de aceptar la derrota, escuchando el eco del concierto que iba apagándose. En cuanto terminaron los bises, seguimos con la mirada a la multitud que comenzaba a disgregarse, y justo cuando estábamos a punto

de regresar a nuestra guarida unos tipos grandotes con barbas de Ángeles del Infierno y rostros patibularios empezaron a cargar altavoces y amplificadores en los camiones Peterbilt de la banda. En ese preciso instante, el dios del *rock* se asomó desde el Valhala y me mostró el camino.

—Mike —murmuré—. Nos hemos equivocado completamente. Si queremos hacer un documental sobre el *rock*, sobre el auténtico *rock*, debemos apuntar la cámara hacia el otro lado del escenario. El otro lado, socio. Esos tipos son el auténtico *rock*. Y —añadí sonriendo— no hay *copyright* sobre ellos.

Esos tipos.

Los *roadies*. Los que hacen el trabajo sucio. Los que cargan los ocho ejes, los conducen de una punta a otra del país, los descargan, montan el escenario, preparan el equipo, esperan el final del *show* de brazos cruzados y, nuevamente, como dice el poema: «Millas por recorrer antes del sueño».

Oh, sí.

Dejadme que os lo diga, Mike estuvo *increíble*. Dando coba, desplegando espejismos de dinero y de publicidad gratuita, persuadió a un aburridísimo mánager de la gira para que nos autorizara rodar algunas tomas. Los *roadies*, en modo alguno acostumbrados a toda esa atención, nos protegieron bajo sus alas. No solo eso: fueron los barbudos quienes convencieron al mánager y a los abogados de que nos permitieran ir con ellos (con ellos, no con la banda; y fue este as en la manga lo que los persuadió de verdad) a lo largo de toda la gira.

Fue así como vio la luz *Nacidos para sudar: Road Crew, el lado oscuro del rock and roll*.

Nos dejamos la piel, creedme. Seis semanas de locura, migrañas, resacas de trabajo y sudor, al final de las cuales habíamos destrozado dos cámaras, coleccionado varias intoxicaciones alimentarias, un esguince de tobillo (me subí al techo de una *roulotte* que se reveló frágil como una galletita de té; estaba sobrio, lo juro) y aprendido doce maneras diferentes de pronunciar *fuck you*.

El montaje duró un verano a cuarenta grados sin aire acondicionado, que pasamos despellejándonos ante un monitor que iba fundiéndose, y a principios de septiembre de 2003 (año mágico, si es que alguna vez hubo alguno) no solo habíamos terminado nuestro documental, sino que también estábamos satisfechos con el resultado. Se lo mostramos a un productor llamado Smith, que de mala gana nos había concedido cinco minutos, solo cinco. ¿Podéis creerlo? Le bastó con tres.

—Un *factual* —sentenció Mister Smith, emperador supremo del Canal—. Doce episodios. Veinticinco minutos cada uno. Lo quiero para principios de noviembre. ¿Podéis hacerlo?

Sonrisas y apretones de manos. Al final, un autobús apestoso nos llevó de regreso a casa. Atontados y un tanto aturdidos, verificamos en la Wikipedia qué demonios era eso de *factual*. La respuesta era la siguiente: una mezcla entre serie de televisión y documental. En otras palabras, teníamos menos de dos meses para volver a montarlo

todo de nuevo y crear nuestro *factual*. ¿Imposible?

Sin bromas.

El 1 de diciembre de ese mismo año, *Road Crew* salió en antena. Y fue un éxito de audiencia.

De repente estábamos en boca de todo el mundo. El profesor Calhoun llegó a fotografiarse con nosotros mientras nos hacía entrega de lo que parecía un bodrio parido por Dalí, pero que era, en cambio, un premio que se otorgaba a los estudiantes meritorios. Lo subrayo: meritorios. Los blogs hablaban de *Road Crew*, la prensa escrita hablaba de *Road Crew*. MTV emitió un especial presentado por Ozzy Osbourne, quien, con gran disgusto de Mike, no se comió ningún murciélago.

Pero no todo fue de color de rosa.

Maddie Grady, del *New Yorker*, nos destrozó con un hacha poco afilada. Un artículo de cinco mil palabras con el que me estuve estrujando el cerebro durante meses. Según *GQ*, éramos misóginos. Según *Life*, éramos dos misántropos. Según *Vogue*, encarnábamos la redención de la Generación X. Y esto, la verdad, nos hirió de muerte.

En marzo del año siguiente, 2004, Mister Smith nos hizo firmar un contrato para una segunda temporada de *Road Crew*. Teníamos el mundo en un puño. Luego, un poco antes de salir para el rodaje, sucedió algo que sorprendió a todos, a mí el primero.

Me enamoré.

4.

Y, por extraño que parezca, el mérito fue de «Llamadme Jerry» Calhoun. Organizó una especie de proyección del primer capítulo de *Road Crew*, seguida por el inevitable debate para sus estudiantes. «Debate»apestaba a emboscada, pero Mike (que tal vez esperaba tomarse la revancha hacia nuestro viejo maestro y hacia el mundo en su totalidad) insistió en aceptar, y yo me limité a ir tras él, como siempre que a Mike se le metía algo en la cabeza.

La criatura que hizo mella en mi corazón estaba en la tercera fila, semioculta tras un tipo de unos ciento cincuenta kilos y con una mirada a lo Mark Chapman (un admirador de la blogosfera, supuse de inmediato), en la temida aula 13 de Calhoun, esa a la que algunos estudiantes de la Academia de Cine de Nueva York llamaban «el Club de la Lucha».

Al finalizar la proyección, el gordinflón fue el primero que quiso expresar su opinión. Lo que dijo en treinta y cinco minutos de perorata puede resumirse así: «Mierda por aquí, mierda por allá, ¡mierda en todos los rincones de la ciudad!». Entonces, satisfecho, se limpió un hilillo de baba, se sentó y se cruzó de brazos, con una expresión de desafío en esa cara de *pizza* que llevaba puesta.

Estaba a punto de vomitarle encima una larga (larguísima) serie de consideraciones poco correctas sobre los gordos presumidos, cuando sucedió lo imposible.

La chica rubia pidió la palabra y Calhoun, que permanecía de pie, se la concedió. Se levantó (era realmente agraciada) y dijo, con un fortísimo acento alemán:

—Me gustaría preguntarle. ¿Cuál es la palabra exacta para *Neid*?

Me eché a reír y en mi interior le di las gracias a mi querida *Mutti* por su obstinación en enseñarme su lengua materna. De pronto, esas horas pasadas autoflagelándome la lengua contra los dientes, aspirando vocales y redondeando la *r* como si tuviera un ventilador atascado en la boca, adquirirían una luz completamente distinta.

—*Mein liebes Fräulein* —empecé mientras gozaba de un sonido similar al del descorche de año nuevo, producido por el abrir de ojos de esa masa de estudiantes erectos (gordinflón incluido)—. *Sie sollten nicht fragen, wie wir «Neid» sagen, sondern wie wir «Idiot» sagen.*

Querida señorita, no debe preguntar cómo decimos «envidia», sino cómo decimos «idiota».

Se llamaba Annelise.

Tenía diecinueve años y estaba en los Estados Unidos desde hacía poco más de un mes para unas prácticas. Annelise no era ni alemana, ni austriaca, ni suiza. Venía de una minúscula provincia del norte de Italia, donde la mayoría de la población hablaba alemán. Alto Adigio/Tirol del Sur, tal era el nombre de ese extraño lugar.

La noche antes de salir para la gira hicimos el amor mientras que de fondo Springsteen cantaba «Nebraska», y esto me reconcilió, al menos un poco, con el Boss. La mañana fue difícil. Pensé que nunca volvería a verla. No fue así. Mi dulce Annelise, nacida entre los Alpes, a ocho mil kilómetros de la Gran Manzana, transformó las prácticas en un permiso de estudios. Sé que suena como una locura, pero tenéis que creerme. Me quería y yo la quería a ella. En 2007, mientras Mike y yo nos estábamos preparando para filmar la tercera (y última, como nos habíamos prometido) temporada de *Road Crew*, en un pequeño restaurante de Hell's Kitchen le pedí a Annelise que se casara conmigo. Aceptó con tal arrobamiento que rompí a llorar de un modo muy poco viril.

¿Qué más podría desear?

El 2008.

Porque el 2008, mientras Mike y yo, agotados, nos tomábamos un descanso después de la emisión de la tercera temporada de nuestro *fuck-tual*, en un día cálido de mayo, en una clínica de Nueva Jersey rodeada de verde, nació Clara, mi hija. Y a continuación: olorosas montañas de pañales, homogeneizados para decorar ropa y paredes, pero sobre todo horas y horas dedicadas a observar a Clara, que aprendía a descubrir el mundo. ¿Y cómo olvidar las visitas de Mike con la novia de turno (que duraba entre dos y cuatro semanas, con un pico máximo de un mes y medio, aunque

se tratara de Miss Julio), en las que intentaba de todas las maneras posibles enseñarle a *mi* hija su nombre antes de que Clara consiguiera pronunciar la palabra «papá»?

En el verano de 2009 conocí a los padres de Annelise, Werner y Herta Mair. No sabíamos que el «cansancio» con el que Herta justificaba mareos y palidez era una metástasis en una fase muy avanzada. Murió pocos meses después, a finales de año. Annelise no quiso que la acompañara al funeral.

2010 y 2011 fueron años hermosísimos y frustrantes. Hermosísimos: Clara trepando por todas partes, Clara preguntando «¿qué es esto?» en tres idiomas diferentes (el tercero, el italiano, Annelise me lo estaba enseñando también a mí y se me daba bastante bien, era un estudiante motivado por una maestra que me parecía muy sexi); Clara creciendo, simplemente. ¿Frustrantes? Seguro. Porque, después de haber presentado a Mister Smith algo así como cien mil proyectos distintos (todos rechazados), a finales de 2011 empezamos el rodaje de la cuarta temporada de *Road Crew*. La que habíamos jurado que nunca vería la luz.

Todo salió mal, la magia se había perdido y lo sabíamos. La cuarta temporada de *Road Crew* es un largo e infeliz canto fúnebre sobre el final de una época. Pero el público, como generaciones de *copywriters* saben, adora sentirse triste. La audiencia fue mejor que la de las tres temporadas anteriores. Incluso el *New Yorker* nos aduló hablando del «relato de un sueño lúcido que se hace pedazos».

Así que Mike y yo nos encontrábamos nuevamente agotados, apáticos. Deprimidos. Incluso los que hasta hacía poco nos habían tratado como a apestados alababan ahora el trabajo que nosotros considerábamos el peor de nuestra carrera. Por eso en diciembre de 2012 acepté la propuesta de Annelise. Pasar unos meses en su pueblo natal, una insignificante mota en el mapa llamada Siebenhoch, Alto Adigio, Tirol del Sur, Italia. Lejos de todo y de todos.

Una buena idea.

# Los héroes de la montaña

1.

Las fotografías que Annelise me había enseñado de Siebenhoch no le hacían justicia a ese pueblo encaramado a mil cuatrocientos metros de altitud. Es verdad, las ventanas con geranios eran aquellas, las calles estrechas para mantener el calor, también. ¿Las montañas nevadas y el bosque alrededor? De postal. Pero en vivo era... diferente.

Un magnífico lugar.

Me gustaba la pequeña iglesia rodeada por un cementerio que no hacía pensar en la muerte, sino en el eterno descanso de las oraciones. Me gustaban los tejados puntiagudos de las casas, los cuidados setos de flores, las carreteras libres de socavones, me gustaba el dialecto a ratos incomprensible que deformaba la lengua de mi madre (y, a todos los efectos, de mi infancia) en un *dialokt* disonante y mal hablado.

Me gustaba incluso el supermercado DeSpar adormilado en un claro arrebatado por la fuerza a la vegetación, el entrelazamiento de las carreteras provinciales y nacionales, así como los caminos de herradura semienterrados por la maraña de las hayas, de los helechos y de los abetos rojos.

Me gustaba la expresión de mi esposa cada vez que me enseñaba algo nuevo. Una sonrisa que la hacía parecerse siempre a la niña que, me imaginaba, había corrido por esos bosques, jugado con bolas de nieve, caminado por aquellas calles, y que luego, cuando fue mayor, cruzó el océano para llegar hasta mis brazos.

¿Qué más?

Me gustaba el *speck*, sobre todo el curado que mi suegro traía a casa sin revelar nunca el origen de esa delicia —ciertamente ninguna de las que él llamaba «tiendas para turistas»—, y las bolas de masa, cocinadas de cuarenta maneras distintas por lo menos. Devoraba tartas, *strudel* y lo que fuera. Me eché encima cuatro descarados kilos y no me sentí culpable en lo más mínimo.

La casa en la que estábamos era propiedad de Werner, el padre de Annelise. Se encontraba en la frontera oeste de Siebenhoch (suponiendo que un pueblo de setecientas almas pueda tener fronteras reales), en el punto en que la montaña ascendía hasta tocar el cielo. En el piso de arriba había dos dormitorios, un pequeño estudio y un baño. En la planta baja, una cocina, una despensa y lo que Annelise llamaba salón, aunque «salón» resultaba un término simplista para esa habitación. Era enorme, con una mesa en el centro y muebles de madera de haya y de pino que Werner había construido con sus propias manos. La luz llegaba a través de dos ventanales que daban a un césped y desde el primer día coloqué una butaca allí delante por el placer de dejar que el espacio —las montañas y el verde (que cuando



llegamos se encontraba cargado con una capa compacta de nieve)— se adentrara en mí.

Estaba sentado en esa butaca cuando el 25 de febrero vi el helicóptero surcando el cielo por encima de Siebenhoch. Era de un bonito color rojo flamante. Pensé en ello toda la noche. El 26 de febrero, el helicóptero se había convertido en una idea.

Una idea *obsesiva*.

El 27 me di cuenta de que necesitaba hablar con alguien.

Con alguien que supiera. Alguien que lo entendiese.

El 28, lo hice.

2.

Werner Mair vivía a unos kilómetros en línea recta de nosotros, en una localidad con poquísimas comodidades que la gente del lugar llamaba Welshboden.

Era un hombre severo que apenas sonreía (una magia que tan solo le resultaba sencilla a Clara), pocas canas en las sienes, ojos penetrantes de un azul cielo que tendía al gris, nariz afilada y arrugas como cicatrices.

Se acercaba a los ochenta en una forma física deslumbrante y lo encontré ocupado en cortar leña en mangas de camisa, a pesar de que la temperatura estuviera un poco por debajo de cero.

En cuanto me vio llegar apoyó el hacha sobre un soporte y me saludó. Apagué el motor y me bajé. El aire era punzante, puro. Respiré a pleno pulmón.

—¿Más madera, Werner?

Me tendió la mano.

—Nunca se tiene suficiente. Y el frío hace que uno se mantenga joven. ¿Te apetece un café?

Entramos.

Me quité la chaqueta y el gorro y me senté al lado de la chimenea. Bajo el olor del humo se filtraba un agradable aroma de resina.

Werner preparó la cafetera (hacía el café a la italiana, en la variante alpinista: un escupitajo negro como el alquitrán que te mantenía despierto durante semanas) y se sentó. Sacó de un mueble un cenicero y me guiñó un ojo.

Werner contaba que había dejado de fumar el día en que Herta había dado a luz a Annelise. Sin embargo, después de la muerte de su esposa, tal vez por aburrimiento o tal vez (sospechaba yo) por nostalgia, había empezado a darle otra vez. A escondidas, porque si Annelise lo hubiera visto con un cigarrillo entre los dedos lo habría desollado vivo. Aunque me sentía culpable por animarle con mi compañía (y mi discreción), en ese momento, mientras Werner encendía una cerilla con la uña del pulgar, el tabaquismo de mi suegro me venía bien. No hay nada mejor que compartir un poco de tabaco para una charla entre hombres, ¿sabéis?

Me lo tomé con calma. Intercambiamos algunas trivialidades. El tiempo, Clara, Annelise, Nueva York. Fumamos. Nos bebimos el café y un vaso de agua de Welshboden, para eliminar el sabor amargo.

Al final, se lo solté.

—He visto un helicóptero —empecé—. Rojo.

La mirada de Werner me traspasó de parte a parte.

—Y te has preguntado qué tal quedaría en televisión, ¿verdad?

*Verdad.*

Ese helicóptero no habría agujereado la pantalla. La habría hecho pedazos.

Werner sacudió la ceniza del cigarrillo en el suelo.

—¿Has tenido alguna vez una de esas ideas que te cambian la vida?

Pensé en Mike.

Pensé en Annelise. Y en Clara.

—De lo contrario, no estaría aquí —fue mi respuesta.

—Yo era más joven cuando tuve la mía. No surgió por azar, surgió de un duelo. Nunca es bueno que las ideas procedan de los duelos, Jeremiah. Pero es algo que sucede y no puedes hacer nada. Las ideas llegan y punto. A veces, se marchan, y otras, echan raíces. Como las plantas. Y, como las plantas, crecen y crecen. Tienen vida propia —Werner se detuvo para observar la brasa del cigarrillo, antes de arrojarlo a la chimenea—. ¿Cuánto tiempo tienes, Jeremiah?

—Todo el que se necesita —le contesté.

—*Nix*. Error. Tienes el tiempo que tu esposa y tu hija te han concedido. Para un hombre, la familia debe ser el primer pensamiento. Siempre.

—Cierto... —dije, y creo que me sonrojé un poco.

—De todos modos, si quieres oír esta historia, no nos llevará demasiado. ¿Ves esa fotografía?

Señaló una instantánea enmarcada, que colgaba bajo el crucifijo. Werner se acercó, y la rozó con las yemas de los dedos. Como a muchos montañeros, también a él le faltaban algunas falanges: en su caso, la primera del meñique y del anular de la mano derecha.

La imagen en blanco y negro representaba a cinco jovencitos. El de la izquierda, un mechón de pelo rebelde en la frente y la mochila al hombro, era Werner.

—La tomamos en 1950. No recuerdo bien el mes. Pero a ellos los recuerdo. Y también recuerdo las risas. Son lo que menos se desvanece a medida que vamos envejeciendo. Olvidas aniversarios, cumpleaños. Olvidas caras. Por suerte, también olvidas los dolores, los sufrimientos. Pero las risas de esa época, de cuando aún no eres un hombre, pero tampoco eres ya un niño..., esas permanecen dentro de ti.

A pesar de que tenía unas cuantas primaveras menos, entendía lo que Werner trataba de decirme. Dudaba, no obstante, de que su memoria pudiera fallar. Werner pertenecía a una clase de montañeros forjada en acero. A pesar de sus canas y de las arrugas en la cara, me resultaba imposible considerarlo viejo.

—La vida era dura, aquí en Siebenhoch. Por la mañana, a la escuela, en el valle; por la tarde y hasta la noche a partirse el lomo en los campos, en los pastos, en el bosque o en los establos. Yo era afortunado porque mi padre, el abuelo de Annelise, se salvó del derrumbe en la mina, mientras que muchos de los chicos de los cursos superiores eran huérfanos, y crecer sin un padre en el Tirol del Sur, en aquellos años, era cualquier cosa menos un paseo.

—Puedo imaginármelo.

—Imaginártelo sí, quizá —respondió Werner sin apartar los ojos de la fotografía—. Pero dudo que puedas comprenderlo de verdad. ¿Has tenido hambre alguna vez?

En cierta ocasión me asaltó un drogadicto que me amenazó con una jeringuilla en la garganta, y a un buen amigo mío lo apuñalaron cuando regresaba de un concierto en el Madison Square Garden. Pero no, nunca había pasado hambre.

Así que no respondí.

—Éramos jóvenes, inconscientes, y por tanto felices, no sé si sabes a qué me refiero. Lo que más nos gustaba era escalar montañas —una expresión entre la melancolía y la ironía, que desapareció rápidamente—. En esa época, aquí entre nosotros, el montañismo era para gente rara y para soñadores. No se trataba de un deporte respetable como hoy en día. De alguna manera fuimos pioneros, ¿sabes? Con el tiempo el montañismo se ha convertido en turismo, y hoy el turismo es la primera fuente de ingresos de todo el Alto Adigio.

Era cierto. Había hoteles por todas partes, restaurantes y teleféricos para facilitar el ascenso a las cimas de las montañas. En invierno los turistas se concentraban en las zonas de esquí, y en verano se dedicaban a las excursiones por el bosque. No podía culparlos: tan pronto como el clima cambiara, con el deshielo, tenía pensado comprarme unas botas robustas y, con la excusa de llevar a Clara a tomar un poco de aire puro, ver si este muchacho de Brooklyn podía competir con los habitantes de las montañas del lugar.

—Sin turismo —prosiguió Werner—, el Alto Adigio sería una provincia pobre, habitada únicamente por campesinos cada vez más viejos, y Siebenhoch ya no existiría, tenlo por seguro.

—Sería triste.

—Muy muy triste. Pero no ha sucedido eso —parpadeó—. En cualquier caso... Para la gente de esa época, sobre todo para la gente de estos pagos, ir a las montañas significaba ir a *trabajar* a las montañas. Llevar las vacas a pastar, cortar leña para el fuego. Cultivar. Eso era la montaña. Para nosotros, sin embargo, era diversión. Pero éramos imprudentes. Demasiado. Competíamos por ver quién podía escalar la pared más empinada, nos cronometrábamos, desafiábamos la intemperie. ¿Y el equipo? —Werner se dio un golpe en el muslo—. Cuerdas de cáñamo. ¿Sabes lo que significa caer cuando estás asegurado con una cuerda de cáñamo?

—No tengo ni la más remota idea.

—El cáñamo no es elástico. Si te caes con las cuerdas modernas, esas de nailon y

de quién sabe qué más, resulta casi divertido. Se estiran y absorben tu peso. El cáñamo es otra historia. Corres el riesgo de quedarte lisiado de por vida. O peor. Y además... Los clavos de escalada, los martillos y todo lo demás estaban hechos a mano, los hacía el herrero del pueblo. El hierro es frágil, fragilísimo, y era caro. Pero nosotros no teníamos cine, ni teníamos coches. Nos habían educado para ahorrar hasta el último céntimo. Y nos sentíamos muy felices utilizando el dinero para nuestras escaladas —Werner se aclaró la garganta—: Nos sentíamos inmortales.

—No lo erais, ¿verdad?

—Nadie lo es. Pocos meses después de tomar esa fotografía, hubo un accidente. Habíamos subido cuatro. Croda dei Toni, ¿has estado alguna vez? En el dialecto de Belluno significa «Corona de los truenos», porque cuando llueve y caen los rayos es un espectáculo que le pone a uno la piel de gallina. Es un hermoso lugar. Pero eso no significa que la muerte sea menos amarga. La muerte es la muerte, y todo lo demás no importa.

Lo leí en su rostro. Estaba pensando en Herta, que murió con un monstruo devorándole el cerebro. Respeté su silencio hasta que se sintió de nuevo dispuesto a proseguir con su relato.

—Tres de ellos no lo consiguieron. Yo me salvé solo porque tuve suerte. Josef murió entre mis brazos mientras yo gritaba y gritaba y pedía ayuda. Pero aunque alguien me hubiera oído, ¿sabes cuántos kilómetros había entre el punto en el que la cuerda se rompió y el hospital más cercano? Veinte. Imposible salvarlo. Imposible. Esperé a que la muerte se lo llevara, recé una oración y regresé. Y tuve la idea. O mejor dicho, la idea vino a mí. Después del funeral nos reunimos, junto con algunos otros, para beber en memoria de los muertos. Aquí entre nosotros, ya te habrás dado cuenta, beber es algo común. Y esa noche bebimos como esponjas. Cantamos, reímos, lloramos, blasfemamos. Más tarde, mientras llegaba el amanecer, expuse mi idea. Aunque nadie lo decía, aunque haya algunas cosas que de nada sirve escuchar con tus propios oídos, para el resto del mundo éramos unos locos que se la estaban buscando. Así que nadie podría o querría ayudarnos si nos metíamos en problemas allí arriba.

—Para salvaros tan solo podíais confiar en vuestras fuerzas.

—Así es, Jeremiah. Fue así como fundamos el Socorro Alpino de los Dolomitas. No teníamos dinero, no teníamos ningún apoyo político, debíamos pagar de nuestro bolsillo todo el equipo, pero funcionó —Werner me ofreció una de esas sonrisas que solo Clara lograba arrebatarse—. Uno de nosotros, Stefan, compró un manual de primeros auxilios. Lo estudió y nos enseñó las principales técnicas de reanimación. Respiración boca a boca, masaje cardíaco. Aprendimos a entablillar una fractura, a reconocer un traumatismo craneal. Cosas de ese tipo. Pero todavía no era suficiente. Comenzaban a llegar los primeros turistas, como los llamábamos en esa época, y con ellos, gente inexperta y mal equipada, aumentaban las intervenciones. Íbamos siempre a pie hasta que compramos la primera camioneta, en el 65, un cajón

destartalado que de todas formas tan solo podía llegar hasta cierto punto. Luego había que apañárselas a la antigua usanza. Transportando al herido a hombros. A menudo y con naturalidad llevando a los muertos a hombros.

Intenté imaginarme la escena. Sentí escalofríos. Me duele admitirlo, pero no fueron solo escalofríos de terror, porque yo también, como Werner, tenía una idea en la cabeza.

—Llegábamos, encontrábamos el cadáver, rezábamos una oración; luego, el más viejo del grupo ofrecía una ronda con una botella de coñac o de *grappa*, un trago por persona, y al más joven le tocaba la misión de transportar el cadáver. Regresábamos a la base. Que por aquel entonces no era más que el bar de Siebenhoch, el único lugar donde había un teléfono.

—Joder —murmuré.

—En fin, resumiendo. Aquí, en Siebenhoch, el auténtico turismo llegó a principios de los años noventa, cuando Manfred Kagol tuvo la idea del Centro de Visitantes, pero ya en los años ochenta otros valles trabajaban duro para atender día a día las peticiones de los turistas. Los turistas traen dinero. Cuando el dinero empieza a moverse, tú también lo sabes, llegan los políticos, y si tienes un poco de cabeza, a los políticos los puedes manejar como mejor te parezca.

No me habría gustado estar en el pellejo del politicastro de turno que intentara tomarle la medida a Werner Mair.

—De manera que llegaron los fondos. Establecimos convenios con Protección Civil y con la Cruz Roja. A finales de los años setenta, participamos en un proyecto especial con los helicópteros del ejército. Los resultados fueron sorprendentes. Si antes los que sobrevivían a un accidente eran tres heridos de cada siete, con el helicóptero se llegaba a seis de cada diez. No está mal, ¿verdad?

—Diría que no.

—Pero queríamos más. En primer lugar —contó Werner mostrándome el pulgar—, queríamos un helicóptero que estuviera a nuestra disposición todo el tiempo, sin tener que enfrentarnos en cada ocasión a los caprichos de algún coronel —al pulgar se le añadió el índice—. Queríamos mejorar esa estadística. Ya no queríamos *más* muertos. Así que...

—Queráis un médico a bordo.

—Exactamente. El helicóptero reduce el tiempo, el médico estabiliza al paciente. Conseguimos tener el primer helicóptero en el 83. Un Alouette que, en la práctica, consistía en dos tubos soldados el uno al otro y un motor de cortacésped. Trasladamos la base desde aquí a Pontives, cerca de Ortisei, porque allí teníamos la oportunidad de construir un hangar y un helipuerto. Solo entonces llegó el médico de a bordo, después de que Herta y yo abandonáramos Siebenhoch.

—¿Por qué?

Una mueca en la cara de Werner.

—El pueblo se estaba muriendo. Aún no había turismo suficiente. El Centro de

Visitantes era solo una idea en la cabeza de Manfred... ¿Te das cuenta de que siempre volvemos a hablar de las ideas? Y yo tenía una niña a la que debía alimentar.

—Podrías haberte quedado como parte del equipo de rescate.

—¿Recuerdas lo que te dije antes de explicarte todo esto?

—Yo no... —balbucí, confuso.

—Un hombre ha de tener una única prioridad. Su familia. Cuando nació Annelise yo no era viejo, pero en fin, ya no era un jovencito. Es cierto, Herta era veinte años más joven que yo y estaba acostumbrada a pasar las noches sabiendo que iba a subir a alguna cima para rescatar a algún escalador en apuros, pero la llegada de la niña lo cambió todo. Me convertí en padre, ¿comprendes?

Sí, lo comprendía.

—Un amigo me había encontrado un trabajo en una imprenta de Cles, cerca de Trento, y nos mudamos allí cuando Annelise tenía unos meses. Solo cuando hubo terminado la escuela primaria decidimos volver aquí. Mejor dicho, fue ella la que insistió. Le gustaba este lugar. Para Annelise era únicamente el pueblo de las vacaciones, pero de alguna manera se sentía unida a él. Lo demás, como se dice en estos casos...

—Es historia.

Werner me observó largo rato.

Werner no miraba. Werner escrutaba. ¿Habéis visto alguna vez un ave de presa? Werner tenía esa misma mirada. Lo llaman carisma.

—Si estás convencido de que quieres hacer lo que tienes en la cabeza, puedo dar un telefonazo a un par de personas. Luego corre de tu cuenta ganarte su respeto.

La idea.

Ya lo tenía todo en la cabeza. Montaje. Voz en *off*. Todo. Un *factual* como *Road Crew* pero ambientado allí, entre aquellas montañas, con los hombres del Socorro Alpino de los Dolomitas. Sabía que Mike estaría entusiasmado con aquello. También tenía el título. Se llamaría *Mountain Angels* y sería un éxito. Lo sabía.

Lo sentía.

—Pero tengo que avisarte. No va a ser como te lo esperas, Jeremiah.

# La voz de la Bestia

1.

Unos días más tarde hablé del tema con Annelise. Luego llamé por teléfono a Mike. No, no era una broma. Y sí, yo era un puto genio. Siempre lo había sabido, gracias de todos modos.

El 4 de abril, Mike se presentó en Siebenhoch. Llevaba un gorro de piel calado hasta las cejas y una bufanda de Harry Potter alrededor del cuello. Clara cantaba: «¡Tío Mike! ¡Tío Mike!», mientras aplaudía con las manos, como hacía desde que levantaba poco más de un palmo del suelo, algo de lo que mi compañero se sentía muy orgulloso.

El 6 de abril, electrizados como *quarterbacks* en la Super Bowl, empezamos las tomas de *Mountain Angels* en Pontives, Val Gardena, sede operativa del Socorro Alpino de los Dolomitas.

2.

La base de Pontives no era más que un edificio de dos plantas en medio del campo. Moderno, lleno de comodidades, limpiísimo y ordenadísimo.

Fue Moses Ploner, el hombre que había ocupado el puesto de Werner al frente del Socorro Alpino de los Dolomitas, quien nos permitió hacer nuestra primera vuelta de reconocimiento y quien nos presentó al resto del equipo. Gente que había salvado un número de vidas con varios ceros.

No lo oculto: estábamos intimidados.

Nos quedamos en la plataforma hasta las diez de la mañana, cuando el graznido de la radio se convirtió en una voz monocorde.

«Papa Charlie a Socorro Alpino de los Dolomitas».

Papa Charlie era el «Puesto de Control».

—Aquí Socorro Alpino de los Dolomitas; adelante, Papa Charlie —respondió Moses inclinándose hacia el micrófono.

«Tenemos un turista en el lado oriental del Seceda. Cerca del refugio Margheri. Cambio».

—Perfecto, Papa Charlie, corto.

Conforme se acercaba la fecha de la filmación, yo me había ido construyendo una película en la cabeza que incluía a mandíbulas cuadradas como los Navy Seals que saltaban de un lado a otro como bolas de una máquina de *pinball*, alarmas a todo volumen, luces rojas intermitentes y bromas gruesas como: «Venga, señoritas,

¡moved el culo!».

En cambio, allí no había nada de emoción.

Me daría cuenta rápidamente del porqué. La montaña es el último lugar donde todavía se mantiene la diferencia entre autoridad y mando.

Ese 6 de abril, de todas formas, no tuve tiempo para sentirme mal. Moses Ploner (con una lentitud que me pareció incluso exasperante) se giró hacia Mike.

—¿Quieres venir?

Despacio, Mike se levantó de la silla. Despacio, se colgó la Sony al hombro. Me lanzó una mirada de terror y se subió al EC-135 mientras el ruido de la turbina crecía una octava. Me acerqué a las puertas del hangar, justo a tiempo de que me golpease el desplazamiento de aire de las palas del helicóptero en su despegue, lo que me echó hacia atrás, y en un santiamén el perfil rojo del EC-135 había desaparecido.

Volvieron al cabo de unos treinta minutos. Misión de rutina para el equipo del Socorro Alpino de los Dolomitas. El helicóptero llegó al lugar, el médico examinó las heridas (una luxación), subieron a bordo al desgraciado y después lo descargaron en el hospital de Bolzano; luego, el EC-135 despegó y en el camino de regreso Mike recibió su bautismo de vuelo.

—Hemos jugado a la Luftwaffe y Mike... —hizo una mueca Christoph, el médico de a bordo, mostrando una bolsa llena de vómitos mientras mi socio, blanco como un trapo, corría al cuarto de baño.

Bienvenidos al Socorro Alpino de los Dolomitas.

3.

Los meses siguientes transcurren en mi memoria como una película a cámara rápida. Las caras de los heridos, sobre todo, se confunden unas con otras.

El helicóptero que despegaba con una visibilidad casi nula y el intercambio de chanzas entre Mike e Ismaele, el piloto del EC-135 (Ismaele era hermano de Moses, mamá y papá Ploner debían de ser forofos de la Biblia): «¿No habías dicho que para volar se necesitan doscientos metros de visibilidad?». «Pero es que aquí *hay* doscientos metros de visibilidad. Y si cierro los ojos, incluso trescientos, en mi opinión».

El terror en la mirada del chico paralizado por un ataque de pánico. El dolor del pastor con la pierna destrozada por una avalancha de piedras. El turista medio congelado. La pareja extraviada en la niebla. Una multitud de huesos rotos, pelvis luxadas, articulaciones destrozadas, sangre, sudor. Muchas lágrimas, pocos agradecimientos. Mike durmiendo cuatro horas de noche, devastado por la adrenalina. Las comunicaciones por radio que le cierran a uno el estómago. Mike, a quien le pican trece variedades distintas de mosquito. Mi iniciación: ser momificado en una bolsa de vacío y abandonado en la misma para sentir la ebriedad de la



claustrofobia. Mike, que mueve la cabeza para decirme que no, que mejor no hacer entrevistas, no es el momento. La petición de «socorro espiritual de emergencia» que te atormenta día y noche.

Y, naturalmente, las Reglas.

Los hombres del Socorro Alpino de los Dolomitas tenían un solo profeta (Moses Ploner), un carro de fuego para acceder al Reino de los Cielos (el EC-135) y, como mínimo, doscientas mil reglas transmitidas de boca en boca. Resultaba difícil mantener el ritmo. Las reglas brotaban como setas.

La Regla del Almuerzo es quizás la más extraña (y, hasta cierto punto, inquietante). No importa si son las siete de la mañana o las cuatro de la tarde: en el momento exacto en que uno se sienta a la mesa, la alarma suena y el equipo tiene que salir para una intervención. La primera vez me dije que solo era una coincidencia. La segunda, pensé que era una broma del destino. A partir de la décima, empecé a meter a Dios y la entropía universal de por medio. Al cabo de dos meses de filmación ya ni siquiera le hacía caso.

Era así y punto, ¿por qué debía uno amargarse por ello?

Para mí, que como guionista no participaba en la acción directa (en las palabras inmortales de Mike McMellan: «Tú solo descubre cómo demonios contar todo esto, porque de lo demás ya se ocupa la Sony»), la Regla del Almuerzo ofrecía algunos inesperados aspectos positivos. El zumbido de la alarma empezaba, el equipo descendía al hangar, el helicóptero despegaba y yo me terminaba el helado o el postre de los demás, sentado en la silla de la estación de radio. La pluma engorda más que la cámara.

Esto, hasta la comida del 15 de septiembre.

4.

Mike había ido dando señales de cansancio desde hacía unos días. Estaba pálido, tenso.

La primera operación del día se había desarrollado sin problemas. El tiempo era bueno y el turista milanés no tenía más que un poco de miedo y la idea de que el helicóptero del Socorro era una especie de taxi con el que bajar hasta el valle. La segunda operación había sido una fotocopia de la primera, pero en vez de volar hasta el Corno Bianco, habían tenido que volar hasta el Sasso Lungo.

Cuando Mike regresó de la segunda operación me di cuenta de que arrastraba los pies. Cambió la batería de la cámara (*nuestra* Primera Regla) y luego se dejó caer sobre una silla. Al cabo de unos pocos minutos se durmió, aferrando la Sony contra el pecho.

Hacia la una, Moses, con la complicidad de los estómagos rugientes, decidió que había llegado el momento de desafiar la Regla del Almuerzo. Estofado. Patatas.

*Strudel*. Nunca comíamos *strudel*. Una lástima, porque tenía un aspecto muy apetitoso.

La alarma empezó justo cuando acabábamos de llenar los platos. Mike se levantó, cogió la cámara y cayó de nuevo sobre la silla, jadeando.

Eso le bastó a Christoph para emitir su diagnóstico:

—Paracetamol, mantas calientes, caldito de la abuela y felices sueños.

Mike negó con la cabeza, mientras se ponía de pie:

—Estoy bien, no hay problema.

No tuvo ni tiempo de levantar la cámara porque Moses lo cogió del brazo y lo detuvo.

—Tú no vienes. Mándalo a él, si quieres. En estas condiciones, no te subes al helicóptero.

*Él*, que era *yo*.

Dicho esto, se dio la vuelta y bajó las escaleras.

Mike y yo nos miramos un instante.

Intenté parecer seguro de mí mismo.

—Pásame la Sony, socio, voy a hacerte ganar un Oscar.

—Los Oscar son para las películas —se quejó Mike—. Nosotros hacemos televisión, Salinger.

De mala gana me pasó la cámara. Pesaba.

—Mantén pulsada la tecla Rec.

—Amén.

La voz de Christoph desde la escalera:

—¿Vienes o qué?

Fui.

Nunca había subido al EC-135. El asiento reservado a Mike era minúsculo. El EC no es uno de esos gigantes de transporte que se ven en las películas, es un helicóptero pequeño, ágil y potente. El mejor medio de rescate posible entre los picos de los Dolomitas, pero condenadamente incómodo si uno tiene que filmar.

Cuando Ismaele dio gas, el estómago se me subió a la boca. No era solo por la aceleración. Llamadlo canguelo si queréis. Mirar por la ventana tampoco me ayudó. Vi cómo desaparecía la base de Pontives y tragué un par de veces para no echarme a vomitar. Manny, el socorrista que estaba a mi lado, me estrechó la mano. La suya era tan grande como mi antebrazo. Un gesto de montañero que significaba: tranquilo. Creedme, funcionó.

Ya no hubo miedo: solo el cielo. Claro.

Dios, qué hermoso era.

Christoph me guiñó un ojo indicándome mediante gestos que me colocara los auriculares.

—¿Cómo lo llevas, Salinger?

—De maravilla.

Estaba a punto de añadir algo, pero la voz de Moses me interrumpió.

—Socorro Alpino de los Dolomitas a Papa Charlie —graznó por el micro—. ¿Tenéis información para nosotros?

Empecé a tomármelo en serio, con la esperanza de que mi escasa experiencia no le provocara a Mike una urticaria cuando viera las imágenes a mi regreso.

Podía ser un gran tocapelotas, si se ponía a ello.

«Aquí Papa Charlie. Se trata de una turista alemana, en el Ortles —respondió la voz distorsionada de la central en el 118 de la radio—, ha acabado en una grieta a tres mil doscientos metros. En la Schückrinne».

—Recibido, Papa Charlie. Estaremos allí en...

—... siete minutos —dijo Ismaele.

—... siete minutos. Corto y cierro.

Moses colgó la radio y se volvió hacia mí. Levanté la cámara y me hice con un buen primer plano.

—¿Alguna vez has visto el Ortles? —me preguntó a quemarropa.

—Solo en fotos.

Moses asintió para sí.

—Será una bonita operación, ya verás.

Luego se dio la vuelta, borrándome de su mundo.

—¿Qué es la Schückrinne? —le pregunté a Christoph.

—Hay varias maneras de llegar a la cima del Ortles —respondió el médico, con el rostro sombrío—. La vía más sencilla es la Normal Norte, hay que estar entrenado y no es ninguna broma, pero uno no va a un glaciar si no está preparado, ¿verdad?

—En una ocasión rescatamos allí a un tipo que iba con chancletas —se entrometió alegre Ismaele.

—¿Chancletas?

—A tres mil metros —dijo riéndose—, la gente es rara, ¿no?

No podría estar más de acuerdo.

Christoph continuó con su explicación.

—La Schückrinne es la peor vía. La roca es quebradiza, hay pendientes que llegan hasta los cincuenta y cinco grados y el hielo..., nunca se sabe cuándo va a tener un capricho. Y es un sitio al que temer, incluso para los montañeros más experimentados. Papa Charlie ha dicho que la turista ha terminado en una grieta, mal asunto.

—¿Por qué?

—Porque podría haberse fracturado una pierna. O las dos. Y tal vez incluso la cadera. Podría haberse golpeado la cabeza. Y, además, el fondo de la grieta de un glaciar es algo horrible, hay agua. Parece... —Christoph buscó la imagen apropiada—. Parece que estés en un vaso de granizado.

—En efecto, va a ser divertido —dijo Ismaele, ofreciendo a la cámara una de sus inconfundibles sonrisas, a medio camino entre el cachorro abandonado y el chiquillo

travieso.

Otra regla del Socorro. Nada es difícil. Nunca. Porque, como decía Moses Ploner: «Difícil es solo lo que uno no sabe hacer». Dicho de otra forma: si es difícil, mejor quedarse en casa.

Pensé que la turista alemana habría hecho bien siguiendo la regla de Moses. No se me pasó por la cabeza que *yo también* tendría que haber seguido esa maldita regla.

Siete minutos más tarde, el EC-135 daba vueltas sobre el acantilado blanco del Ortles. Antes de ese día no había visto nunca un glaciar y me pareció fantástico.

Muy pronto iba a cambiar de opinión.

Moses abrió toda la puerta y una corriente gélida me embistió.

—Ahí está.

Intenté localizar el punto que el jefe del Socorro Alpino de los Dolomitas estaba señalando.

—¿Ves esa grieta? La turista está ahí.

No podía entender cómo Moses estaba tan seguro de que esa era la grieta correcta. En esa dirección había al menos tres o cuatro.

El EC-135 vibraba igual que una licuadora. Enfoqué unos cientos de metros más abajo, hasta que la Sony encuadró el indicio que los ojos de Moses habían percibido antes que los míos. Una serie de huellas en la nieve que se interrumpían de golpe.

El EC-135 se detuvo.

—No tomamos tierra, chicos, imposible —dijo Ismaele.

Me quedé con la boca abierta.

Ismaele no era un piloto. Era el santo patrón de todos los pilotos de helicóptero. En las tomas de Mike lo había visto aterrizar («aparcar» era el término que utilizaba él) en picos un poco más grandes que una manzana, surfear en corrientes de aire que habrían derribado al Barón Rojo en persona y llevar el EC-135 tan cerca de una pared que parecía que las palas fueran a estrellarse de un momento a otro. Sin perder nunca ese aspecto del Polilla de *Pinocho*. Eso era. Ese mismo Ismaele ahora se mostraba preocupado.

*Oh-oh.*

—¿Manny? Baja con el cabestrante. La coges y la llevas arriba directamente. No dejo que nadie más baje. Hay un asqueroso y abundantísimo aire caliente. Y este viento...

No lo entendía. Estábamos en un glaciar, ¿verdad? El hielo es frío, ¿o me equivoco? Entonces, ¿qué coño significaba «un asqueroso y abundantísimo aire caliente»? ¿Y qué tenía que ver con el viento?

No era el momento de hacer preguntas. Manny se estaba asegurando ya al cabestrante.

Lo miré y de repente el corazón me empezó a bombear pólvora. Así, mientras el EC-135 resonaba entre dos crestas rocosas por encima de la fractura del hielo, de mi boca salieron las palabras que iban a cambiar el curso de mi vida.

—¿Puedo bajar contigo?

Manny, que ya estaba de pie en el patín del helicóptero, indicó con un gesto a Moses, con el cabestrante bien agarrado en la derecha, cubierta con un guante de cuero.

—¿Qué pasa?

—¿Puedo bajar con Manny? Lo filmo todo.

—No podemos subir a tres. Demasiado viento —dijo Ismaele—. Y, además, la temperatura es...

A tomar por culo la temperatura.

A tomar por culo todo. Quería *bajar*.

—Puedo quedarme abajo. Manny sube a la turista y luego viene a por mí.

Fácil, ¿verdad?

Moses titubeó. Manny sonrió.

—Creo que se puede hacer.

Moses me escudriñó.

—Está bien —dijo de mala gana—. Pero daos prisa.

Me levanté de mi sitio (que ya no era el de Mike, era *mi* sitio), Christoph me pasó un arnés, me lo puse y me aseguré a Manny. Nos colocamos fuera del portón, con los pies sobre el patín del EC-135. Christoph me mostró el pulgar. Manny me dio un golpecito en el casco.

Tres, dos, uno.

El vacío se nos tragó.

Tenía miedo. No tenía miedo. Estaba aterrorizado. *No* lo estaba.

En todo caso, nunca me había sentido tan vivo.

—Diez metros... —escuché que señalaba Manny.

Miré por debajo de mí.

Estaba demasiado oscuro en la grieta como para ver nada. Apunté hacia ahí la cámara y seguí con la grabación.

—Un metro.

Manny se apuntaló en la embocadura de la grieta.

—*Stop*.

El cabestrante detuvo el descenso.

Manny encendió la lámpara que llevaba en el casco. El haz de luz exploró las tinieblas. La localizamos de inmediato. La mujer llevaba una chaqueta de color naranja fluorescente. Estaba apoyada en la pared de hielo. Levantó la mano.

—Son treinta metros, Moses —dijo Manny—. Lentamente, abajo.

El cabestrante volvió a zumbiar.

Vi desaparecer la superficie iridiscente del Ortles y me sentí ciego, mientras Manny controlaba el descenso. Abrí y cerré los ojos una y otra vez para acostumbrarme a la oscuridad.

—Cinco metros —dijo Manny—. Tres.

Había una extraña luminosidad allí abajo. La luz del sol se refractaba en mil resplandores que confundían la vista, creando halos, arcoíris y destellos.

El fondo de la grieta, de dos metros y medio de ancho, estaba cubierto de agua. En el agua, como había dicho Christoph, flotaban trozos de hielo de diferentes tamaños. Era igual que haber acabado en el interior de un granizado.

—*Stop*.

Manny soltó su arnés, luego el mío.

Estaba sumergido en el agua helada hasta las rodillas.

—¿Está sola, señora?

La mujer no pareció entender la pregunta.

—Pierna.

Farfullaba.

—Está en estado de *shock* —explicó Manny—. Muévete todo lo que te sea posible hacia allá. Intentemos darnos prisa.

Apreté la espalda contra la pared del glaciar. La respiración se condensaba en nubecitas. Tenía la esperanza de que no acabaran en el encuadre.

La turista miró primero a Manny y luego a su propia pierna.

—Me duele.

—¿Ve el helicóptero? Allí está el médico que le dará una buena dosis de analgésico.

La mujer movía la cabeza gimiendo.

Manny se aseguró al cable del cabestrante y a continuación, tirando del cabo, lo enganchó también al arnés de la mujer.

—Cabestrante, Moses.

El cabestrante los levantó a los dos.

La mujer gritó con todo el aire que tenía en la garganta. Reprimí el instinto de llevarme las manos a los oídos. De haberlo hecho, la cámara habría acabado en remojó y entonces sí que Mike me habría matado.

Despacio, y entre dolores atroces.

La extracción con el cabestrante fue de manual. El cable parecía una línea recta dibujada con tinta china.

Vi a Manny y a la mujer subir, subir y finalmente salir de la grieta.

Estaba solo.

5.

¿Qué muestran las imágenes de la Sony en ese instante?

Las paredes de la grieta. Reflejos que se desvanecen en una negrura total. El haz luminoso de la cámara que gira de un lado a otro, a veces en cámara lenta, a veces de una manera histérica. Cubitos iridiscentes que flotan en el charco de agua alrededor

de mis piernas. El reflejo de mi rostro contra el hielo. En un primer momento sonriente; luego, atento, con la expresión de quien está intentando espiar una conversación privada. Al final, descompuesto, con los ojos de un animal atrapado, los labios oscurecidos y tensos sobre los dientes en una mueca que no me pertenecía. Una máscara de muerte medieval.

Y, por encima de todo: la voz del Ortles. El crujido del hielo. El susurro de la masa del Ortles sibilante que seguía moviéndose como llevaba haciendo doscientos mil años.

La voz de la Bestia.

Manny bajando, preocupado. Mi nombre repetido varias veces.

El grito de Dios que se tragaba a Manny.

El fluir de los segundos que deja de tener sentido. La conciencia atroz de que el tiempo del hielo no es un tiempo humano. Es un tiempo ajeno, hostil.

Y la oscuridad.

Me hundí en las tinieblas que devoran los mundos. Me encontré a la deriva en el espacio profundo. Una única, inmensa, ilimitada noche eterna de una blancura espectral.

Seis letras: «Oscuro». Seis letras: «Gélido».

Al final, la salvación.

Demasiado calor, había dicho Ismaele. Demasiado calor significaba alud. El grito de Dios. Y el alud se llevó a Manny. Y con Manny, a través del cable del cabestrante, la Bestia aferró el EC-135, hasta arrastrarlo contra el suelo, aplastándolo igual que se aplasta un insecto molesto. ¿Por qué Moses no había cortado el cable del cabestrante? Si lo hubiera hecho, Manny habría sido barrido, pero el alud no habría podido atrapar también al helicóptero. Se lo preguntaron los *carabinieri* y se lo preguntó también la prensa. No los socorristas que me rescataron. Ellos *sabían*. Todo está escrito en las Reglas.

El cable del cabestrante no se corta porque en la montaña no se deja a nadie tirado. Por ninguna razón. Es así y así es como tiene que ser.

De Moses, Ismaele, Manny, Christoph y la turista no quedaba nada. La furia del alud, que se había liberado a causa del viento y del calor, los había barrido, dejando sus cuerpos irreconocibles. El EC-135 era una carcasa de color rojo más abajo.

El accidente del Ortles, sin embargo, no supuso el final del Socorro Alpino de los Dolomitas, como tampoco escribió el final de mi historia.

Como ya os he dicho, con seis letras.

«Inicio».

# Hace doscientos ochenta millones de años

1.

Mi cuerpo reaccionó bien al tratamiento. Permanecí en el hospital menos de una semana. Algún punto de sutura, un par de ciclos de suero por un principio de hipotermia y nada más. Las peores heridas las llevaba dentro de mí. «TEPT», estaba escrito en mi informe clínico. Trastorno de estrés postraumático.

Antes de despedirse con un apretón de manos y un «cuídese», el médico del San Maurizio de Bolzano me recetó psicofármacos y somníferos, encareciéndome que me los tomara con regularidad. Era probable, añadió mirándome a los ojos, que en un corto espacio de tiempo sufriera pesadillas y leves ataques de pánico, acompañados de *flashbacks*, igual que los que sufren los veteranos de guerra de las películas.

¿Leves ataques de pánico?

Había momentos en que la voz de la Bestia (los míos eran *flashbacks* auditivos, no sufrí nunca alucinaciones, gracias a Dios) me llenaba la cabeza con tal intensidad que me obligaba a echarme al suelo llorando como un niño. A pesar de ello, juré que prescindiría de los psicofármacos y que recurriría a los somníferos tan solo como último recurso. Cualquier psicólogo de tres al cuarto habría intuido lo que estaba haciendo en realidad. Quería sufrir. Y quería sufrir porque tenía que hacerlo. ¿Tenía? Claro: me había manchado con el peor de los pecados.

Había sobrevivido.

Merecía un castigo.

Solo algo más tarde me di cuenta de que en realidad no estaba castigándome únicamente a mí mismo. También le estaba haciendo daño a Annelise, que había envejecido unos años en pocos días, que lloraba mientras yo me paseaba atontado por casa. Peor aún: le estaba haciendo daño a Clara. Se había vuelto taciturna, se pasaba las horas en su habitación, rodeada de libros ilustrados y sumida quién sabe en qué pensamientos. Comía poco y tenía unas ojeras que ningún niño debería mostrar.

Annelise y Werner intentaban ayudarme de todas las formas posibles. Werner me sacaba a fumar a la parte trasera de la casa, o me llevaba en *jeep* para hacer que respirara aire puro. Annelise trataba de azuzarme con sus mejores platos, con chismes del pueblo, con mis DVD favoritos e incluso con la lencería más provocativa del mercado. Sus intentos de resucitarme mediante el sexo resultaron humillantes para ambos.

Apático, sentado en mi butaca favorita, miraba cómo iban poniéndose rojizos los árboles y cómo el cielo adquiría la típica coloración otoñal de esta zona, una brillante paleta de azules y morados. Al ponerse el sol me levantaba y me iba a la cama. No comía, no bebía y me esforzaba en no pensar. Me sobresaltaba con el más mínimo



movimiento. Seguía oyendo ese ruido. Ese maldito silbo. La voz de la Bestia.

Si los días eran horribles, las noches eran incluso peores. Me despertaba gritando a voz en cuello con la certeza de que lo sucedido después del 15 de septiembre era resultado de un error. Como si el mundo se hubiera dividido en dos. Una parte, la parte equivocada, lo que llamaba el Mundo A, había proseguido como si nada hubiera ocurrido, mientras que la parte correcta, el Mundo B, había terminado el 15 de septiembre a las dos y veintidós de la tarde con el obituario de Jeremiah Salinger.

Recuerdo el día en que Mike vino a verme. Pálido, los ojos enrojecidos. Me explicó lo que tenía pensado hacer, y hablamos del tema. La cadena había cancelado *Mountain Angels*, pero podríamos utilizar el material grabado para un documental sobre el Socorro Alpino de los Dolomitas y sobre lo ocurrido en la grieta del Ortles. Mi socio había pensado hasta en el título: *En el vientre de la Bestia*. De dudoso gusto, pero apropiado. Le di mi bendición; seguidamente, tras acompañarlo hasta la puerta de casa, me despedí de él con un adiós.

Mike se lo tomó como una broma, pero yo era sincero. Esa era la última vez que Batman y Robin se reunían. Estaba atrapado en un bucle infernal y, según lo veía yo, solo había dos maneras de salir de él. Explotar o tirarme por algún barranco. Explotar significaba hacerle daño a Annelise o a Clara. Ni pensarlo. Como un buen idiota, encerrado en mi lastimado egoísmo, la segunda posibilidad me parecía menos dolorosa. Incluso llegué a imaginarme el dónde, el cómo y el cuándo.

Así que adiós, socio. Adiós a todo el mundo.

Luego, a mediados de octubre, llegó Clara.

2.

Estaba sentado, hundido en la butaca contemplando el infinito, con un vaso de agua ya templado en la mano derecha, la izquierda cerrada sobre el paquete de cigarrillos vacío, cuando Clara se me sentó en las rodillas, con un libro aferrado contra el pecho, como hacía cuando quería que le leyera una historia.

Enfoqué su carita con cierta dificultad.

—Hola, pequeña.

—Hola, cuatro letras.

Era el juego favorito de Clara, el juego de Números y Letras.

Me esforcé en sonreír.

—¿Última letra acentuada? —pregunté.

—Última letra acentuada.

—«P-a-p-á» —dije, sorprendiéndome por lo extraño que me sonaba aún que me llamaran así—. ¿Qué es eso?

—Cuatro letras.

—¿«Libro» no tiene cinco?

Clara negó con la cabeza y su pelo se convirtió en una nube rubia. Me llegó a la nariz el olor de su champú y noté que algo se me movía en el pecho.

Una sombra de calor.

Como un fuego en la lejanía durante una tormenta de nieve.

—Error —respondió resuelta.

—¿Estás segura de que no es un libro?

—Es una g-u-í-a.

Conté con los dedos. Cuatro letras. No había hecho trampas.

La sonrisa me salió de forma natural.

Clara se llevó un dedo a los labios, un gesto que había heredado de su madre.

—El termómetro dice diecisiete grados. Diecisiete grados a estas horas no es frío, ¿verdad?, ¿cuatro letras con acento?

—No hace frío, es verdad.

—Mamá ha dicho que te has hecho daño en la cabeza. Dentro de la cabeza —se corrigió—. Que por eso estás siempre triste. Pero las piernas todavía te siguen funcionando, ¿verdad?

Eso era todo, en efecto. Papá se había hecho daño dentro de la cabeza y por eso se había vuelto triste.

Le hice dar saltitos sobre las rodillas. Pronto ese tipo de juego le resultaría aburrido, en pocos años incluso la incomodaría. El tiempo corría, mi hija estaba creciendo y yo malgastaba los días viendo caer las hojas de los árboles.

—Yo diría que sí, cuatro letras.

Clara frunció el ceño y empezó a contar con los dedos, concentrada.

—«Pequeña» tiene siete.

—«Hija» tiene cuatro. Punto para mí, hija.

Clara me miró esquinada (detestaba perder) y luego abrió de nuevo la guía que sostenía entre las manos. Me di cuenta de que había puesto unos simpáticos marcadores.

—Le decimos a mamá que nos prepare unos bocadillos, cogemos agua, pero no demasiada, porque hacer pis en el bosque no me gusta —me explicó susurrante—, me dan miedo las arañas.

—Las arañas —dije, sintiéndome casi destrozado por la ternura—, aggg.

—Sí, aggg. Vamos a salir desde aquí —señaló con el dedo sobre el mapa—, damos la vuelta por aquí, ¿ves? Donde está el laguito. A lo mejor ya ha helado.

—A lo mejor...

—¿Y veremos peces congelados?

—Alguno, quizá.

—Y luego nos volvemos para casa. Así puedes seguir mirando el césped. ¿Tan interesante es el césped, papá?

La abracé. La abracé con fuerza.

Cinco letras: «Fuego».

3.

Fue así como empezaron nuestras caminatas. Cada noche Clara se sentaba en mis rodillas, con la guía en la mano, y planeábamos alguna excursión.

El otoño era una cálida caricia, y esas caminatas, pero sobre todo la compañía de Clara y la avalancha de charlas en la que me enterraba, funcionaron mejor que cualquier psicofármaco que pudiera haber tomado.

Todavía existían las pesadillas, y a veces el silbo me paralizaba, pero se trataba de episodios cada vez más esporádicos. Conseguí, incluso, mediante el correo electrónico, responder a los interrogatorios de Mike, que entretanto había regresado a Nueva York para montar *En el vientre de la Bestia*. A pesar de que me negara a ver ni la más mínima parte, darle algunas sugerencias me hacía bien. Me sentía vivo de nuevo. Quería curarme. El Mundo B, ese en el que yo era un cadáver, ya no me atraía. Porque ese mundo no era el mundo real. Me gustara o no, había sobrevivido.

Había hecho falta una niña rubia de cinco años para que lo entendiese.

4.

Estábamos casi a finales de octubre cuando Clara, en vez de enseñarme la guía, como de costumbre, se sentó en mis rodillas y me miró con ojos grandes y muy serios.

—Quiero ir a ver a una persona.

Con un gesto teatral me di la vuelta hacia Annelise, acurrucada en el sofá, inmersa en la lectura de un libro, sus largas piernas cónicas dobladas bajo las nalgas, y le pregunté:

—¿He oído bien? ¿Quieres ir a ver a una persona? ¿Y quién es esta persona?

—Un amigo.

—¿Un amigo?

—Se llama Yodi.

—¿Qué clase de nombre es Yodi? —pregunté, perplejo.

—Yodi es muy amable. Y *muy* viejo —susurró—, pero no lo digas en voz alta. Yodi es como el abuelo, que no le gusta esa palabra.

—Cinco letras muy susceptibles: «Viejo».

—¿Qué significa «susceptible»?

Fue Annelise la que contestó:

—«Susceptible» significa que se ofende un poquito. En alemán, *empfindlich* —considerábamos importante que Clara creciera aprendiendo los tres idiomas de sus padres—. En inglés...

—*Susceptible* —terminé por ella.

Después de una larga pausa, Clara dijo:

—Once. ¡Once letras, papá!

—Impresionante. Pero me estabas hablando de Yodi.

—Si quieres, te lo enseño.

—¿Tienes una foto?

Clara no respondió, de un salto salió hacia su habitación para de inmediato volver tras sus pasos, dándonos a Annelise y a mí tiempo para intercambiar una mirada de perplejidad.

—Este es Yodi. ¿A que es guapo? —preguntó Clara tendiéndome un libro.

Yodi era un fósil. Un amonites, para ser exactos.

—¿Vamos a verlo, papá?

—Con mucho gusto, a saber cuántas cosas habrá visto en el transcurso de sus...

—leí el pie de foto— doscientos ochenta millones de años de vida. Pero ¿dónde vamos a ir a ver, exactamente, a nuestro nuevo amigo?

Fue Annelise la que respondió, divertida:

—Yo lo sé. Al Bletterbach.

—¿Y qué demonios es eso del Bletterbach, si puede saberse?

Tanto Annelise como Clara me miraron como si hubiera hecho la pregunta más estúpida del mundo. No se equivocaban. El problema es que las cosas, en especial las que pasan delante de mis narices, tienden a escapárseme. Así soy yo.

El Bletterbach estaba en todas partes a nuestro alrededor, era el centro de atracción turística que bombeaba dinero en las venas de las comunidades locales. No solo Siebenhoch, que era en efecto el mayor beneficiario de ese montón de dinero, al encontrarse a dos pasos del Centro de Visitantes, sino también los pueblos de Aldino (en alemán, Aldein), Salorno (en alemán, Salurn), Cembra y Cavalese (que al encontrarse en la región trentina se libraban de la regla del doble nombre), Ora (que se hallaba en cambio en la provincia de Bolzano y, por tanto, se llamaba también Auer), Nova Ponente (Deutschnofen) y Nova Levante (Welschnofen) y muchísimos otros minúsculos caseríos y pequeñas parroquias (en el *dialoht* local, *Hittlen und Kirchln*).

La zona alrededor de Siebenhoch, algo así como seis mil hectáreas de tierra cubierta de bosques, florestas y rocas, formaba parte del Parque Natural del Monte Corno. En el centro del parque, en las faldas del monte Corno —es decir, el Corno Bianco (Weisshorn, en alemán), un pico de más de dos mil metros—, se hallaba una garganta de ocho kilómetros de largo y más de cuatrocientos metros de profundidad.

Por allí discurre el río que le da nombre: el Bletterbach.

La roca de la que se compone la zona, y todos los Dolomitas, es una extraña mixtura de carbonato de calcio y magnesio, un compuesto quebradizo a través del cual las aguas del torrente excavaron un cañón, haciendo emerger toneladas de fósiles. La del Bletterbach no es una simple garganta. El Bletterbach es una película, un documental al aire libre que arrancó hace doscientos ochenta millones de años, durante el periodo llamado Pérmico, y llega hasta el Triásico, cien millones de años

después. Desde la época de las grandes extinciones hasta la de los grandes saurios.

En el Bletterbach hay de todo. Conchas, amonites (como Yodi), restos de fauna y de animales que le ponen a uno la piel de gallina y lo dejan boquiabierto de asombro. Un zoo prehistórico concentrado en esa garganta perdida hacia la que me dirigí con Clara, el pelo recogido en dos deliciosas trencitas y unas botitas de color pastel en los pies, aquella primera tarde del mes de octubre cuando, pensaba yo, las cosas habían empezado a funcionar de nuevo.

5.

Nos recibió una joven con la que me había cruzado varias veces en Siebenhoch pero cuyo nombre, por mucho que me esforzara, no podía recordar. Me preguntó si me había recuperado ya del accidente. No añadió nada más y se lo agradecí.

Para visitar el Bletterbach había dos posibilidades. Ilse, su nombre estaba escrito en la tarjeta prendida en la solapa de su camisa, nos enseñó sobre el mapa un recorrido marcado con una línea roja discontinua. Era el itinerario recomendado para las familias. Un paseo que duraba tres horas, tres horas y media, y que nos llevaría a no demasiada «profundidad» (no dejé de percibir ese extraño uso de la palabra), pero que nos mostraría unas cuantas conchas, huellas de dinosaurio («¡diez letras, papá!») y helechos cristalizados en el tiempo y en la roca. El segundo recorrido tenía una duración estimada de alrededor de cinco horas y nos llevaría más adentro, hacia la cascada del torrente Bletterbach, donde la garganta se estrechaba. En ambos casos, agregó Ilse con gesto severo, era obligatorio permanecer en el camino indicado, llevar casco y recordar que la dirección del parque no asumía ninguna responsabilidad en caso de accidentes.

«Usted entra bajo su entera responsabilidad», estaba escrito en un cartel trilingüe.

Ilse nos explicó:

—Es una zona delicada, a veces caen piedras. Podrían hacerse daño. Por eso es obligatorio llevar cascos de protección. Si no los traen, podemos alquilarles un par —sonrió a Clara—. Debe de haber uno rosa de su talla, señorita.

—Me llamo Clara —dijo mi hija—, y quiero ver el amonites gigante.

Sorprendida, la mujer se volvió hacia mí:

—Su hija es muy precoz.

—Tengo cinco años —sentenció Clara—. Sé leer un poco y sé contar hasta mil. Me gustan los dinosaurios con el cuello largo, los *brontodinosaurios*, el helado de fresa y el *speck* del abuelo Werner. Y el casco no lo quiero rosa, lo quiero rojo. Es mi color favorito, con el azul cielo, el azul marino y el verde —terminó, provocando las risas de incredulidad de Ilse—. ¿Papá? —añadió inmediatamente después—. Pregúntale dónde podemos encontrar a Yodi.

—¿Quién es Yodi? —preguntó Ilse, desconcertada por el chaparrón de palabras.

—Yodi —respondí— es el nombre del amonites, el gigante. ¿Dónde podemos verlo?

Ilse recuperó su tono profesional.

—Lo encontrarán en el museo geológico. ¿Qué recorrido prefieren? ¿El corto o el largo?

—El recorrido corto, diría yo. No me gustan las... paredes estrechas.

Ilse cortó dos entradas.

—¿Sufre usted de claustrofobia?

—Es un nuevo elemento en mi lista.

Ilse nos hizo probar diferentes cascos. Clara quiso que le hiciera al menos tres fotografías diferentes, una con el casco rosa, otra con el casco amarillo y una tercera con el rojo, en el que recayó su elección. Luego, con la mochila al hombro, empezamos la excursión.

Fue una agradable caminata, aunque en más de una ocasión, con la complicidad de una brisa que agitaba las frondas de los árboles, me pareció oír el silbo y sentí la urgente necesidad de ponerme a gritar. No lo hice. Porque señalándome las conchas de los estratos de Werfen, las algas del Contrin o las huellas de algún *pareiasaurus* que se había dado un paseo por la arenisca, estaba mi hija, y para Clara yo debía de ser lo más parecido a un héroe.

En definitiva: yo era fuerte, estaba curado. Era Superman. ¿No me merecía un aplauso?

Llegué al término del recorrido sudado y con los nervios a flor de piel, con Clara a mi lado, que parecía estar en el séptimo cielo. Verla tan feliz era un paso más hacia el final del tormento. Después de un merecido bocadillo con *speck* y pepinillos en vinagre, nos dirigimos hacia la bóveda del museo que formaba parte de la estructura de cristal, aluminio y madera del Centro de Visitantes, para conocer por fin a Yodi, el amonites gigante.

A Clara los fósiles le gustaban una barbaridad. Cuanto más raros fueran, más se divertía ella. Se esforzaba incluso en silabear todos aquellos nombres en latín y ¡ay si yo me atrevía a intentar ayudarla! «Papá. Soy *mayor*». Y no es necesario especificar que «mayor» contaba con cinco letras esculpidas en mayúsculas.

A mí los fósiles no me volvían loco, había algo inquietante en esos trozos de roca que habían mantenido los rasgos de los organismos vivos barridos por millones de años.

Es inquietante incluso el concepto de millones de años.

La última parte del museo me gustó más. Estaba dedicada a la antigua mina de cobre del Bletterbach, cerrada tras el derrumbe de 1923. Me gustaba ver las fotografías de los hombres sucios de tierra que empuñaban herramientas anticuadas. Esos bigotes de manillar, esas barbas de orco y esa ropa que parecía salida directamente de Ratónpolis eran irresistibles.

Por supuesto, no todo era Walt Disney, las listas de los mineros devorados por la

roca resultaban horrorosas, pero yo estaba allí con Clara y no tenía la menor intención de pensar en la muerte ni en la destrucción, ya había tenido mi dosis, muchas gracias: mejor concentrarse en los pantalones bombachos y en las miradas altivas de esos hombres cuyo ADN corría por las venas de mi hija. «Por eso le gustan tanto los fósiles —pensé, sonriendo para mí—. Es la llamada de la roca».

En toda la cara, Jack London.

Y, por fin, Yodi. El amonites de doscientos ochenta millones de años. Cuando llegamos delante de la estrella del museo, Clara empezó a contarme su historia. Veréis, para Clara el mundo era una gran *a*, de la que partían infinitas historias que iban desde *a* hasta *b* y luego hasta *c*, pero que casi nunca llegaban a la *z* porque Clara no obligaba a sus historias a llegar hasta un final, habría sido como cortarles las alas. Me habría pasado horas escuchándola sin cansarme porque esta es la naturaleza del amor: escuchar historias sin cansarse nunca. Y yo amaba a Clara más que a mí mismo.

Cuando llegó el momento de regresar a Siebenhoch, saqué la cámara fotográfica y enfoqué a la niña y al amonites en la pantalla. Clara me regaló una sonrisa como para estrujarme el corazón, luego se giró, saludó a Yodi con un saltito que era también una especie de reverencia y se volvió de nuevo hacia mí, sin dejar de hablar, hablar, hablar. Después, mientras me agachaba para guardar la cámara en la mochila, capté un retazo de conversación entre Ilse y dos turistas de edad avanzada, con las piernas desnudas, las Birkenstock reglamentarias sobre calcetines blancos y las venas varicosas a la vista. Pocas frases, aunque a veces basta con nada.

Y el destino ya te ha puesto la soga al cuello.

—Era 1985, señora.

—¿Está segura?

—Yo nací ese año. El año de la masacre del Bletterbach. Mi madre me lo repetía constantemente. «Naciste el año de aquella terrible historia, por eso te comportas así». Se había quedado traumatizada por aquella historia. Los Schaltzmann eran parientes lejanos suyos, ¿saben?

—¿No encontraron nunca al culpable de aquella masacre?

Una pausa.

Un suspiro.

—Nunca.

## Promesas y mentiras

1.

Es importante que sepáis una cosa. El 15 de septiembre Annelise y yo habíamos hecho un pacto.

2.

Cuando médicos y enfermeras se marcharon, después de que Werner hubiera cogido con delicadeza la mano de Clara y la hubiera encaminado hacia el bar del hospital, Annelise y yo nos quedamos por fin solos. Tras un silencio que los analgésicos habían dilatado desmesuradamente, Annelise me asestó una bofetada que por poco no me hizo saltar los puntos de sutura de la ceja.

Luego rompió a llorar.

—Tienes que prometerme —me dijo—, tienes que prometerme que nunca, nunca, nunca más me harás...

Se detuvo. Intenté rozarle la mano. Annelise la retiró.

Esto me asustó. Me asustó muchísimo.

—Podrías haber muerto, Salinger —me acometió—. Nuestra hija se habría quedado huérfana. ¿Te das cuenta?

Asentí.

Pero no era cierto. No podía pensar en otra cosa que no fuera el silbo. El maldito silbo.

El silbo de la Bestia.

—Tienes que dejar este trabajo. Y tienes que prometérmelo.

—Es mi...

—*Nosotras* somos tu vida.

Todo me daba vueltas en la cabeza. El efecto de los tranquilizantes y de los analgésicos empezaba a disminuir y detrás de Annelise veía a la Bestia, sonriendo.

—Mike. Yo... —balbucí.

—¿Mike? —casi gritó Annelise, furibunda—. ¿Mike?

—Annelise...

—Estabas muerto, Salinger. Muerto.

—Anne...

—Cuando abrí la puerta y vi a mi padre con esa expresión, comprendí... Comprendí que estabas muerto. Y pensé en Clara, y pensé, que Dios me perdone, pensé que te lo merecías. Que te lo habías buscado, que era así como querías acabar,



y yo..., yo me odié por esto.

—Por favor...

Annelise me abrazó.

Sentí su cuerpo sacudirse por los sollozos.

—Sé —susurró—, sé lo importante que es para ti esta vida. Pero Clara tiene derecho a tener un padre. Y yo no quiero quedarme sola, no me lo merezco, Salinger. No puedo estar sin ti, estúpido idiota.

Se separó de mí, se frotó la nariz e intentó bromear sobre el tema.

—El negro no me sienta bien.

Sonreír me provocó un dolor agudo. Intenté incorporarme para sentarme. Un mareo me embistió con la delicadeza de un camión TIR.

—Serías la viuda más sexi de Siebenhoch —contesté.

Annelise me desordenó el pelo.

—Y tú el cadáver más guapo del cementerio. Tan solo te pido un año, Salinger.

—¿Un año?

A pesar de la voz de la Bestia, sentía que aquel era un momento importante. Cualquier cosa que dijera, o no dijera, iba a afectar a mi matrimonio.

Mi futuro.

—No puedo pedirte que lo dejes. No sería justo. Pero tienes que prometerme que te tomarás un año..., un año sabático. Para decidir qué hacer con tu vida. Entonces, si quieres volver al terreno de juego, estaré a tu lado. Como siempre.

—Como siempre.

—¿Me lo prometes?

Estaba a punto de contestarle cuando la puerta se abrió por completo y Clara hizo su irrupción, con todo el entusiasmo de sus cinco años, seguida por Werner, quien intentaba disculparse con los ojos. Le hice un gesto para que no se preocupara. Todo iba bien.

Cogí la mano de Clara.

—¿Cuántas letras tiene la palabra «prometido»?

Clara contó.

—Nueve letras —respondió radiante.

Miré a Annelise a los ojos.

—Nueve letras.

3.

El 25 de octubre, mientras me dirigía a Welshboden, seguía repitiéndome a mí mismo que en realidad no estaba haciéndolo. No estaba violando el pacto que había hecho con la mujer a la que amaba, sellado mediante las palabras de nuestra hija. Me decía que la mía era solo mera curiosidad. Nada más. Le había prometido a Annelise un

año sabático y mantendría ese compromiso. Únicamente estaba yendo a charlar un rato con mi suegro porque tenía ganas de salir de casa. Eso era todo.

No estaba trabajando en ninguna idea.

¿Idea? ¿Quién?

¿Yo?

Vamos, hombre.

Solo una charla junto al fuego. Un cigarro. Un carajillo. Tal vez un par de inocentes preguntas acerca de lo que Ilse había llamado «la masacre del Bletterbach». Eso no era trabajar. Y, de todos modos —continué en ese diálogo imaginario conmigo mismo mientras aminoraba al acercarme a la propiedad de Werner—, también supervisar el documental que Mike estaba montando era una especie de trabajo, ¿verdad? Y, no obstante, Annelise se había mostrado de acuerdo.

Se me daba bien mentir, ¿sabéis?

Fingía haber olvidado que Annelise me dio su consentimiento para ese trabajo siempre y cuando no hubiera recaídas en mi estado mental (no pronunció la palabra «mental», dijo «emocional», pero ambos sabíamos a lo que estaba aludiendo) y que Mike trabajara lejos de allí, en Nueva York. Como si las horas de filmación fueran, casi, radiactivas. Fingía haber olvidado que Annelise aceptó porque Mike le había señalado que esas filmaciones formaban parte de *Mountain Angels*. Técnicamente no era una idea nueva. Se trataba de una idea vieja que era necesario reorganizar un poco «a la luz de lo ocurrido». Además, «aparte de un par de horas para discutir la línea narrativa, Salinger no tendrá que hacer más que responder a algún *mail* de vez en cuando. Ni siquiera se dará cuenta».

Mi querido y mefistofélico Mike.

—¡Eh! ¿Hay alguien en casa?

Llamé, una vez cerrada de golpe la puerta del coche.

Las cortinas de la ventana dejaron que destellara el rostro de Werner. Me dijo que me pusiera cómodo. Hablamos de esto y de aquello, nos servimos un café, fumamos un cigarrillo. Le hablé de Yodi y del recorrido por el Bletterbach, procurando parecer lo más natural posible, mientras que dentro de mí hervía de curiosidad.

Entonces, lancé el anzuelo.

—He oído una historia demencial.

—¿Qué historia?

—Retazos, nada más. Pero me pareció una historia extraña.

—La montaña está llena de historias extrañas. Y esa sirve de testigo —dijo Werner, señalando la cicatriz que seguía mi órbita derecha—. ¿O me equivoco?

La acaricié con la yema del dedo. Clara la llamaba «el beso del hada mala». A mí me recordaba las fotografías del Bletterbach que busqué en Google, borrando el historial por miedo a que Annelise me planteara algunas preguntas que no habría sido capaz de responder.

No quería mentirle.

No directamente, por lo menos.

—No, no te equivocas.

Algo en mi voz convenció a Werner para cambiar de tema. Nunca habíamos hablado de lo ocurrido el 15 de septiembre. Había sucedido y punto. Si tenía que referirse al accidente, Werner decía: «Aquel día de perros».

La natural reserva de los hombres de montaña jugó a mi favor, porque, casi contrariado, Werner se levantó, abrió la nevera y sacó una botella de *grappa* de genciana. Llenó dos vasitos. Brindamos en silencio.

—Me estabas diciendo...

—Que oí una historia. O mejor dicho: había dos turistas, bastante mayores, que hablaban con la mujer que nos alquiló los cascos en el Centro de Visitantes. Ilse. ¿La conoces?

—Debe de ser Ilse Unterkircher. Aquí en Siebenhoch nos conocemos todos, aunque los viejos como yo estamos en vías de extinción y las nuevas generaciones... —tragó un sorbo de *grappa*—. Cuando tengas mi edad te darás cuenta de algo muy divertido. Todas las caras se parecen. Especialmente las de los jóvenes. Pero te apuesto lo que quieras a que no es de esto de lo que querías hablarme.

—Ilse lo llamó la «masacre del Bletterbach». Y me parece que añadió un nombre: Schaltzmann.

«Me parece», y una mierda.

En el historial de Google que había hecho desaparecer había por lo menos doce búsquedas diferentes partiendo de ese nombre. Lo recordaba, y cómo lo recordaba. Salvo que incluso el gran oráculo del siglo XXI había sido incapaz de proporcionarme una respuesta. Había encontrado un Schaltzmann que era profesor de Yale, un equipo de hockey, un fotógrafo de Hamburgo, dos vendedores diferentes de coches de segunda mano, en Baviera, y un sinfín de «Schaltzman-Saltzmann», y así sucesivamente. Pero ¿sobre la masacre del Bletterbach? Un vacío absoluto. Esto, en vez de desmoralizarme, reavivó mi interés. La curiosidad se alimenta de espacios en blanco en los mapas.

Werner se sirvió otra copa de *grappa*.

—¿Qué has oído? —preguntó con sequedad.

—Que nunca se detuvo a nadie.

—A nadie. Correcto.

Me encendí un cigarrillo, luego le tendí el paquete. Werner lo rechazó con un gesto distraído.

—28 de abril de 1985. Como se suele decir en la televisión: yo estaba allí.

—¿Tú *estabas allí*?

No fui capaz de ocultar la emoción. Me imaginaba que Werner iba a ser una buena fuente de información, no que iba a ser una fuente de primera mano.

Werner interceptó mis ojos y permaneció clavado ahí durante unos segundos.

Colocó el vaso sobre la mesa. La excitación desapareció en un relámpago.

—Jeremiah, nunca me he entrometido en las cosas de mi hija. Herta decía que a los hijos hay que dejarlos volar desde el nido y yo siempre estuve de acuerdo con ella. De manera que no me gusta lo que estoy a punto de decirte, pero lo hago también por ti...

Una pausa.

—... y por Clara.

Lo detuve con un gesto de la mano.

—No tengo la intención de hacer un documental sobre el asunto, Werner —dije—. He dado mi palabra. No quiero que mi matrimonio se rompa por culpa de mi..., ¿podemos llamarla «ambición»?

—Estupidez, Jeremiah. Mandar un matrimonio al carajo, destruir una familia que funciona, una familia como la tuya, es pura y simple idiotez.

—Amén.

—Pásame uno, ¿quieres?

Encendió el cigarrillo como hacía siempre: utilizando la uña del pulgar para prender la cerilla.

—¿Así que solo deseas escuchar una vieja historia, entonces?

—Werner...

De mi boca salió una especie de confesión que brotaba del corazón. Tal vez por eso, precisamente porque fui sincero, condené nuestras almas.

—Es una historia que me gustaría escuchar. Pero no quiero hacer un documental sobre ella. Estoy muy... cansado. Pero necesito tener algo con lo que *entretenerme*. Es como la montaña para ti. ¿Desde cuándo no haces una escalada como Dios manda?

—Por lo menos veinte años, si no más.

—Pero sigues haciendo tus excursiones, ¿verdad?

—Si quieres llamarlas excursiones... —respondió Werner con amargura—, sí, claro. Pero son paseos solo aptos para turistas artríticos.

—Me gustaría que esta historia fuera mi versión mental de tus paseos. Necesito una idea con la que entretenerme. Necesito salir de... de este estado.

Una expresión de alarma en la cara de Werner.

—¿Quieres decir que estás mal otra vez?

—No —lo tranquilicé—, nada de eso. Annelise y Clara son unas medicinas fantásticas. Ya no tengo pesadillas —frente a su expresión de desconcierto afiné el tiro—, ya *casi* no tengo pesadillas y las que tengo son... manejables. Físicamente nunca he estado mejor. Clara me está fatigando a base de caminatas y me muero de ganas de que empiece a nevar para enseñarle a montar en trineo. Mentalmente, sin embargo...

—No eres capaz de quedarte de brazos cruzados.

—Exacto.

Werner dejó caer un poco de ceniza en el suelo.

—Annelise me dijo que estás trabajando con tu amigo, Mike...

—En realidad, yo me limito a dar indicaciones de tanto en tanto. Nada más. Y no voy a ocultarte que me va bien así.

—¿Recordar te duele?

—Muchísimo —respondí, intentando deshacer el nudo en el fondo de mi garganta—. Es como un animal salvaje que permanece escondido dentro de mí, Werner. Y muerde. Siempre. Tal vez un día sea capaz de ponerle correa y bozal. Amaestrarlo. Volver a tener solamente días buenos. Pero ahora necesito un nuevo... juguete para mantener bien esto de aquí —concluí poniéndome el índice en la sien.

No añadí nada más. Estaba en manos de Werner. Fuera cual fuese su respuesta, la aceptaría. Aunque me echara de la casa a patadas. Me sentía agotado. Pero era una sensación agradable. Quizá como la que siente el devoto después de confesar sus pecados a su guía espiritual.

Werner me absolvió.

Y empezó a contar.

# La masacre del Bletterbach

1.

—La historia comienza en el Tirreno.

—¿En el mar?

Werner asintió.

—¿Sabes lo que es un «sistema convectivo multicelular con regeneración»?

—Me estás hablando en árabe.

—Es una definición meteorológica. «Sistema convectivo multicelular con regeneración», más comúnmente denominado «temporal autorregenerativo». Imagínate una corriente húmeda y caliente que llega del mar. En nuestro caso, desde el mar Tirreno. Muy húmeda y muy caliente. Recorre la costa, pero, en vez de descargar en el golfo de Génova, sigue avanzando hacia el norte.

Intentaba imaginarme el mapa de Italia.

—¿Sobrevuela el valle del Po?

—Sin hallar obstáculos. Es más. Va acumulando todavía más humedad y también más calor. ¿Me sigues?

—Te sigo.

—Imagínate que esa corriente húmeda y cálida como los trópicos choca contra los Alpes.

—Un temporal de tomo y lomo.

—*Genau*. Pero del mismo modo que la corriente húmeda se topa con los Alpes, resulta que desde el norte llega una corriente gélida, que también va cargada hasta lo inverosímil de agua. Cuando las dos corrientes chocan se monta un buen pitote. Una tormenta perfecta autorregenerativa. ¿Sabes por qué es «autorregenerativa»? Porque la colisión entre las dos masas de aire no disminuye la intensidad del temporal, al contrario, hace que cada vez sea más y más fuerte. Violencia que engendra más violencia. Estamos hablando de más de tres mil rayos por hora.

—Una tormenta que se genera a sí misma —dije fascinado—. ¿Son raras?

—Hay un par cada año. Algunos años, tres; otros años, ni una siquiera. Pero la naturaleza da y la naturaleza quita. Las tormentas de este tipo son un apocalipsis en miniatura que no dura mucho. No más de una hora o dos, a lo sumo tres, y son muy limitadas. Esto, por regla general —añadió después de una breve indecisión.

—¿Y cuando la regla general no sirve? —lo presioné.

—Entonces nos plantamos en el 28 de abril de 1985. La madre de todas las tormentas autorregenerativas. Siebenhoch y la zona de alrededor permanecieron aislados del mundo durante casi una semana. No había ni carreteras, ni teléfonos, ni radio. Protección Civil tuvo que abrirse camino con excavadoras. El punto donde la

tormenta descargó con más violencia, y te estoy hablando de una violencia semejante a la de un huracán, fue el Bletterbach —se pasó una mano por la barbilla, se aclaró la voz y dijo—: Duró cinco días. Desde el 28 de abril hasta el 3 de mayo. Cinco días infernales.

Intenté imaginar esa masa tormentosa que se descargaba en esos mismos horizontes que podía admirar desde la ventana a pocos pasos de mí. No fui capaz.

—Pero no fue así como murieron —susurró Werner, moviendo la cabeza—. Hubiera sido... No digo más justo, pero sí más natural. Es algo que puede ocurrir, ¿verdad? Un rayo. Una roca. En la montaña esas cosas malas... ocurren.

Se me había reseca la garganta. Sí, las cosas malas ocurren. Lo sabía incluso demasiado bien.

Para librarme de esa sequedad, me levanté y me serví yo mismo. La *grappa* me bajó por la garganta como hierro candente. Me serví una tercera copa, menos generosa, y volví a sentarme.

—Esos pobres chicos no murieron así, lo que les pasó fue... —el rostro de Werner se deformó en una mueca que no le había visto nunca—. Una vez, hace muchos años, fui a cazar con mi padre. Cuando aún no existía el parque y..., ¿recuerdas nuestra charla sobre el sufrimiento debido al hambre?

La recordaba, y de qué manera.

—Sí.

—Tengo hambre, me voy de caza, mato. Intento no causar dolor, lo hago de una forma limpia, racional. Porque. Tengo. Hambre. Estas cosas no se juzgan, ¿verdad? Quedan más allá del concepto normal del bien y el mal.

Esas palabras, pronunciadas por un hombre que había pasado años salvando vidas ajenas, me impactaron profundamente. Asentí dándole ánimos para que prosiguiera, pero no era necesario, Werner habría continuado incluso sin mi aprobación. Era un concepto sobre el que había meditado muchas horas y estaba decidido a expresarlo de la mejor manera posible. Yo sabía reconocer una idea obsesiva cuando la tenía delante.

—En la guerra se mata. Está mal ordenar que se haga. Está mal obligar a generaciones a masacrarse en los campos de batalla. Es un insulto a Dios. Pero si no eres un rey o un general, ¿qué otra cosa puedes hacer? Disparar o ser fusilado. Y en la primera hipótesis existe la posibilidad de salvar el pellejo y regresar junto a la gente a la que amas.

Tabaleó con los dedos sobre la mesa.

—En la guerra se mata. Cazando se mata. Matar es humano, aunque no nos guste admitirlo y sea correcto que se intente evitar en lo posible. Pero lo que se hizo a esos tres pobres chicos en el Bletterbach el año 85 no fue matar. Fue una carnicería que tenía muy poco de humano.

—¿Quiénes eran? —le pregunté con un hilo de voz.

—Evi. Kurt. Markus —fue su respuesta, seca—. ¿Te importaría que nos fuéramos

de aquí? Empieza a hacer demasiado calor. Demos un paseo.

Salimos y nos encaminamos hacia un sendero que llevaba hasta el bosque.

El aroma del otoño, ese olor dulzón que resulta casi molesto para la nariz, estaba en su apogeo. No tenía ninguna duda de que pronto el invierno barrería con todo aquello. Incluso el otoño más hermoso reclama su derecho al eterno reposo después de un tiempo.

Me estremecí. No me gustaba el giro que habían tomado mis pensamientos.

—Eran buenos chicos, ¿sabes? —dijo Werner, tras superar un pino partido por la mitad por un rayo—. Los tres habían nacido aquí. Evi y Markus eran hermanos. Ella era la mayor. Una chica guapa. Muy desgraciada, sin embargo.

—¿Por qué?

—La enfermedad de Tirol del Sur, Jeremiah, ¿la conoces?

—No... —balbucí—. No tengo ni idea.

—El alcohol.

—¿Evi era alcohólica?

—Evi no. Lo era su madre. Su marido, un viajante de Verona, la había abandonado en los años setenta más o menos, poco después de que naciera Markus. Pero su vida ya era un asco antes, puedes apostar al respecto.

—¿Por qué?

—Eran otros tiempos, Jeremiah. ¿Ves mi propiedad?

—¿Welshboden?

—¿Sabes por qué la compré por algo más que un puñado de cacahuetes?

—¿Porque tienes olfato para los negocios?

—También. ¿Eres capaz de traducir el nombre?

—¿Welshboden?

—*Genau*.

El dialecto local distorsionaba bastante el *Hochdeutsch* con el que mi madre me había criado, y a menudo lo encontraba incomprensible. Negué con la cabeza, desolado.

—La palabra *Walscher*, o *Welsher*, y quién sabe cuántas otras deformaciones existen, es una palabra clave si uno quiere conocer la suciedad oculta bajo la alfombra de esta tierra, Jeremiah.

Se refería al conflicto étnico que comenzó en la segunda posguerra, del que había oído hablar bastante.

—¿Italianos contra alemanes y alemanes contra italianos? ¿«Belfast con *strudel*»?

—*Walscher* significa «extranjero», «ajeno». De fuera. Pero de mala manera, despectivo. Es por eso por lo que lo compré por una cifra ridícula. Porque era la tierra de los *Walscher*.

—Pero el conflicto...

—El conflicto ya no existe, gracias a los turistas y gracias a Dios. Pero, en el fondo, siempre hay algo que...



—Malicia.

—Me gusta, es una bonita palabra. Educada. Es así. Un conflicto étnico muy educado. En los años sesenta, no obstante, cuando la madre de Evi y Markus se casó con ese viajante de Verona, el conflicto étnico seguía bajo el sonido de las bombas. En sus documentos, el apellido de Evi era Tognon, pero si preguntas por ahí, todo el mundo te dirá que Evi y Markus se llamaban Baumgartner, que era el apellido de la madre. ¿Lo entiendes? El cincuenta por ciento italiano ha sido eliminado. La madre de Evi se había casado con un italiano, ¿puedes imaginarte lo que significaba en ese momento un matrimonio mixto?

—No era una buena vida.

—No, en absoluto. Luego el marido la dejó y el alcohol destruyó ese poco de raciocinio que le había quedado en la cabeza. Fue Evi la que crio a Markus.

—¿Aún sigue viva?

—La madre de Evi murió un par de años después de que enterráramos a sus hijos. No estuvo en el funeral. La encontramos desplomada en la cocina de su apartamento. Iba cargada hasta las cejas y nos preguntó si queríamos..., bueno, si queríamos...

Le evité la incomodidad con una pregunta.

—¿Se prostituía?

—Solo cuando se le terminaba el dinero.

Caminamos aún un rato en silencio. Escuché los reclamos de los colimbo y de los gorriones.

Una nube de paso oscureció el sol, luego volvió a dirigirse hacia el este, plácida e indiferente a la tragedia de la que Werner me estaba poniendo al día.

—¿Y Kurt? —pregunté para romper el silencio que empezaba a hacerme sentir incómodo.

—Kurt Schaltzmann. Kurt era el mayor de los tres. Él también era un buen muchacho —se detuvo para cortar una ramita de pino de un ejemplar oscuro y nudoso—. Créeme, de verdad eran muy buena gente.

Werner se quedó en silencio y yo, para rellenar ese silencio, murmuré:

—En el 85 yo quería ser lanzador de los Yankees y estaba enamorado de mi tía Betty. Hacía unas magdalenas increíbles. Tengo buenos recuerdos de esa época.

—Por aquí esa época fue la peor desde los tiempos de la guerra, créeme. Los jóvenes se marchaban y los que no lo hacían se mataban a base de alcohol. Exactamente igual que la mayoría de los adultos. No había turismo, no había subsidios a la agricultura. No había trabajo. No había futuro.

—Entonces, ¿por qué Evi y los demás se quedaron?

—¿Y quién ha dicho que se quedaran?

—¿Se marcharon?

—Evi fue la primera. No solo estaba preparada, sino que también era guapa. ¿Y sabes lo que les pasaba, aquí, entre nosotros y en esos años, a las chicas guapas e inteligentes?

—¿Se casaban y se daban al alcohol?

Werner asintió.

—El primer gilipollas que se les plantaba delante, y aquí los hay como en todas partes, las enamoraba, las dejaba embarazadas y luego se liaba a correazos si no había bastante cerveza en la nevera. Y al cabo de un tiempo, fíate de mí, nunca hay bastante. Evi había visto lo que les pasaba a las mujeres que perdían la cabeza por culpa de un gilipollas.

Era la primera vez que oía a Werner utilizando esa clase de lenguaje.

—Evi tenía proyectos. Se licenció con las notas más altas y obtuvo una beca para la universidad. Tanto ella como Markus eran bilingües, aunque su madre se negaba a hablarles en italiano, y ella había aprendido a hacer que la llamaran Baumgartner; por tanto, en el momento de elegir en qué universidad matricularse, Evi optó por Austria.

—¿Qué facultad eligió?

—Geología. Amaba estas montañas. El Bletterbach, sobre todo. El Bletterbach era el lugar al que llevaba a su hermano pequeño cuando las cosas se torcían en casa y fue en el Bletterbach, eso es lo que dicen, donde descubrió que estaba enamorada.

—¿De Kurt? —pregunté, sabiendo ya la respuesta.

—Kurt tenía cinco años más que Evi, era un guía de montaña y un buen socorrista. Procedía de una buena familia. Su padre, Hannes Schaltzmann, era amigo mío —se detuvo, los ojos por un instante se le velaron de tristeza—. Un buen amigo. Fue Hannes quien le transmitió a su hijo la pasión por la montaña.

—¿También Hannes era del Socorro?

—Uno de los miembros de la directiva. Fue él quien reunió el dinero para comprar el Alouette. Recuerdo que Kurt nos pedía siempre utilizar ese molinillo para realizar excursiones para los turistas en los Dolomitas, a un precio razonable, pero, aunque como idea era genial, no queríamos ni oír hablar de ese tema. El Alouette se utilizaba para salvar a la gente, no para darles el gusto a los turistas. Aun así, no voy a creer que era codicioso. Como guía alpino, Kurt no ganaba mucha pasta y como socorrista todavía ganaba menos, dado que todos éramos voluntarios. Pero para Kurt el dinero no era importante. La recompensa era la montaña.

—¿Fue un amor feliz el que había entre Evi y Kurt?

Werner sonrió.

—Como únicamente sucede en los cuentos de hadas. Evi tenía las ideas claras sobre el futuro. La universidad, la licenciatura con las notas más altas, un doctorado, luego el Museo Natural de Bolzano, del que en esa época se hablaba mucho. Era ambiciosa. Su sueño era convertirse en encargada del área geológica. Y, en mi opinión, creo que lo habría logrado, realmente era muy buena. En cuanto llegó a Innsbruck, llamó la atención de sus profesores. Mira que no tuvo una vida fácil. Imagínate a esa chica, una chica de montaña que habla en nuestro *dialokt*, que empieza a discutir con los expertos de la universidad, algunos de los cuales habían comenzado su carrera en los años treinta y cuarenta. No sé si me explico. A pesar de

todo esto, tenía unas notas excelentes. Comenzó a escribir artículos. Era una estrella en ascenso.

Me estremecí. A mí también me habían definido como el cincuenta por ciento de una estrella en ascenso. Era una definición que traía mala suerte. Una condenada mala suerte.

—¿Cuándo se marchó a Innsbruck?

—Evi se marchó en el 81, dejando a Markus solo. Era menor de edad y su madre, como se suele decir en estos casos, no estaba en pleno uso de sus facultades mentales, pero Markus sabía cuidar de sí mismo. Evi se marchó y Kurt se fue a vivir con ella al año siguiente, en 1982, el año en que Italia ganó el Mundial de fútbol —Werner soltó unas risas—. Aquí se vieron algunas caras largas...

—¿También por la cuestión étnica?

—Íbamos con Alemania.

—¿No con Austria? —pregunté, inocentemente.

La respuesta de Werner, repentina, hizo que yo estallara en carcajadas.

—¿Has visto alguna vez jugar al fútbol a la selección nacional de Austria? Ya podrían levantar la bandera blanca.

—Jesús, qué tontería...

—Plantéatelo así, Jeremiah: mientras se habla de fútbol no hay tiempo de fabricar bombas —una breve pausa—. Kurt estaba enamorado y se marchó. Cuando Hannes me comunicó que su hijo, el único que tenía, se iba a ir a vivir a Innsbruck con Evi, fue un pequeño choque también para mí, a quien tenían por un hombre... de ideas avanzadas.

—¿En qué sentido?

Werner se aclaró la voz, turbado.

—Por aquí siempre hemos sido un poco conservadores, ¿sabes?

—No estaban casados.

—Y no tenían intención de estarlo. Decían que el matrimonio era una tradición de otra época. Intenté convencer a Hannes de que en modo alguno era algo malo. Verás, con esto de la convivencia, Kurt y su padre habían dejado de hablarse y a mí eso no me parecía bien. Y además, Evi me gustaba, porque era una buena chica. Pero Hannes nunca lo superó. Al igual que mucha gente —añadió Werner con amargura— en Siebenhoch.

—¿Por el apellido de Evi?

—Evi ya tenía un pecado que redimir, por el hecho de ser medio italiana. Además, convivía con su novio en un mundo que ni siquiera había acuñado aún esa palabra. «Convivir». Convivir estaba bien para la gente del cine, pero no pegaba nada con la gente timorata de Siebenhoch. Aunque, ¿quieres que te diga toda la verdad?

—Estoy aquí para escuchar.

Werner se detuvo.

Habíamos llegado a un punto donde el sendero trazaba una curva de noventa

grados sobre una caída en picado de unos cuarenta metros. Estábamos expuestos a la brisa que venía del oeste y que empezaba a convertirse en viento. Sin embargo, aún no hacía frío.

—¿Aunque te vaya a hacer ver de una forma distinta Siebenhoch?

—Claro.

—Evi le había robado a Siebenhoch uno de sus mejores hijos. Era un buen chico y un buen partido, pero, como siempre en estos casos, a nadie se le pasó por la antecámara del cerebro que ir a Innsbruck había sido idea suya y no una especie de... chantaje que Evi había urdido para atrapar a uno de los solteros más codiciados del pueblo.

—¡Qué cabrones!

—Ya puedes decirlo en voz alta, aunque por amor a la patria debería arrearte un puñetazo en la nariz. Unos cabronazos de mierda. Luego pasó el tiempo y, como sucede en los pueblos pequeños como el nuestro, Evi y Kurt desaparecieron de la memoria. Si no hubiera sido por Markus, creo que nadie habría vuelto a hablar de ellos.

—Porque Markus se quedó aquí.

—Iba a la escuela y se pasaba los días vagando por las montañas. Cuando podía, se iba a trabajar de mozo en una carpintería de Aldino, para reunir algo de dinero. Evi y Kurt venían a Siebenhoch sobre todo por él. A pesar de mis esfuerzos para que entraran en razón, Kurt y su padre todavía andaban reñidos.

Después de haberme pasado la mitad de mi vida enfrentándome a mi padre y la otra mitad dándome cuenta de lo mucho que me parecía a él, lo entendí de inmediato.

—Venían en raras ocasiones. Nada de Unión Europea, nada de precios subvencionados y sobre todo nada de tarjetas de crédito para Evi y Kurt. Viajar costaba una fortuna. Evi tenía su beca y, conociéndola, estoy seguro de que tenía algún trabajo a tiempo parcial también allí. Kurt, en cambio, encontró el más clásico de los trabajos como inmigrante italiano.

—¿Pizzero?

—Camarero. Eran felices y tenían un futuro. No te lo voy a ocultar —terminó antes de pedirme un cigarrillo—, lo que pasa es que no consigo digerir la historia de la masacre: Kurt y Evi tenían un futuro por delante. Un hermoso futuro.

Fumamos en silencio, escuchando el viento que inclinaba las copas de los abetos.

A menos de diez kilómetros de nosotros, el Bletterbach espiaba nuestra conversación.

—Alguien en el pueblo dijo que había sido el Señor, para castigarlos por sus pecados.

Estas palabras me golpearon como un látigo. Me sentía disgustado.

—¿Qué pasó el 28 de abril, Werner?

Werner se volvió hacia mí, tan lentamente que pensé que no había entendido la pregunta.

—Nadie sabe con certeza lo que pasó ese día. Solo puedo explicarte lo que yo vi y lo que hice. O mejor dicho. Lo que vi e hice entre el 28 y el 30 de abril de ese maldito 1985. Pero hagamos un pacto, Jeremiah.

Estaba mortalmente serio.

—¿Qué clase de pacto?

—Te voy a contar todo lo que sé, sin ocultarte nada, y a cambio me vas a prometer que no vas a dejar que esta historia te devore.

Había utilizado el verbo alemán *fressen*, que significa «comer» en el sentido utilizado para los animales. Para el hombre se utiliza el verbo *essen*, «comer».

Las bestias devoran.

—Es lo que le ocurre a cualquiera que se tome en serio el asunto de la masacre del Bletterbach.

Se me erizaron los pelos de la cabeza.

La brisa que se había convertido en viento me parecía que estaba silbando.

—Cuéntame.

En ese momento mi móvil emitió un trino que nos sobresaltó a ambos.

—Perdona —dije, molesto por la interrupción.

La comunicación era defectuosa y me costó un poco comprender.

Era Annelise. Y estaba llorando.

## El Saltner

1.

Abrí la puerta sin esperar a que el motor se parara y me precipité dentro de la casa. Annelise estaba sentada en mi butaca preferida, en el centro del salón.

Sin decir nada la besé. Sabía a café y a hierro.

Clara se asomó desde su habitación y corrió a abrazar a Werner.

—Mamá grita —dijo.

—Sus buenas razones tendrá —respondió Werner.

—Estaba muuuuy enfadada —susurró Clara—, ha dicho un montón de palabrotas. Pero solo un...

—Clara —era raro que Annelise se dirigiera de una forma tan brusca a la niña—. Ve a tu habitación.

—Pero yo... —protestó.

—¿Por qué no vamos a hacer un *strudel*? —se inmiscuyó Werner, acariciando la cara tensa de Clara—. ¿No quieres saber cómo hacía el *strudel* tu pobre abuela?

—¿La abuela Herta? —Clara se iluminó—. ¿La que ahora es un ángel? Pues claro que quiero.

Werner la cogió de la mano y se dirigió hacia la cocina.

Solo entonces Annelise habló.

—Los odio.

—¿A quién?

—A todos.

—Cálmate.

—¿Cálmate?

Me rasqué la cicatriz.

—Solo quiero saber qué ha pasado.

Rompió a llorar. No era el sollozo que me había partido el corazón el día en que le juré que me tomaría un año sabático. Era un llanto de rabia.

—He ido a la tienda de Alois, quería comprar unas conservas y algún frasco de encurtidos. En la radio han dicho que va a nevar, y —se sorbió la nariz— creo que me ha entrado una especie de síndrome de la ardilla. Mamá siempre llenaba la despensa cuando se acercaban las primeras nieves, porque nunca se sabe. Y entonces...

Si sacaba a su madre a colación, tema tabú, el asunto debía de ser verdaderamente grave.

—Yo estaba detrás de una estantería. Ya sabes cómo está montado ese agujero de la tienda de Alois, ¿verdad?

—Voy allí a comprar cigarrillos.

—En un momento dado oigo a Alois y a Luise Waldner...

—¿Esa mujerona que me trajo una tarta de arándanos cuando volví del hospital?

—Ella misma.

—¿Y qué estaban diciendo?

—Hablaban.

Cerré los ojos.

—¿Qué decían?

La respuesta fue un susurro.

—Que todo fue por tu culpa.

—¿Y qué más? —pregunté con sequedad.

—¿Qué más? Luego salí de detrás de la estantería. Y empecé a insultarles. Y esa puta me dijo que era muy valiente al hablar, teniendo en cuenta que era la esposa de un asesino.

*Asesino.*

Exactamente eso: asesino.

—¿Y...?

Annelise abrió los ojos por completo.

—En tu opinión, ¿qué te parece que hice? Cogí a Clara y me largué. Dios, de haber podido les habría sacado los ojos. Mejor dicho, ¿sabes qué? Lamento no haberles puesto las manos encima. Primero a ella, y luego a ese...

Rompió a llorar.

—Lo siento, lo siento mucho...

—No te preocupes. No pasa nada. La gente... ya sabes cómo es..., ¿no?

—La señora Waldner... Fue ella la que leyó la oración en el funeral de mi madre.

Me volvieron a la cabeza las palabras de Werner. Lo que la señora Waldner había dicho sobre mí no era nada en comparación con lo que los queridos habitantes de Siebenhoch habían dicho sobre la tumba de Evi, Kurt y Markus. La abracé con fuerza.

—¿Cómo se lo ha tomado Clara?

—¿Tú la entiendes, a esa niña?

Sonrisas.

—Entiendo que la quiero. Y eso me basta.

2.

Fui muy paciente, divertido y absolutamente falso durante el resto de la tarde.

Ayudé a Clara a mezclar la masa para el *strudel* y bromeé con Werner, quien se había encargado de pelar las manzanas.

Fui muy *cool* ese día, vaya que sí.

Más tarde, mientras un delicioso aroma de pastel invadía la cocina, cuando Werner hizo ademán de marcharse, aproveché la oportunidad y me ofrecí a acompañarlo hasta Welshboden.

—¿Quieres que te cuente el final de la historia? —me preguntó nada más entrar en el coche.

—Quiero volver junto a Annelise rápidamente. Me pasaré esta noche, si no te molesta.

Cuando llegamos, Werner me dijo:

—No hagas tonterías, Jeremiah.

Me despedí de él, metí la marcha atrás, salí de su finca y me dirigí a toda velocidad hacia la minúscula tienda de Alois. No quería hacer tonterías. Tan solo quería romperles la cara.

Lo que me detuvo fue el destello de unas luces largas en el espejo retrovisor.

3.

La cara que se asomó por la ventanilla me resultaba conocida, como la de casi todos los habitantes del pueblo, y como con cualquier otra persona era incapaz de conectarla con un nombre.

Cincuenta años, grandes entradas, una sombra de barba bajo el mentón. Cuando me pidió la documentación mostró unos dientes pequeños y regulares.

Por detrás de él, en la carretera, un Mercedes negro aminoró. Vi una silueta del otro lado de la ventanilla, pero no pude distinguir nada más. Cristales tintados.

La estúpida curiosidad de ese desconocido no hizo más que aumentar mi irritación.

Le pasé al hombre de uniforme el permiso de conducir, el de circulación y el pasaporte, que llevaba siempre conmigo. Los estudió con aire distraído. No me había parado por la velocidad, más claro el agua.

—¿Iba demasiado rápido?

—¿Con estas curvas? Si usted fuera alguien de aquí, no.

—Pero yo no soy de aquí.

Negó con la cabeza, afable.

—Si usted fuera de aquí, lo habría sometido ya a la prueba de alcoholemia. Y si hubiera pasado el límite permitido, aunque solo fuera por esto —me mostró un microscópico espacio entre el pulgar y el índice—, le habría inmovilizado el vehículo, créame.

—Es la primera vez —le dije señalando la enseña que llevaba en el pecho— que me detiene por exceso de velocidad un agente de la Guardia Forestal.

—Aquí entre nosotros es la costumbre. Siebenhoch...

—... es una pequeña comunidad, me parece haberlo entendido. Me lo repite todo



el mundo constantemente.

El hombre se encogió de hombros. Parecía un buen tipo. El tío bonachón que en Navidad se viste de Santa Claus. De no ser por el hecho de que estaba obstaculizando mis deseos de venganza, me habría resultado simpático. Pero yo estaba cabreado.

Furioso.

Finalmente logré leer el nombre en la solapa de su chaqueta gris verdosa. Krün. Annelise me había hablado de él, llamándolo «Jefe Krün».

Lo había visto alguna vez con esa especie de cajón que lanzaba destellos detrás de mi coche, patrullando por las calles o estacionado delante de algún bar. Había bastantes en Siebenhoch y todos estaban siempre repletos de gente.

—¿Así que usted es al que en mi tierra —continué manteniendo un tono bromista— llaman «el *sheriff* del pueblo»?

El agente se rio.

—¿El *sheriff*? Me gusta. Sí, así es, en efecto. Guardia urbano, policía y agente forestal. A veces, incluso asistente sanitario y padre confesor. ¿Sabe por qué ocurre eso? La administración tiende a ver bien todo aquello que suponga un ahorro para los contribuyentes. Y nadie se ha quejado nunca de un servidor. La gente tiene tendencia a fiarse más de las caras conocidas. Sobre todo...

—... en los pueblos pequeños.

Krün suspiró.

—*Genau* —dijo—. En Siebenhoch nos conocemos todos, bien o mal. ¿Me sigue?

—Si quiere que le diga la verdad, no.

—¿En serio?

—Si estaba yendo demasiado rápido, por favor, póngame la multa y déjeme seguir mi camino.

—¿Tiene prisa, señor Salinger?

—Me he quedado sin tabaco. Dentro de nada Alois cerrará y no quiero pasar la noche soñando con un Marlboro. ¿Le parece suficiente?

—Siempre puede bajarse hasta Aldino. Hay una estación de servicio abierta las veinticuatro horas con un bar al lado. Un lugar para camioneros. No le recomiendo el café, pero venden cigarrillos. Marlboro. Lucky Strike. Camel. Tendrá donde elegir. El paraíso del fumador.

—Gracias por la información. Ahora, por lo que se refiere a la multa...

Su rostro perdió la expresión del tío bonachón que entra en casa diciendo lo de «ho-ho-ho». El que tenía ahora delante era el rostro del policía malo.

—No he terminado, señor Salinger.

—¿Me está amenazando?

Krün levantó ambos brazos.

—¿Yo? Solo le estoy dando indicaciones. Aquí en Siebenhoch somos personas amables. Sobre todo con los que están emparentados con el viejo Mair. Tiene una hija muy guapa, señor Salinger. ¿Cómo se llama? ¿Clara?

Apreté con fuerza las manos en el volante.

—Sí.

—¿Sabe lo más bonito de las comunidades pequeñas como esta, señor Salinger? Lo miré fijamente unos instantes, luego perdí los estribos.

—No me importa una mierda —musité—, solo quiero ir a comprar esos malditos cigarrillos y marcharme de nuevo a casa.

Krün no mostró ninguna reacción.

—¿Quiere bajar del vehículo, señor?

Volví la cabeza hacia él. Noté que los tendones del cuello me crujían.

—¿Cuál es el motivo? —grazné.

—Me gustaría someterlo a la prueba de alcoholemia. No me parece que esté en condiciones de conducir.

—No voy a someterme a ninguna prueba de mierda, *Jefe* Krün.

—Bájese, señor Salinger. Y le conmino a que no utilice semejante lenguaje delante de un funcionario público. Mañana por la mañana podrá formular sus quejas a quien corresponda, estaré encantado de proporcionarle los formularios oportunos. Ahora bájese.

Bajé.

—Las manos en la cabeza —ordenó Krün.

—¿Me está deteniendo?

—Ha visto usted demasiadas películas, señor Salinger. Aunque, por otra parte, ese es su trabajo. Las manos en la cabeza. Levante la pierna izquierda y permanezca en equilibrio hasta que se lo diga yo.

—Es ridículo —protesté.

—Es la norma —fue la respuesta, gélida.

Obedecí, sintiéndome como un perfecto idiota.

Con un gesto teatral, Krün se puso a cronometrar mi *performance*.

Duró más de un minuto. Los coches que pasaban aminoraban y podía oír las burlas de los ocupantes a pesar del ruido de los motores. Al final, satisfecho, Krün asintió.

—No está borracho, señor Salinger.

—¿Puedo volver al coche?

—Puede quedarse y escucharme. Luego ya seguirá su camino. Si aún desea hacerlo.

No dije nada.

Krün se ajustó la gorra sobre la frente.

—En esta carretera el límite de velocidad es de sesenta kilómetros por hora. En menos de un kilómetro, dentro de tres curvas, entrará en el territorio considerado como urbano. Allí el límite permitido es de cuarenta. ¿Me está escuchando, señor Salinger?

—Gracias por la información. La guardaré como oro en paño.

—Para llegar al minimarket de Alois respetando los límites de velocidad, necesitará unos doce minutos. Quizás trece. La pregunta es: ¿vale la pena?

Me sobresalté.

El Jefe Krün captó mi sorpresa.

—No hay secretos en Siebenhoch, señor Salinger. No para mí. No para el *sheriff* —se acercó un paso—. ¿Sabe por qué lo he parado, señor Salinger?

—Dígame usted.

Krün se frotó la barbilla un par de veces.

—Me he enterado de una disputa, de una discusión más bien encendida, esta misma tarde, entre su esposa y la señora Waldner. Una disputa en la que también ha participado el señor Alois, el propietario del establecimiento situado en el pueblo. Ningún problema, entendámonos. Lo que ocurre es que cuando le he visto conduciendo hacia el pueblo, no digo a toda velocidad sino, como voy a escribir en mi informe, a una velocidad sostenida, he pensado que, tal vez, había sentido usted la urgente necesidad de hacer un poco de justicia. Y eso, señor Salinger, ya no está tan bien.

—Solo quería explicaciones.

—No me tome por un ingenuo. Lo sé todo sobre usted —una pausa, su voz tembló—. Todo lo que hizo. Allí arriba.

Una punzada en la nuca. Una aguja gélida de dolor.

—¿Y qué se supone que hice?

Krün colocó el dedo sobre su distintivo.

—Nada punible desde el punto de vista del código penal.

—¿Por qué? —le pregunté—, ¿es que hay otros puntos de vista?

Con uniforme o sin uniforme, estaba listo para saltar sobre él. Debió de darse cuenta porque su tono se volvió menos odioso. Reapareció el tío bonachón.

—Hemos empezado mal, señor Salinger. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Sí —murmuré, con la adrenalina que bramaba todavía por mis venas.

—No quiero que se sienta un extranjero. Usted es el yerno del viejo Mair. Werner es una persona muy respetada en Siebenhoch y todos estamos contentos de que Annelise haya decidido regresar al pueblo por un tiempo. Además, su hija es una niña encantadora. Frau Gertraud, la de la biblioteca, la adora. Dice que es la niña más precoz que ha conocido en su vida.

—¿Eso hace de mí alguien de aquí?

—Digamos que usted se encuentra por debajo de esa línea. Pero bastante más arriba que un simple turista. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—No —respondí con sequedad.

—Quiero ser franco con usted, precisamente debido a su estatus de... huésped bienvenido. En Siebenhoch hay un montón de peleas. Un montón. Y mi tarea no es solo la de meter en el calabozo a algún borracho o llamar al médico para que le dé unos puntos. Mi tarea es evitar los problemas. Prevenirlos. Al menos esa es mi

manera de pensar.

Una breve pausa, luego continuó.

—Sé lo que la gente dice de usted. En especial después del accidente en el Ortles. Pero no son más que habladurías.

—¿Usted comparte esas habladurías?

El tío bonachón negó con la cabeza.

—Lo que yo crea o deje de creer no tiene importancia, señor Salinger. No aquí y no ahora. Usted, si pudiera, ya me habría soltado un par de patadas en los huevos. ¿Cree que estoy ciego? Está fuera de sí por la ira. Lo que tiene importancia para mí ahora es que se vuelva para casa. Échese un buen sueñecito y olvídense de los cotilleos de dos viejos que no tienen nada que hacer durante todo el día, salvo hablar mal de los demás. No vale la pena. No les dé la razón.

—¿Darles la razón?

—Para hacer este trabajo, uno tiene que utilizar un poco de psicología, señor Salinger. Con los músculos no se va a ninguna parte. Y el psicólogo que hay en mí dice que cuando alguien se dirige *a una velocidad sostenida* hacia el establecimiento comercial de una persona que ha expresado un comentario poco halagador sobre él, ese comentario de alguna manera debe de haberlo herido. Liarse a puñetazos con un hombre que, a pesar de que no lo parece, tiene casi diez años más que su suegro, Salinger, tal vez le haga sentirse mejor en ese momento, pero no haría más que darle la razón a Alois y quién sabe a cuántas personas más, aquí en Siebenhoch.

Por mucho que odiase la idea, en mi corazón sabía que era justo así.

Sí, me sentía un asesino. Por eso quería ir a por ese chismoso y partirle el alma a puñetazos. No por las lágrimas de Annelise o por Clara, como me había repetido a lo largo de toda la tarde, sino porque sentía que esas habladurías no carecían de fundamento. Habría desahogado sobre él un odio que sentía solo y únicamente contra mí mismo. Una conducta propia de cobardes.

Me detesté.

Solté un largo suspiro. La adrenalina se redujo.

Puse los ojos en Krün y lo vi tal como era. Un tipo de uniforme que hacía todo lo posible para evitar problemas.

—Es usted una persona competente, y ahora entiendo por qué lo llaman Jefe Krün. Tiene razón —admití—. Me gustaría invitarle a una cerveza, un día de estos. Por lo visto tengo una deuda con usted.

El Jefe Krün pareció relajarse. Me tendió la mano.

—Llámame Max. Ninguna deuda, cumplo con mi deber.

—Gracias, Max. Tú sigue llamándome Salinger, también lo hace mi mujer —sonreí.

Llevé a Clara a dormir no sin antes haberle leído un cuento, besé a Annelise sumida en la contemplación de un culebrón romántico y me despedí de ella diciéndole que le había prometido a Werner destrozarlo al ajedrez. Me puse la chaqueta y salí para escuchar la historia del 28 de abril de 1985.

Afuera nevaba.

## 28 de abril de 1985

1.

Welshboden me recibió con su confortante olor a chimenea y tabaco. Werner me ofreció una *grappa* de hierbas y yo por mi parte lo invité a un cigarrillo.

—La tormenta de Siebenhoch —dije—. Si no has cambiado de idea.

—Tienes que saber algo más, antes de que empiece a contarte la masacre. Las tormentas autorregenerativas no son predecibles. Incluso hoy en día, con toda esa parafernalia electrónica disponible, solo sabes que va a llover y que habrá un buen temporal. No sabes que va a ser un terrible temporal. Por eso fueron.

—Evi, Kurt y Markus.

—Los tres eran montañeros experimentados, sobre todo Kurt. Créeme, no era alguien que corriera riesgos, aunque tampoco se asustaba por dos gotas de lluvia. Y, en cualquier caso, cuando salieron de Siebenhoch aún no estaba lloviendo. Esto es algo que quiero que quede claro, Jeremiah: nadie podía saber lo que estaba a punto de desencadenarse. Las tormentas autorregenerativas son impredecibles.

—¿A qué hora se fueron?

—Nunca lo determinamos con precisión. Pero tenía que estar aún oscuro. Pongamos que alrededor de las cinco. Solo los turistas se lo toman con calma cuando hay que caminar en la montaña —una breve pausa—. En el 85 no existía el Centro de Visitantes, el Bletterbach era un lugar salvaje. ¿Te has fijado en que en la actualidad solo se pueden hacer dos rutas?

—Y cuidado con no seguirlos —dije, recordando las indicaciones de Ilse.

—Verás, en esa época, en el Bletterbach no había recorridos seguros. Estaban los viejos senderos de los cazadores, poco más que sendas enterradas por los helechos, y algunos caminos de herradura que usaban los madereros, pero que no llevaban muy lejos. Era inútil cortar árboles allá abajo, en las profundidades: ¿cómo apañárselas luego para llevar los troncos de vuelta? El torrente no es lo bastante grande como para conseguir que la corriente los arrastre y no había carreteras para transportarlos en camión o en *jeep*.

*En las profundidades.*

—La lluvia empezó hacia las diez de la mañana. Una buena tormenta, pero con pocos rayos. Si aquello era el aviso del matadero que iba a estallar después, nadie se dio cuenta. En abril las tormentas son una constante por aquí, y nosotros, los del Socorro, nos preparamos para hacer frente a un largo y aburrido día. Todo el día jugando a las cartas, mientras fuera se iba poniendo cada vez más negro. Alrededor de las cinco de la tarde, decidí solicitar el reemplazo y regresar a casa. Llegué a tiempo de percibir el cambio de la tormenta.

—¿Percibir?

—Parecía que estabas en medio de un bombardeo. La lluvia arreciaba con tanta fuerza que temí por el parabrisas de mi coche, y los truenos..., ensordecedores es decir poco. Annelise... —cierta melancolía en su voz—. ¿Todavía tiene miedo a los truenos?

—Bastante.

Omití añadir que Annelise había encontrado una cura infalible para su fobia: el sexo. No es la clase de información que un padre querría saber acerca de su hija.

—Comí, eché un sueñecito delante de la televisión hasta que, alrededor de las nueve y media, se fue la corriente. No me alarmé, ocurría a menudo y con esa tormenta incluso me parecía que era obvio. Encendí algunas velas por la casa y me quedé mirando afuera desde la ventana. ¿Sabes, Jeremiah?, no creo en esas cosas sobrenaturales. Fantasmas, vampiros, zombis. Y no quiero que pienses que tuve una premonición. No, no quiero decir eso, pero...

Dejó la frase en suspenso.

—Estaba nervioso, muy nervioso. A mí los truenos nunca me han hecho ningún efecto. Es más, me gustan. Toda esa potencia que se descarga en el suelo hace que me sienta, no sé, en presencia de algo más grande que yo. Y es una hermosa sensación. Pero esa noche los rayos me estaban poniendo de los nervios. No era capaz de quedarme quieto. Para tranquilizarme me puse a verificar el botiquín de emergencia. No el equipo que utilizaba cuando estaba de servicio con el helicóptero, sino mi vieja mochila, la que usaba para las operaciones terrestres. Y cuando había cerrado la última hebilla llamaron a la puerta. Eran Hannes, Günther y Max.

—¿Max Krün? —pregunté, sorprendido—. ¿El *sheriff*?

—El agente forestal —me corrigió Werner—, ¿lo conoces?

—Digamos que hemos intercambiado unas palabras.

—¿Qué clase de persona te ha parecido?

Intenté encontrar las palabras para describirlo.

—Nuestro tío bonachón que se viste de Santa Claus. Pero ¡cuidado con hacer que se cabree!

Werner dio unas palmadas sobre sus rodillas en señal de aprobación.

—Se te dan bien las palabras, Jeremiah. El tío bonachón al que es mejor no cabrear. Es exactamente así. ¿Has hecho que se cabree?

—He estado cerca.

—Es un buen hombre. Duro. Tiene que serlo, al menos cuando viste el uniforme. Pero si tuvieras la ocasión de charlar un rato con él cuando no está de servicio descubrirías a una persona despierta, llena de sentido común y muy divertida.

—¿Qué hacía en el 85?

—Era un simple agente de la Forestal. Estaba todavía el Jefe Hubner, que moriría cuatro años más tarde, poco antes de la caída del Muro. En marzo había tenido su primer infarto y Max, aunque era un novato, tuvo que hacerse cargo de todo su

trabajo. Entró con esa carita suya de adolescente, esos ojos de perro apaleado. Empapado por la lluvia. Estaba agitado, agitadísimo. Con él iban Hannes y Günther. Los conocía a ambos, y ambos tenían un aspecto que no prometía nada bueno. Los hice pasar y les ofrecí una copita para entrar en calor. La rechazaron. Sé que puede sonar ridículo, pero fue esa negativa lo que me asustó de verdad.

—¿Por qué?

—Max era joven y en ausencia del Jefe Hubner era lógico que sintiese la presión de una llamada, sobre todo con ese tiempo de perros. Pero Hannes y Günther no eran unos mocosos. A menudo llegaban llamadas imprevistas en mitad de la noche, eso no era una novedad para nosotros. Leñadores que no habían vuelto a casa al anochecer, niños perdidos, pastores que habían caído en una zanja, cosas de ese tipo. Hannes y Günther las habían visto de todos los colores. Sobre todo Hannes.

Mi mente al final realizó la conexión.

—Hannes. Hannes Schaltzmann —murmuré—. ¿El padre de Kurt?

—El mismo.

Entrecerré los ojos tratando de procesar esa noticia. Intenté imaginar lo que Hannes Schaltzmann debió de sentir al encontrar el cuerpo de su hijo. Me recosté contra el respaldo de la silla, sintiendo cómo el calor de la chimenea me rozaba los muslos.

—Y, además, Günther nunca había rechazado una copa. Sobre todo de mi reserva especial. Por cierto, ¿quieres?

No esperó la respuesta.

Se levantó y cogió la botella. Hizo tintinear los vasos.

—Reserva especial. Preparada de acuerdo con la antigua receta de la casa Mair. Hubo un tiempo en que mis antepasados debieron de ser ricos, pero de esa época solo perviven unas óptimas recetas. No es que me queje, al contrario.

—¿Por qué has dicho «ricos»?

—Por el apellido. *Mair*. Significa «propietario». Muchos apellidos alemanes significan alguna cosa, por regla general se refieren a profesiones. *Mair* es la deformación local de *Mayer*, «propietario de tierras». *Schneider* es el sastre. *Fischer*, el pescador. *Müller*, el molinero. ¿Y tu nombre, tiene algún significado?

—Soy americano —dije dulcificando a Bruce Willis—, nuestros nombres no significan nada.

Werner tapó la botella de nuevo y me tendió el vasito.

—*Grappa* a la guindilla. Producida, embotellada y seleccionada por el aquí presente Werner Mair.

—Por las viejas historias —brindé.

—Por las viejas historias —brindó Werner—, para que puedan permanecer allí donde se encuentran.

Era fuego líquido. Pasada la llamarada, el calor se transformó en una agradable tibieza bajo el esternón, acompañada por un placentero hormigueo en la lengua.



Werner se aclaró la garganta, robó un cigarrillo de mi cajetilla y prosiguió con su relato.

—Había sido Hannes quien había dado la voz de alarma. Se había pasado todo el día fuera del pueblo por trabajo y a su regreso su esposa, Helene, le informó de que Kurt y los demás se habían ido de excursión al Bletterbach. Se habían llevado una tienda de campaña porque su idea era la de acampar. Al principio, Hannes no se preocupó. Aunque no se hablaban desde que Kurt se marchó a vivir a Innsbruck, Hannes era consciente de que su hijo sabía lo que se hacía. Había sido socorrista y, aunque no sea así, a veces los socorristas nos sentimos un poco la élite de la montaña. Aunque solo sea porque, a diferencia de un montón de gente, sabemos ver y, por tanto, predecir los riesgos.

—Pero luego el temporal se convirtió en algo peor, la tormenta autorregenerativa, y Hannes se preocupó...

—Al principio no —dijo Werner—. Duran poco. Son terribles, es verdad, pero duran tres horas como máximo. Todo bajo control. Sin embargo, aquella no disminuía en intensidad, al contrario, parecía que su fuerza aumentaba de minuto en minuto.

—Y fue entonces cuando Hannes dio la voz de alarma.

Me equivocaba una vez más.

—*Nix*. Hannes salió de casa para ir al cuartel de la Forestal porque quería hablar con Max. Había saltado la luz y los teléfonos estaban inutilizables, pero en la sede de la Forestal había una radio de onda corta para las emergencias. Hannes quería utilizarla para comunicarse con Protección Civil de Bolzano y saber si había que preocuparse. Max no estaba allí, de manera que Hannes se encaminó a su casa; no lo encontró. Era el cumpleaños de la que luego se convertiría en su esposa, Verena. Hannes se precipitó en plena fiestecilla igual que un cuervo que lleva malas noticias. Se disculpó por la intromisión y le explicó a Max que necesitaba la radio de onda corta. Volvieron al cuartel e intentaron ponerse en contacto con Bolzano.

—¿Intentaron?

—Demasiados rayos. La comunicación se veía tan perturbada que hubiera sido lo mismo que meter la cabeza dentro de una lavadora. Nunca habían visto algo semejante. Se asustaron. Fue solo en ese momento cuando decidieron organizar una misión de rescate. Por el camino se pararon en casa de Günther y con él se vinieron a la mía. Yo ya tenía el equipo preparado, como si estuviera esperándolos —sacudió la cabeza—. ¿Una premonición? No lo sé. De verdad que no lo sé.

»Era cerca de medianoche —continuó después de un leve titubeo— cuando nos subimos a la Fiat Campagnola del Socorro. Salimos del pueblo y tuvimos que detenernos dos veces. La primera para apartar un tronco caído, la segunda, porque un trozo de la carretera se había derrumbado y tuvimos que anclar el todoterreno a una roca, para tratar de superar el obstáculo.

—¿La situación era tan mala?

—Peor.

Werner se levantó y sacó un mapa de una cajonera.

—Este era el punto en el que terminaba el camino de tierra que conducía al Bletterbach —recorrió con el dedo hacia atrás varios centímetros—, nosotros solo conseguimos llegar hasta aquí.

Calculé.

—¿Tres kilómetros?

—Cuatro. El resto era una ciénaga. Sabíamos que en aquellas condiciones lo mejor que podíamos hacer era desandar nuestros pasos y esperar a que disminuyera la fuerza del temporal.

—Pero estaba de por medio el hijo de un compañero.

—Así que ni lo pensamos. Proseguimos. Llovían piedras de todas partes, las oía pasar silbando junto a las orejas. El recorrido era un río de barro y cada paso podía suponer un esguince o una fractura. Por no hablar de los árboles o los deslizamientos de tierra.

En el mapa su dedo regordete señaló una curva de nivel, casi en el centro del Bletterbach, desplazada hacia el este.

—Estaban aquí, pero no lo sabíamos.

—¿Había un camino?

Werner hizo una mueca.

—Algo así. Lo habían seguido solo hasta un punto determinado —lo señaló en el mapa—, más o menos por esta zona. Luego habían girado hacia el oeste, continuando en dirección norte, y habían hecho un segundo desvío, en ascenso. Hasta aquí.

—¿Alguna vez entendiste por qué?

—El camino debía de haberse vuelto impracticable ya alrededor de las cuatro de la tarde, Kurt debió de pensar que desplazándose hacia el oeste se encontrarían caminando por encima del estrato de rocas, en vez de ir por el arcilloso y más quebradizo sobre el que estaba trazado el camino.

—Entonces, ¿por qué cambió de idea?

—Supongo, aunque lo mío solo son conjeturas, que su primera idea era la de llegar a las grutas, aquí, ¿ves?

—¿Grutas?

—El nombre antiguo de Siebenhoch era Siebenhöhlen, que significa «Siete Grutas». Probablemente esperaba encontrar un agujero seco en el que pasar la noche. Lo que pasó fue que, al ponerse el sol, una vez llegó a la conclusión de que aquello no era una tormenta normal, se dio cuenta de que nunca sería capaz de llegar hasta allí y optó por ir ganando altura hacia el este. ¿Ves aquí y aquí? Hay pequeñas depresiones que sin duda alguna estaban inundadas, por lo que el único camino para ascender era este. Y aquí, en un claro, dimos con ellos. Habían montado la tienda bajo un saliente de roca, de espaldas a la montaña, para que el viento no se la arrancara —una pausa, que yo utilicé para calcular cuántos kilómetros debía de haber durado ese caminar sin rumbo—. Kurt era competente. Y cauteloso.

—¿Al cabo de cuánto tiempo los encontrasteis?

—Al día siguiente —fue la respuesta, seca, de Werner.

—¿Al día *siguiente*? —pregunté, atónito. Me parecía demencial que cuatro hombres, entrenados y experimentados, montañeros de toda la vida, hubieran tardado tanto en recorrer dos puntos del mapa que me parecían tan cercanos.

Lo pensé porque era un idiota metropolitano con poca imaginación.

Bastaría con que me hubiera esforzado en visualizar el infierno de agua, barro y rayos que las palabras de Werner habían tratado de mostrarme, seguro que entonces no me habría sorprendido tanto. Además, razonaba con la famosa lucidez retrospectiva, de la que los osarios están llenos. Sabía que Kurt y los otros dos estaban en ese punto tan solo porque Werner me lo había dicho, pero el equipo de rescate, la noche entre el 28 y el 29 de abril, no tenía ni la más remota idea.

—Fue una noche de perros. Larguísima. Te lo repito. Yo seguía diciéndome que teníamos que regresar.

—Pero no lo hicisteis.

—No.

Esperé a que Werner retomara el hilo de su relato.

—Las linternas no nos ayudaban mucho, pero al menos eran un modo de asegurarse de que ninguno de nosotros había caído en alguna grieta. Bastaba con contar los puntitos blancos. Hacia las tres de la madrugada, a Günther lo alcanzó una gran piedra que le destrozó el casco. Lo tiró en algún sitio, masculló un par de blasfemias y siguió buscando, como si nada hubiese pasado. A pesar de que era completamente inútil, nos quedamos afónicos de tanto gritar. A las cinco nos concedimos una parada de no más de media hora.

De nuevo señaló el recorrido en el mapa.

—Hicimos una elección equivocada. Habíamos tomado la dirección correcta, al noroeste, pero pensamos que Kurt habría decidido mantenerse por encima de la línea de árboles.

—¿Por qué?

—Porque era la zona con menor probabilidad de que te sepultase un deslizamiento de tierras. Era completamente seguro que no había ido a meterse en medio del desfiladero, entre el barro y el agua de la corriente: habría sido un suicidio.

—Kurt había ido al noroeste...

—Sí, pero a mucha menos altura que nosotros. Además, había girado hacia el este; en cambio, nosotros habíamos ido recto. Pero con aquel estruendo, aquella oscuridad y aquellas piedras que volaban desde todas partes igual que la metralla, podríamos haber pasado al lado de esos pobres chicos sin darnos cuenta siquiera. Es triste, pero cierto.

—¿Cuándo decidisteis dirigiros hacia el este?

—No lo decidimos, nos perdimos.

Abrí los ojos pasmado.

—¿Os perdisteis?

—Estábamos agotados. Eran las siete de la mañana y estaba tan oscuro como si fuera medianoche. Giramos a la derecha en vez de a la izquierda. Y cuando nos dimos cuenta de que casi estábamos en el fondo del cañón, estuvimos a punto de perder a Max; lo arrastró el torrente. Solo gracias a la rapidez de reflejos de Günther no se dejó allí el pellejo. Nos dimos cuenta de que nunca seríamos capaces de encontrar a Evi, Kurt y Markus, y de que si no espabilábamos, nosotros mismos acabaríamos palmando en aquel agujero.

Me mostró la larga curva de la trayectoria recorrida por el equipo de rescate.

—Al mediodía nos detuvimos —su dedo se demoró en una zona al este de la garganta y no se me pasó por alto que en línea recta había menos de un kilómetro entre ellos y el punto donde recuperarían los cuerpos de los tres jóvenes—. Estábamos agotados. Sentía dolores en un tobillo y teníamos hambre. Descansamos durante una hora más o menos. La visibilidad se limitaba a no más de dos metros. Un asco. Nos moríamos de miedo, aunque nunca lo admitiríamos en voz alta. Nunca habíamos visto una tormenta semejante. Parecía que la naturaleza había decidido cebarse con nosotros. Verás, Jeremiah, por regla general, la montaña es... A la montaña no le importas un carajo. No es ni buena ni mala. Está por encima de estos estúpidos consuelos de mortales. Está allí desde hace millones de años y seguirá existiendo por quién sabe cuánto tiempo más. Para ella, tú no eres nada. Pero aquel día todos experimentamos la misma sensación. El Bletterbach la había tomado con nosotros. Quería matarnos —se recostó sobre el respaldo de la butaca y dejó a un lado el mapa—. Y ahora creo que necesito una pausa antes de continuar.

2.

Werner quería fumar uno de mis Marlboro en el umbral de la casa, bajo el saledizo. Nos quedamos mirando cómo caía la nieve, en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Al final, como si estuviera a punto de someterse a una sesión de tortura, me hizo una señal para que entrara.

Había llegado la hora de terminar la historia.

3.

—Sobre las tres de la tarde pareció que lo peor ya había pasado. No era así, pero esa poca luz que había de más nos levantó la moral. Empezamos a buscar nuevamente. Una hora después los encontramos. Hannes fue el primero que se percató de lo que quedaba de la tienda de campaña. Un jirón de tela roja que flameaba prendido en una rama.

Agitó la mano imitando la escena.

—El claro donde habían acampado se hallaba a unos pocos metros por delante de nosotros, detrás de un castaño que me dificultaba la visión. En cuanto vi ese jirón de tienda flameando... —Werner negó con la cabeza—. Ese pedazo de tienda, ese rojo sobre un fondo negro y verde, parecía el gato de Cheshire de *Alicia en el país de las maravillas*.

—¿El Gato Risón?

—Parecía que el Bletterbach estuviera tomándonos el pelo. El aire era malo en las inmediaciones. Podía sentirlo del mismo modo que sentía también el olor a barro que taponaba mis fosas nasales. Aunque no tenía nada que ver con el olfato. Era una sensación que se percibía por debajo de la piel. Una especie de corriente eléctrica. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí.

*Y de qué manera.*

Werner observó mi cicatriz.

—Avanzamos. Hannes iba en cabeza, Max y Günther detrás, y yo que intentaba seguirlos con mi dolor de tobillo. Entonces oí el grito. Nunca he oído un grito más horrible que aquel. Se me erizó el pelo de la cabeza. Era Hannes. Nos quedamos clavados. Günther delante de mí y Max delante de él. Me esforcé en mover las piernas, pero estaban paralizadas. En las montañas se dice «de hierro fundido». Sucede cuando a uno le entra un ataque de pánico o cuando tiene demasiado ácido láctico en los músculos. Eso es, mis piernas eran de hierro fundido.

—Refleja bien la idea.

—Sí, pero no refleja el miedo que sentí en ese momento. A pesar de que quien había gritado era uno de mis mejores amigos, por el que habría arriesgado el pellejo sabiendo que él habría hecho lo mismo por mí, mi primera reacción fue la de salir por piernas de allí. Luego...

*Bestia, pensé.*

La Bestia.

—¿Qué pasó?

—Max se lanzó sobre Hannes, lo agarró por los brazos y lo tiró contra el barro. Le salvó la vida. De entrada pensé que le había dado un ataque de pánico, yo no entendía nada. El claro tenía un diámetro de unos cuatro metros y medio. Por encima del mismo había un saliente de roca y, sobre el saliente, lo que quedaba de un abeto. En nuestro lado estaba el castaño, como ya te he dicho, que nos tapaba la escena; del otro, abetos y un precipicio. De no ser por los veloces reflejos de Max, Hannes se habría tirado al vacío. Quería matarse y Max se lo impidió.

—Dios mío.

—Agarré a Hannes y Günther le soltó un par de puñetazos. Estaba fuera de sí. Cogí a Hannes y lo abracé con todas las fuerzas que me quedaban. Lloré. Lloré mucho. Lloré por Hannes, que seguía gritando y gritando, con los ojos que se le

salían de las cuencas. Lloré por lo que estaba viendo. O lo que *no* podía ver, porque mientras abrazaba a Hannes para evitar que se lanzara al vacío, mantenía los ojos cerrados, con fuerza. Pero lo poco que había visto se había grabado en mi cabeza, con toda nitidez. No sé cuánto tiempo me quedé en esa posición. Me separé de Hannes. Lo colocamos bajo el castaño, con una capa para protegerlo de la lluvia y...

La voz se le quebró.

—Las telas habían sido despedazadas con algo afilado. Cortadas con una cuchilla. Había cosas por todas partes. Y también ellos estaban... por todas partes. Kurt estaba en medio del claro, con los ojos hacia el cielo, abiertos. Miraba las nubes y no tenía una expresión de paz en la cara, eso puedo asegurártelo. Le faltaban los dos brazos. Uno estaba a medio metro del torso, el otro, entre la maleza. Tenía una herida exactamente aquí —se dio un golpe en el esternón—. Una herida limpia. Un hachazo o una cuchillada de grandes dimensiones, dijeron los *carabinieri*.

—¿Un hachazo?

—Evi tenía ambas piernas cortadas a la altura de la rodilla.

Sentí cómo un chorro de bilis me ascendía por el esófago.

—Tenía el brazo derecho roto, como si hubiera intentado defenderse. Y le faltaba la cabeza.

Tuve que levantarme y salir corriendo al lavabo. Vomité y no me sentí nada mejor.

Encontré a Werner con una taza humeante de manzanilla en la mano derecha. La acepté con gratitud. Me encendí un cigarrillo. Quería alejar de mí ese horrible sabor.

—Continúa, Werner.

—¿Estás seguro?

—¿La encontraste? La cabeza de Evi.

—No la encontramos nosotros, ni tampoco los *carabinieri*. Al contrario, lo que los *carabinieri* encontraron fue mucho menos de lo que nosotros cuatro vimos. La tormenta se había llevado, entretanto, algunas cosas, pero también —bajó el tono de voz, casi como pidiendo disculpas—, ya sabes, los animales...

—¿Y Markus?

—El mismo tratamiento. Solo que él estaba un poco más abajo. Al huir se cayó y se partió la cabeza. Tenía una fea herida en la pierna y en el hombro, pero fue la caída lo que lo mató.

—Dios santo...

—Dios estaba mirando a otro lado, ese 28 de abril.

—¿Qué hicisteis?

—Todo aquel horror nos había hecho perder la noción del tiempo y la tormenta se había reanudado con mayor intensidad. Eran las ocho de la tarde.

—¿Cuatro horas? ¿Os quedasteis allí cuatro horas?

—Se te metía dentro, Jeremiah —susurró Werner—. Ese horror se te metía dentro y no quería salir. No quiero parecerte morboso, pero lo que vimos era tan antinatural

y tan malvado, sí, exactamente eso, tan malvado, que perdimos la luz de la razón. He reflexionado sobre el tema a menudo en estos años, ¿sabes? Creo que aquel día Max, Günther, Hannes y yo nos dejamos un pedazo de nuestras almas en el Bletterbach. Aquel día y la noche siguiente.

Por poco no me ahogo.

—¿Me estás diciendo que os quedasteis allí toda la noche?

—El saliente de roca era una óptima protección, el suelo de los alrededores cedía deshaciéndose igual que cera caliente, pero el claro se mantenía. Había tantos rayos que era un milagro que ninguno de nosotros se hubiera chamuscado. No habríamos podido obrar de otra forma.

—Pero los cadáveres...

—Los cubrimos con nuestras lonas de reserva. Anclamos esas telas con grandes piedras e intentamos reunir lo que quedaba de esos pobres chicos para impedir que el viento y la lluvia se lo llevara. Sabíamos que estábamos en el escenario de un delito y éramos conscientes de que cuantos más objetos lográramos salvaguardar, mayores eran las probabilidades de que los *carabinieri* pudieran capturar al responsable de aquella carnicería. Pero el verdadero motivo por el cual permanecemos allí es más sencillo. Si nos hubiéramos movido, habríamos muerto. La montaña sigue reglas que son todas suyas: nos guste o no, es así —me señaló con el índice—. En ciertas condiciones, condiciones excepcionales, y esas eran condiciones más que excepcionales, lo único que importa es...

—Sobrevivir.

Werner se masajeó la sien.

—Esperamos durante toda la noche, apretados los unos contra los otros. Con Hannes rezando y gritando, y Günther blasfemando, y yo que intentaba tranquilizarlos a ambos. A la mañana siguiente, en cuanto hubo un poco de luz, nos pusimos en marcha. Hannes no habría sido capaz de mantenerse en pie aunque se lo hubiera ordenado el mismísimo Señor, y mi tobillo había desaparecido, por lo que Max y Günther se turnaron para ayudarlo. Pero Günther parecía un poco ausente. ¿Recuerdas la piedra que le rompió el casco?

No terminó.

No era necesario.

—Llegamos a la camioneta. Izamos a Hannes a bordo y regresamos al pueblo. Me di una ducha y dormí diez horas seguidas. Cuando desperté, Herta no me preguntó nada. Había preparado mi plato favorito y lo devoré. Solo entonces me di cuenta de lo que habíamos pasado y empecé a llorar como ni siquiera había hecho en el funeral de mis padres.

—¿No llamasteis a la policía?

—Siebenhoch estaba sin líneas telefónicas y sin electricidad. ¿La radio de onda corta? No funcionaba. Protección Civil tardó dos días en poder abrir la carretera con música de excavadoras. No tenían ni la más remota idea de lo que había sucedido en

el Bletterbach. Sabían que en Siebenhoch vive gente acostumbrada a situaciones de emergencia y por tanto habían dedicado sus medios a socorrer las localidades de más abajo, más pobladas y menos equipadas que la nuestra. Los *carabinieri* llegaron el 4 de mayo, una vez terminó la tormenta. Hubo investigaciones, pero nunca dieron con el asesino. Al final, los *carabinieri* y el fiscal dijeron que los tres chicos habían tenido la mala suerte de toparse con la persona equivocada en el momento equivocado.

—¿Eso es todo? —pregunté, escandalizado.

Werner se abrió de brazos.

—Eso es todo. Tengo la esperanza de que ese cabrón esté muerto en algún lugar del Bletterbach. Tengo la esperanza de que, después de haber masacrado a esos pobres chicos, la montaña se apoderara de él, y cada vez que el río se desborda siempre tengo la esperanza de que saque a flote algún pedazo de ese hijo de puta. Pero lo mío es únicamente una esperanza.

—¿No investigaron en Siebenhoch?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Werner, encendiendo un fósforo y llevándolo a la punta del cigarrillo.

—Alguien del pueblo. Me parece obvio.

—Trabajas demasiado con la fantasía.

—¿Por qué?

—Porque olvidas qué es Siebenhoch. Siebenhoch es una comunidad pequeña. ¿Crees que a nadie se le pasó por la cabeza lo que me estás diciendo? Fue lo primero en lo que pensamos. Pero si alguien hubiese seguido a esos chicos por el Bletterbach, lo habríamos sabido. Créeme. Porque aquí todo el mundo lo sabe todo de todos. Minuto a minuto. Además, con ese temporal, llegar hasta esa explanada, llegar hasta las profundidades del Bletterbach, matarlos y regresar sin que nadie sospechara, habría sido imposible.

—Pero...

Werner me detuvo.

—Me lo prometiste.

Parpadeé.

—Esta es toda la historia de la masacre. Y se acabó. No dejes que te devore, Jeremiah. No dejes que te devore esta historia, como les sucedió a otros.

—¿Qué otros? ¿Gente como Hannes?

—Gente como yo, Jeremiah.

4.

Nos quedamos en silencio, largo rato.

—Cada uno de nosotros reaccionó de una manera diferente. Todo el pueblo estaba trastornado, aunque alguno...



—Alguno lo estaba menos —susurré, pensando en los comentarios sobre el final de Evi y de Kurt que Werner me había explicado y que, tras el desgraciado contratiempo de Annelise en el almacén de Alois, me parecían mucho más plausibles que la primera vez que los escuché.

—Nosotros habíamos visto. Habíamos percibido aquella... maldad. Así que me decidí.

—¿A marcharte?

—Hacía tiempo que meditaba sobre el tema. Ya te dije que me fui a trabajar a una imprenta de Cles, ¿verdad?

—Me dijiste que lo hiciste por Annelise.

—Tenía derecho a un padre que no se pasara todos los días jugándose el tipo. Lo que te he ocultado es que no soportaba quedarme más tiempo aquí. Veía a la gente de Siebenhoch volver a la normalidad y no lo aceptaba. Los postes del tendido eléctrico se volvieron a enderezar, las líneas telefónicas volvieron a estar en uso, parchearon las carreteras y, allí donde fue necesario, detonaron cargas para provocar voladuras y hacer desprendimientos controlados. La gente quería olvidar y el crimen del Bletterbach fue olvidado rápidamente. Veía todo esto y seguía repitiéndome que no era justo.

—Has dicho que no debía dejarme devorar como los otros. ¿Quiénes son esos otros?

—Unas pocas horas después de nuestro regreso, cuando todavía Siebenhoch seguía aislado del mundo, Hannes apuntó su rifle de caza a la cabeza de Helene y disparó, la mató. Lo encontraron con el arma en la mano junto al cadáver de su esposa, catatónico. Fue detenido e internado en Pergine hasta 1997. Está enterrado aquí, junto a su hijo y su esposa. La gente de Siebenhoch sabe ser dura, y con demasiada frecuencia abre la boca cuando no debe, pero todo el mundo se había dado cuenta de lo que le había sucedido a la familia Schaltzmann. No había sido Hannes quien había matado a Helene: fue ese malnacido que había masacrado a Kurt, Evi y Markus. También Günther está enterrado allí. De tanto en tanto le llevo flores y sé que, si estuviera vivo, el Günther al que yo conocía se cabrearía como un mono. Casi me parece estar oyéndolo... ¿Flores? Tráeme una cerveza, *du Arschloch!*

—¿Cómo murió?

—Ya antes, Günther era alguien que no sabía decir que no a una copa, pero después del Bletterbach la enfermedad se apoderó de él por completo. Se convirtió en un alcohólico, de la clase camorrista. A menudo Max tenía que obligarle a pasar la noche en el cuartelillo, para evitar que le hiciera daño a alguien. Cuando estaba borracho no paraba de hablar de la masacre. Estaba obsesionado con el tema. Se le había metido en la cabeza encontrar al asesino. Todo esto me lo contaron después, a esas alturas yo ya vivía fuera de Siebenhoch. En 1989, Günther tuvo un accidente de coche. Estaba borracho como una cuba. Murió en el acto. Mejor para él, ya había sufrido bastante. ¿Sabes por qué voy a llevarle flores a su tumba? Porque me siento

culpable. Tal vez, si me hubiera quedado, Günther habría tenido a alguien con quien desahogarse. Pero yo no estaba aquí. Y los otros no sabían. No podían entender. No habían visto.

—Estaba Max.

—Es cierto. Pero a Max lo devoró el Bletterbach. Se casó con Verena, la chica del cumpleaños, ocupó el puesto del Jefe Hubner y hace su trabajo con dedicación.

Werner me miró fijamente a los ojos, marcando bien las palabras.

—Con demasiada dedicación. Es su forma de redimirse. Encarnar al defensor de Siebenhoch, el que toca las pelotas a los forasteros y a los turistas porque...

—Porque quien mató a Evi y a los otros solo podía ser alguien de fuera.

# Lily Bar

1.

Llevé a Annelise y a Clara a Bolzano, para visitar el Museo Arqueológico donde se conserva la momia natural más antigua jamás encontrada, llamada Ötzi.

Ötzi era un antiguo pastor (o tal vez un viajero, un chamán, un buscador de metales, un..., había teorías sobre su identidad para dar y tomar) de la Edad del Cobre, asesinado en las laderas del Similaun por quién sabe quién y quién sabe por qué.

Al verlo, Clara rompió a llorar. Dijo que ese hombrecillo arrugado era un niño elfo que había perdido a su mamá. Annelise y yo nos las vimos y nos las deseamos para calmarla.

Debo admitir que yo también me emocioné al ver a esa figurita de cinco mil años atrás, conservada en una especie de nevera gigantesca, encorvada y con una mueca triste en la cara, aunque por razones muy diferentes. Estaba pensando en los crímenes del Bletterbach.

Como Evi, Kurt y Markus, a Ötzi tampoco se le había hecho justicia. ¿O tal vez me equivocaba? Tal vez tres mil años antes de Cristo existió alguien que había investigado lo suficiente como para encontrar a los asesinos de ese desgraciado. ¿Habían llorado por él?

¿Y quién lo había hecho?

Ötzi era un hombre de edad muy avanzada. Los viejos habrían tenido hijos, y los hijos habrían traído al mundo unos nietos, pensé mientras admiraba con qué habilidad ese hombre que no llegaba ni al metro sesenta había elaborado el equipo que le permitió sobrevivir en un mundo que no conocía ni antibióticos ni desinfectantes, un mundo en el que no había un helicóptero rojo del Socorro Alpino de los Dolomitas al que llamar si uno tenía dificultades. ¿Esos hijos y esos nietos habían llorado por él? ¿Habían levantado una pira funeraria en su honor? ¿Habían sacrificado algún animal en su memoria? ¿A qué dioses habría invocado antes de morir bajo las flechas el hombre de los hielos? Tal vez ese día, como había dicho Werner, Dios estaba mirando hacia otro lado.

De Ötzi se sabían muchas cosas. La tecnología moderna había permitido sondear su estómago para averiguar de qué se había alimentado antes de que lo mataran. Se sabían las patologías que sufría y gracias a esto el motivo, médico y no estético, por el que se podían contar unos cincuenta tatuajes en su cuerpo. Ötzi sufría de artritis, los tatuajes le permitían inyectarse bajo la piel hierbas curativas. Un grupo de arqueólogos había reconstruido su equipo pieza a pieza: el arco, el zurrón, el hacha que llevaba en el cinto, el poncho de hierba reseca y su gorro de cuero. Su técnica de

construcción fue revelada con todo detalle. Incluso sabíamos el color de sus ojos (oscuro) gracias al examen del ADN, y mediante gráficos generados por ordenador se había reconstruido cómo debía de ser su cara antes de acabar enterrado por los hielos durante cinco mil años. Y, sin embargo, yo seguía pensando que todo aquello eran minucias en comparación con las auténticas preguntas que la momia despertaba en mi mente.

¿Había soñado, Ötzi?

¿Había soñado que cazaba? ¿Había soñado con lobos aullando a la luna? ¿Había soñado con el perfil de la montaña en la que encontró la muerte? ¿Y qué había visto mientras observaba las estrellas en la noche? ¿Cómo llamaba a la Osa Mayor?

Pero, sobre todo, ¿por qué lo habían matado?

*¿Y quién lo había hecho?*

2.

Celebramos Halloween con la inevitable calabaza en la ventana, serpentinas de color naranja, un esqueleto de plástico que brillaba en la oscuridad, los murciélagos en el techo, palomitas de maíz y una buena película de terror. Todo de acuerdo con la tradición.

A Clara no le gustó la película, dijo que se notaba que los zombis eran falsos. Lo dijo, sin embargo, como si estuviera formulando una pregunta. Quería que la tranquilizaran.

Annelise me lanzó una mirada del tipo «¡te lo había dicho, genio!» y yo me pasé el resto de la velada enseñándole a Clara cómo se hacía la sangre cinematográfica: jugo de arándanos y miel. Con una dosis de café para que quede más oscura.

—¿Y la cara horrible de los zombis?

Me exhibí en mi mejor interpretación de un zombi, con la lengua fuera de la boca completamente abierta y la mirada endemoniada. Clara frunció la nariz.

Se la besé.

Un momento de intimidad zombi.

—¿Y esas porquerías de la cara? ¿Cómo se hacen esas porquerías de la cara?

—Plastilina y cereales.

—¿Cereales?

También le enseñé eso.

Clara estaba en el séptimo cielo. Organizamos una broma contra Annelise, que fingió estar aterrorizada ante esa zombi en miniatura (y pijama de lunares) que avanzaba por el salón, manteniendo los brazos tendidos por delante de ella, y que barbotaba con voz cavernosa (todo lo cavernosa que puede parecer la voz de una niña de cinco años): «¡Que te cooomoooo! ¡Que te cooomoooo!».

Nos costó bastante meterla en la cama, luego nos concedimos una copa de vino.

—Tu hija —bromeé mientras bebía un excelente Marzemino— el otro día utilizó el término «ensimismado». Once letras, nada menos.

—¿Y dónde ha oído una palabra semejante?

—De tus labios.

Annelise se llevó la copa a la boca.

—¿De qué hablaba?

—A ver si lo adivinas.

—*Estás distraído. Admítelo.*

—¿Quieres que vuelva a visitar a un médico? ¿Eso te tranquilizaría?

Annelise me cogió la mano, la apretó con fuerza.

—Estás bien. Estás bien. Lo veo. ¿Todavía tienes —se mordió el labio, un gesto que me pareció tremendamente sexi— pesadillas?

Por supuesto que las tenía, y ella lo sabía a la perfección. Aun así, me gustó su delicadeza.

—A veces.

Me agaché para besarle la punta de los dedos.

—Pero no te preocupes. Estoy bien. Y no estoy ensimismado.

—¿Me lo dirías?

—Te lo diría.

3.

Mentía.

Si Annelise se hubiera puesto a hurgar en mi portátil, que de blanco había pasado a ser gris debido a toda la ceniza de cigarrillo que le había caído encima, habría descubierto que en la carpeta «Cosas» había un archivo llamado *B*. Con la *b*: «Bletterbach». Pero también contiene la *b*: «Embuste».

Siete letras.

También con la *b*, y las mismas letras: «Bellaco».

4.

Una tarde, unos días después de la charla con Werner, me dirigí a Trento, con la excusa de adquirir un par de DVD para mi colección.

En realidad, me pasé dos horas encerrado en la sala de lectura de la biblioteca universitaria.

Nada de microfilmes ni de copias digitales, sino una montaña de periódicos amarillentos. Entre una capa de polvo y otra, encontré únicamente algunas menciones a los crímenes del Bletterbach. La atención de los periodistas de la época se había

concentrado en el caos provocado por la tormenta. Entrevistas, artículos que examinaban *grosso modo* lo que Werner había reconstruido para mí. Expertos que explicaban qué clase de calamidad había asolado la región y grandes fotografías en blanco y negro que mostraban los estragos causados por ese cataclismo de agua y barro.

El recuento final de once muertes había ido enconándose hasta ardientes polémicas que se fueron apagando rápidamente y finalizaron en un manso murmullo, arrollado después por la actualidad.

Un alcalde tuvo que dimitir y varios asesores se justificaron mostrándose contritos en los funerales de las víctimas. Protección Civil recibió los elogios del presidente de la República, un hombrecito con una pipa entre los dientes que se llamaba Sandro Pertini. Me pareció raro, pero dotado de un insólito carisma.

Sobre los asesinatos, poco o nada.

Una fotografía aérea de la garganta, en la que faltaba la silueta de cristal y aluminio del Centro de Visitantes, que aún no existía. El rostro, tal vez porque era más fotogénica que sus compañeros de desgracia, de Evi. Un seco «sin comentarios» en boca de los hombres que estaban investigando el caso (cuyos nombres anoté en la parte posterior del paquete de cigarrillos). Una entrevista a un Werner más rubio que canoso, con menos arrugas, pero no menos ojeras, hablando de la «horrible carnicería». Unos días más tarde, la necrológica de Helene Schaltzmann. Nada sobre la locura de Hannes.

Me habría gustado también buscar la necrológica de Günther Kagol, en el 89, pero a esas alturas ya me había dado cuenta: habría sido un trabajo inútil. Además, se me había hecho tarde.

Le di las gracias al personal y regresé a casa a tiempo para la cena. Asado y patatas. Besé a mi mujer, besé a mi hija y les pregunté qué tal les había ido el día.

Antes de ir a dormir, actualicé el archivo con lo que había descubierto en la biblioteca.

Me dije que lo hacía para mantenerme en forma. Con la *e*: «Entretenimiento».

También con la *e*: «Embuste».

5.

Con la *b*: «Bletterbach».

6.

Sin darme cuenta, estaba siguiendo el mismo método que había utilizado en todos mis trabajos anteriores. Era y soy un animal de costumbres.

Después de transcribir la declaración de Werner, intentando plasmar en el papel digital incluso el énfasis y las emociones que sus palabras me habían transmitido, y tras haber compilado una lista estéril de las características de la morfología, la geología, la fauna y la flora del Bletterbach, empecé a buscar algún apunte histórico que me diera un cuadro más amplio de ese lugar.

Mi búsqueda comenzó una tarde en la que Annelise y Clara se habían ido a Bolzano de compras («Cosas de chicas, papá», «¿Cosas caras?», «Cosas bonitas»), con una visita a la biblioteca del Museo Geológico que formaba parte del edificio del Centro de Visitantes del Bletterbach.

Libros había pocos, y en gran parte los habían publicado minúsculas editoriales con subvenciones provinciales, a menudo completamente inútiles para mi propósito, panegíricos sobre los viejos tiempos (pero sin mencionar ni la pobreza que había asfixiado la zona hasta no demasiado tiempo atrás ni el «Belfast con *strudel*»), aunque los leí con avidez, apuntando los párrafos que le hacían más cosquillas a mi imaginación.

Lo mejor eran los relatos, a veces muy mal escritos, de los rescates más impresionantes del Socorro Alpino de los Dolomitas. A menudo leía el nombre de Werner y el de Hannes. Un par de veces también el de Günther. En un largo artículo conmemorativo, acompañado de una fotografía en blanco y negro, se hablaba también de Manfred Kagol, el hombre que había concebido el Centro.

Una fotografía mostraba a un Werner solemne, posando al lado del Alouette recién comprado. Luego, la imagen del EC-135 rojo flamante me provocó punzadas en el estómago.

7.

En los días siguientes, empecé a frecuentar uno de los bares de Siebenhoch, el Lily, un antro con crucifijos de madera que lo miraban a uno torvamente, un pésimo café aguado y cabezas de corzos, ciervos y cabras montesas que se burlaban de los animalistas.

El Lily era un punto de encuentro para los guías alpinos y los montañeros que querían estar en paz un rato. Servían un *Bauerntoast* que te saciaba durante días y la cerveza siempre estaba fría. Además, nadie se ponía a graznar con su teléfono móvil o estallaba en exclamaciones acerca de lo *tíiipico* que era ese cuchitril.

La mayor parte de la clientela estaba compuesta por pensionistas, pero no tenéis que considerarlo una especie de asilo de ancianos. Había muchos jóvenes e incluso jovencísimos, a los que unía la vida en la montaña. En pocas palabras, el Lily era el sitio donde la gente del lugar podía leer el *Dolomiten*, tomarse un par de rondas (pero también cuatro o cinco) y blasfemar en dos idiomas sin prestar atención a no ofender el buen gusto de los turistas.

Estuve brillante. Mis chanzas sobre los *Amerikaner* los hicieron desternillarse. Aprendí a jugar a Watten. Pedí que me enseñaran las palabras más divertidas del *dialokt* local. Invité a cerveza como si fuera agua e hice de todo para ganarme las simpatías de los parroquianos. Sobre todo fui muy discreto acerca de mis intenciones reales.

Sin embargo, no me hacía demasiadas ilusiones. Ese puñado de montañeses correspondía con simpatía a mis atenciones, pero eso no significaba que nos hubiéramos hecho amigos. Era amable, divertido, tal vez un poco demasiado, en el sentido de extravagante, y esto le daba una pizca de color a sus veladas, pero nada más.

Yo era un huésped bienvenido, poco más que un turista, y mucho menos que un lugareño, como me había dicho Max Krün.

Esos caretos —cuyas manos rara vez contaban con diez dedos, ya fuera porque los habían perdido durante alguna escalada (como le ocurrió a Werner), o porque se habían visto masacradas por los dientes de la motosierra o se los habían volado con un cincel para no hacer el servicio militar— aceptaban mi presencia solo en virtud de mi relación con el viejo Mair, y estaba seguro de que algunos de ellos, si no todos, informaban al exjefe del Socorro más o menos de cuanto nos decíamos. Pero yo era astuto. Me había preparado una coartada. Como habría dicho Mike: tenía un plan.

Después de la primera semana dedicada a hablar de esto y de aquello y de dejarme ganar a las cartas, dejé caer que tenía intención de construir un trineo de madera para mi hija. Un regalo de Navidad, dije. ¿Había alguien que pudiera enseñarme algún truco? Sabía que muchos de ellos eran hábiles talladores y contaba con que así obtendría sus favores evitando en lo posible las sospechas.

Funcionó.

En particular, dos de ellos se entregaron en cuerpo y alma a la empresa de convertirme en un artesano. Un simpático nonagenario, de nombre Elmar, y su inseparable compañero de copas, un hombre de setenta y cinco años al que le faltaba una pierna (accidente en el bosque: la motosierra, en vez de hacer *zig*, hizo *zas*), que se llamaba Luis.

Elmar y Luis me explicaron qué tipo de herramientas tendría que comprar y cómo no dejarme timar por los empleados de la ferretería, qué clase de madera debía conseguir y para qué partes del trineo tendría que utilizarla. Esbozamos diferentes dibujos en servilletas que luego olvidaba en los bolsillos y que acababan en la lavadora, suscitando su hilaridad.

A fin de cuentas, yo era solo un idiota de ciudad, ¿no?

De vez en cuando, con estudiada despreocupación, formulaba alguna pregunta.

Elmar y Luis se mostraban más que felices contando historias que en el Lily ya habían oído todos y en demasiadas ocasiones.

Descubrí lo que los libros del museo no habían tenido el valor de decirme.

Accidentes. Muertes. Muertes absurdas, muertes tristes, muertes sin causa,



muertes de hace cien años. Muertes de hace *siglos*. Y leyendas que empezaban haciéndome reír y siempre terminaban muy mal.

Hubo una que me chocó en particular. Hablaba del misterioso pueblo de Fanes, y tanto Elmar como Luis juraban que se trataba de historia con *h* mayúscula.

El pueblo de Fanes era una antigua tribu que, según la leyenda, vivía en paz y armonía. No se dedicaban a la guerra, tenían reyes que administraban justicia con inteligencia. Todo iba de maravilla hasta que, de repente, desaparecieron sin dejar rastro. De la noche a la mañana. Fanes era una ciudad unos diez kilómetros al norte del parque natural, pero Elmar y Luis dijeron que estaban convencidos de que el mal que había barrido esa antigua población procedía justamente del Bletterbach. Un maldito lugar, lo había llamado Luis. Fue allí donde la hoja de la motosierra había hecho *zas*.

Esa misma tarde verifiqué en la Wikipedia lo que la extraña pareja del Lily me había relatado. Con gran sorpresa por mi parte descubrí que no me habían mentido. La población de Fanes, de la tardía Edad del Bronce, había desaparecido como en un juego de prestidigitación. Ahora lo ves y ahora no lo ves.

*¡Puff!*

Las hipótesis más acreditadas se inclinaban por una invasión a manos de tribus procedentes del sur, tal vez del Véneto, más avanzadas y agresivas. Pero las guerras dejan huellas y no se había encontrado nada que testimoniara un acontecimiento semejante. No había esqueletos, ni puntas de flechas, ni escudos destrozados, ni fosas comunes. Únicamente leyendas. Luis y Elmar se habían ganado una Forst.

8.

A mediados de noviembre ocurrieron dos hechos.

Primero: Luis me ofreció un pastel con sabor a nada.

Segundo: el pastel con sabor a nada tenía un vago sabor a sangre.

## El pastel con sabor a *B*

1.

En el Lily había transcurrido una agradable velada. Elmar se había marchado temprano, por culpa de la artritis. Luis se había mostrado sociable y hablador como siempre. Habíamos jugado a Watten (iba mejorando, aunque sospechaba que mis victorias eran resultado más del buen corazón de mis adversarios que de auténticos progresos) y me había tomado un par de cervezas.

Afuera, la nieve se había acumulado en una bonita capa de unos veinte centímetros y la temperatura era de un par de grados bajo cero. No hacía viento.

—¿Te apetece acompañarme a casa, *Amerikaner*? —dijo Luis señalando el vacío por debajo de su rodilla.

Luis no me necesitaba para llegar a su casa. Con hielo o sin hielo, era un fenómeno con las muletas. Quería hablarme lejos de oídos indiscretos. Y, en efecto, al llegar al umbral de su casa me invitó a tomar algo, lo justo para entrar en calor. Acepté con una mezcla de curiosidad y excitación.

El apartamento de Luis estaba desordenado, como cabría esperar de un viudo que había pasado toda su vida rodeado de leñadores talando árboles. Pero estaba limpio y no pude por más que valorar el gusto, tal vez un tanto demodé, con que la vivienda estaba amueblada. El término correcto era «acogedora», nueve letras.

A juzgar por las fotografías enmarcadas en las paredes, allí dentro Luis debía de haber sido feliz.

—¿Son tus hijos?

—Marlene y Martin. Ella vive en Berlín, es arquitecta. Martin tiene una empresa de transportes, en Trento. Se las apañan bien. La casa de Marlene es una especie de punto de encuentro para artistas, y yo de esa gente no quiero oír hablar, pero ella es feliz. Martin tiene tu edad y un hijo. Un niño.

Me tendió una copa de *grappa* con un aroma incitante.

—¿Cómo se llama?

—Francesco. Tiene tres años y para Navidad vendrán a verme.

—Por tu familia, entonces —brindé.

—Por el Bletterbach —fue la respuesta de Luis.

Me quedé pasmado, con el vaso a media altura. Luis hizo una mueca, chocó el suyo contra el mío y se tragó de un golpe el contenido sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Es por esto por lo que me has invitado a venir?

Él asintió.

—Tal vez puedas engañar a Elmar, que gracias a Dios es capaz de ir de vientre

todas las mañanas cuando canta el gallo y tiene diez dioptrías en cada ojo, pero que de cabeza... No sé si me explico.

Sentía mi cara en llamas.

—¿Werner lo sabe? —pregunté.

Luis negó con la cabeza.

—Si lo sabe, no es por mí. Pero en el Lily no solo estamos Elmar y un servidor.

Maldije mentalmente.

—Werner —continuó Luis— es una persona influyente, respetada. Una de esas personas que no necesitan preguntar.

—Yo... —balbucí.

—No tienes que disculparte, *Amerikaner*. No conmigo, por lo menos. ¿Con tu suegro? Tal vez. ¿Con tu conciencia? Sin duda alguna. A menos que seas uno de esos individuos que ni siquiera saben qué es la conciencia. Pero no pareces de esa clase. ¿Lo eres?

—No, no lo soy.

Contiene la *b*: «Embuste».

O casi.

—Lo suponía. Por eso te he invitado aquí. Quiero darte un consejo.

—¿Qué clase de consejo?

—La gente en Siebenhoch es sencilla. No aspiramos a nada más que un plato caliente por la noche, un trabajo, un techo sobre la cabeza y una docena de nietos en la vejez. Los problemas no nos gustan. Ya tenemos bastantes dolores de cabeza viviendo en esta zona como para ir a buscarnos otros que provengan de fuera.

—Y yo soy de fuera.

—Casi —fue la respuesta de Luis, que sonaba como la del Jefe Krün—, mitad y mitad.

—Tengo derecho a un par de cervezas en el Lily, pero no a meter la nariz en asuntos que no me conciernen.

—No lo sueltes con tanta dureza, muchacho. No tenemos prejuicios hasta ese punto. Somos buena gente. Casi todos. Me enteré de lo que le pasó a tu esposa en la tienda de Alois, y creo que fue una putada. Una auténtica putada. Pero ¿qué se puede esperar de alguien —dijo señalando el paquete de Marlboro que me asomaba por el bolsillo de la camisa— que les vende clavos de ataúd también a los chiquillos?

—Gracias por la advertencia, Luis —dije, después de una larga pausa.

—No seas melodramático. La advertencia es la siguiente: Werner te tiene echado el ojo, y cuando Werner se huele algo lo mejor es andarse con cuidado. Pero te quiere y tiene su propio sentido de la justicia. No es mala persona. Cuando se trasladó a Cles, a muchos de nosotros se nos hizo un nudo en el estómago. Lo echamos de menos. Pero *su* sentido de la justicia no es *mi* sentido de la justicia. ¿Sabes qué decía siempre mi mujer? Que la mejor forma de que se le haga la boca agua a un crío es prohibirle que se coma el pastel.

Se rio.

Sentí que mi corazón empezaba a dar saltos mortales en el pecho.

—¿Y tú, en cambio, tienes pensado darme el pastel?

Luis se recostó en el respaldo de la butaca en la que estaba sentado. Estiró el brazo y sacó pipa y tabaco de un mueblecito.

—Esta conversación no ha existido nunca, ¿entendido?

—Entendido.

—Y deja ya de menear el rabo, *Amerikaner*. El pastel que estoy a punto de ofrecerte no es gran cosa. Por eso voy a contarte un par de cositas que en el Lily nadie tendrá el valor de contarte. Porque el pastel en cuestión es un pastel con sabor a nada.

—¿Quieres decir vacío?

—*Genau*. Vacío. Con sabor a nada. Y aunque mi esposa haya criado a dos hijos maravillosos, soy de la opinión de que si a un adolescente le permites probar el pastel y ese pastel da asco, por lo menos dejará de deambular por la casa como un perro callejero en celo.

Respondí a su sonrisa.

—Creo que Werner ya te ha contado lo que pasó mejor de lo que podría hacerlo un servidor. Siempre se le ha dado bien utilizar las palabras. Él era el que iba a hablar con los políticos, y conseguía derrotarlos en su mismo deporte: las gilipolleces. Yo, en cambio, soy solo un leñador al que le falta una pierna, el único libro que he leído es una colección de chistes que no hacen reír, y si en una película no hay un par de explosiones, me quedo dormido. Pero sé darme cuenta de lo que la gente quiere. Y tú lo que quieres es lo que en la televisión llaman *vox populi*, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas.

Luis dio una chupada a la pipa. Oí el chisporroteo del tabaco.

El olor era agradable.

—¿Quién fue? —dijo socarrón—. Esta es la pregunta alrededor de la cual gira todo. ¿Quién mató a esos pobrecillos? Oficialmente, nadie. Pero en 1987 detuvieron a un tipo, un expolicía de Venecia que había matado, en momentos diferentes, a tres turistas de los Dolomitas, desde la zona de Belluno hasta la del Friul. Los había desmembrado a hachazos. Se proclamó víctima de un complot judicial. Él y su abogado apuntaban a una enfermedad mental. Durante el juicio alguien se acordó de la masacre del Bletterbach, de manera que la policía investigó y parece que algunos indicios situaban a ese tipo por aquí en abril-mayo del 85. Pero eran indicios muy vagos, así que ¿dónde íbamos sin una prueba o una confesión?

—A ninguna parte.

—Fue declarado enfermo mental. Estaba loco, pero no era idiota.

—En tu opinión, ¿crees que lo hizo él?

Luis me apuntó con su pipa como si fuera una pistola.

—Yo te voy a dar el pastel con sabor a nada, muchacho. El resto depende de ti.

—Prosigue —lo animé.

—Luego apareció la pista de los cazadores furtivos. Como ves, tú también has caído en la trampa del asesino solitario. Pero ¿y si esa carnicería no hubiera sido obra de una única persona? Después de todo, nunca se encontraron pruebas en esa dirección.

—Ya —resoplé. Había olvidado que la de Werner era una versión, no la verdad objetiva. Error de principiante, me reproché.

—La caza, aquí en nuestras tierras, es una segunda naturaleza. Se cazan corzos, rebecos, cabras montesas, faisanes, becadas. A veces incluso urogallos y lobos, cuando los había. Si vas a la parte trasera del Lily, verás un lince disecado. La placa indica 1888, pero en mi opinión es mucho más reciente, por eso no está expuesto.

—¿Mala publicidad?

—Claro, pero la cuestión es otra. Incluso hoy en día, no todo el mundo en Siebenhoch ha asimilado esa historia del parque natural. Por otro lado, tienes que pensar que en el 85 el parque era tan solo una solicitud escrita a máquina sobre una mesa en quién sabe qué oficina provincial. Había cazadores que seguían las normas, pero también unos cuantos furtivos.

—¿Por qué iban a matar a esos tres?

—Markus. Markus era el objetivo. En el 85 tenía dieciséis años, pero ya sabía lo que quería. Siempre iba pegado a Max, quien, junto con Kurt, representaba su modelo. Él también quería entrar en la Forestal. Y Max, bueno, cuando Markus estaba por ahí, tenía que ver cómo se las daba: sacaba pecho hacia fuera e iba con las botas relucientes —Luis negó con la cabeza—. No eran más que dos chiquillos, pero los chiquillos tienen entusiasmo. El entusiasmo puede con todo. Markus era un gran tocapelotas y, además, se las daba de ecologista, y de los duros. Cada vez que oía hablar de alguna captura ilegal, iba a soplárselo todo al Jefe Hubner. El Jefe Hubner rellenaba papeles y papeles, asentía, le daba las gracias y por debajo de los bigotes se reía de aquel chiquillo. Antes del infarto, el Jefe Hubner también había sido cazador. No hace falta que te lo diga: todos aquellos informes acababan en la estufa en cuanto Markus salía de la oficina. Ya está, aquí tienes la segunda teoría.

—¿Una venganza de cazadores furtivos?

—Unos cazadores furtivos que habían sido heridos en sus billeteras. Markus había adquirido el hábito de destrozar sus nidos.

—¿Nidos? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Los cazadores furtivos no hacen la mayor parte del dinero vendiendo ciervos a los restaurantes. El dinero se gana con la caza de aves. Capturando polluelos y poniendo trampas para pinzones o petirrojos. Se puede ganar un montón de pasta.

—Y Markus destruía las trampas.

—Exactamente.

—¿Una buena razón para matarlo?

—Depende de tu conciencia. Pero escucha una cosa: a finales de los años setenta

pillé a Elmar con un saco lleno de pajaritos. Grajillas, un acentor y dos polluelos de perdiz blanca. Me dijo que conocía a un tipo, en Salorno, que le iba a comprar los dos polluelos de perdiz por una buena pasta.

—¿Cuánto?

—A la semana siguiente lo acompañé al concesionario de Trento para comprar un Argenta color marfil.

—¿Tanto dinero?

Luis se encogió de hombros.

—Seguro que no fueron las dos perdices las que lo hicieron rico, pero yo diría que gran parte del presupuesto procedía del contenido de ese saco.

—¿Y luego?

—¿No oyes el sonido de tus mandíbulas masticando aire, Salinger?

—A lo mejor es que me gusta.

Luis aspiró la pipa, pensativo.

—El padre de Evi.

—¿El viajante de Verona?

—Mauro Tognon. Dijeron que había vuelto a Siebenhoch, enloquecido. Que había asesinado a Evi para darle un disgusto a su exesposa.

—¿Un disgusto?

Luis hizo una mueca.

—Era un maldito *Walscher*, ¿no?

—Me parece un poco...

—¿Que son castillos en el aire? ¿Que es racista? ¿Ambas cosas? Por supuesto, como las otras historias. Son *vox populi*, no la verdad. Nadie tiene en sus manos la verdad sobre la masacre del Bletterbach. Solo hipótesis.

—¿No le investigaron?

—Ni siquiera se sabía cómo había terminado ese cabrón. Pero eso no detuvo los rumores —Luis tabaleó con sus dedos artríticos en el brazo de la butaca—. Luego está también la teoría del ajuste de cuentas.

—¿Por qué?

—Drogas.

—¿Drogas? —dije perplejo.

—También cosa de Markus.

—¿Tomaba drogas?

—Era el año 85, tenía una madre alcohólica, a su hermana en Innsbruck e iba a la escuela en la ciudad, levantándose a las cinco de la mañana todos los días. Creo que tenía todo el derecho a fumar un poco de esa hierba que una vez encontré también en el cajón de mi hija Marlene. Se ganó un buen rapapolvo por parte del Jefe Hubner y el asunto terminó allí. Pero no para las malas lenguas. Fue etiquetado como un...

—Y, sin embargo, todo el mundo habla de él como de un buen chico —lo interrumpí.

Luis se acaloró.

—En Siebenhoch, todo el mundo habla bien de todo el mundo. Hablan bien de Werner y sin embargo dicen que se marchó a Cles por cobardía, porque no quería ayudar al pobre Günther. También hablan bien del pobre Günther, si ignoramos el hecho de que cuando comenzaba a aullar a la luna todos cerraban los ojos y los oídos. El único que intentaba ayudarlo era Max, que mientras tanto se había convertido en el Jefe Krün y del que todo el mundo habla muy bien, ¿no?

—Él también...

—Dijeron que era sospechoso que Max fuera a Innsbruck para visitar a Evi y Kurt, chupándose siete horas largas de tren. Se olvidan, sin embargo, de que Max iba a Innsbruck para acompañar a Markus, que era menor de edad. Se olvidan de que los menores no podían pasar de un lado al otro de la frontera sin ir acompañados. Especialmente en esa época. Y si tú les mencionas este detalle de la Guerra Fría, les hablas de las barreras fronterizas y de los registros pasajero a pasajero, ¿sabes qué te dicen? ¡Cambian de tema! Te dicen que fue Verena, la novia de Max y que hoy es su esposa, la que mató a esos tres pobrecillos, por celos. A pesar de que sea una locura, dado que Verena mide un metro sesenta y Kurt la habría podido derribar con una mano atada a la espalda. La gente habla, Salinger, no hace otra cosa que hablar. Y cuanto más habla la gente, más hipócrita y fantasiosa se vuelve.

—¿Fantasiosa?

—Oh, sí. Porque todavía no te he contado mi teoría favorita —dijo Luis, con ojos que brillaban de malicia.

—¿Cuál?

El anciano se inclinó hacia mí, bajando la voz.

—*Monstruos*. Monstruos que viven bajo el Bletterbach, en las grutas. Los monstruos que provocaron el derrumbe de la mina en el 23, inundándola y matando a todos los que trabajaban allí. Los mismos monstruos que exterminaron al pueblo de Fanes. Los monstruos que permanecen en las vísceras de la montaña y que, de vez en cuando, si hay luna llena, regresan a la superficie y despedazan todo lo que se les pone a tiro.

Se recostó contra el respaldo. Una nubecita de tabaco ascendió al techo.

Al final, su desdentada sonrisa.

—¿Qué me dices de tu pastel con sabor a nada, Salinger?

2.

Rasca por debajo de la superficie de un pueblecito de setecientas almas y encontrarás un nido de víboras.

Esa noche escribí lo que me había contado Luis, y a partir del día siguiente empecé a dejarme ver menos por el Lily. A causa de Werner, pero también porque

necesitaba reelaborar las historias que Luis me había metido en la cabeza.

Sin embargo, no me quedé cruzado de brazos, al contrario.

Con gran sorpresa por mi parte, había empezado a encontrarle gusto a la carpintería.

La idea de construir un trineo para Clara, que había nacido como una coartada, se fue transformando en horas transcurridas en la parte trasera de la casa de Welshboden intentando sacar algo decente de las maderas que Werner me procuraba.

El propio Werner se ofreció en varias ocasiones a echarme una mano (temiendo por mi integridad, sospecho), pero en todas esas ocasiones lo rechacé. Quería lograrlo por mí mismo.

Me gustaba el olor de las virutas, el lento deslizarse del cepillo que afinaba las aristas, el dolor de espalda tras un par de horas de duro trabajo. También había comprado una lata de pintura y pinceles de primera calidad, para cuando terminara la obra. Tenía el propósito de pintar el trineo de rojo.

De un bonito color rojo flamante.

3.

Noviembre pareció transcurrir así. Batallas de bolas de nieve, muñecos de nieve completos, con una buena zanahoria en lugar de nariz, interminables partidas de cartas con Werner y el olor a madera de la parte trasera de Welshboden. Respondía a los correos electrónicos de Mike, pero negándome a abrir los archivos de vídeo que mi socio me enviaba desde el otro lado del océano. Los borraba de inmediato, como si estuvieran infectados.

De vez en cuando volvía a leer el archivo *B*, el relato de Werner, las leyendas sobre el Bletterbach, los rumores del pueblo que Luis me había relatado, e inevitablemente acababa mordiendo el vacío. Era tan solo un pastel con sabor a nada, pero seguía siendo una buena historia, una de esas que se cuentan alrededor del fuego, quizás en Halloween: de manera que continuaba volviendo sobre ella.

También pensé en los que podrían ser mis siguientes movimientos, en el caso de que decidiera profundizar un poco más.

Ponerme en contacto con los hombres que habían investigado el caso, encontrar los archivos, enterrados quién sabe dónde. Pero la idea de que Werner me estaba observando me ponía bastante nervioso.

Sin embargo...

Antes de dormirme reflexionaba sobre cómo podría contarle la historia a Mike, cómo conseguir que trabajara un poco en ella imaginando una de nuestras charlas repletas de «si» y de «pero». El Bletterbach era el último pensamiento del día.

Aún tenía pesadillas.

Veía de nuevo a la Bestia. Podía oír su silbo. Pero la Bestia estaba menos



presente, su voz era más apagada, como si perteneciera a otra vida. Ya no era algo que me devorara, sino algo indefinido e indefinible. Lejano, por suerte para mí.

Hubo bastantes noches que se deslizaron hasta una oscuridad negra y profunda. Noches tras las que me despertaba feliz y lleno de energías. Esos eran los mejores días.

El primero de diciembre Mister Smith y su banda de *supercools* tatuados del Canal lo estropearon todo. Y un servidor recibió su hermosa porción de pastel con sabor a sangre.

La mía, para ser exactos.

## *South Tyrol Style*

1.

En la segunda quincena de noviembre, como iba diciendo, fui espaciando mis visitas al Lily, pero no por eso dejé de ir allí. Le había cogido cariño a los asientos cojos y a las mesas que llevaban al menos una docena de años con pinta de necesitar que se les pasara un trapo.

De vez en cuando Luis dejaba caer una burla acerca de los pasteleros de aire frito, pero yo no me enfadaba. De la misma manera que fingía no saber que ese anciano vivaracho que lo acompañaba, Elmar, tenía un historial como cazador furtivo.

Me divertía enseñándoles las fotografías de los progresos en la construcción del trineo y atesoraba los consejos que me daban. En el Lily estaba entre personas que tal vez no eran mi gente (y no lo serían ni siquiera si decidiese pasar en Siebenhoch el resto de mi vida), pero en cuya compañía me sentía amparado. Me conocían a mí y yo los conocía a ellos.

Por eso Thomas Pircher me pilló por sorpresa.

Por eso y por el hecho de que la causa de lo sucedido en el Lily nació a ocho mil kilómetros de distancia de Siebenhoch, en las megalujosas oficinas del Canal.

2.

Mike y yo teníamos obligaciones. Obligaciones firmadas, negro sobre blanco. Mister Smith tenía todo un ejército de abogados a sueldo para verificar que los contratos se cumplieran hasta la última nota a pie de página. Para ganar pasta es necesario ser inflexible.

A Mister Smith le interesaba multiplicar su dinero, no hacer buena o mala televisión. El Canal invertía en un producto y esperaba obtener un margen de beneficios. De manera que, como el margen de beneficios de la serie *Road Crew* había crecido de temporada en temporada, también el cheque que Mister Smith había soltado para la preproducción de *Mountain Angels* tenía bastantes ceros. Era plausible, de hecho, que ese proyecto obtuviese la misma óptima respuesta del público que había obtenido *Road Crew*. Eso, para el emperador supremo del Canal, representaba espacios publicitarios. Es decir, dinero. Simple, lineal. Pero luego todo se fue a la mierda. Ocurrió el 15 de septiembre. Ni hablar de *factual*, le dijo Mike a Mister Smith. En vez de eso, un documental. Noventa minutos de pura adrenalina.

Mister Smith mostró un interés cauteloso y, a pesar de las opiniones contrarias de bastantes expertos del Canal, aceptó. A partir de ese momento, sin embargo, las

probabilidades a nuestro favor se habían derrumbado y habían comenzado las presiones.

¿Presiones? No fueron presiones las que Mike tuvo que afrontar mientras yo intentaba ordenar los pedazos de mi psique. Fue una avalancha de proporciones bíblicas.

Es cierto, yo era uno de los firmantes de todos los contratos, la línea narrativa del documental era mía, el guion contaba conmigo en primera persona, pero para Mister Smith y el Canal había un único Dios en el cielo, solo un capitán a bordo del *Pequod* y un único director para la película: Mike. Y sobre él se vertían todas las aguas emponzoñadas. Mensajes de texto a cualquier hora del día o de la noche, constantes correos electrónicos y llamadas telefónicas, mensajeros de FedEx que entregaban misivas cada vez más conminatorias. De todo esto Mike nunca me dijo nada. Podría haberlo hecho (y, según cómo se mire, incluso tendría que haberlo hecho), pero quería protegerme.

Y se lo agradezco.

En noviembre, la paciencia de Mister Smith se agotó. Había firmado un cheque y exigía ver dónde había acabado su dinero. Mike hizo todo lo que los héroes suelen hacer en semejantes aprietos: engatusó, inventó excusas para justificar la lentitud de los trabajos e hizo alarde de zalemas dignas de un mandarín chino. Nos defendió a mí y al proyecto a capa y espada mientras le fue posible hacerlo.

Al final tuvo que ceder.

La mañana del 30 de noviembre, a las nueve en punto, se presentó en una sala de reuniones en la última planta del edificio del Canal, tan nervioso como un condenado a muerte, para mostrar el montaje provisional de *En el vientre de la Bestia*.

El público, restringido y selectísimo, estaba formado por Mister Smith, algunos figuras del equipo creativo, dos ejecutivas bronceadas y un tipo de *marketing*, uno con gafas de pasta, tatuajes en ambos brazos, traje Dolce & Gabbana, que no paraba de tomar notas en un iPad y al que Mike había apodado G. I.

Gilipollas Integral.

La proyección fue mejor de lo previsto. Mister Smith se dio cuenta de que ahí había beneficios, soltó algún consejo para dárselas de enterado (de los que Mike se mantuvo a distancia), y hasta los figuras del equipo creativo y las dos ejecutivas admitieron con la boca pequeña que tal vez no todo el dinero invertido se había ido por la taza del váter.

El que más se congratuló fue Gilipollas Integral. Repartió palmaditas de camaradería a todo el mundo, estrechó manos, dijo «guau» veinte veces por lo menos y no dejó de sorber por la nariz. Tras lo cual, recogió sus notas y se marchó a hablar con la prensa.

Hay que reconocérselo: Gilipollas Integral sabía cómo hacer su trabajo. Se creó una tormenta que, inexorable, fue a romper en mis narices.

Literalmente: en mis narices.

3.

El primero de diciembre, después de pasar el día arreglando la casa, ayudando a Werner a reparar una tubería congelada del baño de Welshboden e intentando explicarle Darwin a Clara (había visto un documental en televisión y no era capaz de entender cómo era posible que los T-Rex se hubiesen transformado en gallinas, lo que me obligó a sacar a relucir a Yodi), al acabar de cenar me bajé hasta el pueblo con la intención de tomarme una cerveza, intercambiar cuatro palabras con el fantástico dúo Elmar & Luis, para enterrarme después bajo las mantas y disfrutar de ocho merecidas horas de sueño.

Fue el cansancio lo que me impidió notar las miradas cuando entré en el Lily.

Miradas que me observaron un gélido instante y luego se volvieron hacia otro lado. Ninguna respuesta hubo a mi habitual «*hallo!*» en un *dialokt* ya casi pasable.

Incluso alguno se levantó y se marchó. Como en un wéstern.

Pedí una cerveza y me senté en la mesa de mis dos compañeros de bebida favoritos.

—Una noche tranquila, ¿eh?

Elmar chasqueó la lengua, luego levantó el periódico creando una barrera entre él y yo.

Asombrado, fruncí el ceño en dirección a Luis.

—Hola, Salinger —fue su saludo.

Esperé mi cerveza. Que no llegó.

Me aclaré la garganta.

—¿Qué noticias hay, chicos?

—Eso de chicos —graznó Elmar— se lo puedes decir a otra persona.

Por regla general, el Lily era un concentrado de charlas, golpes de tos e imprecaciones bilingües. En la noche del primero de diciembre: silencio. Oí a alguien borbolar. Un par de sillas rascando el suelo. Nada más, aparte de la sensación de tener todos los ojos clavados en mí. Luis permanecía inclinado sobre la jarra de cerveza, ya casi vacía, como si estuviera intentando predecir el futuro en esa tibia papilla.

—¿Luis?

Le toqué el codo.

—No me toques, Salinger. No. Me. Toques.

Retrocedí, herido.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —solté.

—Esto es lo que pasa —fue la respuesta, ronca, de alguien detrás de mí que echó sobre la mesa un ejemplar del *Alto Adige*, al que siguió otro del *Dolomiten*.

—Sabes leer, ¿verdad? —añadió Elmar.

No le había visto nunca esa expresión. Por regla general, era un viejo tranquilo con una dentadura que tenía tendencia a escapársele, sobre todo cuando se enfrentaba

a palabras de más de tres sílabas. El desprecio con que pronunció esa frase me dolió.

Me bastó con los titulares.

—Pero no...

—¿No lo sabías?

—Sí, lo sabía, pero...

—Pues entonces ya no eres bienvenido.

Me quedé con la boca abierta.

—Puedo explicarlo.

—¿Qué es lo que pretendes explicar? —casi gruñó Luis.

—Me gustaría explicar mi punto de vista —dije, intentando ostentar una calma que no poseía.

—¿Han escrito chorradas? ¿Dos periódicos diferentes han escrito chorradas? ¿Es esto lo que estás intentando decir? ¿Un complot en tu contra? ¿O quizá quieres que te lea yo lo que está escrito? A lo mejor es un problema de lengua, el tuyo.

Se oyeron varias risas.

Risas malvadas. No podía creer que fuera el objetivo de esa humillación. No allí, no en el Lily. No por parte de esas personas.

—No...

En ese momento noté la mano que se posaba en mi hombro.

—¿No has oído lo que ha dicho Luis? Desaparece.

La sangre se me subió al cerebro. Pero resistí el impulso de aferrar esa mano y quitármela de encima.

—Yo solo quiero explicar mi versión de...

—Hablas demasiado —soltó el barbudo desde el otro lado de la barra, Stef, el dueño del Lily—. Y tienes que darte el piro. Te lo dice el que paga las facturas de este sitio.

No tenía elección. Era obvio. Había muy mal ambiente. Pero al igual que Kurt, Evi y Markus, también yo interpreté como una simple tormenta lo que, en cambio, era un huracán.

—Escuchad —dije—, aquí hay un malentendido. ¿La película se va a hacer? Sí. ¿La película va a hablar sobre el accidente? Sí. ¿Va a ser un producto de mierda? No. ¿Voy a quedar yo como un héroe? No. Sobre todo —incidí mirando a Luis a los ojos—, ¿va a hacer que queden mal los hombres del Socorro Alpino de los Dolomitas? —hice una breve pausa, rezando para que me creyeran. Porque esa era la verdad desnuda y quería que lo supiesen—. No, en absoluto.

Luis negó con la cabeza.

—Aquí dice que se va a titular *En el vientre de la Bestia*.

—Es verdad.

—Dice que tu amigo y tú sois los autores.

—Sí, correcto.

Luis me miró como diciendo: «¿Lo ves? Tengo yo razón».

—Pero no es cierto que vaya a ser una especulación, como está escrito aquí. No es cierto que sea un... —busqué la frase y la leí en voz alta— «acta de acusación hacia la ineficacia del Socorro Alpino».

Elmar chasqueó de nuevo la lengua.

—Tenéis que creerme. Puedo dejaros ver algunos fragmentos, puedo...

—¿Cuánto tiempo hace que estás en Siebenhoch, Salinger?

—Hace casi un año.

—¿Cuánto ha durado el rodaje de tu película de mierda?

—Tres meses, más o menos.

—¿Y no lo has entendido todavía?

—¿Qué? —pregunté dolido.

—Lo que ocurre en las montañas se queda en las montañas —respondió por Luis la voz a la que pertenecía la mano apretada en mi hombro—. Estúpido *Walscher*.

Fue la clásica gota de más.

Estallé.

—Quítame las manos de encima —mascullé, levantándome de golpe.

El hombre, un guía de montaña más o menos de mi edad, me sacaba unos buenos diez centímetros de altura y su mirada, ofuscada por el alcohol, no era menos malvada que la mía. Se llamaba Thomas Pircher. En una ocasión incluso lo invité a una cerveza.

—¿O qué?

El tipo golpeó. Rápido.

Me dio en la nariz.

—O te voy a enseñar una nueva manera de cagar, imbécil. A lo mejor por el oído, ¿qué te parece?

Me tambaleé hacia atrás, doblado por el dolor, mientras la sangre goteaba hasta el suelo. Alguien aplaudió, alguien silbó.

Nadie dio ni un paso para ayudarme.

El hombre me agarró por el pelo, me abofeteó dos veces y me golpeó en el plexo solar. Me derrumbé al suelo, arrastrando tras de mí la mesita de Luis y Elmar.

—¿Quieres más?

No respondí, estaba demasiado ocupado intentando respirar. Thomas me vertió una cerveza en la cara. Luego me soltó un par de patadas en las costillas.

Era una paliza al más puro *South Tyrol Style*. Si no reaccionaba inmediatamente, iba a salir del Lily en una camilla.

Sacudí la cabeza e intenté levantarme. Nada que hacer. El mundo daba vueltas y no parecía dispuesto a dejar de girar. El alboroto aumentó. Alguien incitó a Thomas para que me golpeará más fuerte. Otros se rieron. No se puede negar, se lo estaban pasando bomba.

—Escuchad... —murmuré utilizando un truco tan viejo como el mundo.

Había una posibilidad entre un millón de que funcionara, pero Thomas Pircher

tragó el anzuelo, el sedal y toda la pesca.

El energúmeno se agachó para escuchar lo que estaba murmurando. Increíble la ingenuidad de algunas personas.

Alcé la cabeza de golpe y le di en toda la barbilla. El dolor en la nuca fue fuerte, pero soportable. Mitigado por el grito que dejó escapar mi agresor. Ni siquiera perdí un segundo. Me levanté, agarré una silla y la descargué contra su espalda.

Thomas se desplomó, de golpe.

Permanecí inmóvil, desafiando a todos los presentes a recoger el guante.

—¿Quién más quiere? —grité.

En ese momento vi mi reflejo en la cristalera del Lily. La pata de la silla en la mano derecha, la cara convertida en una máscara de sangre y una expresión de locura en los ojos. Experimenté una sensación de horror e inutilidad. Podría gritar mi inocencia hasta quedarme sin voz, pero los parroquianos del Lily Bar solo iban a creer en la tinta de esos periódicos.

Tal vez al día siguiente, a la luz del sol, algunos de ellos pusieran en duda lo que los plumillas habían soltado copiando los comunicados de prensa del Gilipollas Integral. Dentro de una semana incluso me escucharía casi todo el mundo. Dentro de seis meses hasta bromearía con Thomas Pircher, quien ahora gemía en el suelo. Pero esa noche no, esa noche nadie iba a creerme. Cualquier cosa que pudiera decir en mi defensa sonaría falsa y vacía.

Dejé caer la pata de la silla, me limpié con la manga de la chaqueta y regresé a casa.

4.

Annelise estaba despierta. Mejor así. No habría podido justificar de ninguna forma la nariz hinchada y la sangre. Le expliqué lo que había pasado y se cabreó de mala manera. Amenazó con hacer intervenir a Werner y me llevó mucho tiempo calmarla. Era inútil alterarse. Cuando la película se proyectase, las cosas se arreglarían. Mientras tanto había que poner al mal tiempo buena cara.

—Pero...

—Nada de peros. ¿Qué ibas a hacer? ¿Poner una denuncia? ¿En un lugar donde las peleas estallan incluso en las salas de bingo de las parroquias?

—Pero...

—Me tocará cambiar de bar, ¿y qué más da? Aquí el único problema es elegir entre tanta oferta, me parece.

Annelise me curó y le prometí ir a urgencias para un chequeo, algo que hice al día siguiente, acompañado por Werner, quien, ni que decir tiene, ya estaba al tanto de todos los detalles de la riña en el Lily.

En el San Maurizio determinaron que ni nariz ni costillas estaban rotas. Me dolían

un huevo y los médicos me prescribieron un par de analgésicos. Le di a Werner las gracias por llevarme, me despedí y regresé a casa. Esa tarde tuve una larga conversación telefónica con Mike, quien me explicó lo que aún no había entendido yo de la «fuga de noticias» creada *ad hoc* por Gilipollas Integral para darle un aura de «obra maldita» a nuestro documental; luego, muerto de cansancio, me refugié en la parte trasera de Welshboden para construir el trineo que quería regalarle a Clara por Navidad.

5.

La noche del 2 al 3 de diciembre soñé con la Bestia. En el interior. En la blancura. Entre aquellas mandíbulas que querían triturarme. La sensación de hostilidad total.

Márchate, silbaba la Bestia.

*Márchate.*



## *Der Krampusmeister*

1.

Me había hablado del tema Annelise, años antes, y con la cara hinchada o no, ahora que me encontraba en Siebenhoch no me lo habría perdido por todo el oro del mundo.

El 5 de diciembre, festividad de San Nicolás (al que aquí llaman san Nicolò, con acento final), el Alto Adigio celebraba la fiesta de su santo patrón siguiendo los dictados de su estilo habitual, a medio camino entre lo cómico y lo siniestro.

Annelise me había enseñado algunas fotografías y varias filmaciones de esas celebraciones colgadas en YouTube. Me quedé entusiasmado. Rebauticé el 5 de diciembre como la fiesta del Diablo Sudtirolés. Una especie de Halloween más antiguo y sin gatitas sexis para estropear el ambiente. Annelise se molestó. No era una fiesta del diablo, me reprochó, era una fiesta de la que el diablo era *expulsado*. Tenía que estar ciego para no ver la diferencia. Me disculpé e intenté que me perdonara de todas las maneras posibles con tal de no estropear el ambiente, aunque yo seguía en mis trece.

El hecho de que al final de la celebración el santo expulsara a los demonios me sonaba como un final de consolación impuesto por una productora carente de fantasía.

El 5 de diciembre me desperté temprano, acelerado como un niño la víspera de Navidad. No cabía en mi pellejo. Annelise y Clara observaban con incredulidad mi excitación. Incluso llegué a llamar por teléfono a Werner para preguntarle si la fiesta, a pesar de la nieve, se llevaría a cabo con normalidad. Werner me señaló que había dejado de nevar hacía ya un buen rato y que tal vez no lo sabía, pero en aquellos pagos la nieve no era en modo alguno una novedad.

Alrededor de las seis, con Siebenhoch sumido en las tinieblas, Werner llamó a nuestra puerta y nos encontró preparados para salir. No quería perderme ni un segundo.

Durante todo el trayecto hacia Siebenhoch, Clara, contagiada por mi entusiasmo, apabulló a su abuelo con preguntas. Él hizo todo lo posible para contener ese río desbordado. No, los demonios (que se llamaban *Krampus*) no iban a llevársela, como mucho acabaría con la nariz tiznada de carbón. No, no eran demonios auténticos, eran jóvenes del lugar disfrazados de demonios. No, a pesar de lo que repetía ese niño demasiado grande que era su padre, los *Krampus* no eran malos de verdad.

—Malísimos, fíate, cinco letras —murmuré guiñándole un ojo con actitud de conspirador.

—Hija no se fía —sentenció Clara, con la nariz respingona—. Hija cree a seis letras.

—¿«Mamita»?

—«Abuelo».

—Y sería mejor que tú también lo hicieras, Jeremiah —barbotó Werner.

Cerré la boca.

Siebenhoch era una joya de arquitectura de montaña. Pequeñas casas que se unían unas a otras y a la iglesia, por detrás de la cual se abría el cementerio, blanco, bajo sus buenos cincuenta centímetros de nieve.

Era por allí por donde llegarían los *Krampus*.

La plaza estaba repleta de gente, turistas en su mayoría, todos ellos pertrechados como si fueran a desafiar el invierno siberiano, las cámaras fotográficas listas para inmortalizar a los diablos del Tirol del Sur.

En una caseta compramos una taza de chocolate muy caliente para Clara, dos cervezas para mí y Annelise, y buscamos un lugar adecuado desde el que disfrutar del espectáculo.

Se percibía, por detrás de la iglesia, algo de movimiento. Los jóvenes del pueblo daban los últimos retoques al vestuario, los niños bullían corriendo por el hielo, excitados. En las ventanas comenzaban a verse las caras de los ancianos. No había rastro del párroco, que haría su aparición solo en un segundo momento, disfrazado de san Nicolò, para expulsar a los terribles *Krampus*.

—¿Ves eso?

Werner señalaba a un hombre con bigotes caídos, sentado en los escalones frente a la iglesia, que agarraba una pipa apagada entre los labios, disfrutando del espectáculo de la multitud.

—¿Ese tipo de la gorra roja?

—Es una tradición viviente. El *Krampusmeister*.

—¿El maestro del diablo? —pregunté, fascinado.

—Es el que prepara el vestuario. *Krampusmeister* es un término que utilizamos solo aquí, en Siebenhoch, y del que estamos muy orgullosos. Existe un *Krampusmeister* puesto que existe Siebenhoch.

—Creía que eran los jóvenes quienes lo hacían.

Werner negó con la cabeza.

—*Nix*, hay ciertas reglas que deben ser respetadas, Jeremiah, tradiciones. Hay que tener cuidado con los detalles cuando se habla de los trajes de los *Krampus*. De lo contrario, podría cabrearse —añadió divertido.

—¿Quién, el *Krampusmeister*? —pregunté, mirando al hombre seráfico con la pipa en la boca, incapaz de ponerle nombre, a pesar de que estaba seguro de que ya lo había visto.

—No, el diablo.

Me eché a reír.

—Demencial.

—¿Qué es demencial, papá?

Subí a Clara sobre mis hombros (cuánto pesaba ya) y le señalé al hombre de la pipa.

—¿Ves a ese hombre con una gorra roja que está sentado en los escalones?

—Papá, ¿no tendrá frío en el trasero?

—Él no.

—¿Y por qué no?

—Él —dije con tono solemne— es el *Krampusmeister*. El sastre del diablo.

Clara se lanzó a una larga exclamación maravillada.

Le guiñé un ojo a Annelise.

—Exactamente. Es él quien hace los trajes de los *Krampus*, ¿verdad, abuelo Werner?

—Un verdadero *Krampus* debe tener cuernos, y estos cuernos tienen que ser originales, de carnero, de cabra, de vaca o de cabra montés.

—¿Los matan para quitarles los cuernos? —preguntó Clara.

Por primera vez desde que lo conocía vi ruborizarse a Werner.

—Pues claro que no. Son cuernos que se caen... solos.

—¿Igual que las hojas?

—*Genau*. Exactamente así. ¿No quieres más chocolate, Clara?

—¿Y no les duele cuando se caen los cuernos?

—Ni siquiera se dan cuenta. ¿Seguro que no quieres...?

—Y, luego, ¿qué más tienen que hacer los *Krampus*?

Fue el rugido de la multitud lo que salvó a mi suegro de ese interrogatorio.

Los *Krampus* llegaron en fila india, separados unos de otros por unos dos metros de distancia. El de delante empuñaba una tea que mantenía en alto, como la antorcha olímpica.

—Tiene cuernos muuuuy largos —dijo Clara en un susurro.

La procesión avanzaba a paso de marcha. Una marcha lenta, casi fúnebre.

Poco a poco las voces de la multitud se fueron apagando. Destellaron los *flashes*, pero muy pronto también estos se calmaron. Siebenhoch estaba sumido en un silencio irreal.

Cada uno de los *Krampus* era diferente de los otros, pero todos llevaban pieles de animales, tenían cencerros en el cinturón y empuñaban en la derecha látigos de sorgo. Algunos eran nervios de buey. Resultaban realmente aterradores.

En especial con ese silencio.

—Son muy feos, papá —balbució Clara.

Percibí el temblor en su voz, de manera que le acaricié la pierna para tranquilizarla.

—Son de mentira. Máscaras.

Clara no objetó nada, no enseguida. Los *Krampus* tuvieron tiempo de disponerse en media luna, a pocos metros de la multitud que, de una forma instintiva, había retrocedido. El *Krampus* con la antorcha se había colocado justo en el centro del

despliegue, de espaldas a la iglesia. La tea saeteaba sobre su cornamenta.

—A mí no me parecen de mentira, papá. No llevan cereales en la cara.

—Es porque no son zombis, pequeña. Son *Krampus*. Pero no son de verdad. Son máscaras.

Clara no era la única que había perdido el valor. Me fijé en que casi todos los niños, e incluso algunos adolescentes, hasta ese momento unos gallitos, se habían quedado callados y permanecían agarrados a los faldones de sus padres.

—¿Cuántas letras tiene la palabra «máscaras», Clara? —preguntó Werner.

—Tiene..., tiene..., no lo sé.

Clara se deslizó entre los brazos de Werner, con el rostro medio oculto en el hueco del cuello de su abuelo y la otra mitad vuelta hacia la plaza. Oí que Werner le susurraba palabras de consuelo y vi que le hacía cosquillas, pero también me di cuenta de que el cuerpecito de Clara se sobresaltaba con el primer chasquido de látigo.

Solté una expresión de sorpresa, y de nuevo dirigí mi atención a lo que sucedía en la plaza. Los látigos de nervios golpearon el pavimento. Un áspero chasquear que retumbó por todo el pueblo. Me encendí un cigarrillo.

El primer golpe fue seguido por un segundo. Luego, un tercero y un cuarto, *in crescendo*.

*¡Track! ¡Track! ¡Track!*

En el cenit del paroxismo, el *Krampus* de la antorcha lanzó un grito aterrador, gutural y violento. Los látigos dejaron de golpear el suelo. El estruendo cesó. Y los *Krampus* se lanzaron contra la multitud, profiriendo gritos salvajes.

Sabía que iba a suceder. Era la parte divertida de la fiesta.

Los *Krampus* se arrojaban contra la multitud, asustaban a las parejitas, gritaban a los turistas, se dejaban fotografiar, apresar, hacían girar los látigos de sorgo sobre las cabezas de la gente, hacían bailar a algún chiquillo a base de golpes (ligeros) en las piernas y ensuciaban con hollín las caras de los niños más pequeños.

Me lo había dicho Annelise y lo había visto en los vídeos.

Pero de todas formas me cogió de improviso.

La multitud retrocedió. Fluctuó, bramó. Un tipo corpulento me empujó fuera del perímetro de la plaza, aplastándome contra un portón.

Los *Krampus* empujaban y se metían por donde encontraban un paso. Perseguían a la gente y se regocijaban ante los revolcones que causaban.

Perdí de vista a Werner y a Clara, perdí de vista a Annelise.

Vi a un *Krampus* aterrorizando a un chico de no más de dieciséis años, que salió por patas seguido por su novieta, mientras que un segundo, con una máscara que le hacía parecer un cruce entre la Cosa y Michael Myers con cuernos, me pasó tan cerca que pude percibir el olor caprino de las pieles que llevaba y el acre del alcohol que había ingerido.

Este es un detalle que tanto Werner como Annelise habían omitido. La mayoría de

los *Krampus*, antes del *show*, se cargaba bien en los bares del pueblo. Ofrecer una bebida a un *Krampus* traía suerte, eso es lo que decía la tradición.

*South Tyrol Style*, ¿verdad?

Salí de mi escondite para ir en busca de Clara. El hecho de que estuviera asustada de verdad me preocupaba. La multitud, sin embargo, era una masa impenetrable de cuerpos, muchos turistas procedían de pueblos cercanos en los que la fiesta del *Krampus* era menos sugestiva, por lo que Siebenhoch se desbordó de gente. Tuve que alargar el camino recorriendo algunas callejuelas laterales. Fue en uno de esos callejones donde un *Krampus* me vio.

Apareció de repente, a contraluz. Grandes cuernos de carnero en la frente, una máscara de madera con clavos oscuros como parodia ferruginosa de una barba descuidada. Me pareció gigantesco.

La aparición me sorprendió, pero no había nada que temer. Aquello era solo un adolescente que llevaba puesta una máscara fea. Luego, el *Krampus* habló y el asunto tomó un cariz completamente distinto.

—Hey, *Amerikaner*.

Reconocí la voz.

Thomas Pircher.

—No quiero problemas, ¿de acuerdo? —dije, provocando la hilaridad de alguien que estaba disfrutando del espectáculo.

Era una escena que ya había visto y que no quería repetir. Me detuve.

El *Krampus* avanzó.

—Tú —dijo.

—Vete a tomar por culo —contesté.

Me di la vuelta para salir por patas.

—¿Adónde te crees que vas, *Amerikaner*? —soltó un segundo *Krampus* que salió de la nada.

—A por mi hija. Déjame pasar.

—¿Has sido un buen chico, *Amerikaner*, o tenemos que llevarte al infierno?

Yo ya he estado en el infierno, pensé. No un infierno de fuego y azufre, sino un infierno blanco, gélido y antiguo.

—Un chico buenísimo. Aún no te he partido la cara, ¿verdad?

—Verdad —dijo la voz detrás de mí.

El látigo de sorgo me dio de lleno. No era robusto, pero era flexible y me hizo daño. Me golpeó en la nariz todavía dolorida. Me deslicé en la nieve y caí al suelo, maldiciendo. El *Krampus* se inclinó hacia mí y me llenó la cara de hollín, presionando bien la nariz, hasta que comenzó a sangrar de nuevo.

—¿Ves lo que les pasa a los niños malos? Les pasa que...

—Dejadlo en paz.

No fue san Nicolò quien vino a salvarme. Fue el *Krampusmeister*. Bastó con su presencia para que los dos *Krampus* se largaran, partiéndose de risa y gritando al

cielo.

El *Krampusmeister* me tendió un pañuelo. Sostenía la pipa entre los dientes y me miraba con intensidad.

—Gracias —dije, mientras trataba de sacarme de la cara esa mezcla de sangre y carbón.

No quería que Annelise o Clara se asustaran al verme tan maltrecho. Después de todo, había sido yo quien había insistido en ir a esa maldita fiesta del diablo.

—¿Es usted el *Krampusmeister*? —pregunté—. Werner me dijo que es usted el que hace los trajes.

—*Genau*. Tengo que salvaguardar las tradiciones. Beba un poco de esto —me ofreció una cantimplora.

Yo, que tenía la cabeza inclinada hacia atrás para detener la hemorragia, le hice una señal.

—No, gracias.

—Como prefiera, pero le iría bien. Invita el *Krampusmeister*. Esta es también una de mis misiones.

—Y dígame, ¿cuáles son las otras?

—Controlar que los chicos no creen demasiados problemas. En tal caso, intentar remediarlos.

—¿Con pañuelos limpios y *grappa*?

—Coñac.

La sangre había dejado de manar, pero la nariz me dolía un montón. Debería haberme puesto hielo. Me contenté con un poco de nieve.

—Mañana estará como nuevo. Dígame una cosa.

—Por favor.

—¿Piensa poner alguna denuncia por lo ocurrido?

—No, no tiene nada que ver con la fiesta. Entre ese tipo y yo hay un poco de mal rollo.

—Excelente elección —dijo el *Krampusmeister*—, porque, verá, la tradición del *Krampus* es muy importante para nosotros. Los *Krampus* castigan a los malos y expulsan a los espíritus malignos. Los cargan sobre sí mismos.

—Luego viene san Nicolò y los expulsa.

—Claro, pero, por si acaso, después de la fiesta, cuando la gente se ha marchado y el párroco se quita la barba falsa y el traje rojo, los jóvenes que han encarnado a los *Krampus* están obligados a confesarse y a recibir la bendición.

—Es mejor no bromear con el diablo.

—Lo dice como si lo encontrara divertido.

—Es más fuerte que yo.

—Por eso el *Krampus* le ha tomado ojeriza. A usted le gusta bromear con el diablo. Pero el diablo, aun cuando se ría, siempre es extremadamente serio. Tengo mi propia teoría al respecto, es natural, después de tantos años meditando sobre él y

sobre la mejor manera de ponerlo en escena. ¿Quiere escucharla?

—Con mucho gusto.

—Creo que el hecho de no ser capaz de reírse forma parte del castigo que Dios concibió para él. El diablo siempre está serio.

Me quité el pañuelo lleno de nieve de la nariz.

—Es una paradoja. Si me río, hago el juego del diablo; si no me río, soy el diablo. En ambos casos, he perdido.

El *Krampusmeister* asintió, despacio.

—Exactamente. El diablo, en estas tierras, siempre gana. La última risa es la suya.

Nos separamos, y solo cuando llegué junto a Annelise y Clara se me ocurrió que podría haberle preguntado cómo se llamaba. Estaba seguro de que ya había visto esa cara.

Y de que era importante.

2.

Me perdí la llegada redentora de san Nicolò. Solo vi a los *Krampus*, ahora dóciles, a los que algunos monaguillos vestidos de ángel conducían hacia el interior de la iglesia (desde el portón abierto de par en par salía una luz halógena muy potente).

San Nicolò estaba distribuyendo bolsitas de papel rojo, cerradas con un lazo. Clara apretaba triunfante una en la mano. Me la enseñó.

—Papá, mira, me la ha regalado san Nicolò.

—¿Él en persona?

—Parece Papá Noel, pero no es Papá Noel. Es mucho más *gaaaay*.

En efecto, con la barba blanca y el traje rojo, san Nicolò podría haber sido una versión más delgada del querido y viejo Santa Claus. Y no hacía «ho-ho-ho».

—¿Por qué es más *gaaaay*? —pregunté, más que nada para alejar el momento de las explicaciones sobre el estado de mi cara.

—Porque Papá Noel no se dedica a echar a los monstruos, ¿verdad?

Una lógica irrefutable.

Annelise me cogió la cara entre sus manos enguantadas y la movió primero a la derecha y luego a la izquierda.

—¿Qué ha pasado?

—*Krampus* —respondí—. Una batalla épica. Al menos eran treinta. Mejor dicho, tal vez eran cuarenta. Cien, sí, yo diría que eran cien.

—¿Papá?

—Sí, cariño.

—No seas payaso.

—¿Quién te ha enseñado a dirigirte así a tu padre?

—¿Qué ha pasado? —era Werner, esta vez, con los ojos de halcón convertidos en una estrecha rendija.

—He tropezado. Un *Krampus* ha hecho saltar a un gordito y, para no acabar debajo de él, he resbalado al suelo. Luego, ya puestos, me ha pintado la cara.

No convencí a Annelise y, por supuesto, no convencí a Werner, pero fue suficiente.

Me incliné hacia Clara y juntos descubrimos lo que le había regalado el santo. Mandarinas, cacahuets, chocolatinas y un muñeco de *panpepato* en forma de *Krampus* que mi hija se mostró feliz de cederme. El *panpepato* no estaba en lo más alto de la lista de mis dulces favoritos, al contrario, y tal vez san Nicolò era realmente más *guaaay* que Papá Noel (aunque yo estaba seguro de que mi trineo rojo igualaba las cuentas), pero fijo que Jeremiah Salinger no se dejaría intimidar por un borracho, y además con cuernos. Manoseé un poco la figurita y luego, con un mordisco, le arranqué la cabeza y me la tragué con mucho gusto.

3.

Nos costó un buen rato dormir a Clara esa noche. Era uno de esos momentos en los que un padre tiene la esperanza de encontrar el botón *off* escondido en algún lugar de la cabeza de su prole. Los *Krampus*, san Nicolò que «ha levantado el bastón todo de oro y ha dicho: “¡Fuera de aquí, *Krampus*! ¡Dejad de molestar a estos niños buenos!”», y ellos se han puesto a patear y a chillar. Papá, ¡tendrías que haber visto cómo chillaban! Y entonces san Nicolò ha hecho como si fuera a golpearlos, pero era de mentira, ¿vale? Y ellos se han puesto de rodillas, luego han venido esos niños con alas y...». En fin, que había suficiente como para que se pasara la noche en vela y nosotros con ella.

Hacia las once y media comenzó a bostezar; a medianoche, por fin, capituló e inmediatamente después me vi en la cocina, para un tentempié nocturno a base de *speck* curado y una cerveza helada.

Me dolía la nariz.

—¿No quieres contarme lo que pasó?

—Eran millones, Annelise.

—Ya basta.

Con un trozo de *speck* aún en la boca, mascullé:

—Otra vez ese tipo, ese Thomas Pircher.

—Podía haberte roto la nariz.

—No ha sido tan malo como puede parecer. Algún empujón. Eso es todo.

Annelise me rozó la mejilla donde el látigo de sorgo me había arañado con ganas.

—¿Y esto?

—Arañazos.



—Os habéis arreado como señoritas, ¿no?

—Mira cómo se me ha saltado el esmalte.

—Idiota. ¿Qué piensas hacer?

Estrujé la lata y la encesté en el recipiente de los envases.

—Nada de nada. Quiero acabar el regalo de Clara, comprar un árbol...

—... de plástico.

Volteé los ojos, detestaba los árboles navideños de plástico, pero me daba cuenta de que era un dinosaurio en términos de conciencia ecológica.

—... *made in China*, adornarlo de la manera más empalagosa que pueda y pasar una Navidad fantástica.

—¿Estás seguro?

—Te quiero, Annelise, lo sabes, ¿verdad?

—Yo también te quiero. Y apuesto a que está a punto de llegar un «pero».

—*Pero* detesto cuando te pones como una maestrilla. Los hombres están hechos de esta pasta. Nosotros no dialogamos, nos liamos a puñetazos. Es nuestra manera de resolver los conflictos.

Annelise cruzó los brazos sobre el pecho.

—No me refería a eso.

—Dentro de unos meses Mike habrá terminado. Organizaremos el estreno aquí, en Ortisei o en Bolzano. G. I. ha dicho...

—¿Quién?

—G. I., Gilipollas Integral. El jefe de *marketing* del Canal. Dijo que es una excelente idea. En el correo electrónico ha utilizado dos veces la palabra «excitante» y cuatro el término «épico».

—¿Crees que la gente va a entenderlo?

—Lo entenderá —la tranquilicé, a pesar de que no estaba seguro de ello.

Era posible que ni siquiera lo intentaran, me refiero a verlo, ver ese maldito documental. Y, si he de decirlo todo, ni siquiera estaba seguro de querer verlo yo. La mera idea me provocaba náuseas.

Así que, para expulsarla, comencé a pensar de nuevo en el Bletterbach.

## Diez letras y un trineo

1.

Esperé un par de días. El tiempo para que la nariz se deshinchara un poco. Luego, armado de un valor rebotante, después de una rápida búsqueda en internet, con la excusa de una visita a la ciudad para comprar los adornos navideños me encaminé al tribunal de Bolzano.

Era un edificio cuadrado, al más puro estilo fascista, que se erigía en la escasamente imaginativa plaza del Tribunal. Bajo la mirada del bajorrelieve donde un Mussolini de dimensiones hercúleas hacía el saludo romano («¡Creer! ¡Obedecer! ¡Luchar!», rezaba una inscripción), me abismé en los arcanos judiciales italianos.

El personal fue amabilísimo. Me presenté explicando lo que necesitaba y me enviaron al tercer piso, donde esperé a que el fiscal de guardia pudiera dedicarme unos minutos. Cuando salió, el hombre se disculpó por la espera, me reconvino por no haber concertado una cita previa por teléfono y me estrechó la mano con energía.

Se llamaba Andrea Zeller. Era un tipo juvenil, algo encorvado, de huesos finos y corbata oscura. Yo sabía, porque lo había leído en los archivos en línea de las noticias locales mientras esperaba su llegada, que detrás de ese aspecto casi sumiso, de burócrata, se ocultaba un tiburón de los tribunales.

También Zeller debió de haber hecho su investigación mientras lo esperaba, porque no hubo necesidad de explicarle quién era yo. A diferencia de los habitantes de Siebenhoch, sin embargo, no mostró ninguna hostilidad hacia mí. Es más, cuando le conté que necesitaba su ayuda para un nuevo proyecto, se mostró feliz de poder echarme un cable.

Abrió camino hasta un bar cercano, donde pidió una mesita discreta, y cuando nos sirvieron el café se frotó las manos, se ajustó las gafas y me preguntó:

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Salinger?

—Como ya le he dicho, estoy trabajando en un documental en torno a un asesinato cometido en el Alto Adigio en 1985. Estoy intentando ponerme en contacto con el fiscal y el capitán de los *carabinieri* que se encargaron de las investigaciones. Creo que ambos están jubilados en la actualidad. El capitán de los *carabinieri* se llamaba Alfieri, Flavio Massimo Alfieri, un nombre de emperador —bromeé frente a la cara impassible del fiscal—, y el fiscal se llamaba Cattaneo, Marco. Tal vez usted...

—Del doctor Cattaneo me acuerdo bien. Por desgracia murió hace unos diez años. Por lo que se refiere al capitán Alfieri, no sé nada de él. Puedo darle el número de la Jefatura Provincial del cuerpo. Tal vez allí sepan algo. Pero no se haga muchas ilusiones, son muy reservados sobre la vida privada de sus hombres. ¿De qué asesinato se trata? El 85, por estos lares, no fue una buena época.

—¿Es usted de aquí?

Zeller se puso a jugar con un encendedor chapado en oro, nervioso.

—Nacido en el barrio de Oltrisarco y crecido en Gries, donde se encuentran las bodegas de Santa Maddalena. En el 85 acababa yo de licenciarme, pero recuerdo bien la atmósfera que se respiraba en la ciudad. Ein Tirol había declarado la guerra a Italia y la tensión se mascaba. Si su documental habla acerca de esto, me temo que...

—No es el terrorismo lo que me interesa. No es lo mío. A mí me interesa un asesinato que ocurrió en las inmediaciones de Siebenhoch, en el Bletterbach.

El fiscal hizo un esfuerzo de visualización.

—Por desgracia, no me viene nada a la cabeza.

—Los periódicos no hablaron mucho al respecto. Estaban demasiado ocupados con la tormenta que causó una docena de muertes.

—De eso me acuerdo. Provocó una gran cantidad de daños. No me sorprende que el crimen no fuera notorio. ¿Se detuvo a alguien?

—Nunca. Sin embargo, el expediente, por lo que sé, sigue abierto.

A Zeller le brillaron los ojos.

—Las investigaciones por asesinato nunca se archivan, por lo menos hasta que no se condena al culpable; pero si después de, ¿cuántos?, pongamos treinta años nadie ha sido imputado, es posible que la documentación se traslade al archivo del tribunal. Si quiere, puedo darle algunos números de teléfono para ahorrarle un poco de tiempo, ¿qué le parece?

Me iluminé.

—Sería todo un detalle.

2.

El empleado del archivo me miró de arriba abajo.

—Aquí no hay nada.

—¿Me está diciendo que los papeles se han perdido? —pregunté petrificado.

—No, le estoy diciendo que aquí no están.

—¿Y dónde podrían estar?

—En la comisaría correspondiente. Tal vez la policía anda retrasada en el proceso de archivo. Están saturados de papeleo y...

Lo interrumpí.

—¿Treinta años de retraso? ¿Le parece a usted posible?

No era problema suyo.

—Y, de todos modos —murmuré de mal humor—, no era la policía la encargada de llevar a cabo la investigación, sino los *carabinieri*.

El empleado ni pestañeó.

—Pues entonces, debe preguntarles a ellos.

Salí del archivo hecho un basilisco. Había edificado un castillo en el aire y ahora no sabía qué hacer con todo el mobiliario. Dejé el coche en la plaza de Vittoria, detrás del monumento, y me encaminé hacia la aglomeración febril del centro histórico de Bolzano, lo que los lugareños llaman «i Portici». Compré estrellas de colores, Papás Noel de diferentes tamaños y por lo menos diez kilos entre lentejuelas y papel de plata. Nuestra casa iba a brillar.

Lo lancé todo en el maletero y antes de ponerme en marcha para Siebenhoch decidí hacer un último intento. Llamé a la sede de la Legión de los *carabinieri*.

Al tercer timbrado me respondió una voz aburrida.

Le expliqué quién era yo, y dejé caer también el nombre del fiscal. La voz se mostró menos aburrida y más atenta.

Le pregunté si tenía noticia del capitán Alfieri.

—¿Cómo podría hablar con él?

—Eso va a ser difícil, señor Salinger. Está muerto.

—Lo siento.

—Un buen oficial. Ahora, si no tiene nada más que...

—Pues sí —comenté—, hay algo más.

—Dígame.

La voz reflejaba una vena de nerviosismo. Intenté ser lo más conciso posible.

—Estoy intentando acceder a un expediente. Una vieja investigación que el capitán Alfieri llevó a cabo.

—Tendría que dirigirse al archivo del tribunal.

—Ya lo he hecho, pero dicen que el expediente no está allí.

—Es raro —dijo la voz—, muy raro.

No tenía ninguna duda de que, en la sede del cuerpo de los *carabinieri*, algún trasero estaba a punto de llevarse unas cuantas patadas.

—¿Quiere que le dé el código del expediente?

—Con mucho gusto, señor Salinger.

Se lo dicté.

Oí al hombre murmurar algo para sí. Luego, el inconfundible ruido de un teclado que estaba siendo violentado por manos poco acostumbradas a sus formas.

Al final, una exclamación divertida.

—Ahora lo recuerdo, pues claro. El caso del Bletterbach. Misterio resuelto, señor Salinger. El expediente no está en el archivo.

—¿Lo tienen ustedes?

—Lo tiene ese tocapelotas de Max Krün. En Siebenhoch.

Me sentí empalidecer.

—¿Cómo dice?

—Usted es de allí, me ha dicho que es de Siebenhoch.

—Vivo allí.

—Entonces seguro que lo ha conocido. El jefe de la Forestal.

—Lo conozco. Me pregunto únicamente por qué está en sus manos ese expediente.

—Porque Krün es un gran hijo de su madre —exclamó jovial el *carabiniere* al otro lado de la línea—. Cabezón como una mula. Esa historia del 85...

—¿Estaba usted ahí?

—No, en el 85 yo estaba tan tranquilo en Pozzuoli, pensando en ser mecánico, y las chicas me sonreían, señor Salinger. No me haga usted más viejo de lo que soy. Pero la forma en que Krün logró engañar a todos, aquí, es casi legendaria. Por eso me he acordado del asunto. Menudo personaje es ese Krün.

—Siento curiosidad. Explíquemelo, por favor.

—Técnicamente, la investigación se nos había confiado a nosotros, ¿me sigue?

—Sí.

—Por eso, durante algunos años el expediente permaneció aquí, en Bolzano. Luego la historia cayó en el olvido y el legajo pasó al archivo. Sin embargo, tratándose de una investigación por asesinato, no quedaba realmente archivada. Estaba en una especie de limbo burocrático. Sucede cada dos por tres. ¿Me sigue? Pues espere, porque ahora viene lo mejor. A Krün eso no le parece nada bien y por eso empieza a desempolvar leyes y leyecitas. Tiene usted que saber que en Siebenhoch Max Krün ostenta el cargo de guardián del orden *ad interim*. Pues bien, de acuerdo con una ley desenterrada por Krün, un código que procede directamente del Estatuto Albertino de 1848 y que nunca ha sido derogado, el funcionario público que ejerce sus funciones como guardián del orden puede reclamar la documentación relativa a cualquier delito cometido en el territorio de su competencia y quedársela durante el tiempo que le parezca, lo que significa, en este caso, hasta que el papel eche moho.

Dejó escapar un rebuzno tan fuerte que por poco no me rompe el tímpano.

—¿Me está diciendo —dije al terminar esa especie de risa— que los expedientes están en el cuartel de la Forestal de Siebenhoch?

—Exactamente, señor Salinger —confirmó la voz al teléfono, poniéndose seria—. ¿Puedo añadirle una confesión? No me gustaría que hubiera malinterpretado mi tono.

—Por favor...

—No les venimos contando la historia de Krün a todos los recién llegados en los últimos veinte años para burlarnos de él. Lo hacemos porque ese hombre es un ejemplo para todos nosotros. Lo admiramos.

—¿Y eso por qué?

—Los asesinados eran amigos suyos —soltó con sequedad el *carabiniere*—. ¿Qué habría hecho usted en su lugar?

Cada uno de ellos había buscado una vía de escape del Bletterbach. Los miembros del equipo de rescate. Werner, Max, Günther y Hannes. ¿Y dónde habían acabado?

Günther cavó su propia tumba tratando de ahogar aquella historia en alcohol. Hannes perdió la cabeza. Werner huyó de Siebenhoch. ¿Y Max? ¿Qué había dicho Werner de Max?

Max había transformado su uniforme en la armadura del defensor de Siebenhoch. Se había aferrado a su papel con tal de no sucumbir. Ahora tenía la prueba de ello.

Ocho letras: «Obsesión».

4.

La mañana de la víspera de Navidad, Werner me encontró en la parte trasera de Welshboden cuando el sol aún no había aparecido por detrás de las montañas. El trineo estaba acabado; la pintura, seca.

—Parece que tienes talento para este tipo de trabajo.

Me sobresalté.

—Espero no haberte despertado —me disculpé.

Werner negó con la cabeza, y luego volvió a observar el trineo.

—Estoy seguro de que a Clara le va a gustar.

Yo no las tenía todas conmigo. Mis ojos no hacían más que encontrar defectos.

—Eso espero —murmuré.

—Estoy convencido.

—¿Y si no funciona? Tengo miedo de haber montado los patines de forma apresurada y...

—Aunque fuera el trineo más lento del planeta, y aunque fuera a destrozarse en la primera prueba, lo has hecho tú. Con tus manos. Es en esto en lo que Clara pensará algún día.

—¿Tú crees?

—Crecerá, Jeremiah. Crecerá a toda velocidad y ya no podrás protegerla. Lo sé, ya he pasado por ello. ¿Sabes qué puede hacer un padre, sin embargo?

No quería responder. Sentía un nudo en la garganta. De manera que esperé a que continuara.

—Un padre puede procurarle a su hija únicamente dos cosas: respeto hacia ella misma y buenos recuerdos. Cuando Clara sea mujer, o madre, ¿qué recordará de estas Navidades? ¿Que el trineo era más lento que una tortuga o que lo hiciste con tus manos?

Sonreí, agradecido por esas palabras.

Me di cuenta de que se le habían humedecido un poco los ojos.

Había demasiados recuerdos en el aire esa mañana.

—De todas formas, solo hay un modo de averiguarlo —dijo barriendo el

desasosiego y la melancolía—. Hay que probarlo.

Pensé que estaba de broma.

Werner *no* era de los que bromean.

Si alguien nos hubiera visto, dos adultos grandes y gruesos que se turnaban para deslizarse hacia abajo a lo largo de los prados nevados de Welshboden, excitados como chiquillos y maldiciendo como estibadores portuarios cada vez que acababan con el morro en la nieve, creo que nos habrían tomado por locos. En cambio, nos divertimos de lo lindo.

Cuando el sol se asomó estábamos sin aliento y sonrientes.

—Yo diría que funciona, ¿verdad?

—Y yo diría que te debo una, Werner.

5.

Fue Clara la que repartió los regalos después de la cena: una responsabilidad que parecía complacerla tanto como desenvolverlos.

La casa de Siebenhoch se llenó de exclamaciones de asombro y de júbilo. Parecía que Werner nunca hubiera deseado algo distinto a esa corbata rosa con lunares («Así llevas un poco de color encima, abuelo, el rosa te queda bien»), Annelise abrazó el jersey con un reno como si se tratara de un viejo amigo («Se llama Robertina, mamá, le gustan los geranios»), y por mi parte yo nunca había visto nada más bonito que ese par de guantes tan chillones que hacían daño a la vista.

Además de los guantes recibí la última novela de mi escritor favorito (de parte de Annelise), una caja de herramientas (de Werner) y una fotografía de la tribu de los Kiss con la inscripción: «¡Mejórate, amigo!» (era de Mike), que me humedeció un poco los ojos.

—¿Te gustan tus guantes, papá?

—¡Cada dedo tiene una cara diferente! ¡Son espléndidos, cariño! —me los puse, pavoneándome—. Sencillamente estupendos...

—¿Cuántas letras tiene «estupendos», papá?

—Tantas como los besos que te mereces, cariño.

Y la hice girar en el aire, mientras Clara fingía rebelarse.

Buenos recuerdos, ¿verdad?

Cuando la situación se calmó, tomé la palabra:

—Creo que tu regalo está en algún sitio, hija. Pero no sé muy bien dónde...

Clara, que acababa de desenvolver el regalo de Werner (un libro *pop-up*) y lo que Mike había enviado por correo desde Nueva York (una camiseta de los Kiss, con «Clara» escrito en la parte de atrás), giró la cabeza hacia mí, con los ojos que parecían dos estrellas.

—¿«En algún sitio», cinco letras?

Me revolví el pelo, intentando parecer confundido.

—Padre es viejo. Padre no recuerda bien.

—Cinco letras dice mentiras.

—Puede ser —contesté—. Pero algo me dice que tendrías que ponerte una chaqueta y unos guantes.

En un instante, con la chaqueta abotonada hasta la mitad y la bufanda colgando, Clara estaba en la puerta. Antes de abrirla bien, se volvió hacia Annelise.

—¿Puedo?

—No es un poni, cariño.

—No quiero un poni, mamá. ¿Puedo salir?

—El año pasado querías un poni.

Clara batió los pies contra el suelo, impaciente.

—El año pasado era *pequeña*, mamá. Sé que un poni estaría mal en casa. Lo sé. ¿Ahora ya puedo salir?

A Annelise no le dio ni tiempo de asentir cuando ya una ráfaga de viento había depositado diminutos copos de nieve sobre nosotros.

—¡Papaaaá!

Sonreí. Annelise me besó en la mejilla.

Así que salimos a contemplar mi obra maestra.

—¡Pero... es preciosísimo! Es completamente rojo.

—Rojo flamante, cariño, de lo contrario se ofende. Trineo Rojo Flamante, te presento a Clara. Clara, te presento...

No terminé la frase. Clara se había sentado ya a horcajadas sobre su nuevo regalo.

—¿Me ayudas, papá?

¿Cómo puede uno resistirse a esa deliciosa carita? Durante las dos horas restantes, aunque quizá fueran más, no hice otra cosa que remolcar a Clara arriba y abajo por el césped de enfrente de la casa, débilmente iluminado por la luna, hasta convertirlo en una especie de campo de batalla.

Luego me tiré al suelo, derrotado.

—Padre está viejo —jadeé—. Clara tiene sueño. Mañana iremos a Welshboden y te enseñaré a deslizarte en descenso. Es más divertido. Y tal vez hasta consiga evitar alguna distensión.

—Clara no tiene sueño. Padre no es viejo. Solo un poco viejo —protestó la niña.

Annelise la cogió de la mano.

—Es hora de ir a dormir. Ya jugarás mañana con tu nuevo trineo —me lanzó una mirada que decía que a Salinger también le había llegado el momento de desenvolver el regalo de Navidad. Ese tipo de regalo prohibido a los menores que tanto me gustaba—. Eso si tu padre todavía está entero, mañana por la mañana.

Lo admito.

No debería haberlo sabido. No es bueno conocer los regalos antes de Nochebuena, lo sé. Y tampoco es nada bonito ir rebuscando por los cajones de toda la



casa como un perro trufero.

No, eso no se hace.

Pero la curiosidad tiene diez letras que me van como anillo al dedo. Por otra parte, debo añadir en mi defensa que Annelise no había sido demasiado cuidadosa en la elección del escondite. Necesité menos de media hora para encontrarlo. Y tengo que decir que la etiqueta de Victoria's Secret me había cosquilleado de lo lindo.

6.

De todos modos, el secreto de Victoria desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Verdaderamente, Victoria era una chica mala, muy mala.

## La mayor parte de las cosas cambia

1.

Comencé a pensar de nuevo en el Bletterbach alrededor del 28 de diciembre. Releí mis notas y volví a reflexionar sobre lo que había descubierto en el tribunal de Bolzano.

En la noche del 30 hice mi jugada.

2.

La mujer que abrió la puerta era pequeña, el pelo oscuro cortado como un casco, los ojos grandes y luminosos.

—¿Verena? —pregunté.

Enseguida me identificó.

—Tú eres el director del que habla todo el mundo, ¿verdad? El yerno de Werner.

—Salinger. Guionista, no director —le enseñé la botella de Blauburgunder que había comprado para la ocasión—. ¿Puedo entrar?

Soplaba un viento que helaba los huesos y solo en ese momento Verena pareció darse cuenta. Se hizo a un lado, disculpándose. Luego cerró de nuevo la puerta.

—Apuesto a que estás buscando a Max.

—¿No está?

—Reunión en Bolzano. Has tenido mala suerte, pero de todas maneras pasa, pasa. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—Con mucho gusto.

Colgué la chaqueta, la bufanda y el gorro y la seguí hasta la cocina. Verena me colocó en una mesa coronada por una cesta repleta de productos con un aspecto muy apetitoso. Frutas, frascos de conservas, encurtidos, mermeladas. Todo rigurosamente casero.

—Parecen deliciosos.

—Es la gente de Siebenhoch —explicó—. O quieren dar las gracias o quieren pedir disculpas. Un cincuenta por ciento de cada cosa.

Me reí con ella.

—También Werner tuvo su buena dosis de cestas navideñas. Y corro el peligro de tener una indigestión.

—Lástima —dijo la mujer—. Pensaba endilgarte unas cuantas de las nuestras.

Nos reímos.

El té estaba hirviendo y soplé sobre él. Verena había preparado una taza también

para ella. Intenté imaginármela en el 85 y no fue difícil. No debía de ser muy distinta de la mujer que tenía delante. La esposa del Jefe Krün aparentaba más o menos treinta años, y sin embargo ahora cabalgaba sobre los cincuenta.

—¿Esa botella es para decir «gracias» o «disculpa»?

—Ambas cosas, a decir verdad. Quería darle las gracias a Max por no haberme puesto una multa...

Verena me interrumpió, levantando los ojos hacia el cielo.

—Ha hecho su número favorito también contigo, por lo que veo.

—¿Qué número?

Verena imitó la expresión severa (la del poli malo) de su marido.

—Hey, forastero, ten cuidado con hurgarte la nariz, en estas tierras odiamos a los que se hurgan la nariz. Los colgamos delante del ayuntamiento y luego practicamos el tiro al plato con su cabeza...

El té se me fue por el otro lado.

—... utilizando una pistola de clavos —terminó la mujer, al tiempo que me guiñaba un ojo.

—Ese mismo número. Lo único es que fue por un exceso de velocidad.

—La mitad de la botella es un «gracias», ¿y la otra mitad? —me preguntó.

No había olvidado que tenía los ojos de Werner encima. Pero tampoco quería perder la oportunidad de hacer algunas preguntas. De manera que, a medio camino entre serio y chistoso, dije:

—Somos amigos, ¿verdad?

—Desde hace más de diez minutos.

—Por mi parte es suficiente para construir imperios.

—Entonces diría que somos amigos. Suéltalo ya.

Tomé un sorbo de té.

—Me gustaría preguntarle a Max sobre el Bletterbach.

La sonrisa de Verena se frunció. Una profunda arruga hizo su aparición en el espacio entre las cejas. Fue solo un segundo, luego su rostro se relajó de nuevo.

—¿Es que en el Centro de Visitantes no te dieron suficientes folletos?

—Se comportaron de fábula —le respondí con cautela—, pero yo quería saber algo más específico acerca de los asesinatos del 85. Simple curiosidad —añadí después de una pausa.

—Simple curiosidad —repitió ella, jugando con la taza de té—. ¿Una simple curiosidad acerca de una de las historias más horribles de Siebenhoch, Salinger?

—Es mi segunda naturaleza —intenté darle un tono ligero a mis palabras.

—¿Abrir de nuevo viejas heridas? ¿Esto también forma parte de tu segunda naturaleza?

—No quisiera parecer...

—No lo pareces. Lo eres —me interrumpió la mujer, secamente—. Y ahora coge tu botella y márchate.

—Pero ¿por qué? —pregunté, sorprendido ante tanta vehemencia.

—Porque desde 1985 ya no puedo celebrar mi cumpleaños, ¿te parece un motivo suficiente?

—No...

El 28 de abril. La fiesta de cumpleaños.

Todo me resultó claro. Me sonrojé.

Solté un profundo resuello.

—Tal vez Max no sea de tu misma opinión. Tal vez él tenga ganas de hablar y...

Me quedé bloqueado.

Odio y dolor. Fue esto lo que leí en sus rasgos.

Un enorme dolor.

—Está fuera de discusión.

—¿Por qué?

Verena cerró los puños.

—Porque... —contestó con un resoplido, mientras se secaba una lágrima—. Por favor, Salinger. No le hables del tema. No quiero que sufra.

—Entonces —dije—, ¿por qué no me hablas tú del tema?

A juzgar por las emociones que se entrecruzaron en su rostro, en la mente de Verena se libró una batalla rápida y sangrienta.

Esperé en silencio el resultado.

—¿Me prometes que luego no hablarás de esto con él?

—Prometido.

Contiene la B: «Embustero».

Con la B: «Bastardo».

Con la S: «Sonrisa».

—Puedes estar segura.

—No será para una película, ¿no? —me preguntó.

—No, es una especie de *hobby*.

La elección de la palabra fue desafortunada, lo reconozco. Pero si le hubiera dicho la verdad, me habría echado de su casa. Eso sin contar con que, a esas alturas, ni siquiera yo sabía ya cuál era la verdad.

¿Era simple curiosidad lo que me empujaba a hacer todas esas preguntas? ¿O también para mí la historia del Bletterbach se había convertido en una obsesión?

—¿Qué quieres saber?

—Todo lo que sabes —respondí con avidez.

—Todo lo que sé es que odio ese lugar. No he vuelto a poner los pies allí desde el 85.

—¿Por qué?

—¿Tú quieres a tu mujer, Salinger?

—Sí.

—¿Qué sentirías hacia el lugar donde tu mujer ha perdido una parte de sí misma?

—Odio.

—Eso es. Odio el Bletterbach. Y odio el trabajo que hace mi marido. Odio ese uniforme. Odio cuando va en busca de los cazadores furtivos, odio cuando hace su numerito con los recién llegados —miró a su alrededor—, odio estas malditas cestas de fruta.

Se pasó la mano por debajo de la nariz y cogió aliento.

—Max es una buena persona. La mejor. Pero aquel asunto lo marcó y a mí me encantaría marcharme de aquí. Mandar al diablo la Forestal, Siebenhoch y esta casa. Pero es imposible. Es como una cicatriz —señaló la medialuna alrededor de mi órbita—, lo que ocurre es que la de Max está aquí —se puso una mano sobre el corazón—. Puedes llegar a marcharte, pero las cicatrices siempre las llevas contigo. Forman parte de ti.

—Puedo entenderlo.

—No —contestó Verena—, no puedes.

Pero, por el contrario, podía. La Bestia era mi testigo.

—Debe de haber sido duro —dije.

—¿Duro? —resopló Verena—. ¿Has dicho duro? Lo reconstruí pedazo a pedazo. Había días en que quería abandonarlo. Marcharme de aquí, dejarlo todo. Rendirme.

—Pero no lo hiciste.

—¿Tú habrías abandonado a tu mujer?

—Me habría quedado.

—Al principio no quería hablar de ello. Le rogué que se buscara un psicólogo, pero siempre me respondía lo mismo. No necesitaba ningún médico, necesitaba solo un poco de tiempo. Tiempo, decía —susurró moviendo la cabeza—, era solo una cuestión de tiempo.

—Dicen que es la mejor medicina.

—Hasta que te mata —fue la amarga respuesta de Verena—. Y la historia de la masacre del Bletterbach es una maldición. ¿Sabes cómo les fue a los demás? Hannes mató a Helene, Werner se marchó sin despedirse de nadie. Hizo las maletas y desapareció. E incluso antes de marcharse eran más los días en que no se le veía que aquellos en los que se podía intercambiar con él un «qué tal». Se había convertido en otro. Taciturno, gruñón. Se notaba que ya no era capaz de seguir aquí. Luego estaba Günther.

Verena se pasó las manos por los brazos, casi como si hubiera sentido un escalofrío.

—Me daba miedo verlos a él y a Max sentados mientras hablaban. Permanecían horas y horas, precisamente aquí, hablando y hablando, con la puerta cerrada. No bebían, y a Dios le doy gracias por esto, pero cuando Günther se marchaba, Max tenía una luz en los ojos... —Verena buscó las palabras—. Tenía los ojos de un cadáver, Salinger. ¿Te gustaría ver los ojos del cadáver de tu mujer?

Había una única respuesta a esa pregunta.

—No.

—Luego las visitas se fueron espaciando en el tiempo. Günther tenía una novia, una del lugar, Brigitte, y comenzaron a ir en serio. Pasaba menos tiempo con Max y yo me sentía feliz porque se había quitado de en medio. Sin Günther parecía que Max estaba mejor. No obstante, cada año, hacia finales de abril, se convertía en otra persona...

Verena comenzó a martirizar su alianza.

—Cuando sucedió la primera vez, en el 86, yo tenía diecinueve años. A los diecinueve años la muerte es algo que les ocurre a los abuelos o a esos escaladores que estiran más el brazo que la manga. Pensé incluso que una fiesta podría sentarle bien. Ya sabes, distraerlo.

—¿Te equivocaste?

—Fue la primera y única vez que lo he visto iracundo. No —se corrigió—, iracundo no expresa bien la idea. Me asusté y me pregunté si valía la pena luchar por alguien que parecía enajenado. ¿Realmente quería pasar el resto de mis días junto a un loco? Pero luego me di cuenta de que no era ira lo que sentía: era dolor. Evi, Kurt y Markus eran sus únicos amigos y él los había visto despedazados. Lo perdoné, pero no he vuelto a celebrar mi cumpleaños. No con Max. Al año siguiente, el día antes de mi cumpleaños, cargó el coche y se fue a la antigua granja de su familia, para pillar una cogorza y pasar allí la borrachera. Desde entonces se ha convertido en una costumbre, tal vez un ritual. Es una buena solución de compromiso y, por lo menos, Max no ha tenido el mismo final que Günther y Hannes.

—También Werner se salvó.

Una mueca en la cara de Verena.

—Werner es más viejo que Max y está hecho de otra pasta. Como jefe del Socorro las había visto de todos los colores. Max en esa época era poco más que un chiquillo, a pesar de que a mí, tan ingenua como era, me parecía un adulto. Por otra parte, Max tenía ese telegrama que mantenía abierta la herida.

Frente a mi cara de asombro, se rio.

—No sabes nada sobre eso, ¿verdad?

—¿Un telegrama?

—¿Quieres verlo?

—Claro.

Verena salió de la cocina y volvió con una fotografía. La sacó del marco. Junto con la fotografía (Kurt, Max, Markus y Evi con el viento en el pelo), del marco se cayó un telegrama amarillento. Verena lo colocó sobre la mesa, aplanándolo con las manos.

—Este es el motivo por el que Max no encuentra la paz.

—¿Qué dice?

Verena me lo enseñó.

«*Geht nicht dorthin!*».

—No vayáis allí —murmuré.

La fecha que aparecía al pie era: «28 de abril de 1985».

—¿Quién lo envió?

Verena suspiró, como si hubiera oído esa pregunta quién sabe cuántas veces.

Le dio la vuelta al telegrama.

—Oscar Grünwald. Era un colega de Evi, un investigador.

—¿Y cómo...?

—Una de las primeras ocupaciones que el Jefe Hubner se sintió feliz de ceder a Max era la de ir hasta Aldino a recoger los telegramas y el correo urgente. Siebenhoch era demasiado pequeño para tener una oficina de correos y el cartero era un anciano obligado a ir arriba y abajo con un ciclomotor de antes de la guerra. Max odiaba tener que hacerlo, decía que no se ajustaba a su cargo —su mirada se volvió soñadora—, se sentía orgulloso de su uniforme. Y tenía razón. Le sentaba muy bien... —se libró de ese pensamiento con un gesto de la mano—. Era una especie de acuerdo informal entre el Jefe Hubner y los de Correos. Cuando llegaba algo importante, uno de la Forestal daba un salto hasta Aldino y se encargaba de dirigirse a la persona correspondiente.

—¿No es ilegal?

Verena resopló.

—La gente se fiaba del Jefe Hubner, y también de Max; así que según esto, ¿dónde estaba el problema?

—Ningún problema —respondí mientras toda mi concentración se focalizaba en ese rectángulo de papel.

«¡No vayáis allí!».

—Esa mañana Max había bajado hasta Aldino para recoger el correo. Evi ya había salido hacia el Bletterbach y Max se metió el telegrama en el bolsillo y se olvidó de él casi de inmediato. Ese día fue un verdadero desastre, antes incluso de la masacre. Max tenía un montón de quebraderos de cabeza.

—¿En serio?

—Estaba lloviendo y hubo un par de deslizamientos de tierra. Max tuvo que hacer todos los turnos. Estaba solo, el Jefe Hubner había tenido un infarto y estaba ingresado en el hospital San Maurizio de Bolzano. Luego, ya de noche, sucedió lo de ese camión que volcó y Max tuvo trabajo a espaldas. Había sido un accidente grave y tuvo miedo de no llegar a tiempo a mi fiesta de cumpleaños. Lo logró, sin embargo, porque cuando prometes algo, puedes estar seguro de que hará cualquier cosa para mantener su palabra.

—¿Y el telegrama?

—Lo encontré yo, en el bolsillo de su chaqueta, cuando regresó del Bletterbach. Si hubiera sabido las consecuencias de mi gesto, lo habría quemado; en cambio, se lo enseñé y Max puso una cara que nunca voy a olvidar. Era como si le hubieran clavado un puñal en el corazón. Me miró y tan solo dijo: «Habría podido». Nada más,

pero estaba claro lo que quería decir. Habría podido salvarlos. Fue así como comenzó su obsesión.

—No tiene sentido.

—Lo sé yo y lo sabes tú. Pero ¿y Max? ¿En esas condiciones? ¿Después de haber visto los cuerpos de los únicos amigos que tenía aquí, en Siebenhoch, despedazados de ese modo? Te lo he dicho, cambió. Comenzó a exhortar a los *carabinieri*, agobiándolos con llamadas telefónicas noche y día. Incluso se pegó con ese capitán...

—Alfieri.

—Quien nunca presentó ninguna denuncia, pero la cosa ya estaba hecha. Max decía que nadie estaba haciendo nada para encontrar al asesino de sus amigos. No era verdad, pero si se lo decía se ponía hecho una furia. Cuando se dio cuenta de que las investigaciones habían encallado y pronto iban a ser archivadas, comenzó a investigar por su cuenta. Nunca ha dejado de hacerlo.

—Me han dicho que el legajo de las investigaciones está en el cuartel de Siebenhoch.

—No. Lo tiene Max, en casa de sus abuelos. Casa Krün, en la que creció. Lo tiene todo ahí.

A esas alturas, el té ya estaba frío. Me lo bebí, de todas formas, porque sentía la necesidad de fumar y ese me pareció el único modo de quitarme las ganas. No funcionó.

—¿Alguna vez ha investigado sobre ese tal Oscar Grünwald?

—Nunca me ha dejado ver su archivo, el que guarda en la granja de la familia, pero estoy convencida de que Max tiene un expediente de cada uno de los habitantes de Siebenhoch.

Me estremecí.

—Es su forma de seguir adelante —dijo Verena—. Mantener viva la ira. Max es huérfano. Sus padres murieron en un accidente de coche cuando él tenía unos pocos meses. Se crio con su abuela. Frau Krün. Una mujer dura. Murió cuando tenía ya casi un siglo. Su marido había sido víctima del colapso de la mina en el 23 y desde ese día Frau Krün no se puso otro color que no fuera el negro. Con la muerte de su marido lo había perdido todo, en aquella época no había ningún seguro. Eran muy pobres, tal vez los más pobres de toda la zona. Max era un niño dulce, tímido. En el colegio era muy bueno, aunque por otra parte Frau Krün no habría aceptado nada que no fueran las mejores notas. Los únicos amigos que tenía Max eran Kurt, Markus y Evi. Con ellos, Max podía no ser ese soldadito que Frau Krün quería criar, podía dejarse ir. Su muerte lo condenó a la soledad.

—Treinta años de ira. ¿No corre el peligro de acabar destruyéndose, de esta manera?

—Para eso estoy yo aquí, ¿no?

Nos quedamos en silencio, absortos.

—¿Y tú? —pregunté.



—¿Yo, qué?

—¿Qué idea te has hecho?

Verena jugueteó con la fotografía. Sus dedos dibujaron pequeños circulitos alrededor de la cara de un Max imberbe y despreocupado.

—Ahora te voy a parecer una montañesa supersticiosa, pero no lo soy. Tengo un diploma en Enfermería y me considero una *buena* enfermera. Concienzuda, preparada. Como muchos aquí en el pueblo podrán testificar. Me gusta leer, fui yo la que insistió ante la administración municipal para hacer que llegara la banda ancha a Siebenhoch. No creo en los cuentos de hadas, ni tampoco en los monstruos debajo de la cama o en que la Tierra sea plana. Pero estoy segura de que el Bletterbach es un lugar maldito, como estoy segura de que fumar es malo. Ha habido demasiados muertos ahí. Pastores que desaparecen en la nada. Leñadores que hablan de extrañas luces y de señales aún más peregrinas. Leyendas, mitos, fuegos fatuos. Puedes verlo como prefieras, pero hasta detrás de la leyenda más absurda hay un pequeño fondo de verdad.

Pensé en el pueblo de Fanés.

Verena continuó.

—Apuesto a que después de escuchar todas las cosas malas que se han dicho sobre ti no te va a resultar difícil creerme si te digo que en el pasado hubo una buena cantidad de procesos sumarios por aquí. Brujas, sobre todo, aunque sin hogueras. Siebenhoch tenía su propio sistema para hacer justicia. Esas pobres chicas eran apresadas y abandonadas solas en el Bletterbach. Nunca regresó ninguna de ellas. Hay un montón de rumores sobre ese lugar, y ninguno de ellos le gustaría a la gente del Centro de Visitantes.

—El terror atrae —dije.

—No esta clase de terror. ¿Has estado ahí?

—Llevé a mi hija.

—¿Y te gustó?

—Clara se divirtió muchísimo.

—Te lo he preguntado a ti.

Lo medité unos instantes.

—No, no me divertí. Es tan..., es una locura decirlo, todo el mundo es viejo, pero allí se nota el peso del tiempo.

Verena asintió.

—El peso del tiempo, sí. El Bletterbach es un gigantesco cementerio prehistórico. Todos esos fósiles... son huesos. Cadáveres. Cadáveres de criaturas que..., no soy una fundamentalista, Salinger. Y mucho menos una beata. Sé que Darwin tenía razón. Las especies evolucionan y si no evolucionan cuando su hábitat cambia, se extinguen. Pero creo en Dios. No en ese Dios de barba blanca que permanece sentado en lo alto del cielo, esa es una visión que me parece reduccionista, pero creo en Dios y en su manera de hacer girar esa máquina a la que llamamos universo.

—Un diseño inteligente.

—Sí. Y creo que hay una razón por la que Dios decidió borrar del mapa a esos seres.

Pareció como si la cocina se hubiera vuelto más oscura y estrecha. Una punzada de claustrofobia.

Verena miró el reloj colgado sobre el fregadero y abrió los ojos por completo.

—Ya es tarde, Salinger, tienes que marcharte. No quiero que Max te encuentre aquí.

—Gracias por la historia.

—No me des las gracias.

—Entonces confío en que la botella valga de verdad lo que he pagado al comprarla.

Verena pareció aliviada por mi broma. El interrogatorio había terminado.

—Tendrás noticias mías.

Nos levantamos.

—¿Salinger?

—No, no hablaré del tema con Max.

Verena se tranquilizó. No demasiado, pero lo suficiente como para que esa arruga en el entrecejo se relajara.

Me estrechó la mano.

—Es un buen hombre. No le hagas daño.

Estaba buscando la mejor manera de despedirme de ella cuando oímos abrirse la puerta y el paso cansino de Max.

—¿Salinger? —dijo, sorprendido al verme—. ¿A qué debemos esta visita?

Verena le enseñó la botella de Blauburgunder.

—Me ha hablado de una multa que evitó, señor *sheriff*.

Max se rio.

—No tenías que hacerlo.

—A estas alturas ya soy casi un lugareño —bromeé—. De todos modos, se ha hecho tarde, tenía la esperanza de tomarme un vaso acompañado, pero Annelise estará preocupada.

Max miró el reloj que llevaba en la muñeca.

—No es tan tarde. Sería una lástima que te marcharas con la boca seca —a grandes zancadas recorrió el recibidor—. Cojo el sacacorchos y...

No terminó la frase. Se quedó parado ante la puerta de la cocina. Vi a Verena dar un paso hacia él, luego detenerse y llevarse la mano a la boca.

Max se dio la vuelta y masculló gélidamente:

—¿Qué significa *esto*?

Señalaba la fotografía y el telegrama sobre la mesa.

—Soy una descuidada, Max, he chocado con el marco y...

—Chorradas —dijo Max. Sus ojos estaban clavados en los míos—. Una sarta de

chorradas.

—Es culpa mía, Max.

—¿Y de quién iba a ser?

—Quería charlar contigo. Por eso he venido aquí.

—Pero tú no estabas —interrumpió Verena, casi comiéndose las palabras— y he pensado que sería mejor que hablara yo con él.

—Es culpa mía, Max —repetí con firmeza—. Verena no tenía ninguna intención de...

Max dio un paso amenazador hacia mí.

—¿De qué?

—De contar.

Max temblaba.

—¿Y sabe Verena por qué te interesa tanto esta historia?

—¿Qué quieres decir?

El hombre estalló en una risa burlona.

—Que quieres ganar un montón de pasta.

Me quedé de piedra.

—¿Ya te ha dicho este malnacido —dijo Max dirigiéndose a su esposa— que quiere ganarse un buen dinero con una bonita peliculita sobre la masacre del Bletterbach? Tome asiento, señor director. Coja usted sin problema nuestros cadáveres y exhibalos ante el público de medio mundo. Escupa usted si quiere sobre sus tumbas. ¿No es así como te ganas la vida, Salinger?

—Lo que han publicado los periódicos son mentiras. Lo demostraré en cuanto el documental sobre el Ortles esté terminado. Y puedo asegurarte que no tengo ninguna intención de filmar nada de nada sobre la historia de Kurt, Evi y Markus.

Max dio un segundo paso hacia mí.

—Ni te atrevas a pronunciar sus nombres.

—Será mejor que me vaya, Max. Lamento las molestias. Y gracias por el té, Verena.

No tuve ni tiempo para girarme hacia la puerta cuando Max me aferró por el cuello, aplastándome contra la pared. Un crucifijo de madera cayó al suelo y se rompió.

Verena soltó un grito.

—Como vuelvas a dejarte ver por aquí —gruñó el Jefe Krün—, haré que termines enterrado bajo una montaña de problemas. Una montaña de problemas. Y si te queda un poco de sal en la mollera, estúpido gilipollas, procura marcharte de aquí. No necesitamos buitres en Siebenhoch.

Aferré sus manos intentando liberarme. Me agarraba con fuerza, no conseguí más que ganar un poco de oxígeno y decir:

—No soy un buitre, Max.

—Supongo que en Hollywood las cosas funcionan así, estáis acostumbrados a

este tipo de basura. Pero aquí en Siebenhoch tenemos algo que se llama moral.

Me soltó.

Boqueaba.

Max me golpeó. Un rechazazo duro, preciso, en el pómulo. Una explosión de luces y me derrumbé en el suelo. Cuando levanté la cabeza, Max descollaba por encima de mí.

—Tómatelo como un adelanto. Ahora desaparece, si no quieres volver a recibir.

Dolorido, aferré la chaqueta y salí.

3.

Afortunadamente, Clara dormía.

Entré en casa tratando de hacer el menor ruido posible. Me quité los zapatos, el gorro y la chaqueta. La casa estaba sumida en la oscuridad, pero no necesitaba encender la luz para orientarme.

Me las arreglé para meterme en el baño y me enjuagué la cara. Tenía la mitad del rostro de color berenjena.

—Salinger...

Noté que el estómago me daba un vuelco.

Annelise tenía el pelo enmarañado y una expresión alarmada. Incluso sin maquillaje me pareció bellísima. Me cogió la cara entre las manos y observó el cardenal.

—¿Quién te ha dejado así?

—No es nada, tranquila.

—¿Ha sido ese tipo? ¿El del Lily Bar?

—Solo tiene mal aspecto —me exhibí con un par de muecas idiotas intentando tranquilizarla.

El dolor hacía que se me saltaran las lágrimas.

—Esta vez no se sale con la suya. Voy a llamar a los *carabinieri*.

La detuve.

—Déjalo, por favor.

—¿Qué está pasando, Salinger?

No estaba enfadada. Estaba asustada.

—Ha sido Max.

—¿El Jefe Krün? —Annelise parecía conmocionada—. ¿Estaba borracho?

—No, no estaba borracho y en cierto sentido me lo he ganado.

Annelise se separó de mí.

Tengo la certeza de que una parte de ella ya había intuido qué estaba tramando. Las horas encerrado en mi estudio delante del ordenador. Las salidas imprevistas. Todo eso eran indicios que su cerebro no podía haber pasado por alto. Solo que no

quería admitirlo. A esas alturas, sin embargo, le fue imposible no entender.

—¿En qué estás trabajando?

Su voz era plana, monótona. Hubiera preferido que gritara.

—En nada.

Annelise me presionó el hematoma con el índice.

—¿Duele?

—Coño, claro que sí —protesté.

—Más duelen tus mentiras. Quiero la verdad. Ahora. Ya. E intenta ser convincente.

—¿Podemos ir a la cocina? Necesito beber algo.

Annelise se dio la vuelta y sin decir ni una palabra desapareció por el pasillo sumido en las sombras. La seguí. Antes, de todos modos, me asomé al dormitorio de Clara. Dormía acurrucada de lado. Le coloqué bien las mantas. Luego bajé a la cocina.

Annelise ya me había puesto una cerveza sobre la mesa.

—Habla.

—Lo primero de todo es que quiero que sepas que no se trata de un trabajo.

—¿No lo es?

—No. Es una manera de mantener el cerebro despierto.

—¿Provocando que medio pueblo te dé una paliza?

—Esos son daños colaterales.

—¿Yo también soy un daño colateral?

Me di cuenta de que le temblaba la voz. Intenté coger sus manos entre las mías. Apenas pude rozarlas. Estaban heladas. Annelise las retiró y se las llevó al regazo.

Comencé a explicarle, intentando no utilizar la palabra «obsesión».

—No es un trabajo —terminé—, lo necesito para...

—¿... para?

—Para no volverme loco —incliné la cabeza—. Tendría que habértelo explicado antes.

—¿Es esto lo que piensas? ¿Que tendrías que habérmelo explicado antes?

—Yo...

—Me lo prometiste. Un año sabático. Un año. ¿Y, en cambio, qué has hecho? ¿Cuánto tiempo has durado? ¿Un mes?

No dije nada. Tenía razón.

Contiene la *b*: «Embustero».

—Dios, eres como un niño. Te lanzas de cabeza a lo que sea sin pensar en las consecuencias. Eres completamente incapaz de...

—Annelise.

—No me digas ni una palabra. Me lo prometiste. Me has mentado. ¿Y qué le vas a decir mañana a Clara? ¿Que has ido a chocar contra un puño?

—Inventaré una historia divertida.

—Es lo que siempre haces, ¿no? Inventar historias. Tendría que marcharme, Salinger. Coger a la niña y marcharme. Eres peligroso.

Esas palabras fueron un puñetazo.

Noté que las entrañas se me encogían. El dolor había desaparecido.

—No puedes estar diciéndolo en serio, Annelise.

—Lo digo en serio.

—Me he equivocado —admití—, lo sé. Le he mentado a todo el mundo. A ti, a Werner. A todos. Pero no me merezco esto.

—Te mereces algo peor, Salinger.

Intenté articular una defensa, pero Annelise tenía razón. Había demostrado ser un pésimo marido y un padre aún peor.

—Estás enfermo, Salinger —el tono de Annelise había cambiado. Había una sombra de llanto en su voz—. Necesitas esos medicamentos. Sé que no te los estás tomando.

—Los medicamentos no tienen nada que ver, solo quería...

—¿Demostrarte a ti mismo que sigues siendo tú? ¿Que no has cambiado? Estuviste a punto de morir en ese glaciar. Si crees que eso no te ha cambiado, entonces realmente eres un idiota.

Cerré la boca, de sopetón. Me notaba seco el paladar, la lengua convertida en un jirón de piel.

*Márchate.*

—Es inútil fingir que no es así. Tú has cambiado. Yo he cambiado. Hasta Clara ha cambiado. Es normal que sea así. No se sale indemne de determinadas experiencias.

—No, no se sale indemne.

—¿Es que crees que no me doy cuenta? Te veo. Yo te conozco. Veo esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La mirada de un animal enjaulado.

—Ya casi estoy fuera.

Annelise sacudió la cabeza con amargura.

—¿De verdad piensas eso, Salinger? Quiero que me mires a los ojos. Quiero la verdad. Pero quiero que sepas que si de tu boca no va a salir solo y nada más que la verdad, llamaré a mi padre, me llevaré a Clara e iremos a pasar la noche a Welshboden.

—Es que...

No terminé la frase. Sucedió de repente. Algo dentro de mí se rompió.

Me eché a llorar a mares.

—La Bestia, Annelise. La Bestia sigue aquí, conmigo. A veces está callada, a veces lo deja, hay días hermosos, días en los que no pienso en ella ni un segundo. Pero ella sigue estando dentro de mí. Y silba, silba, su voz, no soy capaz, su...

Annelise me abrazó. Sentí su cálido cuerpo apretado contra el mío. Me hundí en ese calor.

—Siempre tengo miedo, Annelise. Siempre.

La mujer a la que amaba me arrulló, igual que muchas veces la había visto arrullar a Clara. Poco a poco las lágrimas cesaron. Siguieron solamente los sollozos.

Luego, también estos cesaron.

Annelise me apartó con dulzura.

—¿Por qué no me has hablado de esto?

—Porque no quiero tomar esos malditos medicamentos.

Annelise se puso rígida.

—Los necesitas.

Ahora yo también me percataba.

—Sí. Tienes razón.

Annelise soltó un largo suspiro.

—Prométemelo.

Asentí.

—Todo lo que tú quieras.

—El año sabático. Empieza ahora.

—Sí.

—Se acabó la masacre del Bletterbach.

—Sí.

—Y comenzarás a tomar la medicación.

Me miró directamente a los ojos.

—¿Lo harás?

—Sí —mentí.

# El rey de los elfos

1.

El 31 de diciembre, entré en la habitación de Clara y la desperté. Con el ceño fruncido, la niña me observó con ojos llenos de sueño.

—¿Papá?

—Despierta, perezosa, tenemos que marcharnos.

—¿Dónde?

—Al castillo del rey de los elfos —le respondí, sonriente.

Los ojitos de Clara brillaron con curiosidad. Se irguió para sentarse en la cama.

—¿Dónde vive el rey de los elfos?

—En una montaña lejana. Y muy muy bonita.

—¿De verdad me llevarás donde vive el rey de los elfos?

—Te lo digo con la mano en el corazón, pequeña —respondí, guiñándole un ojo—. ¿Cuántas letras tiene «corazón»?

—Siete —fue la respuesta.

Tres más que «amor», pensé.

Clara saltó de la cama y corrió a la cocina, donde Annelise había preparado un ligero tentempié. En menos de media hora ya estábamos listos.

Lo había organizado todo, con la complicidad de Werner y de un par de personas a las que había conocido durante la filmación de *Mountain Angels*. Era un regalo. No para Clara. Era un regalo para Annelise. Quería que de nuevo comenzara a confiar en mí. Quería que volviera a mirarme como me miraba antes del 15 de septiembre.

Por eso cuando subimos al coche estaba casi tan excitado como Clara. Arranqué el motor y muy pronto enfilé la nacional.

Aparte de algún camión y de un par de coches, teníamos la carretera toda para nosotros. Encendí el estéreo y comencé a cantar a voz en grito los principales éxitos de Kiss.

Clara se tapaba las orejas, Annelise seguía mi espectáculo a medio camino entre divertida y dudosa.

Tenía que ser una sorpresa y la había mantenido al margen de mis planes, lo suficiente para que no supiera qué les tenía reservado para nuestro año nuevo sudtiroles, pero tampoco tanto como para que le entraran más dudas sobre lo que estaba haciendo.

Nada del Bletterbach, en resumen.

No sé hasta qué punto confió en mí, pero ahí estaba, conmigo, y eso me bastaba para sentirme lleno de energía y de esperanza. El año que se abría, el 2014, tenía que ser el año del cambio.



El año de la curación.

—¿Hará frío?

—Bastante.

—Clara se pondrá enferma.

—Clara no se pondrá enferma.

—Entonces, serás tú el que pille la gripe.

—Qué pájaro de mal agüero.

—¿De verdad no vas a decirme adónde estamos yendo?

No contesté.

No había hecho todo aquel esfuerzo para estropear la sorpresa en el último momento. Así que: boca sellada. Sobre todo no mencioné la forma en que íbamos a llegar al castillo del rey de los elfos. Annelise se habría negado, lo sabía. Ponerla frente a los hechos consumados era jugar sucio, pero servía a un buen propósito.

Subí el volumen de la radio y me puse a graznar «*Rock 'n' Roll All Nite*».

Llegamos a Ortisei, primera etapa de nuestro viaje. El pueblo estaba enterrado bajo un manto de nieve, pero bullía de actividad.

Dejé el coche en el centro y devoré un almuerzo pantagruélico. Clara se zampó un trozo de tarta que parecía tan grande como ella. Cuando estuvimos bien satisfechos, miré la hora.

—Llegamos tarde a nuestro carruaje especial.

Annelise miró a su alrededor.

—Yo pensaba que la sorpresa era esta.

—¿Ortisei?

—¿Me equivocaba?

—No hace bastante frío.

—A mí me parece que hace suficiente frío, Papá Oso.

Aspiré el aire a pleno pulmón.

—Para Papá Oso esto no es frío. Esto es calorcillo.

—El termómetro marca siete bajo cero.

—Calor tropical.

—Papá, si llegamos tarde, ¿la carroza especial se convertirá en una calabaza?

—Mejor que nos demos prisa. Nunca se sabe. Pero mamá tiene que hacer una promesa, de lo contrario no hay carroza especial.

—¿Qué tiene que prometer Mamá Osa? —preguntó Annelise, escamada.

—Que mantendrá los ojos cerrados.

—¿Cuánto rato?

—Hasta que lo diga Papá Oso.

—Pero...

—¡Mamá! ¿Quieres que la carroza especial se transforme en una calabaza? ¡Yo quiero ver el castillo del rey de los elfos!

La intervención de Clara fue decisiva. Nos pusimos en marcha y en menos de

quince minutos llegamos a nuestro destino.

—¿Puedo?

—Todavía no, Mamá Osa.

—¿Qué es ese olor?

—No pienses en ello.

—Parece queroseno.

—Aire de la montaña, cariño. Concéntrate en eso.

La ayudé a bajar del coche y la llevé del brazo hasta la entrada del hangar.

—Ahora Mamá Osa ya puede abrir los ojos.

Annelise obedeció. Su reacción fue la que había previsto.

Se cruzó de brazos y soltó:

—Ni lo sueñes.

—Será divertido.

—Ni lo sueñes.

—Volar es el sueño de la humanidad. Ícaro. Leonardo da Vinci. Neil Armstrong.

Un pequeño paso para el hombre...

—Ícaro tuvo un final de pena, genio. Si realmente crees que me voy a subir a esa cosa, querido Jeremiah Salinger, no me conoces lo suficiente.

—Pero ¿por qué?

—Porque no puede mantenerse arriba. No tiene alas.

La conocía. Vaya si la conocía. Por eso, en vez de objetar, cogí a Clara en brazos y me acerqué al helicóptero.

—Es un B-3 —le dije—, es una especie de mulo volador.

—¿Come paja?

—Paja y queroseno.

—¿Es el queroseno el que suelta esta peste?

—No lo digas demasiado alto o el B-3 se ofenderá.

—Perdone, señor mulo volador.

—Creo que te ha perdonado.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Papá —dije en tono solemne— siempre lo sabe todo.

Me pregunté por cuánto tiempo aún una frase semejante sería capaz de poner fin a las discusiones.

—¿Utilizaremos el mulo volador para ir al castillo del rey de los elfos?

—Claro. ¿Ves a ese señor? —pregunté señalando al piloto del B-3 que salía a nuestro encuentro—. Él conducirá el mulo volador para nosotros.

Clara comenzó a aplaudir, excitadísima.

—¿Puedo preguntarle cómo consigue mantenerse arriba?

—Voy a hacer algo mejor —dijo el piloto—. ¿Te apetece sentarte a mi lado y así me ayudas a conducir?

Clara se sentó en la cabina del helicóptero sin responder siquiera.

Me volví a Annelise.

—¿Cariño?

—Eres un cabronazo —respondió.

El vuelo duró menos de un cuarto de hora. No había viento en cotas elevadas y las nubes no dificultaban la visión. El paisaje, desde allí arriba, era digno de los grititos de Clara. Incluso Annelise, en cuanto se acostumbró al ruido de las hélices, tuvo que admitir que era encantador. Por lo que a mí se refiere, estaba demasiado ocupado en disfrutar de las expresiones de asombro de mi hija como para pensar en la Bestia. O en todas las gargantas excavadas por torrentes de allí abajo.

Aterrizamos en un remolino de nieve y hielo. Descargamos las mochilas. Me despedí del piloto y el helicóptero se marchó de nuevo, dejándonos solos. A tres mil metros de altitud.

—¿Es aquel el castillo del rey de los elfos?

El refugio Vittorio Veneto, en el Sasso Nero, era un pedazo de historia construido a base de ladrillos, piedra y cal. Fue edificado por los pioneros del alpinismo y ostentaba las marcas del tiempo como si fueran trofeos. Esas paredes habían salvado quién sabe cuántos miles de vidas durante sus ciento veinte años de historia. Pronto lo derribarían porque el permafrost había ido deshaciéndose hasta minar sus cimientos. A uno le dolía el corazón al pensar que ese lugar ya no iba a estar ahí.

El silencio, ahora que el helicóptero había desaparecido en el horizonte, era irreal. A nuestro alrededor solo había cielo, nieve y roca. Nada más. A Annelise le brillaban los ojos.

Le di un pellizco en la mejilla.

—Veinticinco bajo cero, querida. Esto es lo que Papá Oso llama «frío».

—¿Vamos, papá?

Se había asomado por la puerta un anciano vestido de negro, con los ojos reducidos a dos rendijas estrechas y poco pelo en la cabeza. En su afilada cara lucía una sonrisita.

—Usted es el señor Salinger —dijo aferrando mi mochila—. Mientras que usted es Annelise, la hija de Werner Mair, ¿verdad?

—Yo misma.

—Y tú debes de ser Clara. ¿Te gusta mi casa, *du kloane* Clara?

Clara observó unos instantes a ese extraño personaje, que, efectivamente, parecía un elfo; luego, en vez de responder, hizo una pregunta:

—¿Tú vives aquí, señor?

—Desde hace más de treinta años.

—¿Así que tú eres el rey de los elfos?

El hombre nos miró sorprendido, primero a mí y luego a Annelise.

—Creo que esta niña acaba de ganarse una ración doble de pastel. Vengan conmigo, por favor.

Aparte del rey de los elfos y de un par de empleados, duendecillos, según Clara,

no había nadie más. El castillo era completamente nuestro. Clara estaba excitadísima. Annelise no le andaba a la zaga.

Y yo estaba orgulloso de mí mismo.

Comimos temprano, como se hace en las montañas. Una ración ciclópea de polenta y setas, *speck*, patatas salteadas y el agua más pura que jamás haya bebido. Quizá fuera la altitud, quizá la felicidad de hallarme ahí arriba con las personas que más quería, pero esa agua se me subió a la cabeza. La sobremesa fue interminable, pero en el buen sentido. Nos quedamos hablando con el gerente del refugio y sus ayudantes.

Se mostró pródigo en anécdotas, cada una más increíble que la otra. Clara se quedó colgada de sus labios. A menudo interrumpía la narración para pedirle más detalles, y el gerente del refugio, en vez de ponerse nervioso, parecía feliz de tener un público tan atento. A las once brindamos con *grappa* y nos preparamos para la última parte de mi sorpresa.

Hice que Clara y Annelise se pusieran una doble capa de suéteres y chaquetas forradas y, armados con una linterna, salimos a la noche.

Unos pocos pasos fueron suficientes para proyectarnos a otro mundo. Un mundo de inmensidad y belleza absolutas. Nos sentamos en la nieve. Cogí el termo con chocolate caliente y se lo pasé a Clara.

—¿Quieres ver magia, pequeña?

—¿Qué magia?

—Mira allá arriba.

Clara levantó la cabeza.

No había ni rastro de contaminación lumínica. No había *smog*. Ni una nube siquiera. Habríamos podido aferrar las estrellas una a una. Annelise se apoyó en mi hombro.

—Es magnífico.

No contesté. Habría sido superfluo. Pero reconocí ese tono. Era la voz de la mujer que me había elegido para ser su compañero. No desconfiada, no a la defensiva.

Simplemente enamorada.

—¿Sabes qué, Clara?

—Si no me lo dices no puedo saberlo.

—Lo que estás mirando ahora es el tesoro del rey de los elfos. No tiene dinero y ni siquiera tiene coche. Solo tiene dos trajes en el armario, pero es el elfo más rico del mundo. ¿No te parece?

—¿Es aquí donde nacen las estrellas, papá?

—Puede ser, pequeña, puede ser.

Nos quedamos contemplando las estrellas hasta que mi reloj marcó la medianoche.

Brindamos y nos abrazamos. Clara me estampó un beso en la mejilla y se rio del eco que surgió. Dijo que era la montaña la que nos daba sus buenos deseos.

Regresamos al castillo mucho más ricos que cuando salimos.

2.

Annelise nunca se dio cuenta de nada. El truco era sencillo: tomar los somníferos cada noche, antes de acostarme. Por lo tanto, no había pesadillas, no había gritos, no había sospechas.

Mientras tanto, me esforzaba por ser el marido más diligente del mundo y un padre digno de ese nombre. Seguía mintiéndole a Annelise sobre la medicación, pero tenía la intención de cumplir mi promesa. Me olvidaría de los crímenes del Bletterbach, disfrutaría de mi año sabático y me curaría.

Era importante. Para mí. Para Clara y Annelise. Y para Werner. El padre de mi esposa no dijo nada, pero podía leer el reproche en su mirada a kilómetros de distancia. No sé cuánto le habría confesado Annelise; conociéndola, creo que poco o nada, pero no había manera de escapar a sus ojos de ave rapaz.

Nunca.

Pasé la primera semana de enero deslizándome con Clara. No voy a esconderlo: a mi edad me divertía como un colegial. Detrás de la casa de Werner se abría una ladera en la que el trineo rojo flamante se deslizaba igual que un cohete. No era peligroso porque el terreno volvía a ascender tras una dulce hondonada que permitía frenar con total seguridad.

El lado este de Welshboden, en cambio, era otra historia, y me mostré taxativo con Clara: nada de lanzarse por esa pista kamikaze. Allí la pendiente era abrupta y terminaba en el bosque, donde grandes árboles aguardaban para hacer papilla a mi princesa. Hasta yo tenía miedo de ese descenso. Por lo tanto: *verboten*.

Los días en Siebenhoch fueron pasando en una alegre rutina. Jugaba con Clara. Dormía como un tronco. Comía con apetito y el cardenal de la cara era una desvaída mancha amarillenta que pronto desaparecería. Hacía el amor con Annelise. Habíamos comenzado a hacerlo de nuevo. Primero con cautela, luego con creciente pasión. Annelise me estaba perdonando.

Bajaba a Siebenhoch lo menos posible, solo para hacer la compra. Los cigarrillos los adquiría en la gasolinera de Aldino. Nunca más volví a poner mis pies en el bazar de Alois.

De vez en cuando pensaba en el Bletterbach, pero me obligaba a evitar esa carcoma. No quería perder a mi familia. Sabía que la amenaza de Annelise no venía dictada por el miedo o por una cólera momentánea. De todas maneras, no tenía ninguna intención de ponerla a prueba.

El 10 de enero conocí a Brigitte Pflantz.

3.

La oferta en los estantes no faltaba. Había varios tipos de *brandy*, de coñac, de *bourbon*, de vodka y de *grappa*. Nunca fui muy devoto del vodka, y en cuanto a la *grappa* podía contar con la reserva especial de Casa Mair, por lo tanto quedaban excluidos *a priori*. El coñac no le gustaba a Annelise y a mí tampoco me volvía loco, pero un *bourbon* de tanto en tanto...

Oí una voz de mujer, pero no lo que me había dicho.

—¿Perdone? —pregunté según me daba la vuelta.

—¿Molesto?

Tenía el pelo rubio, fibroso, que le caía a ambos lados de la cara. El maquillaje alrededor de los ojos estaba diluido.

—No, estaba un poco ensimismado.

—Ya veo —dijo.

La desconocida no dejaba de observarme. Me fijé en que tenía unos dientes grandes manchados de nicotina. Su aliento olía a alcohol y eran las diez de la mañana.

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunté, esforzándome en ser amable.

—¿No tienes ni idea de quién soy?

—Me temo que no —respondí desconcertado.

Tendió la mano. Se la estreché. Llevaba guantes de piel.

—Nunca nos hemos visto en persona. Pero tú sabes quién soy yo.

—¿En serio?

La fijeza de su mirada me tenía en vilo.

—Claro que sí. Soy una persona importante. Para ti, Salinger, incluso fundamental.

Los guantes oscuros volvieron a los bolsillos de un abrigo que había conocido demasiados inviernos.

—¿Puedo llamarte Jeremiah? —preguntó.

—Serías la única, aparte de Werner y de mi madre.

—Es un bonito nombre. Proviene de la Biblia. ¿Lo sabías?

—Sí...

La mujer declamó:

—¿Por qué gritas a causa de tu quebranto? Incurable es tu dolor, porque por la grandeza de tu iniquidad y por tus muchos pecados te he hecho esto.

—No soy un gran fan de las religiones, señora...

—Señorita. Llámame Brigitte. Brigitte Pflantz.

—Bueno, Brigitte —aferré una botella al azar y la metí en el carro—. Y ahora, si no te importa...

Brigitte me cerró el paso.

—No deberías hablarme así.

—¿O, de lo contrario, la furia del Señor recaerá sobre mí durante miles y miles de años?

—De lo contrario nunca sabrás lo que ocurrió en el Bletterbach.

Me quedé inmóvil.

La mujer asintió.

—Exactamente eso.

Mi cerebro hizo un clic.

—La novia de Günther Kagol. *Esa* Brigitte.

—Hay gente que va por ahí jurando que quieres hacer una película.

—Ninguna película —respondí con brusquedad.

—Es una lástima. Sé muchas cosas. Muchísimas.

Por un momento sentí la tentación. Pero resistí.

—Un gusto haberte conocido, Brigitte.

Aparté el carrito y me marché de allí.

4.

Esa noche, después de cenar, respondí a un par de correos electrónicos de Mike. Luego abrí la carpeta «Cosas». Deslicé el archivo *B* hasta la papelera. Lo miré unos instantes.

Luego lo coloqué de nuevo en su lugar.

No significaba nada, me dije. Pero no quería borrarlo.

Aún no estaba preparado.

5.

Deslizarse. Jugar con bolas de nieve. Probar nuevas recetas. Hacer el amor con Annelise. Tomar pastillas para dormir. Dormir sin soñar. Luego, otra vez, desde el principio.

El 20 de enero decidí prescindir de los somníferos. Nada de pesadillas.

El 21 de enero, lo mismo. Y así el 22, el 23 y el 24.

Estaba en el séptimo cielo. Me sentía fuerte. Negarme a seguirle el juego a Brigitte Pflantz me había hecho ser más consciente de la batalla. Cada mañana me despertaba y me decía: «Puedes conseguirlo; ya lo hiciste en una ocasión, podrás hacerlo una y otra vez».

El 30 de enero, en uno de los días más fríos del año, llamaron a mi puerta.

# Casa Krün

1.

Fue Annelise quien abrió. Yo me dedicaba a recoger la cocina. Mike lo habría definido como «cosas de maricas», pero lavar los platos es una de las pocas ocupaciones que tienen el poder de calmarme.

—Hay alguien que pregunta por ti.

Me di cuenta enseguida de que algo iba mal. El tono de Annelise era gélido.

Me di la vuelta, con la espuma del detergente hasta los codos.

—¿Quién...?

Con el gorro en las manos enrojecidas a causa del frío, de pie en mi cocina, era la última persona en el mundo a la que yo esperaba ver.

—Hola, Max —lo saludé, dejando correr el agua para enjuagarme—. ¿Quieres un café?

—En verdad —respondió él—, es a mí a quien le gustaría invitarte a un café. Y me gustaría enseñarte algunas cosas sobre el asunto ese del que... hablamos. No nos llevará mucho tiempo.

Annelise se puso cárdena y salió de la habitación sin decir ni una palabra.

Max me miró, aturdido.

—No quisiera...

—Espera aquí —murmuré.

Annelise estaba sentada en mi butaca preferida. Miraba el manto de nieve y a Clara, que construía el enésimo muñeco.

—¿Qué más quiere de ti? —musitó.

—Disculparse.

Annelise volvió la mirada hacia mí.

—¿Me tomas por idiota?

Tenía razón. ¿Qué podría ser ese «asunto» del que Max quería hablarme, sino la historia de la masacre del Bletterbach?

—Si quieres, lo echaré de casa sin pensármelo dos veces. Pero yo también le debo una disculpa —la besé en la frente—. Mantendré la promesa. No quiero perderos.

¿Estaba realmente convencido de que iba a ser capaz de guardar la distancia adecuada?

¿Que Max y yo nos estrecharíamos la mano como dos personas civilizadas y que cuando el Jefe Krün sacara el tema del Bletterbach interrumpiría la conversación, le daría las gracias y regresaría a casa con la conciencia tranquila?

Creo que sí.

Yo era sincero y fue esto lo que la persuadió. Pero ¿no había una voz dentro de



mí, una molesta voz que, mientras Annelise me rozaba con una caricia, me imploraba que echara a Max a patadas de casa y me pusiera de nuevo a lavar los platos?

—Haz lo que tengas que hacer, Salinger. Pero vuelve conmigo. Vuelve con nosotras.

2.

—Vamos en el mío —el Jefe Krün me señaló su todoterreno de la Forestal.

—Max —dije—. Si deseas disculparte, acepto tus disculpas. Y quiero que sepas que lamento mucho haber metido las narices en tus cosas. Fue un error. Pero no tengo intención de ponerme a hablar contigo acerca de la masacre. Le prometí a mi mujer que me olvidaría de esa historia, ¿de acuerdo? Es agua pasada.

¿En serio?

¿Y entonces por qué notaba mi corazón latiendo con tanta fuerza? ¿Por qué me moría de ganas de subirme al todoterreno y ponerme a escuchar lo que Max tenía que decirme?

Ocho letras: «Obsesión».

Max le dio una patada a una pila de nieve, al tiempo que movía la cabeza.

—Me lie a puñetazos contigo porque me di cuenta de que estás metido en esta historia del Bletterbach hasta el cuello. Y si has llegado hasta el punto de tener que hacerle una promesa a Annelise, eso quiere decir que estás peor de lo que me temía. No me mientas, Salinger. Puedo leerlo en tu cara, tan claro como el agua.

No había ni una sola palabra que no se correspondiera con la verdad.

Una parte de mí todavía se estaba carcomiendo con los crímenes del Bletterbach. Tarde o temprano me pondría de nuevo a excavar, a investigar y hacer preguntas.

Y entonces, ¿qué le pasaría a mi familia?

¿Fue en ese momento cuando cedí?

No.

Seguí mintiéndome a mí mismo.

—Error.

—No digas chorradas, Salinger. Es lo que estás esperando. Que te dé nuevas noticias, habladurías, pistas —Max se acercó y me señaló con el dedo—. Y es lo que pretendo hacer. Te voy a enseñar tantos callejones sin salida como para lograr que se te pasen de una vez por todas las ganas de acabar como Günther.

Un suspiro.

—O como yo.

—Lo prometí, Max.

Una débil protesta. La voz molesta llegaba amortiguada. Lejana. Casi como un llanto.

—Ven conmigo y te asegurarás de que no vas a romper esa promesa.

Me volví hacia las grandes ventanas del salón. Levanté la mano para despedirme de la silueta a contraluz de Annelise. Ella hizo lo mismo. Luego desapareció.

—¿Por qué? —pregunté con un hilo de voz.

—Quiero ahorrarte treinta años de dolor, Salinger.

3.

El tráfico era escaso, un par de *jeeps* y un Mercedes negro que circulaba en dirección opuesta a la nuestra. Pasamos por delante de Welshboden y en un cruce el todoterreno que conducía Max enfiló una pista sin asfaltar que ascendía por entre los árboles.

Llegamos a Casa Krün cuando hacía poco que habían dado las dos de la tarde.

—Bienvenido a la tierra de mis ancestros.

—¿Es aquí donde creciste?

—¿Verena te lo dijo?

—Me dijo algo acerca de tu infancia. Me habló de Frau Krün.

—Para mí era la *Omi*, la abuela. Era una mujer inflexible, pero también justa y, sobre todo, muy fuerte. Éramos pobres, y para que no me faltara de nada la *Omi* tenía que mostrarse dura con todo el mundo. Era una viuda que estaba criando a un huérfano. En el pueblo confundían su dureza con soberbia. Era difícil entender que detrás de esa actitud había algo muy distinto. La muerte de mi abuelo le rompió el corazón, pero lo que quedaba estaba lleno de amor. Tenía un corazón enorme, mi *Omi* —Max me dedicó una sonrisa—. Ven.

Casa Krün era una granja de montaña con el techo cubierto de tejas necesitadas de un buen mantenimiento. Bajo los aleros se podía ver lo que quedaba de los nidos de las golondrinas. Un manzano retorcido sobre sí mismo hacía de marco a la puerta de entrada, que chirrió un poco sobre sus goznes.

El interior carecía de luz.

—No hay electricidad —explicó Max encendiendo una lámpara de petróleo—. Tengo un generador, pero prefiero reservarlo para casos de emergencia. Si te apetece, te preparo un café.

Una vez iluminada, la casa adquirió un aspecto menos espectral. Sobre la chimenea había una fotografía, manchada de humedad.

—El pequeño Max y Frau Krün —dijo Max, mientras preparaba la cafetera—. Ponte cómodo.

Además de la mesa y de un par de sillas, en la habitación, la *Stube* —que es como llaman en el Alto Adigio a esa clase de estancia grande multifuncional (cocina, dormitorio, sala de estar, todo agrupado alrededor de la estufa de cerámica que daba su nombre a ese ambiente: la *Stube* propiamente dicha)—, había dos archivadores metálicos.

El Jefe Krün interceptó mi mirada.

—Treinta años de investigaciones. Testimonios cruzados. Pruebas reunidas. Pistas falsas. Posibles sospechosos. Treinta años de vida pasados recogiendo nada. Treinta años malgastados.

—Una buena porción de pastel con sabor a nada.

Max enarcó una ceja.

—¿Has hablado con Luis?

—Estilo inconfundible.

—Aquí hay algo que ni siquiera Luis tiene el valor de decir: las víctimas del Bletterbach no fueron solo Kurt, Evi y Markus. También fueron Günther y Hannes. Verena. Brigitte. Manfred. Werner. Y yo.

Miré las llamas de la chimenea. Seguí la estela de las chispas, a las que Clara llamaba «diablillos», hasta ver cómo se apagaban contra las paredes ennegrecidas por quién sabe cuántos años de humo y llamas.

Max suspiró.

—Cerraba los ojos y oía la voz de Kurt. Incluso los pasos de Evi en el suelo o las carcajadas de Markus. Y cuando los abría, los *veía*. Me acusaban. Tú estás vivo, decían.

Sentí un escalofrío.

*Tú estás vivo.*

Me encendí un cigarrillo.

—Me quedé solo. ¿Con quién podría hablar de ello? Verena no lo habría entendido. Werner se fue, Hannes... Hannes le hizo esa cosa horrible a su esposa. Solo quedaba Günther. Él quería saber. Y bebía. Yo también quería saber. Quería encontrar a ese hijo de puta que me había condenado a la soledad y eliminarlo. Exactamente eso. Había decidido que lo colgaría. El tiempo pasó. Günther sufrió el accidente. Me casé. El Jefe Hubner murió. Verena no quería que aceptara su puesto, pero yo quería llegar a ser el Jefe Krün. Me veía como el *Saltner* de Siebenhoch, ¿sabes lo que es?

Era una palabra que nunca antes había oído.

—Antaño, cada pueblo tenía su *Saltner* —explicó—. Se elegía entre los jóvenes más fuertes para vigilar los viñedos y los establos. Era un cargo de prestigio. Todo el mundo tenía que confiar en él: si había un solo voto en contra, el joven quedaba descartado. Había demasiadas cosas en juego. De haberlo querido, el *Saltner* podría haber llegado a un acuerdo con los forajidos y saquear toda la cosecha de un año, condenando a la comunidad a una muerte segura. Yo me sentía como el *Saltner*.

Tiré el cigarrillo entre las llamas. Me había fumado menos de la mitad.

Me sentía mareado.

—El *Saltner* protege a su gente —dije—, y tú querías hacer lo mismo por los habitantes de Siebenhoch.

—Lo he hecho durante todos estos años, pero hoy...

La voz se le quebró.

—Los que murieron allí eran mis mejores amigos, Salinger, personas a las que quería. Pero si pudiera retroceder en el tiempo, cogería a Verena y me marcharía de aquí sin mirar atrás. Al diablo el *Saltner*. Al diablo Evi, Markus y Kurt. ¿Te parece cruel? No lo es. Estoy seguro de que cuando lo hayas oído todo te darás cuenta de que no vale la pena.

—Podrías marcharte en cualquier momento. ¿Qué te retiene en Siebenhoch?

Max se tomó unos segundos.

—La masacre del Bletterbach se ha convertido en la misión de mi vida —su cara cuadrada estaba marcada por una mueca amarga—. Esta es la clase de obsesión de la que estoy intentando salvarte. Si hace treinta años alguien me hubiera enseñado el contenido de esos archivadores, si alguien me hubiera avisado al respecto..., tal vez todo habría ido de otra manera. Para mí y para Verena.

Recordé las palabras de su esposa. La angustia que me habían transmitido.

Pensé en Annelise. Y en Clara. La vi crecer junto a un padre cada vez más distante, enfermo.

*Vuelve con nosotras.*

—Cuéntame.

Max se levantó. El fichero se abrió con un chasquido.

—Vamos a comenzar con las investigaciones oficiales —dijo.

—Fueron los *carabinieri* de Bolzano quienes las realizaron.

—El capitán Alfieri y el fiscal de guardia. Cattaneo. Con el fiscal no me reuní nunca. Era tan solo una voz en el teléfono. El capitán Alfieri era un buen hombre, pero se notaba que habría preferido ocuparse de otras cosas. Desde el punto de vista de la investigación, los crímenes del Bletterbach eran un auténtico quebradero de cabeza. Comenzando por la escena del crimen.

Me enseñó un cartapacio anaranjado. Era tan grueso como un diccionario. Tabaleó encima con los dedos.

—Esta es la memoria final de la policía científica. Son más de cuatrocientas páginas. Tuve que pedirle al médico de Aldino que me ayudara a descifrar algunos pasajes. Un esfuerzo en balde. No había restos orgánicos, ni huellas, nada. La lluvia y el barro se lo habían llevado todo —sentenció, colocando el cartapacio en el archivador de metal—. Y, de todas formas, el informe de los técnicos llegó cuando tanto el fiscal como Alfieri se habían dado cuenta de que no se detendría a ningún culpable por el asesinato.

—Pero tú —dije—, tú querías encontrar a ese malnacido.

—Me volví insistente. Bastante insistente. Pero era como golpearme la cabeza contra una pared. Ya nadie quería oír hablar más del Bletterbach. Llegué a ponerle las manos encima al capitán Alfieri.

—Luis me habló de algunos sospechosos...

—Ya llegaremos. Antes quiero que veas otra cosa.

Sacó un legajo. Le dio la vuelta, sin abrirlo, y lo deslizó delante de mí.

Me hizo un gesto alentador.

—La escena del crimen. Ábrelo. Mira.

La primera fotografía fue una patada en pleno rostro. Las otras no lo fueron menos. La mayor parte eran en blanco y negro; unas pocas, en color. Todas eran nauseabundas.

—Dios mío...

Max me las quitó de las manos, con delicadeza. Luego, como el más obsceno de los prestidigitadores, comenzó a enseñármelas una a una.

—Esta es la tienda. Kurt eligió este punto para que...

Me volvieron a la mente las palabras de Werner.

—Para que el viento no la arrancara.

—¿Quieres algo fuerte para beber? Estás pálido.

Lo tranquilicé con un gesto.

—¿De quién era esta mochila?

—De Markus. Como verás, está rasgada. Pensamos que Markus se la había lanzado al atacante para defenderse. Fue el único que intentó escapar. Mira estas.

Otra fotografía.

Otro horror.

—Estas son las botas de Markus. Su cadáver fue hallado descalzo. Llevaba un jersey. Nada de chaqueta. Y Kurt lo mismo. Mejor dicho, Kurt iba en camiseta. ¿Ves esto? Es su saco de dormir. Lo más probable es que acabaran de acostarse cuando fueron atacados —Max se detuvo durante un segundo—. Fui yo quien lo reconoció. Era un regalo mío. No se ve, pero había hecho coser sus iniciales exactamente aquí.

Un golpecito en la instantánea.

Luego. Otra fotografía más. Y otra más.

—Kurt. Kurt. Kurt.

Cada vez que pronunciaba el nombre del amigo deslizaba otra sobre la mesa.

—El patólogo dijo que el asesino lo hirió pero sin matarlo en el acto. Es probable que Kurt fuera el primero en reaccionar y el asesino no quería que los otros consiguieran huir. O bien, es otra posibilidad, lo quiso castigar por su heroísmo. Dejándolo inofensivo y dándole tiempo para ver lo que estaba a punto de hacer. Lo golpeó, luego mató a Evi, persiguió a Markus y volvió sobre sus pasos.

—¿Persiguió?

—Markus logró escapar. Una breve huida.

Observé las fotografías sobre la mesa.

Señalé las heridas en el cuerpo de Kurt.

—¿Lo torturó?

—Según el forense, cuando el asesino regresó a su lado ya estaba muerto. Estas marcas fueron infligidas *post mortem*. Se ensañó con su cadáver.

—¿Como si fuera él la víctima propiciatoria? —me aventuré.

Max esbozó una media sonrisa.

—Yo también lo pensé, Salinger. Más tarde pensé que la víctima propiciatoria era Evi. Y luego, Markus. Es un círculo infernal.

Se quedó parado, mirándome.

—Estas fotos de Evi son...

Asentí.

—Adelante.

—Evi...

Creo que grité. Me levanté y salí corriendo al exterior, hundí la cara en la nieve. Vomité todo lo que había comido en el almuerzo. Luego grité otra vez, esto lo recuerdo.

Noté cómo Max me levantaba y me llevaba de regreso al interior de Casa Krün. Me recostó sobre la silla junto a la chimenea. Me abofeteó una, dos veces. Reanudé la respiración.

—Lo siento, Max.

—Es humano.

Señalé las fotografías.

—No lo es.

—Me refería a tu reacción.

Encendí un cigarrillo.

—¿Por qué la decapitó?

—De todas las preguntas, Salinger, esta es la más inútil. No hay respuesta.

—*Tiene* que haberla.

Max se sentó.

—Supongamos que encuentras al asesino. Supongamos que lo tienes delante y que puedes preguntarle: ¿por qué? ¿Qué crees que te respondería?

—No soy psiquiatra. No lo sé.

—¿Y si esa fuera su respuesta? «No lo sé». ¿Y si no había un motivo? ¿O si había un motivo tan estúpido que pareciera ridículo? Si el asesino te respondiera: lo hice porque no me gustaba la lluvia. O porque me lo ordenó el perro. O porque estaba aburrido. ¿Cómo reaccionarías?

Comprendía lo que estaba diciéndome, pero no estaba de acuerdo.

—Encontrar el móvil significa encontrar al asesino.

—Puede ser. Pero ¿sin una pista? Es inútil devanarse los sesos con los móviles. Eso es lo que pensé. Encuentra al culpable y el móvil caerá por su propio peso. Mejor concentrarse en los sospechosos.

—¿Cuántos?

—*Todos*. Sin excluir a nadie.

Abrió una puerta del archivador. Sacó el enésimo legajo. En la tapa estaba escrito «M. Krün».

—Esta —explicó— es la investigación sobre el sospechoso Max Krün.

Abrió un mapa sobre la mesa.

—Mira. Lo he marcado todo. Nuestro recorrido. El posible recorrido de Kurt, mejor dicho, *tres* recorridos diferentes que Kurt podría haber hecho. Posibles vías de escape.

—¿Y estos números?

—Son los horarios. Los que están en rojo son los posibles horarios de Kurt, Evi y Markus. Los que están en negro son más precisos porque se refieren a nuestro equipo de rescate. Estas, en cambio, son las fotocopias del acta de un accidente de tráfico. Como verás, no solo está mi firma ahí. La otra es de un jefe de bomberos.

—¿El accidente antes de la fiesta de cumpleaños?

—Un camión volcó un poco más allá de Siebenhoch —Max señaló la carretera que se alejaba del pueblo, dos kilómetros después del supermercado DeSpar, en dirección a Aldino—. Transportaba herbicidas. Tardamos tres horas solo para enderezarlo y liberar el carril: si se hubiera derramado la carga, se habría montado un buen follón. Tenía prisa, no quería perderme la fiesta de Verena, pero hicimos las cosas con el máximo cuidado. Sacamos una Polaroid para el seguro. Esta.

Se veía en ella un camión volcado, los números de la matrícula eran perfectamente reconocibles.

—Las siete y veinte de la tarde. La fecha y la hora en la parte de atrás no las escribí yo, sino el jefe de bomberos. Nos separamos alrededor de las ocho. Pocos minutos después estaba ya en el cuartel para cumplir con el papeleo. A eso de las nueve me fui a casa, me cambié y salí para ir a la fiesta de cumpleaños de Verena. A las diez y media cortamos el pastel. ¿Lo ves?

Una foto de grupo. El reloj que está detrás de las caras felices marca las diez y media.

—¿Alguien te vio mientras estabas en el cuartel?

—Nadie. Coartadas confirmadas: a las ocho y a las diez y media.

—Un agujero de dos horas y media. ¿A qué hora se situó la muerte de Kurt y de los demás?

—Según el forense, entre las ocho y las diez. Ahora mira.

Max llevó mi atención hasta el mapa del Bletterbach. Cogió una regla y comenzó a medir.

—En línea recta, entre Siebenhoch y el lugar del crimen hay unos diez kilómetros. Si pasamos por alto la falta de carreteras, el desnivel y ese infierno de agua y barro, un buen caminante habría podido llegar hasta el lugar en el que encontramos los cuerpos en dos horas, dos horas y media. ¿Cuánto para matarlos? El informe no lo dice, nadie lo sabe. Pero sabemos que Kurt intentó defenderse y que Markus huyó. ¿Pongamos unos quince minutos? ¿Veinte? Más otras dos horas y pico para volver. ¿Cuánto suma?

—Cinco horas, más o menos. Eso sin contar con la tormenta autorregenerativa y todo lo demás. El acusado Max Krün queda absuelto.

Max asintió.

—Es demencial —añadí, sintiendo un escalofrío.

—¿Demencial?

—Que te hayas sometido a semejante proceso.

—Es de esto de lo que estoy intentando salvarte, Salinger.

Pensé que nunca llegaría hasta ese punto de paranoia. Pensé que, de todas formas, Max había tenido treinta años para ir cavando el abismo en el que se había precipitado. Yo, en menos de tres meses, ya había estado a punto de hacer fracasar mi matrimonio.

Max había apilado otros expedientes sobre la mesa.

—La pista del asesino en serie. ¿Te habló Luis al respecto?

El dossier contenía artículos de prensa. Algunos fax. Mapas garabateados. Páginas escritas con una caligrafía nerviosa y casi ilegible.

—¿Qué son? —pregunté.

—Anotaciones. Transcripciones de llamadas telefónicas, para ser exactos.

—¿Con quién?

—Con la fiscalía. Los ayudé a buscar conexiones con el Bletterbach.

—¿Encontraste algo?

—El tipo en cuestión no estaba en Siebenhoch, sino en Nova Ponente. Cerca. Plausible, por lo tanto. Pero en diciembre del 85. Pasó dos semanas de vacaciones esquiando con su esposa y sus hijos.

—¿Tenía familia?

—¿Tan raro te parece?

Esposa e hijos. Tuve que tragarme eso también.

—En realidad, no.

Max cerró el archivo.

—Culpable, pero no de los crímenes del Bletterbach.

El siguiente era mucho más voluminoso. Sacó de él una hoja DIN A3 en la que estaban pegadas una docena de fotos tamaño carné, numeradas. A cada número le correspondía un epígrafe que remitía a otras anotaciones en sendas carpetas.

—¿Y estos?

—Cazadores furtivos en activo en esa época. Markus era un gran tocapelotas. Culpa mía, me imagino. Yo tenía veintitrés años, prácticamente era un crío. Para quedar bien ante sus ojos me inventaba un montón de aventuras sobre la caza de los furtivos. Chorradas para impresionar a ese chico y sentirme así más fuerte de lo que era. En realidad, la caza de los furtivos comenzaba y acababa en la oficina del Jefe Hubner.

—¿No había vigilancia en el bosque o algo similar?

—Qué va —dijo Max divertido—. El Jefe Hubner levantaba el auricular, llamaba a los cazadores furtivos y les preguntaba: «¿Habéis pillado algo esta noche?», eso era todo. Pero yo sabía quiénes eran e investigué a cada uno de ellos. Sin sacar nada de nada. Eran cazadores furtivos, no asesinos. Hay una gran diferencia entre matar a un



ciervo y mutilar a una persona.

—¿Y el asunto ese de las drogas?

Max me mostró otro legajo.

—Poca cosa. Pillaron a Markus con un poco de hachís en el bolsillo. Y ni siquiera de gran calidad. Se lo había vendido uno de sus compañeros de colegio. El Jefe Hubner le puso firme y luego tiró el cuerpo del delito. ¿Te parece posible matar a alguien por unos pocos gramos de hachís?

—Pero de todas formas lo investigaste.

Max me miró huraño.

—Por supuesto.

Fue suficiente.

—¿Verena? —pregunté dubitativo.

—Aquí están sus movimientos de ese día. Un salto hasta la peluquería. Dos recados para su madre, aquí y aquí, luego a casa para preparar la tarta con algunas amigas.

—Y, además, es demasiado débil.

—Eso nunca se sabe.

Pensé en Annelise. ¿Dónde estaba Annelise en abril del 85? En una cuna. Era una niña de pocos meses. Suficiente, como coartada.

Pero ¿lo era también para Max?

—¿Werner? Aquí lo tienes —exclamó Max abriendo un cajón del archivador—. ¿Günther? El señor está servido. ¿Brigitte? Claro. ¿Hannes? Para Hannes también tenía un buen móvil. Desde que Kurt se había trasladado a Innsbruck, ya no se dirigían la palabra. Sin embargo, él también quedó descartado. Se pasó todo el día fuera del pueblo, cuestiones de trabajo. Está todo escrito aquí; si quieres, ponte cómodo. Más tarde investigué a Mauro Tognon. El padre de Evi y Markus.

—¿Lo localizaste?

—Naturalmente —respondió Max, como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Un auténtico pedazo de mierda, si quieres saber mi opinión. Y no solo para mí. Tengo sus antecedentes penales. En su tarjeta de visita ponía «agente comercial», pero no lo era. Tognon era un estafador, un tramposo y un tipo violento. Sobre todo con las mujeres. Y esa fue su suerte.

—¿Por qué?

—En el 85 estaba en la trena. Intento de asesinato. De una de las muchas pobrecitas a las que seducía y a las que luego se divertía vapuleando.

—Un gran hijo de puta.

—Ya puedes decirlo bien fuerte.

Del bolsillo de su camisa se sacó el telegrama. El que me había enseñado Verena.

*Geht nicht dorthin!*

¡No vayáis allí!

No lo había olvidado, y tampoco había olvidado el nombre de quien lo envió.

—¿Quién es Oscar Grünwald?

—Conocía a Oscar Grünwald. Me había cruzado con él un par de veces cuando acompañaba a Markus hasta Innsbruck para que se reuniera con su hermana. Un tipo esquivo, solitario. Evi lo quería mucho. A mí me parecía un tanto pirado. Me lo presentó como un investigador muy importante, pero luego descubrí que no era así. Lo habían expulsado de la universidad y sobrevivía haciendo de todo. Lavaplatos, perito civil, jardinero y guía turístico. Era geólogo, pero tenía también una segunda licenciatura. En Paleontología.

—Estudiaba los fósiles —dije pensando en Yodi.

Y en el Bletterbach.

—¿Has establecido tú también esa conexión?

—El Bletterbach es una enorme colección de fósiles al aire libre.

—Es lo mismo que pensé yo.

—¿Por qué lo expulsaron de la universidad?

—Conflictos entre académicos, llamémoslo así. Me costó mucho tiempo descubrirlo. La Universidad de Innsbruck es muy reservada sobre sus asuntos internos. Y además, aparte del telegrama, no disponía de nada más.

—¿Y qué decía el capitán Alfieri al respecto?

—Alfieri no sabía nada del telegrama.

—¿Cómo es posible?

—El telegrama podría ser una prueba en su contra o a su favor, dependiendo de cómo quisiera uno mirarla. O bien una coincidencia. No significaba nada.

—No es verdad —rebatí con ardor—. A mí me parece obvio. Grünwald sabía que alguien iba a matarlos en el Bletterbach e intentó advertirlos. Está escrito con claridad: «*Geht nicht dorthin!*», «¡No vayáis allí!».

Max ni se inmutó.

—O bien podría ser una amenaza. No vayáis allí *o acabaréis mal*. ¿No has pensado en ello?

—En cualquier caso era suficiente para investigar, ¿no te parece? Tal vez los *carabinieri*...

Max apretó los puños.

—A nadie le interesaba descubrir quién había asesinado a mis amigos. Era evidente desde el principio. Aquellos eran los años de las bombas. Los *carabinieri* tenían otras cosas en la cabeza. Si hubiera llevado el telegrama a Alfieri y le hubiera hablado de Grünwald, habría perdido el tiempo. Solo había una persona que podía descubrir al asesino. Yo. El telegrama era mi recordatorio. Mi condena. Porque si en vez de olvidarme de él y metérmelo en el bolsillo le hubiera prestado atención, habría podido salvarlos.

—Es esto lo que te atormenta, ¿verdad?

—También. Según mi manera de ver las cosas, este telegrama me convierte en culpable por omisión de socorro. Por tanto, en cómplice del asesino.

—Eso es una tontería, Max.

—Busqué a Grünwald. Lo busqué por todas partes. Me gasté un montón de dinero. Sin obtener nada. Había desaparecido. El telegrama es la última prueba de su existencia.

—Una persona no puede desaparecer así. Tenía que haber amigos, conocidos, alguien.

—Me había topado con la persona más solitaria del mundo, Salinger. Más que yo —murmuró—. Al menos yo tenía tres fantasmas que me hacían compañía.

4.

Se había hecho tarde. Max guardó de nuevo las carpetas en el archivador, lo cerró con llave y nos subimos al todoterreno gris verdoso de la Forestal, con la calefacción a tope.

—No es verdad —dije una vez dentro del habitáculo—. No estabas solo. Verena estaba contigo.

—Verena es otra cosa. Verena es el motivo por el que no acabé como Günther.

Metió la marcha y partimos. Guardamos silencio hasta que llegamos a nuestro destino.

Max aparcó y apagó los faros.

Oí el repiqueteo del motor.

—Verena deseaba tener hijos —confesó Max manteniendo la mirada al frente—. Habría sido una madre muy buena. Le dije que no podíamos permitirnoslo, aunque no fuera cierto. Dije que no era el momento. Seguía posponiendo la cuestión. El auténtico motivo era el miedo. Tenía miedo de que me pasara a mí lo que le pasó a Hannes. Un buen día te despiertas y te vas a recuperar el cuerpo de tu hijo en medio del bosque.

Vi a Clara que me saludaba desde la ventana del salón. Respondí a su gesto.

Hora de bajar.

Hice ademán de abrir la puerta.

Max me detuvo.

—Ese día. Te llamé asesino. No eres un asesino. Sé lo que ocurrió en el Ortles. No es culpa tuya.

No contesté. No de inmediato, por lo menos. Temía que la voz se me quebrara.

—Gracias, Max.

Era bueno escuchárselo decir.

—Tienes a esa niña, Salinger. Puedes ser feliz. Esta no es tu gente. No es tu lugar. ¿No te parece —señaló a mi hija en la ventana— que tienes algo mejor por lo que luchar?

5.

Esa noche estuve de nuevo *dentro*. Dentro de la Bestia.

No grité. A mi lado Annelise dormía plácidamente, con una expresión pacífica que me parecía encantadora. Me desperté llorando y con la sensación de haber perdido todo aquello por lo que valía la pena vivir.

Abracé a mi esposa. Me aferré a ella. Cuando el ritmo del corazón se hubo calmado, logré también mantener a raya las lágrimas. Intentando no perturbar el sueño de Annelise, me levanté. En el lavabo abrí el armarito y sopesé el blíster de los psicofármacos que cada mañana fingía tomarme. Aquellas pastillas no eran la salvación, no eran más que un sustituto químico. Cerré la puertecita. No quería tener nada que ver con aquello. Doblaría la dosis de somníferos si era necesario. Pero no dejaría que fuera la química la que decidiera mis emociones.

Puedo conseguirlo, pensé. Puedo conseguirlo yo solo.

# Primero de febrero

1.

El primero de febrero ocurrieron tres cosas. Se desencadenó una tormenta de nieve, estuve a punto de matar a una persona e hice una llamada telefónica a Mike.

2.

Los días del mirlo parecían no querer soltar la presa. Ese animalito cabrón, oí mascullar a Werner, quería matarnos a todos<sup>[1]</sup>.

Si en diciembre las temperaturas se habían mantenido dentro de la media local, lo bastante frías como para que se le congelaran a uno las puntas de los dedos a pesar de los guantes, pero no lo suficiente como para hacer sentir nostalgia por el calor de casa (o al menos así era para mí, pero es que a mí me gusta el frío), enero había abierto las ventanas a una perturbación siberiana que tenía toda la intención de transformar el noreste italiano en una especie de tundra ártica, poblada únicamente por osos y otros animales de pelaje.

Siebenhoch brillaba bajo una capa de hielo traicionero y duro como una coraza.

La gente del lugar estaba acostumbrada, pero el pueblo no contaba únicamente con autóctonos, por lo que hubo bastantes turistas que se dejaron brazos y fémures. Tampoco yo me libré de las caídas.

Llegué a pensar que caminar sobre el hielo no es una simple habilidad, sino un arte auténtico que se transmite genéticamente. Eso explicaba por qué Clara y Annelise deambulaban con la gracia de dos bailarinas, mientras que un servidor parecía un torpe cruce entre un ganso con una sola pata y un payaso al que le hubieran puesto guindilla entre las nalgas.

Por la noche el reflejo de la luna sobre los hielos de las montañas hacía superfluo el uso de las lámparas. Todo estaba iluminado por una luz espectral, azulada. A veces era un espectáculo encantador, otras veces rozaba en lo terrorífico.

Sobre todo cuando, en el duermevela, mi mente vagaba hasta la garganta negra del Bletterbach.

3.

Cuando ese primero de febrero me desperté, con la lengua entumecida por los somníferos, me descubrí solo, sin la caricia del cuerpo de Annelise a mi lado.

Me desperecé y aguardé a que las ideas se me aclararan; luego me levanté con calma y me asomé a la ventana para admirar el paisaje. El bosque envuelto por la nieve, los techos puntiagudos de Siebenhoch que se confundían en la niebla generada por un viento impetuoso que levantaba esquirlas de hielo. El sol no era más que una pequeña mancha en el horizonte. Más que verlo, uno tenía que imaginárselo.

Un buen café me hizo regresar al mundo de los vivos.

Annelise ya estaba en pie desde hacía rato. Día de limpieza en casa de los Salinger. No es que determinadas responsabilidades me volvieran loco (yo era el que lavaba los platos, ponía la lavadora y planchaba; Annelise cambiaba las sábanas y pasaba la aspiradora; así funcionaba nuestro acuerdo), pero después de una ducha rápida me esmeré en mis tareas. Al mediodía la casa brillaba como un espejo.

A la una el síndrome de la ardilla de Annelise pisó el acelerador. Tenía justo esa mirada cuando sentenció angustiada:

—Nos vamos a morir de hambre.

En la despensa había kilos de pasta de diferentes formatos, azúcar tanto refinado como moreno, sal marina y sal en escamas, tarros de conservas (guisantes, judías, garbanzos, sopas de diversos tipos, tomate triturado), gran cantidad de cerveza, frutos secos (nueces, avellanas, cacahuets, incluso dátiles), frutas en almíbar (higos, ciruelas, manzanas y peras), y todo lo que le habría bastado a un regimiento para sobrevivir a un invierno el doble de largo del que tendríamos que superar.

—Cariño —dije—. ¿No crees que estás exagerando?

—No te burles, Salinger.

—Solo digo que, por lo menos hasta el año 2030, esta casa no se transformará en el hotel de *El resplandor*.

—Salinger...

—En serio, Annelise. Ahora puedes decírmelo. ¿Dónde has puesto mi hacha, cariño?

—No bromees con esas cosas.

Comencé a hacer girar los ojos, chirriando los dientes.

—¿Wendy? ¿Cariño? ¿Y mi hacha? ¿Dónde está mi hacha?

Annelise me miró de forma desabrida. Odiaba esa película.

—¿Mi interpretación no es convincente?

—No.

—¿Quieres que la haga mejor? Entonces dame mi hacha.

—Ya basta.

—Está bien.

La besé en la punta de la nariz, cogí papel y lápiz y me resigné a efectuar una salida con la que no contaba.

Nos llevó al menos diez minutos anotar todo lo que Annelise quería que comprara y, a mí, una eternidad llegar al supermercado. Un SUV había volcado en medio de la calzada paralizando la circulación.

Cuando llegué a pocos metros del coche, me di cuenta de que mezclado entre los hombres de la asistencia en carretera también estaba Max. Di un pequeño toque de claxon. El Jefe Krün giró con la cara de quien está listo para morder. Me reconoció y se relajó.

Bajé la ventanilla.

—Salinger —me saludó tocándose el sombrero.

—Hace fresquito, ¿eh?

—Eso dicen.

—¿Va a durar?

—Por lo menos toda la semana.

—¿Se ha hecho daño alguien?

—Turistas —murmuró Max—, les gusta el espectáculo. Serían capaces de provocar un alud a base de estornudos. ¿Sabes qué es peor que la gente de ciudad?

—Ni idea.

—Gente de ciudad convencida de *no* ser gente de ciudad.

Me reí con él.

Desde que Max me había abierto los archivos de Casa Krün no habíamos tenido oportunidad de volver a vernos. Me habría gustado darle las gracias. Pero sentía una especie de pudor, más que incomodidad, que me impidió decir lo apropiado en el momento apropiado.

Perdí la ocasión, como suele decirse en estos casos.

—¿Vas de compras?

Le enseñé la lista de Annelise.

—Mi mujer tiene miedo de que el invierno sea largo.

—No se equivoca del todo.

—Al menos tengo una excusa para quedarme quieto malgastando combustible.

—Ahora desaparece, antes de que te endose una multa. Estás bloqueando el tráfico.

Nos despedimos con un apretón de manos y subí nuevamente la ventanilla. Hacía de verdad mucho frío.

Tal vez, me dije mientras rebasaba la grúa que levantaba el coche volcado, fuera mejor así.

Tal vez lo que había visto en la granja de la familia Krün debía seguir siendo algo no dicho, una de esas cosas que es conveniente no remover. No a la luz del sol, por lo menos.

Y, de todos modos, el Bletterbach era el último de mis pensamientos, ese primero de febrero. Os lo puedo jurar.

Por eso todo cuanto ocurrió me pilló por sorpresa.

Salí del supermercado con tres bolsas llenas a reventar, las cargué en el maletero y entré en el coche. Encendí la calefacción y un cigarrillo.

Abrí la ventanilla lo suficiente para no morir ahogado.

Apoyé la cabeza en el respaldo y entrecerré los ojos. Me dejé acunar por el zumbido del motor y me adormilé. Limpiar la casa me había cansado más de lo previsto. El sueño no se prolongó mucho tiempo. La brasa del cigarrillo llegó a lamer mis dedos y me desperté de golpe, maldiciendo. Abrí la puerta y tiré la colilla incandescente.

No la vi desaparecer en la nieve. Miré a mi alrededor, desconcertado. No vi el cartel luminoso del supermercado, a mi izquierda. No veía nada. Por un momento pensé que me había quedado ciego. Arriba y abajo eran idénticos.

—Solo es nieve —dije, intentando calmar los latidos del corazón.

El viejo tambor había comenzado a dar saltos mortales. Me llevé una mano al pecho.

—Es una horrorosa tempestad de nieve, nada más. Tranquilízate.

Werner me había hablado de las tempestades. Las tempestades no eran simples nevadas. Las nevadas son a las tempestades lo que las tormentas de verano a las tormentas autorregenerativas. Las tempestades vienen en silencio y son peores que la niebla.

Ciegan.

Sentí una punzada en el estómago. Todo era blanco.

Cerré la puerta, jadeando. Sabía lo que estaba a punto de suceder, pero no quería aceptarlo. A pesar de ello, tuve que comerme toda la dosis de mierda que ese primero de febrero me tenía reservada.

Llegó. Y de qué manera.

TEPT. Trastorno de estrés postraumático.

El silbo.

La voz de la Bestia.

Comenzó como un susurro, una radio sintonizada en un canal muerto. Al cabo de unos pocos instantes se convirtió en algo tan concreto como el volante al que me agarraba con todas mis fuerzas. Intenté luchar, controlé la respiración, hice todo lo que los médicos aconsejan a quienes van a tener un ataque de pánico. No sirvió de nada.

Parálisis total.

*Márchate.*

Esa voz. Y su olor. El olor de la Bestia. Un olor metálico, que dejaba una pátina de insensibilidad en la boca. Un olor antiguo. Tan antiguo como para que me revolviere el estómago. Porque la Bestia era antigua. Tan antigua que... Al final, grité.

Con la mano izquierda encontré el seguro de la puerta. Me lancé al exterior. Me golpeé las rodillas con el suelo y ese dolor fue una bendición.



El silbo se desvaneció.

Permanecí quieto a cuatro patas sobre el asfalto mientras la nieve se me iba metiendo entre los pliegues de la ropa. Ese gélido contacto me ayudó a recuperar el control.

Sacudí la cabeza. Alejé las lágrimas. Me levanté de nuevo.

—Estoy vivo —dije.

Vivo y en medio de una tempestad de nieve. La visibilidad no llegaba ni a dos metros.

Regresé al coche. Encendí los faros. Metí la marcha y me puse en movimiento notando cómo patinaban los neumáticos.

Ella surgió de la nada.

Tenía la boca completamente abierta, los brazos extendidos como Cristo en la cruz. Llevaba una chaqueta azul, del todo inapropiada para ese frío. Clavé el coche a menos de diez centímetros de sus piernas.

Brigitte Pflantz me miró primero a mí, luego al cielo.

A continuación cayó al suelo, de golpe.

5.

Salí a toda prisa para ayudarla. Estaba atontada, más por el alcohol que por la caída.

Tuve que arrastrarla hasta el interior del coche, no era capaz de permanecer de pie.

—¿Brigitte? ¿Me oyes, Brigitte?

La mujer me agarró la muñeca. Tenía los ojos febriles.

—Casa.

—Tengo que llevarte al hospital.

—Casa —repitió ella.

—No creo que sea una buena idea. Necesitas ayuda.

—La única ayuda que necesito, Salinger, es la del Señor. Pero hace ya tiempo que Él me ha abandonado. Ayúdame a mantenerme erguida. Yo te guiaré.

Le abroché el cinturón de seguridad. Nos pusimos en marcha.

Brigitte vivía en una vieja casa con paredes desconchadas. Las persianas estaban fuera de las guías, hinchadas por la humedad.

El interior todavía era peor. Era la casa de un alcohólico en el último estadio, me dije en cuanto Brigitte, después de haber hurgado en su bolso, consiguió introducir las llaves en la cerradura. Había botellas por todas partes. En cada mueble había una capa de grasa y de polvo. El olor era el de la jaula de un animal.

Recosté a Brigitte en el sofá. Solo entonces me di cuenta de que la mujer calzaba un par de bailarinas primaverales. Se las quité con delicadeza. Tenía los pies azulados, al igual que las manos y los labios. Le castañeteaban los dientes. Sus ojos

estaban amarillos, como con ictericia, y las pupilas dilatadas no se perdían ninguno de mis movimientos. En alguna parte conseguí desenterrar un par de mantas manchadas de lo que debía de ser vómito seco. A esas alturas me había acostumbrado al hedor y no le presté mucha atención.

La tapé y comencé a hacerle fricciones.

—¿Seguro que no quieres que llame a un médico? —pregunté al cabo de un rato.

—Estoy mejor. Puedes parar ahora. O a saber lo que diría tu esposa.

Le dejé la manta por encima y me encendí un cigarrillo. Me di cuenta de que estaba empapado de sudor. Ahora que se me había pasado el miedo, estaba enfadado. Por poco no la mato. Así que estallé.

—¿Cómo demonios se te ocurre salir vestida así con esta mierda de tiempo? ¡Podrías haberla palmado, joder!

—Soy una alcohólica, Salinger. ¿No te has dado cuenta? —murmuró—. Esto es lo que hacen los alcohólicos. Corren el peligro de hacerse daño a sí mismos y a los demás.

Sonrió.

Fue esto lo que me dejó pasmado. Era una sonrisa dulce.

—Si quieres beber algo, sírvete tú mismo —dijo, mientras su cara iba recuperando lentamente el color—. Tu único problema será la elección. Y gracias por no haberme atropellado.

—No es necesario que me des las gracias —refunfuñé.

Brigitte se irguió sobre su espalda, alisando las mantas como si fueran un vestido de noche.

—Pues yo creo que sí es necesario. Siempre es necesario dar las gracias. La noche en que Günther murió me habría gustado darle las gracias, pero no lo hice. Siéntate.

Un insistente zumbido en los tímpanos, como si esas palabras me hubieran llevado a otra altitud.

Desenterré una silla medio sepultada bajo una capa de periódicos viejos. La liberé y me senté en ella.

—¿Sabes que Günther se suicidó? No fue un accidente de coche. Conocía las carreteras de Siebenhoch y de los alrededores mejor que nadie. Podría haber tomado esa curva con los ojos cerrados. Y esa noche no había bebido más de lo habitual. Lo sé. Yo estaba allí. Estaba con él antes de que acabara con todo.

—¿Y por qué te habría gustado darle las gracias?

—Dijo que quería acabar ya con esa historia del Bletterbach y con el alcohol. Porque me estaba arruinando la vida. Lo que pretendía decir era que estaba a punto de matarse. Pero yo estaba demasiado borracha para entenderlo. Se sentía culpable también por eso, pensaba que por su culpa yo le daba a la botella. Me quería, ¿sabes?

Me miró fijamente, desafiándome a que le llevara la contraria.

—¿Fue una bonita historia, la vuestra? —pregunté.

—No como la de Kurt y Evi, no. Nosotros —sollozó— no éramos ni Kurt ni Evi, por desgracia. Pero funcionaba. Nos queríamos y cuando no bebíamos incluso había momentos en los que éramos felices. Por desgracia, con el paso de los años esos momentos se habían ido espaciando. Pásame esa, ¿quieres? Tengo sed.

—Mejor no.

—Es mi medicina, Salinger. Dámela.

Habría podido negarme. Levantarme de esa silla que se tambaleaba y salir sin despedirme. Se encontraba mejor, el peligro de la hipotermia había quedado atrás, ya no tenía más responsabilidades respecto a ella. Sin embargo, no lo hice. No me marché.

Como de costumbre, me mentí a mí mismo.

Me dije que lo estaba haciendo por ella. Mientras estuviera allí, mientras se sintiera obligada a hablar, no seguiría emborrachándose. Le permitiría solo unas gotas para que entrara en calor. Todavía estaba tiritando, después de todo.

Con la *b*: «Bobadas».

Pero no lo hice para descubrir nuevos detalles acerca de la masacre del Bletterbach. Lo hice para ahuyentar a la Bestia. Si me concentraba en la historia del Bletterbach, no pensaría en toda esa blancura que la tempestad había hecho caer sobre Siebenhoch y la velocidad con la que mi mente se había desmoronado. Un clavo saca otro clavo.

Tenía miedo. Miedo de lo que me había ocurrido en el aparcamiento del supermercado.

¿Y si me hubiera dado ese ataque mientras estaba con Annelise? ¿Se habría dado cuenta de que todavía me obstinaba en no tomar la medicación? ¿Qué habría hecho? ¿Se habría marchado, como me había amenazado con hacer? ¿Y si el ataque, Dios mío, me hubiera dado mientras estaba con Clara? ¿Cómo habría reaccionado mi niña?

Le tendí a Brigitte la botella de cerveza que estaba sobre la mesa. Brigitte se la tragó en un momento.

Los ojos de un animal herido.

—¿Te doy asco, Salinger?

—Lo siento por ti.

—¿Y por qué motivo?

—Porque tienes un gran problema con eso.

—Yo estoy bien, querido. Ahora que no está Günther, me siento verdaderamente bien.

—Pero ¿no estabais enamorados?

—El amor no es tan simple como lo pintan en las películas. No en Siebenhoch, por lo menos. Comprendí que estaba realmente enamorada de Günther cuando se mató.

Explotó en una carcajada gutural, echando la cabeza hacia atrás.

—Lo hizo para salvarme, ¿entiendes? Eso es lo que quería decirme. Que iba a

quitarse la vida porque sabía que me estaba matando. Y no te hablo solo del alcohol. Te hablo de la masacre. Era con esa historia con lo que me estaba matando. Con lo que se estaba matando. Por eso lamento no haberle dado las gracias.

Brigitte se levantó, y las mantas cayeron en el suelo pringoso.

Tropezando un poco alcanzó una cómoda de madera oscura. Abrió un cajón y dejó caer un par de botellas vacías. Ni siquiera se dio cuenta.

Se sentó y yo le pasé las mantas. Se las colocó sobre el regazo. Me tendió un viejo álbum de fotografías con tapas de piel.

Desde que Max me mostró las instantáneas de la escena del delito mantenía una mala relación con las fotografías.

—Cógelo, no muerde.

Lo cogí y me lo coloqué sobre las rodillas. Me costó un poco abrirlo.

—¿Eres tú?

—*Era yo* —me corrigió Brigitte—. Decían que podría haber sido actriz.

La mujer que se sentaba delante de mí estaba a años luz del esplendor de la muchacha rubia que guiñaba un ojo desde el álbum. La mano apoyada en la pelvis, la mirada desafiante. El pelo largo y los pantalones cortos que mostraban un par de piernas que no habrían desentonado en alguna pasarela.

—Esa es de 1983. Tenía veinte años recién cumplidos. Trabajaba de camarera en Aldino. Había hecho que una costurera me acortara la falda del uniforme. Unos pocos centímetros menos que habían sido una excelente inversión. Los clientes competían para ver quién me dejaba la mejor propina. Algunos, después de la hora del cierre, intentaban bajarme las braguitas.

—¿Y se salían con la suya?

Me arrepentí de inmediato de la pregunta, que podía interpretarse de muchas maneras, pero Brigitte se la tomó como un cumplido.

—Alguno sí, alguno no —dijo coquetamente—. No era una chica fácil, pero si eras lo bastante agradable conmigo, no tenías feas cicatrices en la cara y no te faltaba ningún tornillo, *a lo mejor*, podías alcanzar la meta en primera posición. Y pensar que hasta los diez años mi madre me había hecho estudiar con las monjas. Lo único que me ha quedado de esa época son las citas de la Biblia. Si me oyera...

Se rio, e intentó beber de una botella que ya estaba vacía. Se mostró abatida.

—En la nevera debe de haber algo fresco —dijo, señalándome una puerta.

El olor de la cocina era nauseabundo. Las persianas estaban echadas, y cuando encendí la luz, sorprendiéndome de que aún hubiera corriente, me pareció ver la cola de una rata que desaparecía por un intersticio de la pared. La nevera zumbaba plácidamente. En el interior, además de comida precocinada, tan solo había cerveza y bebidas de alta graduación.

Cogí una lata de Forst y regresé al salón.

—Beber a solas es un crimen.

—Yo estoy bien así.

—Hace treinta años te la habría puesto dura solo con mirarte, Salinger. ¿Y ahora te niegas a tomarte una cerveza conmigo?

—A lo mejor hace treinta años, al igual que hoy, estaría casado.

—Los hombres casados son una leyenda —respondió Brigitte—. ¿De verdad crees que ningún hombre casado se ha dado una vuelta por aquí abajo?

—No lo dudo.

Mi tono debió de molestar a Brigitte que, desdeñosa, me ordenó que pasara la página. Obedecí.

La segunda fotografía mostraba a Brigitte abrazada a una chica que no pude dejar de reconocer. Morena, con los ojos azules y pecas en la nariz respingona.

Evi.

—Era mi mejor amiga —explicó Brigitte—. Aunque fuéramos como el día y la noche. Ella tan dulce, adulta, inteligente, yo... —se agitó—, esa putita de Brigitte Pflantz.

—¿Definición tuya?

—Definición de Siebenhoch.

—¿Te molestaba?

—Ahí estaba Evi para consolarme. Éramos inseparables, en serio. Yo era hija única y ella solo tenía a Markus, y a las dos nos habría gustado tener una hermana. Nos adoptamos la una a la otra. Nos pasábamos los días riéndonos de todo. Intentábamos estar juntas el máximo tiempo posible, a pesar de que yo tenía un trabajo y ella tenía a su madre —Brigitte frunció el ceño—. Esa cabrona.

Se calló.

Esperé.

Brigitte me miró fijamente, luego bebió de la lata. Se le escapó un eructo.

—Era una alcohólica. Y estaba loca. La oía gritar. Todo el mundo la oía gritar. Y sabíamos muy bien que cuando bajaba a la ciudad, perfumada y radiante, lo hacía para prostituirse.

—¿Evi era consciente de ello?

—Puedes apostar. Lo sabía, y de qué manera. El Señor es mi testigo. Pero ¿sabes una cosa? No había nada que pudiera hacerle perder la sonrisa. Parece una broma: ¿tu madre es una puta alcohólica de primera clase y todavía tienes fuerzas para sonreír? Pero Evi era así. Siempre lograba encontrar el lado bueno de las cosas.

—¿Y cuál sería?

—Tendrías que preguntárselo a ella, yo soy la viva imagen de esa mala puta de su madre. Pero por lo menos tuve el buen gusto de hacer que me ligaran las trompas. Nada de niños para mí, querido. Ni muerta. Quería ser libre. Brigitte Pflantz se subiría a un avión y se marcharía a Hollywood para ser actriz, se follaría a todos los actores más guapos del planeta y nadie se atrevería a intentar mandar sobre ella. Nadie.

—Ni siquiera Günther.

—Günther llegó después. Pero antes de llegar Günther, lo hizo Kurt.

—No sabía —dije, confundido— que Kurt y tú...

Brigitte paró en mitad de su ejecución el gesto de llevarse la lata a los labios.

—No quería decir eso. Nunca me follé a Kurt, aunque no me hubiera disgustado, era un gran chico, y guapo. Rubio, alto, ojos intensos. Quiero decir que Evi se enamoró de Kurt y a mí me relegaron.

Se quedó en silencio, reflexionando.

—Fue como un incendio en el bosque. Una chispa y todo acaba en llamas. Eso es, para Kurt y Evi fue lo mismo. Y más o menos en esa época nos hicimos esta fotografía, en el 81. El año de la graduación de Evi y de su traslado a Innsbruck.

—¿Te gustaba la idea?

—¿De que se marchara?

—Sí.

—Todo el mundo hablaba de marcharse, ella lo estaba haciendo. La admiraba.

—¿Y Kurt? ¿Cómo se lo tomó?

—La siguió. Creo que es suficiente, como respuesta.

—¿Te sentiste relegada? Son palabras tuyas...

—¿Sospechas de mí, Salinger?

—No sospecho de nadie, no estoy jugando a hacerme el detective.

—Se diría lo contrario. De todos modos, sí, me sentó mal. Porque todo sucedió en un corto espacio de tiempo. El día antes Evi y yo éramos inseparables, al día siguiente no hacía otra cosa que hablar de Kurt. Kurt por aquí, Kurt por allá. Luego comenzó a darme esquinazo. Brigitte había desaparecido de los radares, querido. Incendio y sálvese quien pueda. La chispa saltó en el Bletterbach, qué extraño sentido del humor tiene el destino, ¿verdad?

—Eso parece.

—¿Serías tan amable de servirle algo de beber a una señora, Salinger? Esta se ha terminado.

—¿No es un poco pronto?

Brigitte se encogió de hombros.

—La última —le dije, cuando regresé de la cocina.

—¿O si no...? ¿Vas a pegarme?

—Me marchó.

Brigitte se inclinó hacia mí.

—¿No quieres que te hable de Kurt y Evi? Todo gira a su alrededor, ¿verdad?

—Dímelo tú.

—Kurt tenía cinco años más que Evi. Era un guapo mozo, hacían cola delante de su puerta —un destello de malicia—. Con o sin anillo en el dedo, las mujeres se lo comían con los ojos.

—¿Kurt se aprovechaba de ello?

—Si lo hacía era lo suficientemente astuto como para no dejar que nadie lo

pillara. Pero, de todos modos, si quieres saberlo, no era de ese tipo. Lo único que Kurt tenía en la cabeza era la montaña. Su modelo de vida era su padre, Hannes. Quería llegar a ser como él, un socorrista. Y lo hizo por lo menos hasta que se trasladó a Innsbruck. Esos dos eran muy similares, aunque se pelearan como el perro y el gato, y acabaran dejándose de hablar —tragó cerveza—. Evi pasó bastante tiempo en el Bletterbach. ¿Sabías que estudiaba Geología?

—Me lo han dicho.

—Su pasión comenzó allí, en el Bletterbach. Cuando tenía tiempo libre y yo no estaba disponible, cogía la mochila y se iba a mirar fósiles.

—¿No la acompañabas?

—¿Con todas esas zarzas? ¿En serio? ¿No has visto las piernas que tenía yo?

Sonreí.

—Nada de zarzas para Miss Siebenhoch.

—No había nada de eso en el pueblo, pero apuesto que habría ganado el primer premio. En cualquier caso, fue durante una de esas excursiones cuando los caminos de Kurt y Evi se cruzaron. Quiero decir, se conocían, pero hasta ese momento no se habían encontrado nunca de verdad. Chispa. Incendio. ¿Sabes qué era lo que le gustaba a Kurt de Evi? Su forma de encontrar siempre el lado bueno de las cosas. Kurt era un tipo gruñón. Igual que su padre. Evi, en cambio, era solar. No podías estar enfadado con ella. Y era inteligente de una manera prodigiosa. Ve a la última página.

Había una carpeta de plástico, muy voluminosa.

—¿Qué es?

—Mi álbum de las victorias de Evi. Mira, mira.

En su mayoría eran recortes de periódico. A veces simples columnas. Evi Baumgartner (mejor dicho: Tognon, me fijé) ha ganado el premio a la... Merece el elogio de... La científica local...

—¿Científica?

—Era lo más cercano a un científico que habíamos tenido nunca por aquí —respondió Brigitte—. Ve más adelante. Ahí tienes la prueba de lo que te estoy diciendo.

Había cuadernillos. El membrete era el de la Universidad de Innsbruck.

—Publicaciones —explicó ella.

—Pero Evi aún no se había licenciado cuando... sucedió.

—¿Cuando la mataron, quieres decir?

Asentí.

—Ya te he dicho que era una persona preparada. Brillante. Sus profesores no tardaron mucho en darse cuenta de que tenía un gran potencial. Evi se dejó ver muy poco en Siebenhoch en los tres últimos años de su vida. Demasiadas investigaciones en marcha, demasiado estudio. Habría hecho carrera, créeme.

Cogió uno de los cuadernillos de entre mis dedos.

—Mira esto. Es su primera publicación. Estaba emocionadísima cuando me lo

anunció por teléfono. En realidad, en mi opinión era un poco timo, pero ella dijo que yo era la malpensada de costumbre.

—¿Por qué era un timo?

—Es la refutación de las tesis de otro investigador de la universidad. Una cosa técnica y complicada, pero esa no es la cuestión. Para mí era obvio que Evi había sido manipulada. Sus profesores la convencieron para que publicara esas páginas con el fin de destruir a ese investigador. No era idea suya. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Hicieron una carambola.

—Pero la cosa no terminó ahí. El tipo se presentó en casa de Kurt y Evi, enfurecido. Había acusado el golpe, y de qué manera. Pero después de dos horas pasadas con Evi acabaron siendo amigos. Fíjate, ¿tú destruyes mi trabajo y acabo siendo tu mejor amigo? Imposible para todo el mundo, pero no para Evi. Porque ella era así.

Tenía la boca seca.

Acababa de encontrar un móvil.

—¿Recuerdas el nombre del investigador?

—No, pero está ahí escrito.

Lo busqué, sabiendo ya lo que iba a encontrar.

Oscar Grünwald. El hombre del telegrama.

*Geht nicht dorthin!*

—Parece que hayas visto un fantasma, Salinger.

—¿Sigue estando en pie la oferta de esa cerveza?

Brigitte señaló la puerta de la cocina.

—Una para ti, una para mí.

Volví a sentarme y tomé un sorbo de la botella. Luego me encendí un cigarrillo. Reflexioné un poco y Brigitte se quedó observándome silenciosa.

—¿Qué pasa? —espeté.

—Tú.

—¿Yo, qué?

—¿Cómo es que estás interesado en esta historia? ¿Realmente no quieres hacer una película?

—No soy director.

—Pues entonces, ¿por qué?

—Eso no te concierne.

Brigitte sopló a través de los dientes, produciendo una especie de silbido estridente.

—¿Sabes a quién te pareces?

—No creo que me vaya a gustar saberlo.

—A Günther. Tú también quieres descubrir quién los mató.

No era una pregunta.

No hubo respuesta.



—Günther decía que sabía unos cuantos secretos sobre la masacre del Bletterbach. Secretos inconfesables. Cosas que habrían hecho saltar por los aires Siebenhoch. Lo decía cuando estaba muy muy borracho. Una vez intenté hacer que hablara. Lo emborraché a propósito. Me ponía de los nervios esa cháchara sobre secretos sin que nunca soltara prenda. Me parecía una falta de respeto.

—¿Una falta de respeto?

—Era yo la que recogía sus vómitos, la que le compraba las aspirinas para la resaca, la que lo justificaba cuando faltaba al trabajo. Era yo la que lo arrullaba entre los brazos cuando tenía una de sus pesadillas. No, nunca me dijo nada. Nada. Cuando murió, durante unos días pensé en un asesinato.

—¿Quieres decir que alguien podía haberlo matado para cerrarle la boca?

—Sí. Pero era una idea estúpida.

—¿Por qué era estúpida?

—Ya se estaba matando solo. Un poco de paciencia y habría muerto de todos modos.

—Estabas tú para protegerlo.

—Pero ¿y a mí, quién me protegería?

Me callé.

—A veces aún lo pienso —prosiguió—. Sería más heroico, ¿no? —la voz de Brigitte tembló—. Günther asesinado cuando iba a arrojar luz sobre la masacre del Bletterbach.

Estaba llorando.

—Lo siento, Brigitte.

Levantó la cabeza de golpe, sus ojos soltaban chispas.

—Márchate, Salinger, márchate y cierra la puerta.

Yo no quería dejarla sola, no en esas condiciones. Pero lo hice. La dejé sola junto con sus provisiones de alcohol y un ejército de demonios.

6.

Afuera la tempestad no había dejado de recubrir Siebenhoch de nieve y hielo. Recorrí los kilómetros que me separaban de Clara y Annelise presa de un millar de pensamientos.

Poco antes de llegar a ver la casa, estacioné y apagué el motor. Aferré el teléfono móvil y esperé a que al otro lado del océano Mike respondiera.

En el séptimo timbrado, su voz pastosa.

—¿Salinger? Pero ¿tú sabes qué hora es aquí, coño?

—Para ti siempre es demasiado pronto. ¿Es rubia?

—*Redhead*, sargento —bromeó Mike. Oí que cerraba una puerta—. Veamos —dijo con un ápice de preocupación en su voz—. ¿Cómo te va, socio?

—Mitad y mitad. ¿Y tú?

Mitad y mitad significaba una mitad está en la mierda y a la otra mitad no le va mejor.

—Mister Smith quiere crucificarme y yo me he equivocado dos veces seguidas en las pruebas de sonido. Socio, en serio. ¿Va todo bien por ahí? ¿Te estás tomando las píldoras mágicas?

—¿Cómo lo sabes?

—Mike McMellan siempre lo sabe todo.

—¿Has hablado con Annelise?

—*Yep*. Estamos preocupados por ti, cabezota.

Cerré los párpados con fuerza. No quería emocionarme.

—Necesito un favor.

—Annelise me dijo que se te ha metido entre ceja y ceja la historia de un asesinato.

—Una masacre —le corregí sin pensarlo siquiera.

—Lo que sea. ¿Es cierto?

—Sí.

Al otro lado del océano, silencio. Y un ruido que en un primer momento no fui capaz de interpretar. Luego lo identifiqué. Mike estaba mordisqueando nachos.

—Me dijo que como me atreviera a ayudarte me cortaría, ya sabes...

—Sería perfectamente capaz de hacerlo.

—¿Tan mal estás, socio?

Esta vez fui yo quien se quedó en silencio.

—Necesito saber.

—¿Quién cometió un crimen hace treinta años? ¿Te has vuelto loco de remate?

—No soy tan estúpido —respondí, a pesar de que una parte de mí sugería lo contrario, sobre todo después de lo que Brigitte me había confesado—. Tan solo quiero descubrir si soy capaz de hacerlo. Si todavía soy capaz de contar una historia como Dios manda.

—Pero es obvio que...

—No después del Ortles.

—Coño, Salinger, ¿quieres que te masajee el ego? ¿Quieres que te diga que eres el mejor escritor en circulación? Si quieres, lo hago. Cojo el avión hoy mismo y voy hasta allí para cantarte una canción de cuna, pero que sepas que si este es el verdadero problema, entonces estás como una cabra.

—No puedes entenderlo.

Le había ofendido. Lo supe incluso antes de terminar la frase.

—Porque yo no estaba allí, ¿verdad? —estalló.

—No es por eso.

—Eres un gilipollas, Salinger.

—Si hubieras estado en mi lugar, no habría pasado nada.

—No es verdad.

Había reflexionado al respecto largo tiempo. Noches enteras.

—Tú no habrías cometido la gilipollez de bajar por esa grieta. A estas alturas *Mountain Angels* sería el nuevo *factual* de la marca McMellan-Salinger, Mister Smith estaría muy feliz en su oficina contando el dinero y nosotros..., nosotros estaríamos pensando en la segunda temporada. O en hacer una película.

—La estamos haciendo —murmuró Mike, a quien nunca había oído tan por los suelos.

—La odio.

Un suspiro.

—Yo también. Pero existen unos contratos.

—Lo sé. Ahora abre bien las orejas —dije volviendo a fingir un tono de voz normal— porque necesito tu ayuda.

—Dispara.

—Tienes que buscar toda la información que puedas encontrar sobre una persona.

—¿Quién es?

—¿Tienes lápiz y papel?

—*Claro.*

—Se llama Oscar Grünwald. Trabajaba de investigador en la Universidad de Innsbruck, o algo así. Quiero descubrir todo lo que haya que saber. Lanza en su busca a ese 007 que hay en ti.

—¿Salinger?

—¿Quieres que te lo delectee?

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

—Hazlo.

Silencio.

Luego, la voz de Mike:

—¿Es una buena historia, por lo menos?

Sonreí, y por primera vez en esa tarde, fui sincero.

—Es magnífica, Mike. En cuanto tenga un poco de tiempo te lo contaré todo.

—Me debes una, entonces.

—*Bye, man.*

—¿Socio?

—Dime.

—Ten cuidado.

7.

Clara iba vestida de rojo. Rojo oscuro. Rojo sangre. Tenía las manos a la espalda y estaba pálida, con los labios azules. Los ojos bien abiertos y fijos. Me agaché al

tiempo que abría los brazos. Quería que viniera a mí, que me abrazara. Quería darle calor.

Quería darme calor.

—¿Por qué no vienes aquí conmigo, pequeña?

—¿No la oyes, papá?

No oía nada y se lo dije.

Clara agachó la cabeza.

—¿Por qué lloras?

—La voz dice que va a venir a por ti. Dice que esta vez... —Clara sorbió por la nariz, su respiración salía en forma de nubecillas. Hacía frío. Hacía mucho frío—. Dice que esta vez yo también he de ir.

Yo quería acercarme. Abrazarla. Consolarla.

Era incapaz de moverme.

—Seis letras, papá.

—¿«Lucero»?

—Seis letras, papá.

Iba descalza, solo en ese momento me di cuenta de ello. Sus pies no estaban azules. Estaban negros.

Como los de un cadáver.

—Seis letras, papá.

—No, pequeña, *no*.

Clara levantó la cabeza de golpe. Alguien le había vaciado las órbitas.

Gritó.

Grité.

8.

Seis letras. Bestia.

## El taller del diablo

1.

Cuando llamé a la puerta de Manfred Kagol estábamos ya a 5 de febrero. La tempestad de nieve era tan solo un recuerdo y, a pesar de que el sol no lograba deshacer el hielo ni siquiera en las horas más cálidas, resultaba agradable pasear al aire libre.

El creador del Centro de Visitantes vivía en una de las casas más antiguas y bellas de Siebenhoch. La riqueza de esa villa, sin embargo, no era ostentosa, se percibía en los detalles. Barandillas elegantes, un murete que en primavera debía de convertirse en una explosión de glicinas, por todas partes acabados sobrios, pero muy lujosos. Como única concesión a la vanidad, bajo una marquesina de pizarra cubierta de nieve, un Mercedes negro último modelo.

Quien me recibió fue una mujer, de unos cincuenta años.

—¿La señora Kagol?

—Soy el ama de llaves. ¿Es usted el señor Salinger?

—Sí, soy yo. Tengo una cita. Y perdone la metedura de pata.

La seguí hasta una *Stube*, donde me invitó a sentarme en una butaca de piel. La *Stube* de Casa Kagol pertenecía a otra categoría en comparación con aquella en la que Max había pasado su infancia, y la estufa, empotrada en la pared, era una obra maestra de mampostería. Yo no era un experto, pero a juzgar por la habilidad con la que se había trabajado la mayólica, debía de ser fruto de la labor de un gran artesano. En las paredes, revestidas de madera, había obras de marquetería que debían de haber costado una fortuna. Todo allí dentro significaba dinero y poder.

—Siento haberle hecho esperar, señor Salinger.

El apretón de manos de Manfred era fuerte y decidido.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Lo que usted tome me vale.

—Soy abstemio —dijo Manfred, casi disculpándose—. ¿Le parece bien agua mineral? Vaya a por un agua mineral.

El ama de llaves desapareció.

Cuando regresó, con dos vasos con una rodaja de limón en el fondo y una jarra de lo que me pareció ser cristal purísimo, Manfred le dio las gracias y la dejó marchar. En cuanto nos quedamos solos, con la puerta bien cerrada, sirvió el agua.

—Dicen que brindar con agua trae mala suerte —levantó su vaso—, pero tengo la esperanza de que usted no sea supersticioso.

—Soy muchas cosas, señor Kagol —respondí haciendo tintinear mi vaso contra el suyo—. Pero no supersticioso.

—Siento curiosidad, señor Salinger, dígame alguna de esas cosas.

—Soy padre. Marido. Guionista de televisión. Y un pésimo esquiador.

Manfred rio educadamente. Se atusó el bigote, caído y gris como el hierro.

—¿Y está aquí como guionista de televisión, señor Salinger?

—No, estoy aquí como escritor.

—Hemos tenido por aquí a varios artistas de la madera —afirmó Manfred indicando algunas obras en las paredes—, un par de obispos, algunas brujas, bastantes alpinistas e infinidad de pedantes. Pero ¿escritores? Ni por asomo. Siento curiosidad.

Intenté mostrarme convincente. Me había preparado bien. Había tenido cuatro días para metabolizar lo que Brigitte me había contado. Había tomado algunas notas. Sobre todo, había pensado. Me había preparado una bonita historia para embaucar a Manfred Kagol. Con la esperanza de que no fuera a soplárselo todo a Werner. En tal caso, estaría jodido.

—Como sabrá, estoy aquí en Siebenhoch en calidad de visitante. Después del grave accidente...

—Conozco los detalles. Lamento que le sucediera semejante tragedia. Espero que no arrastre usted secuelas.

—Al principio fue muy duro, pero ahora estoy mucho mejor. Hasta tal punto estoy mejor que me aburro mortalmente.

Por poco Manfred no se atragantó con el agua mineral. Su risa le hizo perder la pátina de elegancia a favor de quien debía de haber sido antes de ganar dinero.

Un montañés con grandes ambiciones.

—En efecto —dijo, después de haber recuperado la compostura—, Siebenhoch no es Nueva York.

—Pero la tranquilidad de Siebenhoch es lo que necesitaba. Y además —añadí, fingiendo una desazón que en modo alguno sentía—, es aquí donde he descubierto esta... vocación mía.

—¿La escritura?

—Siempre he creído que los escritores eran personas serias, señor Kagol. Gente con un millar de carreras universitarias y aire erudito. En cambio, un día me desperté y me dije: ¿por qué no escribir un libro acerca de este lugar? Sobre sus mitos, sus leyendas. Una biografía de Siebenhoch.

—¿Una biografía de Siebenhoch? No quisiera privarle de su entusiasmo, señor Salinger, pero ya hay un montón de libros que hablan sobre esta región. Tampoco quisiera parecerle inmodesto, pero bastantes de ellos los ha financiado mi fundación.

Yo ya me esperaba una objeción semejante.

—Los he leído todos, señor Kagol. Desde el primero hasta el último. Pero nadie ha tratado nunca este lugar como si fuera un ser vivo. Como si se tratara de una persona que nació, que tuvo una infancia y que luego creció.

—Una peregrina perspectiva, la suya.

—¿No le gustaría leer mi libro precisamente por eso? Por curiosidad.

Manfred levantó el vaso.

—Es una óptima idea. Pero no entiendo cómo podría ayudarle. ¿Quiere que le financie la publicación?

—No, no estoy buscando editor. Nunca hay que poner el carro delante de los bueyes, decía mi *Mutti*. Primero lo escribo y luego lo vendo.

—Excelente filosofía. Pero todavía no...

—Según muchas personas, fue usted quien salvó Siebenhoch de una muerte lenta y dolorosa.

—Exageraciones.

—En cambio, yo creo que usted tuvo una intuición excepcional. Y no me refiero solo al Centro de Visitantes. Usted ha mantenido con vida las tradiciones de Siebenhoch. Esto es lo que me interesa.

Los ojos de Manfred brillaron.

Tocado y hundido.

Asintió con entusiasmo.

—Sin las tradiciones, ¿qué habría sido de Siebenhoch, señor Salinger?

—Una población turística como tantas otras. Con el Bletterbach en vez de playas. Animadores vestidos con ropa tirolesa y canciones en los ascensores. Veamos, usted es el *Krampusmeister*. Me encantaría comenzar el libro con el hombre que le cose la ropa al diablo.

—El hombre que le cose la ropa al diablo. Me gusta eso. ¿Puedo llamarle Jeremiah?

—Como prefiera, pero todo el mundo me llama Salinger. Aparte de mi madre y de Werner.

—Que así sea. Venga conmigo, Salinger.

2.

Me condujo por una empinada escalera que nos llevó hasta el sótano. Había allí un fuerte olor a masilla en el aire. Cuando encendió la luz, todo me quedó claro.

Sonreí, sorprendido.

—¿Es aquí donde nace la magia?

—El taller del diablo, parafraseando sus palabras, Salinger.

Se trataba de una habitación enorme que debía de abarcar toda la planta de la casa. Protagonista indiscutible del espacio era una mesa gigantesca en la que se amontonaban disfraces de *Krampus*, máscaras y diferentes tipos de máquinas de coser.

A lo largo del perímetro de esa especie de bodega había una estantería impresionante, con armarios y baldas repletos de todo tipo de objetos.

—Extraordinario.

—Intento utilizar los materiales tradicionales. Como verá, todos esos son tintes naturales. Hierro para el azul, por ejemplo. Mercurio. Plata. Nada que no se pueda encontrar en las inmediaciones.

—¿Esto también?

Señalé un frasco lleno de conchas.

—Voy a enseñarle uno de mis tesoros.

De un armario sacó un libro. Parecía antiguo. Me fijé en que cada página estaba protegida por una película de celofán.

—¿Qué es?

—Son las notas de un maestro de escuela. De 1874. El káiser lo envió a Siebenhoch. El Imperio Austrohúngaro se preocupaba por la educación de sus ciudadanos. El sueño de los Habsburgo era construir una monarquía ilustrada donde nadie fuera analfabeto y donde todo funcionara a la perfección. Herr Weger vivió aquí durante cincuenta años. Se casó con una chica del lugar y puede encontrar su tumba detrás de la iglesia, una sencilla cruz de hierro, como había pedido en su testamento.

—Weger... —dije—. No me parece que haya ningún Weger en Siebenhoch.

—Tuvo un hijo, pero murió de difteria. Una triste historia. Weger no se lo merecía. Era una persona inteligente y con unas ideas bastante avanzadas para su época. Esto —golpeó con el índice la portada del libro— es la prueba de ello. A finales del siglo XIX, Europa estaba en plena locura del positivismo. Se decía que la ciencia iba a resolver todos los problemas. Una especie de Ilustración elevada a la enésima potencia. Por todas partes se construían fábricas, líneas de ferrocarril. Pronto llegaría la luz eléctrica a todas las calles. Los Habsburgo estaban encantados con los escritos de los grandes pensadores de la época, e incluso Weger los había estudiado. Aunque luego los dejase de lado.

—¿Por qué?

A pesar de que me había presentado en casa de Kagol con el fin de obtener información sobre el difunto hermano del hombre más rico de Siebenhoch, esa historia me fascinaba.

—Porque comprendió que hay determinadas cosas que no se pueden ni se deben eliminar.

—¿Como por ejemplo?

Manfred abrió los brazos en un gesto que quería abarcar todo su taller.

—Las antiguas tradiciones. Habían sido muchos los que habían intentado erradicarlas, Salinger. Primero, la Iglesia católica; luego, los ilustrados, Napoleón y, por último, los Habsburgo. Sin embargo, un sencillo maestro de escuela se había dado cuenta de que si las antiguas tradiciones se perdían, no solo se perderían unas extrañas costumbres o algún proverbio: moriría el alma del pueblo. Así que comenzó a escribir esto.



Me enseñó algunas páginas. Weger tenía una caligrafía elegante y densísima. Un alemán pulido lleno de palabras que no fui capaz de traducir. Pero sobre todo ese genial maestro de escuela se revelaba como un artista fracasado.

—Estas representaciones son extraordinarias.

—Exactas como fotografías, ¿verdad? Pero Weger no se contentó únicamente con transcribir viejas fábulas o dibujar trajes tradicionales. Comenzó a coleccionarlos.

Me condujo hasta el fondo de aquella gran sala.

—Por supuesto —explicó al abrir un gran armario empotrado—, no son los originales. Son reproducciones fidelísimas. Las mismas telas, los mismos adornos. Como verá —añadió haciendo tintinear un cinturón taraceado—, estas son conchas.

Estaba fascinado.

—¿También estas son copias?

—Son auténticas. Las compré de mi propio bolsillo.

Eran máscaras de *Krampus*. Manfred se puso unos guantes de látex y las depositó con cuidado sobre la mesa, para mostrármelas a la luz cruda del neón.

—Esta es la más antigua. Según las estimaciones, debe de remontarse a finales del siglo XIV. Extraordinaria, ¿no le parece?

No podía dejar de mirarla.

—Es una obra maestra.

—¿Le da miedo?

—Si le digo la verdad, no. La definiría como curiosa, divertida. En cualquier caso, no como terrorífica.

—Porque las cosas cambian, Salinger. La gente modifica su propio concepto de lo horrible en función del transcurso de la historia y de los cambios en las costumbres. Pero en esa época, créame, esta máscara debía de infundir bastante miedo.

—Nada de cine. Nada de televisión ni de Stephen King.

—Solo Biblia mal traducida e incluso peor comprendida. Y largas noches de invierno.

—Con el Bletterbach a la vuelta de la esquina —murmuré.

Ni siquiera me di cuenta de que lo había dicho. Yo estaba hipnotizado por la máscara del *Krampus*. Por esos ojos vacíos, sobre todo.

—¿Le da miedo el Bletterbach?

—¿Puedo serle sincero?

—Por favor —respondió Manfred mientras colocaba de nuevo sus tesoros en lugar seguro.

—Me resulta aterrador. Un cementerio prehistórico.

Manfred se volvió hacia mí, observándome.

—No son palabras tuyas, ¿verdad?

—En efecto, no lo son —respondí incómodo—. Pero me parecen acertadas. Son de Verena, la esposa de...

—La esposa del Jefe Krün. Ella también estaba citando a otra persona.

—¿En serio?

Manfred suspiró.

—No son temas de los que tratar aquí, Salinger. Malos recuerdos. Preferiría continuar nuestra conversación a la luz del sol, si no le importa.

3.

Manfred escrutaba una fotografía, una vista aérea del Bletterbach, colgada junto a una cabeza de ciervo tallada en madera de pino.

—¿No nota nada raro en esta imagen, Salinger?

—Falta el Centro.

—Exactamente. ¿Sabe quién la sacó?

—No.

—La misma persona que llamaba al Bletterbach «cementerio prehistórico».

—¿Su hermano Günther?

—El mismo. Iba a bordo del Alouette del Socorro. Me la regaló por mi cumpleaños. Decía que solo un necio como yo podía pensar en hacer dinero con ese horrible lugar. Estaba convencido de que el Bletterbach no podía gustarle a nadie.

—Se equivocaba.

—Muchos se equivocaron en esa época. Pero yo estaba seguro de ello. Estaba convencido —se volvió hacia mí y en sus ojos leí una determinación que pocas veces había podido ver en mi vida—. Sabía que iba a funcionar. La pregunta no era si a la gente le iba a interesar el Bletterbach, sino si iba a ser yo quien se hiciera con ese tesoro.

—Me temo que no le sigo.

—El turismo estaba eclosionando por todas partes. En el valle de Aosta, en Suiza. En Austria. Solo aquí parecía que nadie se había dado cuenta, porque todo el mundo estaba demasiado ocupado en poner bombas o en reclamar leyes especiales. Pero tarde o temprano esa idea también se le ocurriría a otra persona.

—Y usted quería ser el primero.

—Quería el Bletterbach, Salinger. Sentía que era el hombre apropiado en el momento apropiado.

—El tiempo le ha dado la razón.

Manfred asintió satisfecho.

—Podría decirse así, es cierto. El tiempo me ha dado la razón. Mi familia no era rica. Nadie en Siebenhoch era rico. No en esa época, por lo menos. Los jóvenes se marchaban de aquí, los viejos no hacían otra cosa que quejarse, ¿y los que estaban en medio? O se marchaban o se quejaban porque no podían marcharse. Mi familia tenía cuatro vacas. Cuatro. Tal vez debería comenzar así su libro, con cuatro vacas. Porque es con esas cuatro vacas como empieza el renacimiento de Siebenhoch.

—Explíqueme, por favor.

—No hay mucho que explicar. Mi padre murió y yo lo heredé todo.

—¿Y Günther?

—Es lo que aquí llamamos la ley de la «granja cerrada». El primogénito lo hereda todo, pero tiene que proporcionarle la mitad del valor de la propiedad al segundo, en efectivo. La mitad —dijo—, o un tercio, o un cuarto, dependiendo del número de hermanos. Lo importante era que la tierra y las posesiones no se dividieran.

—¿Por qué?

—Porque dividir el terreno árido del Alto Adigio significaba destruir una familia. Hacer que pasara hambre, cuando no algo peor. Al morir mi padre, vendí las vacas. Günther no me puso problemas. Dijo que tenía todo el tiempo del mundo para darle su parte de la herencia. Pensaba que estaba loco, pero confiaba en mis capacidades. El producto de la venta lo invertí en mi primera empresa. Una empresa de construcción.

—¿Para construir el Centro de Visitantes?

—Eso lo tenía ya en mente, pero no fue mi primera obra. Los cimientos del Centro no se excavaron hasta 1990. La Kagol EdilBau nació en 1982, el día de mi trigésimo cumpleaños, una fecha que elegí porque era joven e idealista y me parecía algo muy... simbólico. Me trajo suerte, en cualquier caso. El primer encargo para la Kagol EdilBau fue la reparación del tejado de una granja de pollos, en Aldino. Me encontré rodeado de mierda hasta las cejas, pero créame, estaba radiante.

—Cuatro vacas y un montón de guano. Podría usarlo como título.

—Sería magnífico, pero me temo que vendería pocos ejemplares.

—¿Günther trabajaba con usted?

Manfred se mostró disgustado.

—Es la segunda vez que me saca usted a mi hermano, Salinger. ¿Por qué lo hace?

—Siento curiosidad —elegí las palabras como si estuviera caminando sobre huevos—. Además, a juzgar por lo que he oído por ahí, en la ciudad hay mucha gente que echa de menos a Günther.

Manfred pareció sorprendido.

—¿En serio?

—Me han hablado muchas veces de él.

—¿En relación con su alcoholismo? —me preguntó con rostro inexpresivo.

—En relación con los crímenes del Bletterbach.

—¿Quiere escribir sobre esa historia?

—No creo —respondí sin pestañear—. Tal vez algunos detalles para darle un aura levemente maldita al Bletterbach.

—No sé si me gusta la idea, Salinger.

—El libro hablará sobre el pueblo, y ese acontecimiento forma parte de su historia.

Manfred asintió, aunque en sus ojos había una sombra de recelo.

—Sucedieron muchas cosas malas aquel día. Y en los días siguientes.

—Werner me ha hablado del tema. Él mismo se marchó de aquí.

—A toda prisa, sí. Una noche cogió y se marchó. Eso es lo que me contaron.

—¿Usted no estaba?

—Estaba fuera del pueblo.

—¿Negocios? —lo apremié.

—En el 85 la Kagol EdilBau se había convertido en Kagol EdilBau SRL. Tenía un estudio en Rovereto, viajaba constantemente por todo el norte de Italia. Tenía obras en marcha en el Friul y en el Véneto y estaba a punto de cerrar un trato sobre un negocio muy importante en el Tirol. La construcción de una estación de esquí. A esas alturas ya no estaba solo yo. El año anterior había contratado, además del personal administrativo normal, a dos jóvenes arquitectos que tenían ideas muy innovadoras. Uno de los dos todavía es empleado mío, el otro emigró a Alemania. Diseñó varios estadios y un rascacielos en los Emiratos Árabes.

—Caramba —comenté.

—En el 85 no me dejé caer por Siebenhoch casi nunca. Ni tampoco en los años siguientes. Venía al pueblo para las fiestas y ni siquiera en esos momentos estaba realmente presente —suspiró—. ¿Usted no se arrepiente de nada, Salinger?

—De algunas cosas.

—Entonces podrá comprender por qué soy tan hostil a la idea de ver por escrito esa horrible historia.

—No hay problema —respondí—, a mí me interesan los *Krampus* y las leyendas. Todo lo demás es complementario. Puedo aparcarla. No quiero molestar a nadie con un libro que, conociéndome, ni siquiera voy a tener la capacidad de concluir.

—¿Puedo devolverle el favor?

—Solo si me permite fumar aquí dentro.

Manfred abrió una ventana.

—Le acompañaría de buena gana, Salinger, pero lo he dejado.

Nos interrumpió el repentino ruido de algo que rascaba en la puerta. Manfred se iluminó.

Eran sus perros. Dos dóberman que me olisquearon y luego corrieron a festejar a su dueño. Manfred correspondía su afecto con amor sincero.

—Ulises y Telémaco.

—Nombres importantes.

—Son todo lo que tengo.

—¿No tiene familia?

—Tengo la compañía. Tengo el Centro de Visitantes. Tres hoteles, de los cuales dos están en Siebenhoch, y soy el *Krampusmeister*. Pero ningún hijo. Ninguna familia. No tuve tiempo para ello.

—¿El trabajo?

Manfred siguió acariciando la cabeza de los dos dóberman, tumbados a sus pies.

—El trabajo, sí. Lo que me hizo perder también a Günther.

Manfred se recostó contra el respaldo de su butaca. Bebió un vaso de agua mientras yo saboreaba el humo del Marlboro.

El frío helado que entraba por la ventana me había entumecido media cara.

—Aunque viviera lejos de aquí, tenía conocimiento de todo lo que pasaba en el pueblo. Sabía de Günther y de su problema.

—¿El alcohol?

—Claro, pero Günther era... —Manfred asumió un tono sombrío— un débil. ¿Le parece mezquino? Por favor, no me mienta.

—Lo es.

—Era mi hermano, pero para mí suponía una fuente de desasosiego. Yo era la demostración de que los sueños de uno podían hacerse realidad solo y únicamente gracias a la fuerza de voluntad. Había transformado cuatro vacas en un imperio que crecía día tras día. Llegué a facturar cifras de nueve ceros, Salinger. Los políticos venían a lamerme el culo un día sí y el otro también. Atraía la envidia como si fuera una hermosa y succulenta mierda en medio de una nube de moscas. Y a esas moscas yo las aplastaba. Bastaba una palabra mía y una empresa de transporte perdía la mitad de sus encargos, una señal mía y las empresas de materiales de construcción se derrumbaban igual que castillos de naipes. Tenía ideas innovadoras y esas ideas daban sus frutos. El mundo era mío —me enseñó la mano cerrada en un puño—. Günther, en cambio, era un débil. Como nuestro padre. También él bebía como una esponja. Murió de cirrosis.

—Pero Günther había visto esa...

—¿Esa masacre? ¿Y qué? —me interrumpió Manfred, despectivo—. ¿Sabe a cuántos trabajadores muertos he visto en mi carrera? Albañiles aplastados por masas de hormigón o caídos de los andamios, técnicos destrozados por las cargas explosivas. Una infinidad de muertos. Pero ¿cree que me puse a beber y a autocompadecerme?

—Quizás Günther no estaba hecho de la misma pasta que usted.

Manfred suspiró.

—Günther no estaba hecho de la misma pasta que yo, no. Era demasiado sensible. Grande y corpulento como un oso, con una lengua que habría hecho desmayarse a nuestra pobre mamá; pero, a pesar de todo, tenía un corazón de oro. Me di cuenta solo más tarde, cuando pasó la euforia de aquellos años. Para mí, los años ochenta y noventa fueron una especie de fiesta en la que trabajaba dieciocho horas al día, siete días a la semana. Sin detenerme nunca en las cosas importantes.

—¿Cosas como una familia?

—Y Günther. A menudo yo decía que era hijo único. Su muerte no era más que el digno epílogo de una vida desperdiciada. Un borracho menos, me dije, y comencé de nuevo a firmar contratos, verificar proyectos y dejar que me besara el culo algún asesor como si nada hubiera sucedido. Al final, Günther y yo nos parecíamos.

—¿Por qué dice eso?

—Porque Günther tenía el alcohol, y yo, el trabajo. Era mi droga. Y cuando bajé el ritmo, comencé a mirar a mis espaldas. Y a pensar de nuevo en Günther. Comprendí que me había comportado como un auténtico capullo. A preguntarme si habría podido salvarlo.

—¿De qué manera?

Manfred me miró como si acabara de aterrizar desde Marte.

—Era y soy rico, Salinger. Podría haberlo llevado a alguna clínica especializada para que lo limpiaran, pagarle un viaje alrededor del mundo, todas las putas que quisiera. Habría podido comprar todo lo que fuera necesario para sacarle ese demonio de la cabeza. En cambio, lo dejé solo. Aquí. Esta es la casa donde crecimos y en la que vivía Günther. La reestructuré casi por completo.

—¿Casi?

—Cuando me di cuenta de lo que le había hecho a Günther, me volví loco. No sé por qué, pero la tomé con estas cuatro paredes. Quería derruirlas. Pero era mi casa. Nuestra casa. Así que decidí reestructurarla de arriba abajo. Sin embargo, no tuve valor para retocar su habitación, se quedó exactamente como la había dejado la última vez que estuvo en ella.

—No soy un especialista, pero me parece bastante demencial —le solté sin pensarlo.

—A veces yo también lo creo. ¿Quiere verla?

Lo seguí al piso de arriba.

Mientras que el resto de la Casa Kagol estaba amueblado con piezas de calidad y con esmero, la habitación que Manfred me enseñó tenía el aspecto de una cabaña.

Las tablas de las paredes estaban negras de hollín; la cama, carcomida, y las ventanas eran de un cristal opaco que casi no dejaba pasar la luz del sol.

Había una botella en la mesita de noche junto a la cama deshecha. Y bajo la botella, dos billetes de mil liras.

—¿Qué le parece, Salinger?

Iba a añadir algo más, pero una voz lo interrumpió. Era el ama de llaves. Una llamada telefónica urgente de Berlín. Manfred soltó una maldición.

—Negocios —dijo. Se disculpó y bajó los escalones de dos en dos.

Me quedé solo frente a esa especie de máquina del tiempo. Imposible resistirse. A pesar de oír la voz de Manfred borbotando en lontananza, crucé la puerta de la habitación de Günther.

4.

Lo que hacía estaba mal. En cierto sentido, se trataba de una profanación. Estaba mirando en los armarios (y debajo de la cama, y en la mesita de noche, y...) de un

hombre que llevaba muerto más de veinte años. Un hombre que había vivido una vida breve y desgraciada. Günther no se merecía lo que estaba haciendo.

Ese pensamiento no me detuvo ni siquiera un instante.

Solo disponía de esa ocasión para conseguir determinar si lo que me había contado Brigitte tenía o no visos de veracidad. Me había hecho la ilusión de que charlar con Manfred podría darme alguna información nueva. Pero Manfred no me había dicho nada que pudiera aclararme las ideas.

Jadeaba mientras mis dedos se movían a toda prisa entre botas rotas, medicamentos caducados, pijamas, ropa interior. También había un espejo, pero preferí no mirar mi reflejo. Busqué, el tiempo corría con rapidez.

Un segundo. Dos segundos, tres segundos...

*Rápido. Rápido.*

Si realmente Günther había tenido alguna sospecha, era allí, en ese tesoro inesperado, donde iba a encontrar las pistas correctas. Lo sentía igual que sentía cómo el polvo de décadas me picaba en las fosas nasales. Lo intenté en los bolsillos de las chaquetas, en los de los pantalones. Entre las recetas médicas y tarjetas postales. Busqué en un par de mochilas de montaña. Busqué en un saco de dormir devorado por las polillas. Busqué en todos los malditos agujeros de esa habitación, sin encontrar más que facturas viejas, pañuelos sucios y alguna moneda fuera de circulación. Estaba empapado en sudor.

Entonces la vi.

Dentro de un armario. Una caja de música. Parecía que estuviera vibrando, de tan prometedora como era. La levanté conteniendo la respiración.

Me detuve y agucé el oído. La voz de Manfred, monótona, seguía llegando desde el fondo de la escalera.

*Muévete.*

Le di la vuelta a la caja de música para encontrar el compartimento de las pilas. Lo abrí utilizando las uñas como una ganzúa. Fue una precaución completamente inútil: el ácido de las pilas se había salido, convirtiéndolas en pequeñas esponjas de un olor acre que hería las fosas nasales. Ninguna melodía iba a delatar lo que estaba haciendo.

Es decir: profanar la tumba de Günther Kagol.

La abrí. Emitió un chirrido y nada más. En el interior se conservaban algunos papeles de aspecto oficial escritos a máquina. Los desplegué e intenté leerlos. Había sellos y algunas manchas aureoladas. Cerveza, pensé. O tal vez lágrimas.

Leí.

Se me cortó la respiración.

Fueron los perros los que me salvaron.

Los oí ladrar, luego la voz de Manfred que los tranquilizaba. Me metí los papeles en el bolsillo, coloqué la caja de música en su sitio, cerré de nuevo el armario y me fingí interesado en el marco de la ventana.

—Es de plomo, ¿verdad?

Tenía la esperanza de que no notara la ansiedad en mi voz.

—Como se hacían antaño —dijo.

Me observó mientras se atusaba el bigote.

—¿Quiere hacerme alguna otra pregunta, o bien...?

—Ya he abusado demasiado de su hospitalidad, Manfred. Me gustaría hacer algunas fotografías de su taller, un día de estos. Si no le molesta.

—Estaré encantado. Pero me refería a... —dejó que fuera la mirada la que completara la frase.

—Nada del Bletterbach. Que los muertos descansen en paz.

Las hojas escritas a máquina me ardían en el bolsillo de los pantalones.

5.

Los siguientes minutos pasados en compañía de Manfred han desaparecido de mi memoria. Borrados. Solo recuerdo el anhelo de salir de allí y de lanzarme sobre mi tesoro.

Cuatro páginas. El papel estaba amarillento y se quebraba entre los dedos. La fecha que aparecía al final era la del 7 de abril de 1985. Veintiún días antes de la masacre.

Lo releí de un tirón. Luego una vez más. No era capaz de creer lo que Günther había descubierto. Por un momento me puse en su pellejo y lo que sentí fue indescriptible. Entendí por qué se había matado a base de beber.

Esas hojas escritas a máquina eran un informe pericial sobre los riesgos hidrogeológicos. Un informe que, en pocas líneas, con un par de gráficos y varias referencias a mapas catastrales, demostraba cómo la construcción del Centro de Visitantes del Bletterbach resultaría no solo perjudicial para el ecosistema de la garganta, sino incluso peligrosa.

Los cimientos del Centro de Visitantes se excavaron en 1990, cinco años después de que una joven estudiante de Geología, al entregar esas cuatro páginas, se hubiera creado un enemigo que ni siquiera su sonrisa sería capaz de conquistar. La firma al final del documento donde se daba un parecer contrario a la construcción del Centro de Visitantes del Bletterbach era, en efecto, la de Evi.

Todavía podía oír con qué desprecio había hablado Manfred de Günther. Pero un hombre que se negaba a aceptar el alcoholismo de su hermano ¿era también un asesino?

Tal vez no, me decía mientras releía el informe pericial por enésima vez.

Y, a pesar de todo, Manfred Kagol había demostrado al mundo entero que se trataba de alguien con quien era mejor no bromear. Sobre todo en aquella época. Utilizando sus propias palabras, Günther había tenido el alcohol, y él, su trabajo.



Pero en él había mucho más, en mi opinión. Esas cuatro vacas de las que estaba tan orgulloso no eran únicamente cuatro animales dejados en herencia por un padre beodo. Eran un símbolo. El símbolo de su redención social. El Centro de Visitantes, en cambio, era el signo concreto de su triunfo.

## *Jaekelopterus rhenaniae*

1.

A la mañana siguiente puse al día el archivo del ordenador escribiendo todo lo que había descubierto, adjuntando una copia escaneada del documento firmado por Evi y soltando allí todas las hipótesis, las preguntas y las pistas que se me habían ido pasando por la cabeza.

Eran un montón.

Luego di un largo paseo por el frío, con la esperanza de que un poco de movimiento me ayudase a liberarme de esa sensación de amenaza que se cernía sobre mí. No funcionó. Durante el almuerzo picoteé aquí y allá y respondí con monosílabos a las preguntas de Annelise, hasta que ella, cansada, dejó de hablarme.

No hacía más que pensar en el informe pericial de Evi. Con esas pocas páginas había paralizado las obras del Centro de Visitantes durante cinco años. Vista la competencia, en el mundo del turismo cinco años son tan largos como eras geológicas.

También pensé que si Evi no hubiera sido asesinada el 28 de abril de 1985 y hubiera podido proseguir con su batalla por la preservación del Bletterbach, al que obviamente estaba muy apegada (¿no fue allí donde, como me había confesado Brigitte, había brotado su amor por Kurt?, ¿no era allí donde Evi encontraba la paz cuando su madre se ponía hecha una furia?), tal vez el Centro de Manfred Kagol aún sería un proyecto en la mente de su creador.

Nada de Centro, nada de dinero.

Dinero.

Un móvil de gran peso, tan antiguo como la humanidad. En última instancia, Roma también se construyó en la escena de un crimen.

Rómulo mata a Remo por una cuestión banal de límites catastrales.

—¿Papá?

Ni levanté la cabeza del plato para contestar.

—¿Sí, pequeña?

—¿Sabías que los escorpiones no son insectos?

—¿Cómo?

—Los escorpiones no son insectos. ¿Lo sabías?

—¿En serio?

Clara asintió.

—Son arañas —exclamó, excitada por su descubrimiento—. Lo han dicho en televisión.

Ni siquiera la escuché.

—Cómete las patatas, cariño —murmuré.

Clara hizo pucheros. No me di cuenta. Estaba demasiado concentrado siguiendo el hilo de mis razonamientos.

¿Se puede matar por dinero?

Intenté calcular cuánto podía facturar el Centro de Visitantes anualmente. Si las estadísticas que había descubierto en internet no mentían, cada año pagaban el precio de la entrada entre sesenta y cien mil turistas. Una bonita cifra, a la que se debían restar después los gastos para la administración, el mantenimiento y todo lo demás. Pero el flujo de dinero no llegaba tan solo de ahí. Porque al menos la mitad de los visitantes que abrían sus carteras para admirar el cañón de los Dolomitas se alojaba en hoteles de Siebenhoch.

Y también en Siebenhoch comían, compraban los *souvenirs*, los productos de primera necesidad y todo lo demás.

—¿Papá?

—Dime, cariño —dije.

—¿Qué haremos hoy por la tarde?

Me obligué a tragar un poco de estofado, lo justo para contentar a Annelise. Estaba muy bueno, pero tenía el estómago cerrado. Esa sensación por debajo de la piel no cesaba.

—No lo sé, pequeña.

—¿Vamos a deslizarnos en trineo?

En mi mente el dinero que se movía alrededor del Centro de Visitantes se convertía en un río de oro.

—Claro.

¿Quién era el principal beneficiario de esa fortuna? La comunidad, pero sobre todo Manfred Kagol. El hombre que había vendido cuatro vacas para convertirse en... ¿qué?

—¿Prometido?

Le revolví el cabello.

—Prometido.

Cuatro vacas y el tejado de un gallinero como trampolín para convertirse en el dueño de Siebenhoch, a fin de cuentas. Suyo era el Centro de Visitantes, suyos los dos principales hoteles del pueblo.

Suya era la mayor porción del pastel de las ganancias.

*Manfred Kagol.*

Recogí la mesa. Luego me hundí en mi butaca favorita. Encendí la televisión. Mis ojos veían, mi cerebro no asimilaba.

Clara me siguió como un cachorro, con el morrito dirigido hacia mí.

—¿Papá?

—Dime, cinco letras.

—¿En qué estás pensando?

—Estoy viendo las noticias.

—Ya se han acabado, cuatro letras con acento.

Era cierto.

Sonreí.

—Me parece que cuatro letras con acento necesita refrescarse las ideas.

—¿Vamos a jugar con el trineo?

Negué con la cabeza.

—Después.

—¿Cuándo?

—Primero tengo que hacer una cosa.

—¡Pero me lo prometiste!

—Un par de horas, nada más.

Me levanté.

—¿Adónde vas?

—Me acerco un momento a Bolzano. Luego vuelvo y salimos con el trineo, ¿de acuerdo?

2.

Necesitaba pruebas. Y el único lugar donde podía encontrarlas era el Registro Provincial de la Propiedad. Allí conseguiría reconstruir la historia del Centro de Visitantes.

¿Y luego?

Y luego, pensé poco antes de que sonara el teléfono, ya se me ocurriría algo.

3.

—¿Te he despertado, socio?

—Son las dos de la tarde y estoy conduciendo.

—Siempre me confundo con los husos horarios.

—¿Has hecho tus deberes, Mike?

La línea tenía muchas interferencias. La voz de Mike me llegaba a rachas.

Blasfemé.

Por suerte, me fijé en que se aproximaba una salida a una estación de servicio. Puse el intermitente, encontré un espacio libre y aparqué. Apagué el manos libres y me llevé el móvil a la oreja.

—Primera premisa. Ha sido un trabajo de la hostia. Segunda premisa. Es un gran follón. ¿En qué clase de asunto andas metido?

Encendí el mechero y aspiré la primera bocanada del cigarrillo de la tarde. El

humo me hizo toser un poco.

—Una extraña historia.

—Voy a comenzar por la conclusión. Grünwald. No se sabe qué pasó con él. Desapareció, de la noche a la mañana.

—¿En qué periodo? ¿En el 85?

—Abril o quizá mayo de 1985.

—¿Qué significa eso de abril o quizá mayo? ¿No puedes ser más preciso?

La voz de Mike se hizo estridente.

—Pero ¿por qué no haces tú tus deberes solito, si tan bueno eres criticando el trabajo de los demás?

—Porque eres un genio, Mike. Y yo un humilde escritor.

—Continúa.

—Y eres la única persona en el mundo que puede ayudarme a sacar las castañas del fuego.

—¿Y?

—Nada, no soy un chat erótico.

—Si fueras un chat erótico, ahorraría: ¿tienes idea de lo que cuesta una llamada intercontinental?

—Total, estás usando un teléfono del Canal, ¿verdad?

—¿Quieres que te lea el horóscopo, ya puestos?

—Quiero que empieces a contarme. Abril o mayo de 1985.

—Oscar Grünwald desaparece. Iba a dar una conferencia en Ingolstadt, que es un lugar que está...

—... en Alemania.

—Pero no dio señales de vida. La conferencia era el 7 de mayo, para ser exactos. En su lugar llamaron a un tal doctor Van der Velt, holandés. A juzgar por las credenciales de este Van der Velt, salieron ganando. Grünwald era un apestado, Salinger.

—¿Qué significa eso de «apestado»?

Mientras Mike hablaba, había sacado un bloc de notas y un bolígrafo del salpicadero. Apoyé el bloc en el muslo y comencé a garabatear.

—Significa que las universidades habían empezado a negarle los fondos.

—Dime algo que no sepa.

—El fin de la credibilidad académica de Grünwald comienza en el 83. Recibió muchos ataques por parte de las universidades.

—¿Innsbruck?

—Innsbruck, Viena. Dos publicaciones de la Universidad de Berlín y una por parte de la Universidad de Verona.

—¿Por qué?

—La pregunta es otra. ¿Quién era realmente Oscar Grünwald?

—Un geólogo y un paleontólogo —contesté.

—Correcto, pero reduccionista. Oscar Grünwald —la voz de Mike había adquirido la cadencia tediosa de quien está leyendo, y me esforcé cuanto pude para transcribir todo lo que me dijo— nació en Carintia, en un suburbio de Kla...

—Klagenfurt.

—Eso mismo. El 18 de octubre de 1949.

—En mayo del 85 tenía treinta y cinco años.

—Treinta y cinco años, dos licenciaturas y un doctorado. Paleobiología. Un gran tipo, diría yo.

—¿Un gran tipo?

—Un genio, en mi opinión.

—¿Qué sabes tú de geología y de paleontología?

—Me he hecho un experto en estos días. La verdadera pregunta es: ¿y tú, qué sabes tú?

—Sé que la geología es el estudio de las rocas y la paleontología, el estudio de los fósiles.

—¿Alguna vez has oído hablar del Pérmico?

—Es el periodo de las grandes extinciones, ¿verdad?

Y era también el estrato más profundo del Bletterbach. Las piezas del puzle comenzaban a encajar.

—El Pérmico se remonta más o menos a entre doscientos cincuenta y doscientos noventa millones de años. En ese periodo se produjo la extinción en masa más grande de la historia del planeta. Casi el cincuenta por ciento de las especies vivas desapareció. El cincuenta por ciento, Salinger. ¿No te produce escalofríos?

—Bastantes, como para dar y vender unos cuantos.

—Hay abundantes teorías acerca del asunto. Aumento de la radiación cósmica, que es como decir que acabaron como hamburguesas en un gigantesco horno microondas; disminución de la productividad de los mares, inversión de los polos magnéticos, aumento de la salinidad de los océanos, disminución del oxígeno, aumento del sulfuro de hidrógeno en la atmósfera causado por bacterias que se encargaron del trabajo sucio. Luego está mi favorita, la que sabe todo el mundo.

—¿El asteroide?

—Una gigantesca, maravillosa y apocalíptica bola de *bowling* que le dio de lleno al planeta, que a punto estuvo de partirse por la mitad. Hollywood elevado a la enésima potencia. Y sin especialistas, socio. Pero Grünwald se cansó casi inmediatamente de esos estudios.

—¿Y eso por qué? ¿Has logrado descubrirlo? —pregunté.

—La crónica falta de fondos que desde tiempos inmemoriales afecta a la categoría de los cerebritos como él. Grünwald no era de la clase que se queda calentando la silla con su trasero. No se contentaba con formular teorías.

—Quería las pruebas.

—Lo que ocurre es que en paleontología buscar pruebas sale un poquito caro.

Nadie le daba suficiente dinero para organizar sus expediciones de investigación. Sé que no debería decirlo, dado que es un tipo al que ni siquiera conozco, pero me cae bien. ¿A quién no le gustan los locos? Lo que pasa es que debería haber sido guionista, no un científico, créeme.

—¿Por qué?

—Todos los que estudiaban el Pérmico se preguntaban: ¿bola de fuego o megaterremoto? ¿Microorganismos pederros o volcanes en celo? Grünwald se hizo en cambio una pregunta mucho más interesante. ¿Por qué algunos sobrevivieron y otros no? ¿Genética? ¿Suerte? Y así llegamos a la teoría de los nichos ecológicos. Es decir, a la teoría que lo hizo caer en desgracia.

—¿De qué demonios se trata?

—Espacios físicos en los que las condiciones apocalípticas del Pérmico llegaron en una versión, digamos, más suave, permitiendo que las especies vivas escaparan del cataclismo. Lo machacaron.

—¿Por qué?

—Grünwald formuló la teoría de que hoy en día aún podían existir lugares en los que era plausible la existencia de especímenes biológicos no evolucionados que habrían sobrevivido a las grandes extinciones en masa...

—¿Supervivientes pero sin evolucionar? ¿Hoy en día? ¿*Jurassic Park* sin la historia esa de los sapos y del ADN?

—Exactamente —podía verlo moviendo la cabeza, desconsolado—. Tenía un trabajo como investigador en Innsbruck y lo torpedearon. Nadie quería tener nada que ver con él. Nada de publicaciones ni de libros.

—¿Y cómo se ganaba la vida?

—Trabajaba de geólogo. Organizaba viajes a los Andes, donde tenía algunos contactos entre la población local. Elaboraba informes, pero no le hacía ascos a ganar algún dinero como guía turístico o vendedor ambulante. Se las apañaba con lo que le iba saliendo. Luego, en el 85, desaparece.

—¿Y nadie lo buscó?

—Que yo sepa, no —fue la respuesta, seca, de Mike. Pensé en Brigitte. En el álbum de los éxitos de Evi.

—Evi Baumgartner —murmuré.

—¿Cómo dices?

—Evi Baumgartner —repetí, mientras miraba cómo un ave de presa, tal vez un halcón, dibujaba lentas espirales en el cielo terso de aquel día.

—¿Y quién es?

—Si buscas entre los textos que dinamitaron la credibilidad académica de Grünwald, estoy seguro de que encontrarás su nombre.

Y un móvil.

Oí cómo Mike tecleaba en el ordenador.

—Nada.

Me sentí un idiota.

—Inténtalo con «Tognon» —recordé que ese era el apellido de Evi en el registro civil.

Otra ráfaga de teclas.

—Bingo. Universidad de Innsbruck. Y no es uno de los textos que demolieron la credibilidad de nuestro amigo, sino *el* texto que todos los demás saquearon a mansalva. ¿Quién es esta Evi?

—Una de las víctimas del Bletterbach.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que era una de las víctimas del Bletterbach. La historia que estoy intentando reconstruir.

Mike murmuró algo. Otra vez el ruido de los dedos que se movían frenéticamente sobre el teclado.

—¿Se escribe con *c* y *h* al final?

—¿Bletterbach? Sí, ¿por qué?

Mike imitó la voz de barítono propia de los tráileres de las películas:

—Golpe de efecto, socio.

—¿Quieres dejar de hacer el idiota?

—No estoy haciendo el idiota. Te encuentras en pleno centro de un nicho ecológico.

—Imposible. Eso es ciencia ficción.

—¿Ah, sí? —dijo Mike—. Voy a citarte a grandes líneas el libro de nuestro amigo Grünwald. El Alto Adigio posee su propio microclima. En teoría, debería tener un clima continental, pero está en medio de los Alpes. No se trata, pues, de clima continental. Dado que tiene ahí los Alpes, el clima debería ser alpino, ¿verdad? Error. Los Alpes protegen del viento del norte, los Alpes protegen de los influjos del Mediterráneo, pero los Alpes no determinan el clima de la región, sino que crean uno diferente: un microclima. Que para Grünwald, dicho sea para que quede constancia, era la primera condición para que se desarrollara un nicho ecológico. Y ahora —añadió—, agárrate fuerte, porque viene lo divertido.

—Dispara.

—En el Alto Adigio crecen algunas variedades de plantas de ginkgo que en Europa se extinguieron hace cientos de miles de años. Sin embargo, ahí están, bajo los Dolomitas, burlándose de nuestras convicciones científicas, y están en buena compañía. Por ejemplo, el *Nautilus*. En teoría se extinguió hace cuatrocientos millones de años. En el Alto Adigio se han encontrado restos fósiles que se remontan a hace *doscientos* millones de años.

—¿Me estás diciendo que mientras que en el resto del mundo el *Nautilus* se había extinguido, aquí se mantuvo nadando tan ricamente otros doscientos millones de años? Ciencia ficción, Mike.

—No, nichos ecológicos. Y mira, lo he estado contrastando con un buen número



de textos.

—Pero...

—Escucha. En una de las últimas publicaciones de Grünwald se hablaba precisamente del Bletterbach. En una revista a medio camino entre *Expediente X* y el *Doctor Who*. Ya sabes, de esas que predicen el fin del mundo cada dos semanas.

Mi corazón se aceleró.

—¿Y bien?

—Grünwald había identificado el Bletterbach como uno de los posibles lugares en los que recuperar material biológico vivo superviviente del Pérmico. Una especie bien precisa. Y, coño, no te estoy hablando del pececito Nemo. Te mando una copia escaneada.

Esperé a que el móvil emitiera el *bip*.

Miré.

Y clavé la vista en la pantalla con la boca abierta.

Una especie de escorpión con la cola de una sirena. El cuerpo alargado y recubierto por un caparazón que le hacía asemejarse a una langosta. Nunca había visto nada tan hostil.

La palabra que me vino a la cabeza fue precisamente esa: «Hostil».

Seis letras.

—¿Qué demonios es?

—*Jaekelopterus rhenaniae*. Perdona la pronunciación.

Intenté imaginar qué clase de mundo era el que había albergado a semejante criatura. Un planeta repleto de monstruos carentes de cualquier clase de emoción que no fuera el impulso de la depredación, a los que Dios un buen día decidió borrar del mapa.

Mike continuó.

—Un antepasado gigantesco de las arañas modernas, mejor dicho, de los escorpiones —algo se encendió en mi cerebro, pero cuando traté de aferrarlo ya se había desvanecido—. Un artrópodo. Pero un artrópodo marino. Vivía en el agua. Medía dos metros y medio de largo. La pinza era de cincuenta centímetros.

—¿Y Grünwald estaba convencido de que una de estas cosas se paseaba por el Bletterbach?

—*Debajo* del Bletterbach. Aquí habla de cuevas y de lagos subterráneos. Esa cosa vivía en aguas dulces. Y era un depredador del que más valía mantenerse alejado.

Este último comentario de Mike casi no lo oí. Siebenhoch, pensaba.

Cuyo antiguo nombre era *Siebenhöhlen*. Siete grutas.

—¿Sigues ahí, Salinger?

—¿Tienes lápiz y papel? —grazné—. Hay otra persona sobre la que quiero que investigues: Manfred Kagol. Es un empresario local.

—¿Cuándo murió?

—Ayer hablé con él. Quiero saber cuanto puedas descubrir sobre su persona. Concéntrate sobre todo en su fortuna.

—¿Es rico?

—Da asco.

—Pero ¿qué tiene que ver este tipo con el *Jaekelopterus rhenaniae* y con Grünwald?

—Gracias, Mike.

4.

El interior del Registro de la Propiedad de Bolzano estaba agradablemente iluminado, era modernísimo. El personal, por suerte para mí, fue muy amable, incluso cuando intenté explicar lo que necesitaba.

Tuve que esperar una media hora, que me pasé intentando poner en perspectiva lo que Mike había descubierto acerca de Grünwald. Teorías extrañas, las de él. Peregrinas. Más adecuadas para una película que para el mundo conservador de la universidad.

Me di cuenta de que Grünwald era el único protagonista de esa historia de quien no tenía ninguna fotografía. Me lo imaginaba como una especie de científico loco, vestido a medio camino entre Indiana Jones y un burócrata del siglo XIX, solo que mucho más torpe. No sé por qué, dado que seguía siendo un hombre que había llevado a cabo investigaciones en los Andes, pero no lo veía enfrentándose a una pared escarpada: lo veía más bien como un tipo que tropezaba con sus propios pies, tal vez con una pajarita en el cuello.

Seguro que Grünwald había sido un hombre obsesionado con su trabajo. Lo había sacrificado todo por sus teorías. Mike no me había hablado ni de noviazgos ni de matrimonios. El hecho de que desapareciera de la noche a la mañana sin que nadie sospechara nada dejaba traslucir una vida social próxima al cero. Un solitario con un único objetivo. Encontrar los nichos ecológicos y redimir así el honor perdido.

Negué con la cabeza, perplejo.

¿Tan obsesionado como para matar a la mujer que había acabado con su carrera? Tal vez. ¿Qué significaba ese telegrama? ¿Evi quería bajar a las cuevas subterráneas del Bletterbach para refutar una vez más las teorías de Grünwald y la mente de Grünwald no había podido digerir ese enésimo ultraje?

¿Quizá la muy dulce Evi era en realidad una gilipollas tan cegada por su rápido ascenso en el mundo académico como para querer demostrar hasta qué punto eran ridículas las teorías de Grünwald, con tal de exhibirse junto con los peces gordos de la universidad?

No la veía así, con esos ojos límpidos y con todo lo que me habían contado sobre ella. Aunque, por otra parte, me decía mientras caminaba arriba y abajo por el pasillo

del Registro de la Propiedad, de los muertos se habla, siempre y solamente, bien.

También había otra posibilidad.

Quizá Evi había tenido una vacilación, ella que tanto amaba el Bletterbach y que lo conocía mejor que cualquier persona. Quizá se dio cuenta de que las teorías de Grünwald sobre los nichos ecológicos no eran en el fondo tan demenciales y decidió explorar las cuevas que discurrían por debajo del Bletterbach, con la esperanza de encontrar una prueba que rehabilitara esa credibilidad académica de Grünwald que ella había contribuido a destruir.

Por supuesto, era una posibilidad.

Pero... ¿escorpiones gigantes del Pérmico?

Venga ya.

Y, sin embargo...

Tuve una visión fugaz. Las fotografías que me había enseñado Max, las tomadas en la escena del crimen. Las amputaciones. Los brazos retorcidos, destrozados.

Las heridas.

La decapitación de Evi.

Esas horribles mutilaciones ¿podían ser compatibles con las pinzas de medio metro del *Jaekelopterus rhenaniae*? Y si...

Una voz me devolvió a la realidad.

El empleado que me acompañó hasta una especie de sala de lectura con un altísimo techo tenía una barba que le caía sobre la camisa y la mirada oculta detrás de unas grandes gafas de miope. Me indicó un escritorio de metal, muy feo, pero funcional, en el que estaban amontonadas varias pilas de carpetas.

—Que le vaya bien el trabajo.

Me senté haciendo crujir las vértebras. Suspiré. Y me puse a leer.

5.

Esto es lo que descubrí: el Centro de Visitantes del Bletterbach se inauguró el 8 de septiembre de 1990. Las obras se habían desarrollado plácidamente y sin contratiempos.

Habían contratado a un arquitecto austriaco muy en boga, quien había realizado el proyecto intentando «preservar la belleza natural del lugar, combinándola con la tecnología y la funcionalidad de las obras modernas», fuese lo que fuese el significado de aquello.

No encontré el informe pericial firmado por Evi. No estaba allí. O mejor dicho, estaba señalado en el índice del archivo, pero alguien lo había sustraído. Y yo sabía perfectamente quién había sido.

Aun así revisé el resto de la documentación, de arriba abajo, cada vez más perplejo.

Un año después del informe de Evi, en 1986, un tal doctor Rossetti, geólogo, opuso un contraperitaje suyo, mucho más largo y articulado, que demostraba, en pocas palabras, que el Centro de Visitantes era un proyecto más que factible.

En particular, sugería el doctor Rossetti, «no existe ningún riesgo que entrañe peligro de deslizamiento de tierras debido a que el estrato superior del lugar está compuesto por materiales graníticos que cuadran bien con las capacidades de la estructura sometida a consideración por parte de la Kagol EdilBau». Cuatro vacas transformadas en un imperio.

En el año 88 hubo un tercer informe pericial, igualmente favorable a la construcción del Centro de Visitantes, firmado por un tal ingeniero Pfauch. Era la fotocopia exacta del redactado por el doctor Rossetti dos años antes. Extraño, me dije.

Algo en el hecho de que se hubieran presentado hasta dos peritajes favorables con un par de años de diferencia cosquilleaba mi curiosidad. Así que corrí a la biblioteca municipal.

Quería entender la causa de todas aquellas prisas.

6.

Llegué poco después, jadeante, y con una simpática migraña a punto de despegar. Ni siquiera medio kilo de aspirinas podría mantener a raya ese dolor.

No me detuvo. Lo que había descubierto en el Registro de la Propiedad me había abierto el apetito.

Rellené los impresos correspondientes, esperé, descubrí que tenía el móvil sin batería, seguí esperando. Al final, me lancé al trabajo. Más páginas del bloc, más anotaciones.

Por una vez, sin embargo, había respuestas.

En el 86, pocos meses después de haber firmado el informe pericial favorable a los proyectos de Manfred, el doctor Rossetti fue detenido por una turbia historia de sobornos.

¿Que querías construir un superhotel de setenta plantas en una playa arenosa, lugar de reproducción de tortugas marinas? Tan solo necesitabas disponer de unas pocas decenas de millones de liras y el doctor Rossetti era tu hombre.

La detención de Rossetti debía de haber puesto palos en las ruedas a la Kagol EdilBau, de manera que Manfred, que se había quedado, como suele decirse, con el culo al aire, tuvo que depender de un segundo perito, el ingeniero Andreas Pfauch.

En el currículum de este último no encontré ninguna mancha, nada de sobornos ni sombra alguna, pero me sentía legitimado a plantearme una pregunta.

Pfauch, cuando redactó ese último y decisivo informe pericial, tenía noventa y tres años cumplidos. ¿Realmente podía considerarse de fiar alguien casi centenario?

Todo era posible, incluso que monstruos dotados de caparazón y pinzas vivieran en el Bletterbach, pero la historia me apestaba a estafa.

Me despedí del personal de la biblioteca y me encaminé hacia casa. Durante el trayecto me detuve en una farmacia. La migraña se había convertido en un Pérmico en miniatura.

7.

No recuerdo casi nada del viaje de Bolzano a Siebenhoch, tan solo la oscuridad y el flujo excitado de mis pensamientos. En vez de en la carretera, mi concentración estaba dirigida por completo hacia Manfred Kagol, el Centro de Visitantes y el final de esos pobres chicos.

Me había acordado de un detalle que Mike descubrió mientras investigaba sobre la vida de Grünwald, y que de entrada no me había chocado. Ahora adquiriría un significado completamente distinto.

Cuando Grünwald fue apartado del mundo académico, apartado sobre todo en sentido económico, ¿qué había hecho para ganarse la vida? Entre otras cosas, me dijo Mike, elaborar pequeños informes. ¿Y qué clase de informes podría proporcionar un geólogo?

Informes periciales.

Nada de criaturas monstruosas por debajo del Bletterbach, pobre Grünwald. Los verdaderos monstruos vivían por *encima* del Bletterbach, eran bípedos y no tenían pinzas.

Tal vez, me atreví incluso a pensar, movida por sus sentimientos de culpabilidad, Evi le había confiado a Grünwald el informe pericial sobre la factibilidad del Centro de Visitantes, para ayudarlo a poder enlazar almuerzo y cena en un mismo día, limitándose a firmarlo. De manera que juntos habían echado por tierra los planes de Manfred. Esto también explicaría la misteriosa desaparición de Grünwald poco después de los crímenes del Bletterbach.

Mike diría que esta parte de la reconstrucción chirriaba demasiado y que, sobre todo, no tenía pruebas de ello, pero eran detalles que por mi parte podría remediar si seguía indagando. El punto central era otro.

El informe pericial le hizo perder un montón de pasta a Manfred. Sobre esto no cabía duda alguna.

Y, luego, ¿qué pasó?

Manfred esperó el momento oportuno, y fue una suerte para él que la tormenta autorregenerativa le garantizara una cobertura ideal para sus crímenes. Mató a Kurt, Evi y Markus. Luego se deshizo de Oscar Grünwald.

Una vez más la voz de Mike dentro de mi cabeza me llevó la contraria.

¿Y el Jefe Krün?

Era cierto, Max poseía también una carpeta sobre el hombre más rico del pueblo y lo había excluido de los sospechosos, aunque los hombres ricos pueden comprar coartadas a prueba de bombas. Una coartada en la que todo el mundo habría creído, incluso ese paranoico obsesivo que era Max, pero no Günther. Günther llegó a las mismas conclusiones que yo, aunque no tuvo valor para denunciar a su hermano.

Esas eran las revelaciones candentes a las que se había referido, borracho, a Brigitte.

Todo encajaba.

El hombre que estaba a punto de convertir Siebenhoch en uno de los principales centros turísticos de la región era en realidad un asesino despiadado. El dinero que todos los habitantes del pueblo manejaban a diario chorreaba la sangre de tres inocentes. Evi, Kurt y Markus. Quedaba una pregunta.

¿Qué hacer?

Ir a hablar de nuevo con Brigitte, me dije. Tal vez podría venirle a la memoria algún detalle. Tal vez Günther había mencionado algo que ella había pasado por alto. Sí, me dije, Brigitte podía ser la clave de todo.

Llegué a casa y no me di cuenta de que las luces estaban apagadas. Aparqué y escondí el bloc de notas en el bolsillo interior del chaquetón. Luego saqué la llave.

—¿Dónde has estado?

La voz de Werner.

Me sobresalté.

—Me has asustado.

—¿Dónde estabas?

Nunca lo había visto en ese estado. Tenía ojeras, la piel tan tensa que resultaba casi lúcida, y los ojos rojos, como si hubiera llorado. Apretaba y relajaba los puños, como si fuera a golpearme de un momento a otro.

—En Bolzano.

—¿Has mirado el teléfono?

Lo saqué. Estaba muerto.

—Vaya.

Werner me aferró por las solapas del chaquetón. A pesar de su edad, me agarraba con manos que eran de acero.

—Werner...

—Me ha llamado Manfred. Me ha dicho que quieres escribir un libro. Le has hecho un montón de preguntas. Me has mentido —gruñó—. Le has mentido a tu esposa.

En vez de estómago tenía un torbellino.

Las luces apagadas. No se oía ninguna voz. Eso solo podía significar que Annelise había cumplido su amenaza. Se había marchado.

Sentí que me hundía.

—¿Lo sabe Annelise?

—Si lo sabe, no se lo he dicho yo.

—Entonces, ¿por qué no hay nadie en casa?

Werner me soltó. Dio un paso atrás mirándome horrorizado.

—Están en el hospital.

—¿Qué ha ocurrido? —balbucí.

—Clara —dijo Werner.

Entonces se echó a llorar.

# El color de la locura

1.

No me dejaban que la viera. Debía tener paciencia. Sentarme, leer una revista. Esperar la llegada de quién sabe quién. Nueve letras: «Imposible».

Comencé a gritar.

Me dijeron que me tranquilizara.

Bramé con más fuerza aún y me lie a puñetazos con un enfermero. Para defenderse me empujó contra la pared. Me golpeé la cabeza contra un extintor.

Alguien llamó a seguridad. Seis letras: «Inútil».

Ni siquiera la visión de los uniformes sirvió para que recuperara el control. Maldije a los dos seguratas que me agarraron igual que si fuera un criminal. No lo era, pero pertenecía a la más peligrosa de las especies vivas: era un padre enloquecido por el terror.

No tuvieron elección.

Me tiraron al suelo y me esposaron. Oí el ruido del metal al cerrarse y me puse hecho una furia. Me gané un par de certeros puñetazos en los riñones. Por último, me redujeron en una incómoda silla de plástico.

—Señor Salinger...

—Quítenme las esposas.

—Solo cuando se haya calmado.

A nuestro alrededor se había congregado una pequeña multitud. Una pareja de enfermeros, un encargado de la limpieza que no hacía otra cosa que sorber por la nariz. Algunos pacientes.

—Mi hija —musité intentando contener la ira—. Quiero ver a mi hija.

—No es posible, señor —dijo un enfermero hablando más para los guardias de seguridad que para un servidor—. La niña está en cuidados intensivos junto a su madre. El médico ha dicho que...

Levanté la cabeza de golpe, babeando.

—Me importa tres cojones lo que el médico haya dicho, ¡yo quiero ver a mi hija!

Comencé a llorar.

Llorar me sentó bien.

Tal vez contribuyó a que se apiadaran de mí. Desde luego, me calmó.

Al final, el guardia que me había esposado me habló:

—Si le pide disculpas al enfermero, creo que mi colega y yo podremos olvidar lo que ha pasado y soltarlo. Pero solo si me asegura que no se dejará llevar por la cólera. ¿Entendido?

Noté que me quitaban las esposas. Me dieron agua.



Estaba tibia, pero me la bebí toda.

—¿Cuándo podré...?

Fue el enfermero al que a punto estuve de estrangular quien me respondió.

—Pronto, tenga un poco de paciencia.

—Paciencia. Nueve letras —murmuré—. Son muchas, nueve letras.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada, lo siento.

Esperé. Y esperé.

En el aire flotaba un fuerte olor a desinfectante. Clara odiaba ese olor. Le recordaba cuando, un par de años antes, estuvo ingresada por una intoxicación alimentaria y yo, como de costumbre, no estaba allí con ella porque andaba dedicado a tiempo completo al montaje de *Road Crew*. Cuando Annelise consiguió por fin ponerse en contacto conmigo, a Clara ya la habían sometido a un lavado de estómago. Me fui corriendo al hospital. Clara era una criatura de poco más de un metro, acostada en una cama que parecía demasiado grande para ella, pálida como el camión aséptico que le habían puesto. Me observaba con una mirada que en mi vida iba a olvidar.

«¿Por qué no me has protegido?», decían sus ojos.

Porque estaba ocupado. Estaba lejos.

Era un capullo.

Y allí estaba yo, con la cabeza entre las manos, cada vez más aterrado, esperando a que alguien me explicara qué había ocurrido. Con ese olor en las fosas nasales que segundo a segundo se iba haciendo cada vez más fuerte.

Dos horas después, Annelise, agotada, salió a mi encuentro. Me levanté y corrí a abrazarla, pero ella se apartó y cuando intenté besarla dio un paso atrás.

—¿Cómo está?

—¿Dónde estabas?

—¿Cómo está? —repetí.

—¿Dónde estabas?

Era un juego destinado a prolongarse hasta el infinito. Ella me acusaba y yo intentaba comprender lo que me estaba ocultando. Sentí que la ira me subía de nuevo incontrolable.

—¡Dime cómo diablos está mi hija! —grité.

Con el rabillo del ojo vi que el enfermero se asomaba desde su puesto.

—¿Va todo bien, señora?

—Sí, está bien. Gracias —respondió mecánicamente Annelise.

—Respóndeme, maldita sea —susurré chirriando los dientes.

Estaba fuera de mí.

Como si la culpa de lo que estaba ocurriendo fuera de ella.

—Se ha llevado el trineo y ha tenido un accidente.

—¿Qué tipo de accidente?

—Se ha ido a Welshboden —respondió Annelise, con la mirada perdida en el vacío—. No me he dado cuenta. Pensaba que estaba jugando en el jardín. En cambio, ha cogido el trineo y se ha ido hasta Welshboden. Ha ido arrastrándolo detrás de ella, ¿entiendes? Una niña de cinco años.

Podía imaginarme la escena. Clara que ascendía a lo largo de la carretera hasta la propiedad del abuelo. Una niña decidida de cinco años que jadea por el arcén de la carretera bajo las miradas curiosas de los automovilistas que pasan, terca, mientras arrastra un trineo de madera que pesa casi tanto como ella.

¿Por qué lo había hecho?

Porque le prometí que aquella tarde jugaríamos juntos. Y se había enfadado. Porque había roto mi promesa. La enésima promesa. Tenía que ir a Bolzano, para hurgar en el pasado de Manfred.

Luego...

—Werner la ha perdido de vista por un momento, estaba en el desván. Y Clara... —Annelise cerró los ojos—. El lado este, Salinger. A toda velocidad.

Al que le había prohibido que fuera. El que acababa todo recto en el bosque.

—¿Cómo está?

—Trauma craneal. El médico ha dicho que es un milagro que siga con vida. He visto el trineo, Salinger. Destrozado...

Intenté cogerle la mano. Se apartó, con un gesto brusco.

—¿Van a tener que operarla?

—Tiene toda la cabeza vendada, ¿sabes? Es tan pequeña. Tan indefensa —la voz de Annelise era un llanto sin lágrimas—. ¿Te acuerdas de cuando nació? ¿Te acuerdas de lo frágil que nos parecía?

—Tenías miedo de romperla.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste para tranquilizarme? ¿Te acuerdas, Salinger? Me acordaba.

—Que os protegería. A ambas.

—He intentado llamarte. El teléfono estaba apagado y yo... —negó con la cabeza—. No sabía nada. Había médicos y una ambulancia. Mi padre estaba llorando y me decía que Clara era fuerte y se pondría bien. Y había —tartamudeó—, había nieve, Salinger, la nieve era roja. Muy roja. Demasiado roja.

Por segunda vez intenté abrazarla. Por segunda vez mi esposa se retiró.

—¿Dónde estabas?

—En Bolzano. El teléfono se quedó sin batería. Me llamó Mike. Estuvimos hablando demasiado tiempo. Siempre se me olvida recargar la batería y... y...

No pude continuar.

Roja. La nieve roja.

Nieve.

La Bestia, pensé. La Bestia ha mantenido su promesa.

Igual que en mi sueño.

—¿Por qué te has ido a Bolzano?

—Quería haceros un regalo.

—Eres un *embustero*.

—Por favor.

—No estás nunca. Nunca.

—Por favor.

Esas palabras dolían como puñaladas.

—No estás nunca —repitió.

Luego se sumió en un silencio que era más doloroso que mil palabras. Nos sentamos.

Esperamos.

Al final, cuando ya había perdido la noción del tiempo, un médico salió a nuestro encuentro.

—¿Los señores Salinger? ¿Los padres de Clara?

2.

La calavera de mi hija.

Miraba la radiografía del cráneo de Clara colgada de una pantalla luminosa y me decía a mí mismo: «Dentro de doscientos millones de años este será su fósil». No hacía otra cosa que mirarla y eso me impedía escuchar lo que el médico estaba tratando de explicar. El doctor había rodeado con un rotulador un área más oscura. Allí Clara se había estrellado contra un maldito abeto rojo. El traumatismo. Me parecía una mancha tan insignificante. Las dimensiones de una mariquita. Toda aquella preocupación por una manchita minúscula.

No podía entenderlo.

—¿Doctor? —repiqueteé con el dedo en el cristal—. No puede ser tan grave, ¿verdad? Es solo una manchita. Una mariquita. Nueve letras.

El médico se levantó, se acercó a la pantalla de luz y, utilizando un lápiz, recorrió la señal del rotulador.

—Si este hematoma se acaba reabsorbiendo por sí solo, como ya le he dicho, la niña podrá volver a casa sin necesidad de ninguna intervención. De lo contrario, tendrá que someterse a una operación.

Pasé del aturdimiento a la consternación.

—¿Me está diciendo que tendrá que abrir la cabeza de mi hija?

El médico se retiró. Retrocedió hacia su escritorio, como para poner el mayor espacio posible entre mis manos y su cuello.

Tenía la certeza de que estaba al tanto de lo ocurrido en el pasillo con los dos guardias y el enfermero.

—Señor Salinger —se aclaró la garganta intentando mantener un tono distante y

profesional—. Si el hematoma no se reabsorbe por sí mismo, sería necesaria una intervención quirúrgica. No quiero que se alarmen, pero el riesgo es que su hija pierda la visión debido al traumatismo. Quizás en parte, quizá totalmente.

Silencio.

Recuerdo el silencio.

Luego el llanto de Annelise.

—¿Podemos verla? —me oí decir.

Caminé siguiendo al médico, un vacío aterrador en la cabeza.

3.

Estaba en una habitación, sola. Tenía tubitos por todas partes. Complicadas máquinas zumbaban. Algún *bip* de vez en cuando. El doctor echó un vistazo al informe médico.

Observé las baldosas bajo mis pies, estudié las grietas del revoque en las paredes, me quedé mirando el metal brillante de la cama en la que Clara estaba durmiendo. Luego, al final, reuní el valor para mirar a mi hija. Era tan pequeña. Quería decir algo. Una oración. Una canción de cuna. No dije nada. No hice nada.

Nos acompañaron fuera.

Recuerdo las luces de neón. Las sillas de plástico. Annelise tratando de contener las lágrimas. Recuerdo que me encontré delante de un espejo, en un cuarto de baño que apestaba a cloro. Recuerdo la ira que leí en mis ojos. Sentía cómo se me retorcían las tripas. Me obligaba a mirar el mundo desde detrás de una pátina roja, animal, que no identificaba como mía. Esa era la ira peor, la que yo estaba experimentando. Ese tipo de sensación oscura que le empuja a uno a cometer lo impensable.

Era furia enjaulada en una prisión de impotencia. No podía hacer nada por Clara. No era cirujano. Ni siquiera tenía una auténtica fe, por lo que mis oraciones sonaban vacías. Como también mis maldiciones. ¿A quién tendría que maldecir si mi concepto de Dios era tan nebuloso que resultaba evanescente? Podía maldecirme a mí mismo, y lo hice mil veces. Y podía tratar de consolar a Annelise. Pero las palabras que salían de mi boca sonaban como si carecieran de consistencia. Del mismo sabor del café que nos tomamos, a las tres de la madrugada, sentados a una mesa de la cafetería, en el primer piso del hospital de Bolzano.

Necesitaba desfogarme, o en caso contrario acabaría estallando. Pensé de nuevo en el sueño. Clara con los ojos despojados. Clara corriendo el peligro de quedarse ciega.

Cuatro letras: «rojo». Ocho letras: «amarillo». Cuatro letras: «azul». Cinco letras: «negro». Y seis letras: «morado». Cuatro letras de nuevo: «rosa». Y celeste y verde y todos los matices del mundo, perdidos. Desaparecidos. Nunca más habría colores para Clara.

Ningún color, excepto uno. Estaba seguro de ello.

Seis letras: «blanco».

El blanco iba a perseguir a mi hija hasta el final de sus días. La ciega era blanca. Transformaba el mundo en una gama de oscuridad y hielo.

Mientras veía a Werner buscándonos con la mirada y levantaba el brazo para llamar su atención, comprendí que toda la culpa era del blanco.

De la Bestia.

Resultaba un pensamiento demencial, era consciente de ello. Pero lejos de rehuir esa locura, me lancé de cabeza a ella. Mejor la locura que la pesadilla en la que me encontraba.

De manera que deposité mi fe en la locura.

Si descubría al asesino del Bletterbach, habría derrotado a la Bestia. Y de esta forma salvaría la vista de Clara.

## Un árbol es asesinado

1.

Salí del hospital al amanecer. Intenté convencer a Annelise para que viniera conmigo. Le dije que necesitaba descansar e ingerir una comida decente. Recuperarse, en la medida de lo posible. Tenía el aspecto de alguien que está a punto de sufrir una crisis nerviosa. Apretaba un pañuelo entre los dedos, lo estrujaba siguiendo el flujo de sus pensamientos. Había envejecido diez años en pocas horas. Respondió que no iba a salir de allí sin su hija. Le rocé la frente con un beso. Ni siquiera me miró. Me habría gustado decirle que la amaba.

No lo hice.

La dejé en compañía de Werner y regresé a Siebenhoch, solo. Cuando crucé la cancela, sentí una punzada en el pecho. La casa estaba a oscuras, espectral. Faltaba la voz de Clara iluminándola. Lloré un poco, de pie, con el viento desordenándome el pelo. Ni siquiera tenía fuerzas para cerrar el portón de entrada. Me quedé allí, inmóvil. Cuando el amanecer se había convertido ya en la mañana y había perdido la sensibilidad en las manos a causa del frío, encontré fuerzas para afrontar el silencio y entré.

Me llené el estómago con un par de huevos y me hice una abundante dosis de café que me provocó un espasmo, pero al menos me despertó del sopor. Me fumé dos cigarrillos, uno tras otro, observando cómo el viento agitaba las copas de los árboles. Encendí el ordenador casi sin darme cuenta y anoté todo lo que había descubierto sobre Manfred y sobre Grünwald. Los dos informes periciales. El *Jaekelopterus*. Todo. Al cabo de un rato, me di cuenta de que estaba golpeando el teclado como si quisiera destrozarlo. Empleé aún más energía. Al final tenía los ojos llorosos.

La masacre del Bletterbach me estaba envenenando el alma. Pero no podía dejar de pensar en ello. Llamé a Werner.

No, ninguna novedad. Sí, Annelise estaba bien.

—¿Estás seguro?

—¿Qué te parece, Jeremiah?

—Que tienes muchas ganas de partirme la cara.

—En este momento no, muchacho. Lo único que deseo es que los médicos me digan que Clara se curará.

—Se curará.

Estaba seguro de ello.

Clara se curaría porque yo iba a derrotar a la Bestia.

2.

El viento había empujado hasta el Alto Adigio un gran frente de nubes procedente de los Balcanes. Iba a nevar, graznaba la radio del coche. Más blanco todavía, pensé, y la apagué. Aparqué justo detrás del cementerio de Siebenhoch.

Me quedé en un bar, donde consumí un café y un cruasán. Al final, tratando de no llamar la atención, me dirigí a la vivienda de Brigitte. Caminaba con la cabeza agachada, igual que las pocas personas con las que me crucé por la calle.

El viento helado traía el olor de la nieve. Lo maldije y, al hacerlo, me sentí aún más decidido. Todo, con tal de salvar a Clara.

Me detuve de golpe.

Un Mercedes negro, último modelo, estaba aparcado en la entrada. Una especie de gigantesca cucaracha reluciente con cristales polarizados. Parecía inofensivo, un coche como tantos otros. Pero no lo era. Conocía ese coche. Lo había visto muchas veces desde mi llegada a Siebenhoch. Era el coche de Manfred Kagol.

Me refugié detrás de un porche.

Esperé, mientras los primeros copos de nieve comenzaban a caer del cielo gris perla.

Apareció.

Llevaba un abrigo de piel de camello, con el cuello subido y un sombrero de ala ancha que le cubría la mitad de la cara. Pero era él, lo reconocí al instante. Me di cuenta de que, al salir, había cerrado con doble vuelta de llave. Tenía llave de la casa y se movía como si fuera el dueño de la misma. ¿Me sorprendía? En absoluto.

Apreté contra el pecho la bolsa de plástico que llevaba conmigo. Si había albergado dudas acerca de lo que estaba a punto de hacer, ver a Manfred salir de aquella vivienda las desvaneció completamente.

El Mercedes maniobró. Una nube blanca salió del tubo de escape; luego, emprendió la marcha silencioso.

Conté hasta sesenta. Un minuto era más que suficiente. A grandes zancadas alcancé la casa de Brigitte y pulsé el timbre. Una, dos, tres veces.

No fue necesaria una cuarta.

3.

Mi sonrisa era tan falsa como una moneda de tres euros, mientras que la expresión de sorpresa de Brigitte no podía ser un engaño.

—Hola, Brigitte.

Llevaba una bata de cuadros rosa y blanca. Se recogió los bordes sobre el pecho,

tal vez para protegerse del frío.

Se apartó un mechón de pelo detrás de las orejas.

La voz le salió ronca.

—Salinger —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a charlar un rato.

No esperé a que me invitara. Entré y punto. Tras un instante de vacilación cerró la puerta.

El interior era la porquería de costumbre, pero Brigitte debía de haberse esforzado por poner un poco de orden. Las botellas de los estantes habían desaparecido y algunos muebles mostraban signos de un apaño. La mesita de delante del sofá estaba despejada, no había latas aplastadas, no había botellas de Forst. Los periódicos viejos, en vez de estar desperdigados por todas partes, estaban apilados en una esquina. Me fijé en las mantas con las que la había salvado de la congelación, dobladas ahora cuidadosamente, con el álbum de tapas de piel colocado encima de ellas igual que un trofeo.

Levanté la bolsa de plástico y se la tendí.

—He traído el desayuno.

—¿Tú desayunas con Four Roses?

—Yo no —fue mi respuesta.

En la cocina encontré un vaso. Lo pasé por debajo del chorro del grifo y lo sequé a la buena de Dios. Volví al salón.

Brigitte se había sentado en el sofá, con una manta sobre los hombros. Las piernas desnudas. Y, no pude pasarlo por alto, depiladas. Había arreglado la casa y se había depilado las piernas.

Manfred.

Eché el *bourbon* en el vaso y se lo tendí.

—Salud.

Brigitte giró la cabeza hacia el otro lado. Me acerqué. Le puse el vaso entre los dedos. Luego se los apreté con fuerza. Aulló.

—¿Qué quieres, Salinger?

—Hablar.

Brigitte dejó escapar una risita.

—¿De qué?

—De la muerte de Evi —una pausa—. Y de Günther.

—No menciones su nombre, Salinger. No estoy lo bastante borracha como para soportarlo.

—Has tenido visita, ¿verdad?

Brigitte no respondió. Cerró las manos alrededor del vaso.

—No es asunto tuyo.

—Tienes razón. Pero tengo esto.

Saqué el informe pericial. No se lo ofrecí. Lo sostuve entre el dedo índice y el



medio, como si fuera un naipe.

—¿Qué es?

—La prueba que Günther nunca te dejó ver.

—¿Dónde la encontraste?

—La pregunta es incorrecta.

—¿Cuál es la pregunta correcta, Salinger?

—¿Tienes sed?

—No.

—Yo tenía un amigo —le dije—, un tal Billy; trabajaba de *roadie* para Kiss. Tenía su receta personal para el desayuno. Tres partes de leche, una parte de Four Roses, un huevo crudo y chocolate en polvo. Añades dos cucharaditas de azúcar y lo mezclas bien. Luego el sol volverá a brillar. ¿No quieres un poco de sol, Brigitte?

—Hijo de puta. Dime qué son esos papeles.

Se lo leía en los ojos. Brigitte se estaba muriendo de ganas de beber. Era una alcohólica. Una alcohólica crónica. Los alcohólicos no saben resistirse a una gota. Y yo no quería que lo hiciera. Yo era un cabrón. No sentí ningún remordimiento.

—El móvil del asesinato de Evi.

Brigitte comenzó a temblar.

—¿Lo has encontrado?

—Lo encontró Günther —fue mi respuesta—. Yo nunca habría llegado hasta ahí sin él.

La barbilla de Brigitte tembló. Comenzó a llorar. Solo entonces me di cuenta de que iba maquillada. El lápiz de ojos empezó a hacerle churretes como grandes riachuelos oscuros. Me pareció patética. Peor. La odié. No era más que una furcia borracha que me había mentido.

Odiándola encontré fuerzas para ensañarme.

—Hablemos de Evi, ¿te parece?

—Márchate.

—No soy policía, Brigitte. No tengo la vocación de los interrogatorios. Lámpara apuntando a la cara y toda esa parafernalia de las películas. No soy así. Pero aprendí a escuchar a las personas. Las entrevistaba, charlaba con ellas largo rato. Y siempre conseguía que dijeran lo que nunca habían pensado que podrían confiarle a un desconocido. Era parte de mi trabajo.

Brigitte enseñó los dientes.

—¿Meter las narices en asuntos que no te conciernen?

—Escuchar a la gente. Observarla. Entender cuándo dice la verdad. Y tú me mentiste. Bebe. Será más fácil descargar la conciencia. Sé que te mueres de ganas de hacerlo.

Brigitte me arrojó el vaso. Lo esquivé por un pelo, pero no pude impedir que me saltara encima. Olía a alcohol y sudor. Pero era débil. Su organismo estaba deteriorado tras todos esos años de abuso. Me costó poco darle la vuelta a la

situación. La sujeté y la obligué a sentarse en el sofá. Luego le solté las muñecas. Brigitte se acurrucó, con las piernas por debajo de la manta, en posición fetal. Una mirada cargada de odio.

—Dame la botella, pedazo de mierda. Me da igual que te aproveches.

Que Dios me perdone, pero mientras le pasaba el Four Roses me reía.

4.

Dos tragos bastaron para calmarla. Después de cuatro, la anestesia debida al alcohol le había vuelto pesados los párpados, le hacía caer la mandíbula. Le arrebaté la botella de las manos.

—Dámela.

—Odiabas a Evi, ¿verdad?

—Dame la botella.

Se la devolví, pero tuve la precaución de que no bebiera demasiado. No quería que acabara exánime por los suelos. Le permití un único trago, luego se la quité otra vez.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Ese álbum no es el álbum de las victorias de Evi. Es el álbum de la vida malograda de Brigitte.

—Eres un auténtico caballero, Salinger —dijo sarcástica.

—Y tú una que se lo monta con el hermano del novio muerto.

Brigitte me observó.

—No entiendes una mierda, Salinger.

—Pues entonces házmelo entender tú.

—Pásame la botella.

Se la di. Luego me encendí un Marlboro.

—No siempre la odié —Brigitte miraba fijamente el líquido claro de la botella—. Era mi mejor amiga. Estábamos bien juntas. Nos complementábamos. Ella era el día, yo era la noche. Teníamos nuestro gran plan.

Un poco de Four Roses le goteó por la barbilla. Se lo secó con un gesto desganado.

—Durante su último año de colegio no hicimos otra cosa que hablar de ello. Nos gustaba tener un secreto solo nuestro. Era algo aventurero y... exclusivo. Nos hacía cómplices. Habíamos ahorrado. Todo estaba listo. Queríamos partir. Marcharnos de aquí. Y queríamos hacerlo juntas.

—¿Y Markus?

—Se reuniría con nosotras el día de su decimoctavo cumpleaños.

—¿Cuál era el destino?

—Milán. Era la capital de la moda; los periódicos lo repetían constantemente. Yo

sería modelo y Evi estudiaría para ser geóloga.

—¿Evi iba a dejar sola a su madre?

—Era una puta alcoholizada, Salinger. No había otra opción. Y además, Evi había dicho que después de la licenciatura, con el dinero de su trabajo, le pagaría un centro de desintoxicación. Siempre tenía solución para todo, mi querida Evi —añadió con cierta amargura.

—¿Era una justificación o realmente lo creía?

—Realmente lo creía. Evi soñaba con los ojos abiertos, pero no era una mentirosa. Y esto la hacía peor aún, ¿sabes? Pero me di cuenta de ello solo más tarde. En esa época, estábamos excitadas, éramos felices. Entonces conoció a Kurt y se enamoró.

—Y a ti te relegaron.

—Tienes buena memoria, Salinger —sonrió Brigitte antes de servirse otra dosis de *bourbon*.

—Es mi trabajo.

—Cuando se marchó la odié. La odié con todas mis fuerzas. Me sentí abandonada, ¿entiendes? Me dijo que me escribiría y que nos llamaríamos por teléfono todos los días. Y durante un tiempo, el primer año por lo menos, así fue. Luego..., era algo que no podía durar. Tenía a Kurt y su nueva vida en Innsbruck, ¿y yo?

—¿Y tú?

—Perdí el control. Me convertí en Brigitte, la putita. Me resbalaba todo lo que decían de mí. Bebía lo que quería y me follaba a todo el que tuviera una polla entre las piernas. Estaba cabreada, furiosa con el mundo entero. Perdí el trabajo en Aldino, pero encontré otro mucho más rentable. Un *night-club* en Bolzano. Movía el culo en un escenario, me frotaba las tetas en la cara de esos depravados y hacía que se emborracharan. Me llevaba el diez por ciento de las consumiciones y las propinas acababan en una caja común que el fin de semana nos repartíamos entre las chicas —una pausa—. Más los extras, pero esos eran personales.

—¿Extras?

—Comencé a prostituirme. En el 84 había empezado a consumir cocaína. La medicina mágica que borraba todos los malos recuerdos y me hacía derrochar energía. No sentía nada, no notaba nada. Solo euforia.

—La cocaína cuesta.

—Cuesta mucho.

Cerró los ojos. Hizo una mueca mientras la llamarada incandescente del *bourbon* le descendía por la garganta hasta el estómago.

—Cuando Evi murió me sentí *feliz*. Mi mejor amiga había sido destrozada ¿y cómo reaccioné yo? Cogí el coche y me bajé a Bolzano. Me metí tanta coca que fue un milagro que no terminara en el cementerio. Lo hice gratis con todos los que tenían ganas. En un momento dado me encontré desnuda, en el suelo, en medio de al menos

cinco tíos que bebían y me jodían. Entonces alguien me dio otra raya y no recuerdo nada más.

—¿Y Günther?

—Günther fue un ángel. Fue él quien me sacó de la coca.

—Pero no del alcohol.

Brigitte negó con la cabeza.

—Te equivocas. Los primeros meses fueron un infierno. Yo quería mis polvitos mágicos. Quería emborracharme. Günther pidió una excedencia. Permanecía día y noche aquí, en casa, de guardia. Cuando salía me encerraba con llave. De haber podido lo habría matado, pero dentro de mí había una vocecita que entendía lo que Günther estaba haciendo. Y también entendía que esa era mi oportunidad de cambiar de vida. De ser alguien...

—¿Mejor?

—Normal, Salinger. Y durante un tiempo fue así.

Brigitte se mordisqueó los labios hasta hacerse sangre. Cuando se dio cuenta, se los secó con la mano y se quedó mirando las manchitas rojas en los dedos durante unos minutos.

—Günther comenzó a investigar la muerte de Evi.

—¿Te lo dijo?

—No, lo comprendí por mí misma. Y empecé a mirarlo con otros ojos. Ya no era el hombre que me había recogido de la calle y me había dado una nueva vida. Mi salvador con una brillante armadura. Günther se había pasado al enemigo. Se había convertido en...

—¿Una fotografía en el álbum de las derrotas de Brigitte?

—Evi —dijo despectivamente—, Evi, y otra vez Evi. Pero ella estaba muerta. Muerta y enterrada. Esa gilipollas estaba a tres metros bajo tierra. Y con ella ese cabrón de Kurt, que me había separado de ella. Y, sin embargo, incluso después de muerta, seguía atormentándome. ¿Te lo puedes creer? Era una especie de maldición. Günther no hacía más que repetir lo injusto que era lo que había ocurrido. Horas y horas discutiendo sobre quién podía haber sido, y cómo, y cuándo y... ¡joder! —gritó—. ¡Joder! Ya no podía más de todo ese hablar y hablar. Solo había una manera de mantener a Günther junto a mí.

—Hacer que se emborrachara.

Brigitte asintió.

La expresión cambió de rabiosa a desesperada.

Se llevó las manos a la cara.

—Dios nunca me perdonará por eso, ¿verdad, Salinger?

—Tú no lo has hecho.

Escuché a Brigitte llorar quedamente, con el maquillaje deslizándosele por la barbilla. Me encendí un cigarrillo, mientras notaba un dolor sordo en la base de la nuca.

De pronto me di cuenta de lo que estaba haciendo. Me di cuenta de que había obligado a una mujer destruida a confesar su dolor, apoyándome para ello en sus demonios. Me volví lúcido, al menos por unos instantes. Clara estaba en el hospital y yo, en vez de estar con ella y con mi esposa, estaba torturando a una víctima de esa horrible historia. Torturando, exactamente eso.

Asqueado conmigo mismo, apagué el cigarrillo y me acerqué al sofá.

Le acaricié la frente a Brigitte. Le quité el Four Roses de entre los dedos.

Ni siquiera se percató. Seguía llorando y gimiendo como un animal herido. Lancé la botella contra la pared. Se rompió en mil pedazos inundando la habitación de esquirlas.

Brigitte me miró.

—Perdona —dije.

—Me lo merezco.

Sentí el impulso de abrazarla. Debió de darse cuenta porque negó con la cabeza.

—No sirve de nada consolarme, Salinger.

—Es que...

Brigitte asintió.

—Te lo veo en los ojos. Estás furioso. ¿Por qué?

—Mi hija. Mi esposa —gesticulé, reparando en que era incapaz de explicar la confusión que tenía en la cabeza—. Esta historia —dije—. Yo...

No logré articular nada más.

—No soy una puta, Salinger. No como tú lo entiendes.

La miré fijamente, sin comprender.

Brigitte señaló la puerta de entrada.

—Manfred. No somos amantes.

—Lo he visto venir aquí. Pensé...

—Pensaste mal.

—No sabía de dónde podías sacar el dinero para...

—¿... para beber? —soltó Brigitte, desconsolada.

—Para pagar las facturas —corregí—. Pensé mal.

Brigitte no respondió de inmediato. Dejó vagar la mirada unos segundos. Se recostó en el sofá y se alisó el pelo.

—La masacre del Bletterbach, Salinger —dijo—. En última instancia, ¿de qué habla la historia de la masacre del Bletterbach?

—De un asesinato —contesté.

—Venga, puedes hacerlo mejor, Salinger.

—¿Evi, Markus y Kurt?

—Error. De sentimientos de culpa. Los míos. Y los de Manfred. ¿Sabías que, cuando estaba vivo, Günther y su hermano no tenían relación alguna?

—Manfred estaba demasiado ocupado con su trabajo. Los negocios crecían y no tenía tiempo para nada más.

—No se entendían tampoco antes. ¿Te ha hablado de las cuatro vacas? Siempre lo hace. Dice que a partir de ahí nació su imperio.

—¿No es así?

—Es así. Lo que pasa es que Günther no estaba de acuerdo. Al contrario. Pensaba que era una falta de respeto hacia su familia. Pero Manfred era testarudo y una buena mañana, sin decirle nada a nadie, cargó esas cuatro vacas y se las llevó. Günther nunca quiso ni un céntimo de él. Dijo que era un arribista que había olvidado sus raíces.

Hizo un gesto como para barrer el mundo.

—Luego, cuando Günther ya estaba muerto, años después de su funeral, Manfred se presenta aquí con un ramo de flores. Vestido de punta en blanco. Dice que quiere hablar conmigo. Él dice «hablar» y yo pienso «follar». Y me digo: ¿por qué no? Vamos a ver si la tiene tan grande como su hermano. Pero Manfred no estaba interesado. Quería una reparación. Había oído por ahí que Günther me quería. Y un rico únicamente conoce una manera de sacudirse de encima los sentimientos de culpa.

—El dinero.

—Cada semana venía aquí con un sobre. Hablábamos un poco, cuando se marchaba dejaba el sobre bien a la vista. Si estaba de viaje de negocios me llegaba un cheque por correo. Nunca el dinero suficiente como para que me marchara de aquí. De lo contrario habría perdido su manera de lavarse la conciencia. Me estaba utilizando, ¿entiendes? Habría sido mejor si me hubiera follado.

—¿Nunca lo hizo?

—A veces yo lo provocaba. Permitía que me encontrara desnuda o comenzaba a coquetear. Manfred dejaba el dinero y se marchaba. Nunca me ha tocado, ni una sola vez. Aún hoy, después de tantos años, viene aquí, trae su dinero y se marcha. En cierto modo, soy y sigo siendo su puta, Salinger.

Pensé en lo desagradable que era semejante comportamiento. Manfred había utilizado a Brigitte para lavar su conciencia. Con ese dinero, creía honrar a su hermano fallecido. Tranquilizar su conciencia utilizando a Brigitte y a sus demonios.

Le enseñé las hojas del informe pericial de Evi.

Brigitte las miró con avidez.

—Se trata de un informe pericial sobre los riesgos hidrogeológicos. Mira la firma, ¿la reconoces?

—Evi.

—Aún no se había licenciado, pero en esa época estas cosas no se miraban con lupa. Bastaba con tener el diploma de topógrafo. Además, tenía una buena credibilidad académica. Por lo menos por esta zona era suficiente, ¿no es así?

—¿Qué estás intentando decirme?

—Esta fue la condena a muerte de Günther.

Brigitte leyó. Cuando levantó los ojos hacia mí, vi un pozo de desesperación

negro y profundo.

—Lo guardó para sí... todo ese tiempo.

—Debió de ser difícil para él.

—Su hermano —murmuró Brigitte—. Su hermano. Y yo...

No prosiguió.

Brigitte se apoyó en el respaldo del sofá, postrada.

—Márchate, Salinger —dijo.

5.

Salí asustado de mí mismo.

A punto estuve de no verlo.

El Mercedes negro de Manfred.

6.

La llamada telefónica de Werner me llegó mientras buscaba una plaza libre en el aparcamiento subterráneo del hospital de Bolzano. Llegué en un instante. Annelise salió corriendo a mi encuentro. La blancura no iba a llevarse la visión de mi hija. Mi pesadilla no había sido premonitoria. La intervención no era necesaria, el hematoma se estaba reabsorbiendo por sí solo.

El pasillo daba vueltas a mi alrededor.

Annelise me indicó la habitación.

—Está esperándote.

Me lancé hacia allí.

Esta vez no me entretuve mirando las losetas verdes en las que las suelas de goma de mis zapatos chirriaban o las grietas en el revoque de las paredes. No tenía miedo de afrontar la realidad.

Clara estaba pálida, los ojos azules ribeteados con un color morado. Todavía tenía todos esos malditos tubos que le salían de los brazos, pero por lo menos sabía que estaba fuera de peligro.

—Papá —me llamó. Escuchar de nuevo su voz fue maravilloso.

La abracé. Tuve que esforzarme para no aplastarla. Clara se aferró a mí con todas sus fuerzas. Podía sentir cómo se le marcaban los huesos. Podía rodearle la pelvis con las manos. Contuve las lágrimas.

—¿Cómo estás, cinco letras?

—Me duele la cabeza.

La acaricié. Necesitaba tocarla. Quería asegurarme de que no era un sueño.

—El médico —dijo la voz de Werner detrás de mí— dice que tiene una cabeza

dura.

—Como yo —respondí, sin dejar de acariciar el rostro cerúleo de Clara—. ¿Tienes la cabeza dura, pequeña?

—He hecho algo malo, papá.

—¿Cómo?

—He roto el trineo —dijo.

Luego se echó a llorar.

—Construiremos uno nuevo. Tú y yo.

—¿Juntos, papá?

—Claro. Y lo vamos a hacer más bonito que el otro.

—Ese ya era bonito.

—No importa. ¿Y de qué color te gustaría el trineo nuevo?

Clara se separó de mí, sonriente de nuevo.

—Rojo.

—¿No te has cansado del rojo? ¿Qué me dices del rosa?

—Rosa me gusta.

Por un momento pareció que quería añadir algo más, pero debió de pensárselo mejor porque negó con la cabeza y se recostó sobre la almohada, con un gemido de dolor que no se me escapó.

—¿Cuándo le darán el alta?

—Dentro de unos días —respondió Werner—. Quieren tenerla un poco más bajo observación.

—Me parece sensato.

Clara entrecerró los ojos. Agitó la mano. Se la cogí entre las mías. Estaba fría. Soplé encima de ella. Clara sonrió. Su respiración se hizo lenta.

Finalmente se durmió.

Me quedé mirándola. Y dejé que las lágrimas fluyeran libremente.

—¿Cómo está Annelise?

—No quiere ir a casa. Está muy cansada. Pero lucha como una tigresa.

Mi Annelise.

—¿Y tú?

Werner no respondió de inmediato.

—Necesito tu ayuda, Jeremiah.

Me di la vuelta, perplejo.

Werner era el fantasma de sí mismo.

—Lo que quieras.

7.

No lo entendí hasta el último momento. Ni siquiera cuando Werner cogió un hacha



afiladísima, comprobó el filo con el pulgar y la levantó. Se internó en la nieve y lo seguí.

Cuando llegamos al final del lado este de Welshboden sentí que las fuerzas me abandonaban.

A pesar de que había nevado, debajo de la capa de nieve fresca se podía vislumbrar aún la sangre de Clara. Todo aquel rojo, había dicho Annelise.

Me esforcé para no vomitar.

Werner se arrodilló, con el hacha apoyada a su lado. Unió las manos e inclinó la cabeza. Estaba rezando. Luego aferró un puñado de nieve, nieve sucia de la sangre de mi hija, y la arrojó contra el tronco de un abeto. No, no de *un* abeto.

Del abeto que había intentado matar a mi hija.

Me acerqué. A unos cuarenta centímetros de altura se veía el lugar del impacto. La corteza pelada, una mancha oscura que solo podía ser sangre. Y un mechón de pelo. Lo arranqué y con delicadeza me lo enrollé alrededor del dedo, junto a la alianza. Intercambié un gesto con Werner. Entendía el motivo por el que me había llevado hasta allí. Werner me pasó el hacha.

—El primer golpe te corresponde a ti por derecho.

Sopesé la herramienta. Estaba bien equilibrada.

—¿Dónde?

—Golpea aquí —señaló Werner, con mano experta—. Así determinamos la dirección de la caída.

Cuando golpeé el tronco, la reverberación me subió de las muñecas hacia el cuello. Gemí. Pero no cedí. Esperé a que el dolor se me pasara, luego golpeé de nuevo.

Werner me detuvo.

—Ahora, por el otro lado. Derribemos a este hijo de puta.

Rodeamos el abeto.

Y golpeé.

Las astillas saltaban alrededor, amenazando con metérseme en los ojos. No importaba. Golpeé una vez más. Y otra vez. Werner me detuvo. Señaló la herida por donde goteaba la resina.

Encontré repugnante ese olor.

—Mi turno.

Werner me arrebató el hacha de las manos. Las piernas bien plantadas en el suelo. Los movimientos fluidos de quien había llevado a cabo esa operación miles de veces. Levantó el hacha. La hoja brilló, siniestra. A continuación, gritó con todo el aire que tenía en la garganta.

Y golpeó.

Y golpeó.

Y golpeó.

8.

El árbol cayó al suelo entre un torbellino de nieve. Una astilla cortante como una navaja, tal vez el último intento del abeto por defenderse, silbó a pocos milímetros de mi oreja.

La nieve se posó. Una chova gualda emitió su lúgubre reclamo. Todo volvió a la calma.

Miré a Werner. Estaba sudoroso y con una luz cruel y desesperada en los ojos.

Hundí el hacha en el tronco. Saqué el paquete de cigarrillos.

—¿Quieres uno?

Werner negó con la cabeza.

—Me muero de ganas de fumar, pero en estas condiciones me arriesgo a que me dé un infarto. Tal vez debería dejarlo.

—Sí —aspiré la primera y larga calada.

En las fosas nasales notaba un sabor de resina.

—Hay que proteger a los seres queridos —dijo Werner—. Siempre.

Me quedé mirándolo.

—Así es.

—¿Lo estás haciendo?

Negué con la cabeza.

—Estoy...

Por un momento sentí el impulso de contárselo todo. Las sospechas sobre Manfred. La turbulenta historia del Centro de Visitantes. Los informes periciales. El de Evi. Pensé en soltarlo todo sobre Grünwald: sus extravagantes teorías, su conexión con Evi. Y Brigitte. Sí, quería decirle también cómo, enloquecido, me había aprovechado del alcoholismo de esa mujer para profundizar en el pasado de Siebenhoch. Abrirme a alguien. Porque la historia de la masacre del Bletterbach me estaba apartando de mis seres queridos. Tal y como me había dicho la guía, el Bletterbach me estaba haciendo bajar a las profundidades.

También habría querido hablarle de la Bestia. Explicarle lo que había sucedido en el aparcamiento del supermercado. Toda aquella maldita blancura. Y el silbo.

Casi lo hice.

Me lo impidió su cara enrojecida, el jadeo. Los brazos cansados apoyados en los costados, las arrugas alrededor de su mirada de halcón.

Werner me parecía un viejo. Débil.

No lo habría entendido.

Me callé.

## Alguien muere, alguien llora

1.

—Está mal —murmuré mientras me hundía en su miel.

Annelise me llevó la punta de sus dedos a los labios. Los lamí. Estaban salados. Mi excitación aumentó. Con ella también aumentó la sensación de malestar.

Había algo que no iba en la dirección correcta. Intenté decírselo. Annelise me cerró la boca con un beso. Tenía la lengua seca y áspera. No dejó de moverse.

Le rocé el pecho. Annelise arqueó la espalda.

Empujé más a fondo.

—Está mal —repetí.

Annelise se detuvo. Se quedó observándome con ojos colmados de acusación.

—Mira lo que has hecho.

Y al final me di cuenta.

La herida. Horrible. Un corte desde la garganta hasta el estómago.

Podía ver los latidos de su corazón, cubierto por una maraña de venas azuladas.

De la boca de Annelise brotó un grito que era el fragor de un árbol que caía.

2.

Los somníferos ya no me hacían efecto. Los tiré a la basura.

3.

A las cinco de la mañana, empapado en sudor, me deslicé bajo el chorro hirviente de la ducha. Tenía la esperanza de que el agua pudiera liberarme del frío que sentía en los huesos.

Ordené la casa, barrí el hielo del camino de entrada a pesar de los músculos doloridos de la espalda y a las siete y media estaba listo para encaminarme al hospital.

Tenía dos objetivos para ese día. Comprar el oso de peluche más grande que pudiera encontrar y convencer a Annelise de que regresara a Siebenhoch.

Hacía ya dos días que permanecía en la habitación del hospital junto a Clara. Necesitaba salir o se derrumbaría. Todas las señales de advertencia estaban ahí. Temblor en las manos, los ojos enrojecidos. Cuando hablaba, lo hacía con una voz estridente que me costaba identificar. Se expresaba con monosílabos, sin mirar

directamente al interlocutor. No dudaba de que también era culpa mía. Annelise y yo todavía teníamos mucho de que hablar.

¿Iba a decirle la verdad?, me pregunté.

Sí.

Pero solo cuando pudiera escribir la palabra «fin» para cerrar el documento de Word que estaba guardado en mi ordenador portátil y que a esas alturas contaba ya con bastantes páginas a un espacio. Únicamente entonces me la llevaría conmigo y le revelaría el resultado de mis investigaciones. Se cabrearía, seguro, pero lo comprendería.

Por eso la quería.

No pensé ni siquiera un instante que esa interpretación mía era completamente errónea. Porque Annelise no era tonta, y la que me iba contando a mí mismo, mientras aferraba mi chaqueta y salía para coger el coche, no era la verdad. Era una perspectiva parcial (e idiota) de la verdad.

Como si dijera: «Mierda».

Seis letras.

Le restáis una y tenéis «plaza».

Poned unos buenos treinta centímetros de nieve, convertidos ahora en hielo, el estrecho y alto campanario y un cruce: Siebenhoch. Añadid un gran alboroto. Palabras que vuelan de boca en boca, rostros contritos, algunos sorprendidos, otros que se limitan a negar con la cabeza. Y un coche que llega desde el norte.

El mío.

Ocho letras: «Salinger».

4.

Advertí las luces intermitentes de una patrulla de los *carabinieri*. Y las de una ambulancia. Se me secó la garganta.

La ambulancia permanecía con la sirena apagada delante de la casa de Brigitte.

Aparqué el coche en zona prohibida.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a una turista enterrada en una bufanda de lana con colores chillones.

La mujer se aproximó a la altura de la ventanilla bajada.

—Parece que se ha oído un disparo.

—¿Quién...?

—Una mujer. Dicen que se ha matado.

La última parte de la frase apenas la oí. Ya estaba fuera del habitáculo. Los curiosos habían formado una pequeña aglomeración. Me abrí paso hasta que la mano de un *carabiniere* me alejó de malas maneras.

Hice caso omiso. Me quedé clavado allí mientras un paramédico, de pie delante

de la puerta de Brigitte, parloteaba por teléfono. Podía ver el aliento condensándose en nubes azuladas. La multitud me empujó hacia delante. Me quedé mirando al paramédico, aturdido, hasta que guardó el móvil en el bolsillo y volvió a entrar.

Intenté echar un vistazo.

No vi nada.

Cuando los enfermeros, con los trajes fosforescentes que brillaban a la luz del espectral sol de febrero, salieron empujando una camilla con una sábana debajo de la cual podía entreverse la silueta de un ser humano, la multitud se calló y contuvo la respiración.

Tuve que apartar la mirada de la camilla, mientras la metían con fuerza en la parte trasera de la ambulancia. Cerré la mano en un puño, me clavé las uñas en la carne.

—Tú.

Una voz que reconocí al instante.

Manfred. Aturdido. El abrigo de piel de camello abierto dejaba ver una camisa arrugada, con la mitad dentro y la otra mitad fuera de los pantalones. No llevaba corbata y tenía barba de un día.

Levantó el brazo y me señaló.

—Tú.

Tronó.

Muchos se volvieron en mi dirección.

Manfred solo tardó un instante en llegar a donde me encontraba. Se detuvo a menos de dos metros de distancia de mí. Del bolsillo interior del abrigo sacó su cartera.

No dejé de mirarme a los ojos. Con odio.

Cogió el primer billete, lo arrugó y me lo tiró. Noté que caía al suelo.

—Aquí tienes tu dinero, Salinger.

Un segundo billete terminó en mi cara.

—¿No es esto lo que quieres? Para esto sirven las películas. Para ganar dinero. ¿Quieres más?

El tercero me dio en todo el pecho. Finalmente Manfred, tembloroso, me lanzó la cartera.

No parpadeé, atolondrado ante esa agresión.

—Te vi salir de su casa, Salinger. Ayer.

El *carabiniere* me miraba primero a mí, luego a Manfred, indeciso sobre lo que debía hacer. Ambos lo ignoramos. Se había hecho el vacío a nuestro alrededor.

Manfred dio un paso adelante.

—La has matado, *gusano asqueroso*.

Hizo ademán de lanzarse sobre mí, pero el *carabiniere* lo detuvo. Apareció un uniforme gris verdoso. El Jefe Krün.

Me tomó del brazo.

—Yo no he matado a Brigitte, Manfred. Has sido tú, cabrón de mierda —grité,

antes de que Max lograra arrastrarme lejos de allí—. Y los dos sabemos el porqué.

Max me llevó en volandas hasta un callejón desde el que no podía ver ni la casa ni a Manfred. Solo el reflejo de las luces intermitentes en la enseña de una peluquería.

Cerré los ojos.

—¿De verdad ha muerto?

—Suicidio.

—¿Estás seguro?

Max asintió.

—Ha utilizado una escopeta de caza. Se ha pegado un tiro.

—¿Cuándo?

—Los vecinos oyeron una detonación poco antes del amanecer, me avisaron ellos. La puerta estaba entreabierta. La vi y llamé a los *carabinieri* y a la ambulancia.

—No es un suicidio.

Max me observó.

—Son acusaciones muy serias, Salinger.

—Fue Manfred quien la mató.

—Se mató ella sola.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Estaba borracha —una breve indecisión en la voz, casi como si hubiera querido añadir «como siempre», pero se hubiera arrepentido antes de decirlo—, había botellas por todas partes. La señora Unterkircher la vio anoche. Y Brigitte llevaba una borrachera de tomo y lomo.

—¿Y la señora Unterkircher qué hizo por Brigitte? —pregunté con amargura.

—Lo que hemos hecho todos durante años, Salinger. Nada.

No fui capaz de mantener su mirada.

—Brigitte no se suicidó. La mataron. Lo hizo Manfred.

—Te lo repito: son acusaciones graves.

—Soy consciente de ello.

—¿Tienes pruebas?

Me encendí un cigarrillo. Le ofrecí a él un segundo.

—No.

—Entonces, mantén la boca cerrada. Ya es bastante duro así.

—Dime la verdad, Max, ¿no has notado nada raro? Nada que pudiera...

—Nada de nada.

—Has dicho que tenía la puerta abierta.

—Brigitte bebía, Salinger. Los borrachos olvidan a sus hijos en el coche en el mes de julio, se olvidan de cerrar el gas y luego encienden uno de estos.

Tenía razón.

Pero también sabía que se equivocaba.

—Tal vez no debería decírtelo —dijo Max—, pero Brigitte tenía una fotografía en la mano.

—¿Una fotografía de Evi?

—De Günther.

—¿Crees que es una pista?

—Creo que es una carta de despedida, Salinger. Nada más, nada menos.

Hubo algunas palabras más. Luego nos despedimos. Él volvió al lugar del suicidio, yo a mi coche. Cuando me senté al volante me di cuenta de que tenía un billete de cincuenta euros arrugado dentro del chaquetón.

Lo tiré por la ventanilla.

Arranqué el motor y me marché.

5.

Llegué a Bolzano a las nueve. No conseguí encontrar el oso más grande del mundo, pero el que poco después hizo su entrada en la habitación de Clara no le andaba muy a la zaga.

—¿Cómo estás, pequeña?

—Me duele la cabeza.

—¿Menos que ayer?

—Menos que ayer, sí.

Clara acarició el morro hirsuto del oso de peluche y se puso seria. Era la misma expresión que le había visto el día antes. Como si tuviera algo importante que revelarme, pero no hallara el valor para soltarlo.

Sonreí.

Le acaricié la barbilla, obligándola a mirarme.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Nada.

—Siete letras —dije.

—¿«Madre»?

—No, cariño, he dicho siete.

—¿«Corazón»?

Negué con la cabeza.

Clara se encogió de hombros.

—Entonces no lo sé.

—«Mentira» —dije.

Se pasó una mano por la cabeza. Buscaba el pelo para ensortijárselo alrededor de su dedo, el mismo gesto de Annelise cuando se sentía presionada.

No encontró nada, porque aún tenía la cabeza envuelta en una pesada capa de vendas. Su mano cayó de nuevo sobre su regazo. Había apartado una vez más su mirada de la mía.

—¿Sabes que puedes contármelo todo?

—Sí.

—¿Crees que estoy enfadado por el trineo?

—Un poco.

—Pero hay algo más, ¿verdad?

Clara intentó tocarse el pelo otra vez, pero le aferré la mano y se la besé. Luego le hice cosquillas. Clara se rio, hundiendo la cara en el vientre del oso de peluche.

—Cuando quieras, me lo dices —dije.

Clara pareció aliviada por esa propuesta. Con expresión solemne, me tendió la mano.

—Trato hecho.

—¿Qué estáis tramando, vosotros dos?

Era Annelise, acompañada por Werner. Me levanté y la abracé. Annelise me devolvió el gesto, pero de una manera fría, distante. Bajo el olor del jabón advertí el de su piel sudorosa.

—Tienes que ir a descansar.

—¿Has comprado tú ese oso? —preguntó—. Antes no estaba aquí.

Era su táctica. Cambiar de tema.

—Sí, es un regalo. Y tú necesitas dormir en una cama de verdad.

—Me quedaré aquí hasta que terminen los cuidados de Clara. Luego volveremos a casa. Juntas.

Pasó por mi lado y se sentó en la cama de Clara.

—De acuerdo —dije.

Jugamos juntos durante una hora.

Traté de no pensar en la muerte de Brigitte y me concentré en Clara. Estaba débil y pálida, pero al menos veía y pronto la subiría al coche y me la llevaría de vuelta a casa.

A resguardo.

Nunca más, juré, permitiría que le pasara algo malo.

Era un juramento destinado a romperse. Es lo que ocurre siempre, cuando juramos que nunca nada va a perjudicar la vida de nuestros seres queridos.

Todo lo que podía hacer por Clara era regalarle buenos recuerdos.

Las palabras de Werner resonaban como un eco con fuerza en mi cabeza. Así como el estruendo del abeto rojo derribado por el dolor de dos hombres rotos.

Hacia las once, junto con el enfermero que le traía la comida a Clara, también entró el doctor. Me reconoció y me tendió la mano. Se la estreché, incómodo.

—Tenía usted razón, señor Salinger —comenzó tras saludar también a Annelise.

—Era solamente una mariquita —murmuré ruborizado.

—Nueve letras tampoco son muchas, en el fondo —estalló en una sonora risa que nos arrastró tanto a mí como a Annelise.

El médico nos dijo que Clara estaba reaccionando bien. Le habían administrado una medicación que iba a facilitar la reabsorción del hematoma. Había corrido un



gran peligro, pero este ya había pasado.

—La someteremos a un tac y a partir de los resultados decidiremos si le damos el alta o si se queda aquí un poco más.

—¿Qué es un tac, papá?

Clara ya había terminado de comer. Me sorprendió su apetito, era una buena señal. La ayudé a limpiarse la boca con una servilleta blanca, un gesto que había dejado de hacer el año anterior y que echaba muchísimo de menos.

—Es como un radar. ¿Te acuerdas de lo que es?

Se lo había explicado durante nuestro vuelo por Europa. No dudaba de que aún lo recordaría. Tenía una memoria prodigiosa.

—Esa especie de radio que ayuda a los aviones para que no se choquen.

—Lo que pasa es que el tac es un radar que se utiliza para ver en el interior de la gente.

—¿Cómo está hecho?

—Bueno... —busqué al médico con la mirada.

—Se parece a una lavadora gigante. Te vas a tender sobre la camilla y te diremos que te estés quieta. ¿Eres capaz de quedarte quieta?

—¿Durante cuánto?

—Un cuarto de hora. Tal vez media hora. Nada más.

Clara permaneció en silencio dándole vueltas.

—Creo que lo lograré —luego, dirigiéndose a mí, preguntó en voz baja—: ¿Hará daño, papá?

—Ni siquiera un poco. Simplemente será aburrido.

Clara pareció aliviada.

—Me inventaré alguna historia.

La besé y mi móvil sonó. Dirigí una mirada de fastidio a Annelise e hice ademán de rechazar la llamada. El pulgar se detuvo sobre el botón rojo.

Era Mike.

—Perdonadme.

Salí y contesté.

—¿Socio?

—Espera —dije.

Entré en un cuarto de baño con la esperanza de que estuviera desierto.

—Tienes que darte prisa.

—¿Qué pasa?

—Estoy en el hospital. Clara. Tuvo un accidente. Ahora está mejor.

—¿Qué accidente? Salinger, no bromees.

—Chocó contra un árbol con el trineo. Ahora ya está fuera de peligro. Está bien.

—¿Qué diablos significa eso de «fuera de peligro», Salinger? Qué...

Cerré los ojos, apoyándome en un lavabo immaculado.

—Escúchame, Mike, no tengo tiempo que perder. Dime qué has descubierto. Han

pasado un montón de cosas aquí en Siebenhoch.

—He seguido indagando sobre Grünwald, pero aparte de otros detalles sobre sus teorías, nada. Nada acerca de su muerte, quiero decir.

—Su desaparición —lo corregí.

—¿De verdad crees que simplemente desapareció, socio?

—No creo nada.

—¿Seguro que estás bien?

—No, no estoy bien. Pero, por favor, prosigue.

Una breve pausa. Mike que se encendía un cigarrillo. Yo también lo habría hecho, pero no había necesidad de accionar la alarma contra incendios en un hospital solo por un Marlboro.

—¿Te acuerdas de esa tal Evi? Apareció de nuevo.

—¿En relación con Manfred Kagol?

—Exacto.

—El informe pericial contra la construcción del Centro de Visitantes.

—¿Ya lo sabías?

—Sí. ¿Qué más has descubierto?

—Poco o nada. El informe fue refutado y cinco años después el Centro de Visitantes abrió sus puertas.

—Mierda.

Golpeé el puño contra la pared.

—¿Qué pasa, Salinger?

—En tu opinión, ¿cuánto factura cada año Manfred Kagol gracias al Centro?

—¿Incluyendo los hoteles y las propiedades en la zona?

—Sí.

—Bastantes millones de euros.

Sentí que la bilis se me subía a la boca.

—En tu opinión, ¿crees que Manfred pudo haber matado a Evi? —susurré.

—¿Y por qué motivo iba a hacerlo? —me preguntó perplejo.

—Porque había puesto palos en las ruedas a su proyecto del Centro de Visitantes.

—Te equivocas de medio a medio, Salinger.

No me esperaba una respuesta semejante.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que si yo hubiera sido Manfred, habría besado el suelo por el que caminaba Evi.

—Pero... el informe pericial...

—El informe pericial era contrario y detuvo el proyecto del Centro de Visitantes del Bletterbach. Lo único es que ese primer proyecto no era de Manfred Kagol.

Vértigo.

Había demasiada blancura allí dentro.

—¿Qué demonios me estás diciendo, Mike?

—El primer proyecto para un centro de visitantes en el Bletterbach no fue iniciativa de Kagol EdilBau. Era de un consorcio de Trento, el EdilGroup80. El mismo que construyó un montón de remotes por los alrededores.

Sentí que me hundía.

El suelo tembló bajo mis pies. Y me sepultó.

—¿Salinger? ¿Estás ahí?

—¿El informe pericial..., el informe de Evi *facilitó* las cosas a Manfred?

—Exactamente. Según mis cálculos, en el 85 Manfred no habría podido permitirse en modo alguno un proyecto tan ambicioso. Evi le echó una mano, y bien grande. ¿Por qué iba a matarla?

Por ninguna razón en absoluto.

—Gracias, Mike. Seguiremos... —mascullé—, seguiremos en contacto.

Colgué sin esperar su despedida.

Hice correr el agua en el lavabo. Me mojé la cara.

Respiré.

Manfred no había matado a Evi. Él no era el asesino.

Miré mi imagen reflejada en el espejo.

Ahora, pensé, ahora ya sabes cómo es la cara de un asesino.

Al asesino de Brigitte lo tenía frente a mí en aquel momento. Era yo.

—«¿Han resucitado los muertos? —murmuré—. Los libros dicen que no, la noche grita que sí».

Era una cita de mi libro preferido, el que me acompañaba adonde quiera que fuese. La frase de John Fante asumió otro sentido en boca del asesino que me miraba trastornado desde el espejo.

No lo soporté. Me doblé por la mitad, aplastado por la conciencia de lo que había hecho. Acabé dándome con la cabeza contra la cerámica del lavabo. El dolor fue un alivio.

6.

Fue un enfermero quien me reanimó. Detrás de su rostro ceñudo asomaba la cara exangüe de Annelise. En cuanto me vio abrir los ojos de nuevo salió del baño dando un portazo.

—Su mujer no lo ha visto volver y se ha alarmado. Debe de haber sufrido un desvanecimiento.

Me ayudó a quedarme sentado. Respiraba con la boca abierta. Como un perro sediento.

—Yo puedo hacerlo, yo puedo...

—Se ha dado un golpe fuerte. Sería mejor...

Sufrí un mareo, me aferré a él y me levanté con dificultad.

—Estoy bien. Tengo que irme. Tengo...

El hombre protestó. Ni siquiera lo escuché.

Cuando me encontré delante de la habitación de Clara no tuve valor para entrar. Podía oír la voz de Annelise y el gorjeo de mi hija. Acaricié la puerta.

Seguí recto.

No podía enfrentarme a ellas.

7.

Bajé las escaleras, me dirigí a la cocina. Encontré una botella de Jack Daniel's y comencé a trincar. El primer trago fue ácido que bajaba por el esófago. Tosí, escupí. Me esmeré a fondo. Detuve las arcadas con estoicismo. Otro trago. Más ácido. No dejaba de pensar en la cabeza de Brigitte abierta por la mitad por el disparo de escopeta. La sangre derramada por el suelo. Respiré profundamente intentando calmar la náusea. No quería vomitar, no era ese mi propósito. Quería emborracharme. Quería esa negrura total y sin sueños que había experimentado después de golpearme la cabeza, en el lavabo del hospital. Antes de que Annelise... Pensar en Annelise me resultó insoportable.

Bebí de nuevo.

Esta vez el Jack Daniel's descendió sin quemarme. Me limpié la boca con el dorso de la mano. Me dirigí al salón y me hundí en mi butaca preferida.

Cogí un cigarrillo.

Había perdido sensibilidad en las manos. Me costó un buen rato encender la llama del mechero, y cuando lo logré me encontré mirándola como un idiota, preguntándome para qué servía y por qué me parecía tan importante acercarla a ese tubo blanco que se asomaba entre mis dientes. Lancé lejos el encendedor y escupí el cigarrillo.

Continué bebiendo y bebiendo. La cabeza se me hizo pesada como el plomo.

Intenté levantar la botella de Jack Daniel's.

No lo conseguí. Se me escapó de entre los dedos.

Y llegó la oscuridad.

Cuando recobré el conocimiento, estaba acostado en la cama. Miré a mi alrededor, desorientado. Estaba sumido en las sombras. ¿Cómo había llegado allí? A juzgar por el desorden, debía de haberme arrastrado por mi cuenta. Mi último recuerdo era el ruido de la botella de *whisky* que chocaba contra el suelo.

Agucé la vista.

Intenté moverme.

—¿Qué se te ha pasado por la cabeza?

Temblé.

No reconocía la voz surgida de las tinieblas.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Quién eres?

La voz se transformó en una silueta. Me pareció gigantesca. Se movía a saltos. Los muertos, pensé, los muertos se mueven así.

La sombra encendió la luz.

Werner.

Me incorporé en la cama sirviéndome de toda mi fuerza de voluntad.

—He tenido un mal día.

Werner no hizo ningún comentario.

—Necesitas llenar el estómago. ¿Puedes bajar tú solo?

—Puedo intentarlo.

Bajar las escaleras fue penoso. Cada movimiento reverberaba en mi cráneo como un golpe de martillo. Acepté el dolor. Me lo merecía. Era un asesino.

Dos veces asesino.

Primero los hombres del Ortles, ahora...

Werner preparó un par de huevos que me tragué a la fuerza. Comí pan, una loncha de *speck*. Y bebí mucha agua.

Werner no dijo nada hasta que hube terminado. Solo entonces me percaté de su postura. Estaba rígido en la silla, con la cara crispada.

Me pareció dolorido, pero sobre todo avergonzado.

—No estaba vigilándote, pasé por aquí para pedirte que me echaras una mano. La espalda —dijo—. Toda mi vida no he hecho más que presumir de que nunca he tomado nada más fuerte que una aspirina, pero ahora...

—¿Te duele?

—Ya no soy un chiquillo —dijo, con pesadumbre.

—¿Por qué no vas a hacerte un chequeo?

—Déjalo, Jeremiah, los médicos nunca me han gustado. Hagamos otra cosa, ¿tienes algo para el dolor?

Todo en él, el tono de voz y las palabras que había elegido, chocaban con lo que leía en sus ojos. La gente que es como Werner odia dos cosas: mostrarse débil y pedir ayuda. Me levanté y me fui al cuarto de baño. Cogí la caja de analgésicos que me prescribieron en la época del 15 de septiembre.

—Vicodin —dije, cuando regresé a la cocina.

Werner tendió las manos hacia la caja.

—¿Puedo tomar dos?

—Con una será suficiente.

Hizo desaparecer la cápsula en la boca.

—Annelise no va a volver a casa esta noche —dije—. Tal vez no vuelva nunca más.

Werner cogió mi paquete de cigarrillos. Encendió uno y yo hice lo mismo.

—En un matrimonio hay buenos y malos momentos. Ambos pasan.

—¿Y si no pasan?

Werner no respondió.

Se quedó mirando el humo que ascendía hasta el techo, donde, adelgazándose, se hacía invisible.

Cuando se terminó el cigarrillo, lo aplastó en el cenicero y se levantó sujetándose a la mesa.

—Es hora de que vuelva a Welshboden.

—Llévate las pastillas, podrías necesitarlas.

—Mañana estaré bien, ya lo verás.

—Llévatelas de todas formas. A mí no me hacen falta.

Werner se las guardó en el bolsillo. Lo ayudé a ponerse la chaqueta.

Afuera estaba oscuro.

—Jeremiah... —dijo Werner—. ¿Lo oyes?

Agucé el oído. Intenté entender a qué se refería.

—No oigo nada.

—El silencio. ¿Lo oyes?

—Sí.

—Desde que Herta murió y me quedé solo, lo odio: odio el silencio.

## Dos conspiradores y una promesa

1.

El funeral de Brigitte se celebró dos días después, el 10 de febrero.

La autopsia había sido poco más que una formalidad y el informe del forense, consabido. Brigitte se había suicidado. Max quiso explicármelo en persona, esa mañana, mientras intentaba limpiar la casa con vistas al regreso de Clara y Annelise.

—Su tasa de alcohol en sangre triplicaba la habitual. Estaba borracha como una cuba, Salinger.

—Ya.

Max se fijó en el cardenal de la frente, donde me había golpeado en el hospital.

—¿Y eso?

—Nada grave.

Bebimos un café en silencio. El día era gris, sombrío.

—Clara vuelve hoy, según he oído.

—¿Te ha informado Werner?

—Me crucé con él en la farmacia. No tenía muy buen aspecto.

—La espalda le da problemas.

—Debería ir a que lo viera alguien. Hace cinco años me hice una luxación. Me dolía endemoniadamente. Luego Verena me arrastró hasta un fisioterapeuta: dos sesiones y quedé como nuevo.

—¿Se lo has dicho a Werner?

—Le entra por un oído y le sale por el otro. Es un testarudo, pero ya verás que cuando descubra que no es capaz de levantar a Clara buscará una solución.

—Eso espero.

Max se entretuvo con la tacita vacía, luego se levantó.

—Quería..., bueno, solo quería decírtelo.

—Gracias.

—¿Vendrás al funeral?

—¿Estará Manfred?

—Lo ha pagado todo él.

—Creo que voy a evitar que me vean.

Max se caló la gorra con el emblema de la Forestal.

—Eres una buena persona, Salinger.

No lo era. Era un asesino.

2.

Escuché el tañido fúnebre del campanario hasta que se volvió insoportable para mí. Encendí la televisión y la puse a todo volumen.

A las tres de la tarde Werner llamó a mi puerta.

Yo ya tenía la chaqueta puesta.

—¿Cómo está tu espalda?

—Está bien.

—¿Seguro?

—Mira.

Se inclinó hacia delante y se irguió después como un soldado en posición de firmes.

—De todos modos, una visita de control no te vendría mal.

—Vamos —señaló el coche—. Nuestra niña nos espera.

Ya estaban en la calle cuando llegamos. En la nacional se había producido un accidente que nos había hecho demorarnos. Nuestro mal humor se desvaneció en cuanto vimos a Clara.

Llevaba un abrigo rojo, un gorro calado casi hasta los ojos para protegerla del frío y ocultar el ligero vendaje que, según había dicho el médico, tendría que llevar durante unos días. Bajo el brazo, el oso.

Nos saludó con la mano.

Annelise sonrió levemente.

Fue una fiesta llevar a Clara de vuelta a casa. Estaba excitada, no dejó de hablar hasta después de la cena que había preparado yo con esmero: sus platos favoritos y, por lo menos, la mitad de los que le gustaban a Annelise. Había tenido que emplear a fondo todo mi talento culinario.

—La doctora ha dicho que he sido buenísima.

—¿En serio?

—Ha dicho que nunca había visto a una niña tan buena.

Sacó pecho, orgullosa.

La doctora que le había hecho el tac debía de haberla impresionado bastante. No hacía más que hablar de ella.

—Me dejó ver mi cerebro. Estaba lleno de colores. La doctora dijo que se podían ver mis pensamientos. Pero yo solo veía manchas de color. ¿Tú qué crees?, ¿la doctora sabe leer los pensamientos, papá?

—El tac no sirve para leer el pensamiento. Muestra la electricidad del cerebro. Se ven las emociones.

—¿Electricidad? ¿Como una bombilla?

—Sí.

—¿Y con ella la doctora era capaz de entender mis emociones?

—Claro.

—¿Sabes cómo se llama la doctora?



Lo sabía, pero fingí que no era así.

—No tengo ni idea, cariño.

—Elisabetta —silabeó—. ¿Cuántas letras tiene «Elisabetta»?

—Diez.

—Es un nombre bonito.

—Yo también lo creo.

—¿Crees que de mayor podría llegar a ser una doctora del cerebro?

—Claro, pequeña.

Seguimos así hasta que notamos que los reflejos de Clara se habían vuelto más lentos. Comenzaba a balbucir las palabras y a dar cabezadas. Estaba pálida.

Werner se levantó de la mesa.

—Creo que ha llegado la hora de que el abuelo se vaya a dormir.

—Abuelo... —dijo Clara abriendo bien los ojos (que, como pude comprobar, se veían enrojecidos y cansados)—, quédate un poco más.

Werner la besó en la frente.

—¿No estás cansada?

—No estoy cansada.

—¿Estás segura?

—Un poquito.

Werner se despidió y llevé a Clara a la cama. Ni siquiera me dio tiempo a apagar la luz cuando ya se había dormido. Entorné la puerta y bajé a la cocina.

Me encontré a Annelise sentada, rígida. Tenía una lata de Forst entre las manos.

No me gustaba su mirada y no me gustó la forma en que se bebió la cerveza, de un trago.

—Tenemos que hablar —me dijo.

Sabía de qué y sabía cómo iba a terminar.

No en un *happy end*.

De manera que tomé sus manos y abrí mi corazón.

—Sé lo que estás a punto de decirme. Pero no lo hagas. Dame un mes. Si dentro de un mes todavía quieres decirme lo que tienes en la cabeza, entonces te escucharé. Un mes. Nada más. Hazlo por mí.

Annelise se llevó un mechón de pelo hasta los labios.

—Un mes.

—Nada más. Luego, si lo deseas... —no me atreví a ir más allá.

—Por Clara —dijo ella—. Por Clara.

Se levantó.

—Pero dormirás en el estudio. Yo... —la voz se le quebró— ya no puedo más.

Los dos conspiradores actuaron con gran habilidad. Ni Annelise ni yo nos dimos cuenta de nada hasta el último momento.

A eso de las seis y media Werner se presentó cargado de provisiones, saludó, no explicó nada y se encerró en la cocina junto con Clara. Annelise volvió a ver la televisión, yo me retiré a lo que se había convertido en mi madriguera, el pequeño estudio donde pasaba las horas mirando al techo e intentando leer algo.

Imposible. Mi mente divagaba. Me sentía como un equilibrista. Por debajo de mí se abría el abismo de la soledad. Werner lo había visto con claridad: el silencio no estaba hecho para mí. No quería pasar el resto de mi vida hundido en un catre (justo lo que estaba haciendo), escuchando los ruidos de una casa carente de vida.

¿Desde cuándo no oía reír a Annelise? Desde hacía demasiado.

Perdido en esos lúgubres pensamientos no me di cuenta del paso del tiempo. Hacia las ocho llamaron a la puerta. Era Clara. Llevaba un elegante vestido de color rojo fuego, con una diadema que le sostenía el pelo. Noté que llevaba maquillaje alrededor de los ojos. Una fascinante mezcla entre lo ridículo y lo adorable.

—Hola, pequeña.

—Señor Salinger —dijo ella, toda cortesía—. La cena está lista.

Puse los ojos como platos.

—¿Cómo dices?

—La cena —repitió con impaciencia— está servida, señor Salinger.

—La cena... —dije como atontado.

—Y póngase corbata.

—No tengo una corbata, cariño. Y no entiendo qué...

Con pocos pasos, Clara se situó a diez centímetros de mí. Como yo estaba sentado, sus ojos y los míos quedaban a la misma altura. Leí una resolución que solo podía haber heredado de una persona. Annelise. Se colocó los puños en las caderas. La encontré tremendamente bonita.

—Tienes una corbata, papá. Tienes cinco minutos. Venga.

Salió, imperiosa.

Y llevé corbata.

Al bajar a la planta baja me di cuenta de que Werner había preparado las cosas a lo grande. En el centro del salón ya no se encontraba mi butaca favorita. En su lugar, la mesa preparada para dos personas. Mantel blanquísimo, vino puesto a enfriar (miré la etiqueta, un Krafuss de 2008, debía de haber costado una fortuna), e incluso una vela que lanzaba destellos en la penumbra en que estaba envuelta la habitación.

Sentada a la mesa, Annelise.

Me faltaba la respiración. Simplemente estaba bellísima.

Llevaba un vestido de tubo negro que me trajo a la mente el estreno de *Road Crew 2*, la velada que ella bautizó como «el debut en sociedad» (cuando hicimos nuestra entrada en aquel cine de Broadway, todos, incluso Mister Smith, se quedaron

con la boca abierta y Annelise me susurró aterrada: «No me dejes sola, no me dejes sola, no *te atrevas* a dejarme sola»), un collar de perlas que resaltaba su cuello esbelto y el pelo recogido en la nuca con un moño impecable.

Se levantó y me rozó la mejilla con un beso.

—¿Es una sorpresa también para ti?

—Sí —respondí, sin dejar de admirarla.

Deslumbrado.

Dios, cómo la echaba de menos.

—Señores...

Era Werner. Llevaba un gorro de cocinero y se había afeitado, y con ese delantal blanco parecía un cruce entre un chef francés y un oso polar. Nos echamos a reír.

Werner no se dejó impresionar.

—La cena...

Chuletas de cordero, patatas con crema agria y cebollino, un alucinante surtido de quesos y embutidos, *canederli* con mantequilla y decenas de distintas pequeñas obras de arte culinarias. El vino, luego, se reveló a la altura de su fama.

Resultó difícil romper el hielo. Era como si Annelise y yo estuviéramos en nuestra primera cita y se tratara, además, de una cita a ciegas. Faltaba poco para que yo me pusiera a preguntar: «Y tú ¿a qué te dedicas?».

Luego, sin embargo, poco a poco, nos fuimos desbloqueando. Hablamos de Clara, porque era ella lo que aún nos mantenía unidos. Hablamos del tiempo, porque es esto lo que suele hacerse entre adultos en el mundo occidental. Hablamos de Werner. Ensalzamos la bondad de los platos que Clara, con una servilleta sobre el brazo y ese delicioso vestido rojo, nos servía (y en cada ocasión sentía yo el sudor frío: «Que no se le caiga, que no se le caiga»).

Solo a la tercera copa me di cuenta del motivo de aquella velada.

—Hoy es...

—¿No te habías dado cuenta?

Negué con la cabeza.

—Se me había olvidado.

14 de febrero.

De postre, Werner había preparado corazones de castaña con nata montada.

Fue el chef en persona quien nos los sirvió.

—¿Papá? —preguntó Annelise.

—*Madame?* ¿La cena no es de su agrado?

—Está exquisita. Pero no sabía que eras un cocinero experimentado. ¿Dónde aprendiste?

—Un chef nunca revela sus secretos.

—Tú no eres un chef, papá.

—Digamos que cuando un viejo montañés encuentra ese horrible monstruo que vosotros, los chicos de ciudad, llamáis «tiempo libre», o se busca algo que hacer o

acaba en el manicomio.

Fue una velada inolvidable.

El chef se convirtió de forma improvisada también en niñera, y mientras Annelise y yo saboreábamos un *amaro*, y yo me concedía un cigarrillo, Werner acostó a Clara.

Luego se despidió de nosotros.

Nos quedamos solos. El silencio, mientras admiraba la suave curva de los hombros descubiertos de Annelise, no me pesaba, todo lo contrario.

Por un instante me sentí muy cerca de la felicidad.

Annelise se levantó y me tiró un beso en la mejilla.

—Buenas noches.

Subió por las escaleras, oí que entraba en la habitación y cerraba la puerta tras de sí.

No me esperaba nada diferente, pero de todas formas sentí una punzada.

Y, a pesar de ello, no había sarcasmo en mis palabras cuando, levantando un vaso hacia el techo, dije:

—Feliz San Valentín, amor mío.

4.

Día tras día veía a Clara curarse. Para darme cuenta no necesitaba la opinión de los médicos, aunque siempre éramos puntuales a la hora de llevarla a las visitas de control. Las bolsas de debajo de los ojos desaparecieron y también ganó algo del peso que el accidente le había hecho perder.

Reanudamos nuestros paseos. La montaña era impracticable, pero Werner nos enseñó a utilizar las raquetas de nieve y resultaba agradable pasar el tiempo así, en medio de los bosques que había alrededor de Siebenhoch. Caminar en la nieve, hablar, observar cómo las aves saltaban de rama en rama y tratar de localizar alguna madriguera de ardilla (no encontramos ninguna, pero Clara me confió que había visto la casa de un gnomo). Procuraba no cansarla, y es que de repente había descubierto que era un padre ansioso. Tenía miedo de que tropezara, de que sudara, de que se fatigara. A Clara esas atenciones le agradaban, pero al cabo de cierto tiempo, cuando llegaba a ser agobiante, me lanzaba una mirada de las suyas y yo advertía que me había vuelto peor que mi *Mutti* con su obsesión por las corrientes de aire. Así que hacía propósito de enmienda.

Mi relación con Annelise no mejoraba. Éramos personas civilizadas, por tanto no había ni escenas ni platos rotos, pero había demasiados silencios y sonrisas tensas. De vez en cuando la sorprendía mirándome y mi mundo se abocaba a la angustia. Sabía lo que estaba pensando.

¿Qué siento por este hombre?

¿Puedo perdonarlo?

¿Todavía lo amo?

Quería abrazarla y gritar: «¡Soy yo! ¡Soy yo! ¡No puedes abandonarme, porque soy yo y, si nos separamos, nunca más volveremos a ser felices en toda nuestra vida!». No lo hacía. No habría sido un comportamiento propio de Salinger, ni tampoco de un Mair. Así que, o fingía que no me había percatado de esas miradas, o bien levantaba la mano y la saludaba. Por regla general, temblaba toda ella, se sonrojaba incómoda y me devolvía el saludo.

Es mejor que nada, pensaba. Es mejor que nada.

Me esforzaba al máximo, pero todas las noches, cuando me acostaba, solo, me volvían a la mente muchos pequeños gestos realizados durante el día y no hacía más que reconvenirme. Tal vez debería haberle llevado un ramo de flores; no rosas, margaritas. Tal vez debería haberla invitado a cenar en algún restaurante. Tal vez me habría equivocado también con ese gesto.

Caía en un sueño agitado después de horas dando vueltas entre las sábanas.

¿Tenía pesadillas?

Sí. Bastantes.

La Bestia, sin embargo, no tenía nada que ver. Soñaba que me paseaba por la casa de Siebenhoch, donde no había muebles, vacía; ciego e incapaz de emitir ni un sonido. Soñaba el silencio.

5.

—¡Papá!

Clara estaba en el jardín. Tenía las mejillas sonrosadas y la chaqueta abierta. Sonreía.

—¡Ven, papá! ¡Está caliente! ¡El viento está caliente!

Sonreí al llegar a su altura.

—Es el *föhn*, pequeña.

—¿Igual que el del pelo<sup>[2]</sup>?

El aire caliente me acariciaba el rostro. Resultaba agradable.

—En cierto modo, sí. Lo que pasa es que este ya existía antes de que se inventara el secador de pelo.

—Qué fuerte.

—Pero hay que tener cuidado.

—¿Y eso por qué?

—¿Sabes cómo lo llamaban los antiguos habitantes de los Alpes?

—¿Cómo?

—El viento del diablo.

Clara se inclinó hacia mí.

—¿Y por qué?

—Porque te hace pillar la gripe —le dije mientras le abrochaba la chaqueta.

Nunca palabra alguna resultó más profética. Al cabo de varias horas me fijé en que Clara se había puesto taciturna y somnolienta. No hacía falta un título de doctor para entender lo que estaba sucediendo.

—Fiebre —sentencié después de tomarle la temperatura. Treinta y ocho y medio.

La gripe le duró cinco días. Luego la fiebre desapareció y poco a poco Clara recuperó su tez habitual. Aun así y a pesar de sus quejas, no me atreví a sacarla de casa.

Febrero terminó.

El primero de marzo decidí que había llegado el momento. Algunos dicen que uno se convierte en un hombre cuando entierra a sus padres; otros, cuando se convierte en padre. No estaba de acuerdo con ninguna de las dos filosofías.

Nos convertimos en adultos cuando aprendemos a pedir perdón.

6.

Casa Kagol seguía siendo magnífica, pero yo no estaba en disposición de ánimo para apreciarlo. Me quedé clavado delante de la puerta de entrada mientras reunía el valor necesario para pronunciar las siete letras más difíciles del mundo: «Perdona».

Quería hacerlo, sentía la necesidad de hacerlo también, y sobre todo, para poder recuperar el respeto por mí mismo. No había olvidado nada de lo que había sucedido.

Ahí estaba Brigitte.

Ahí estaba Max, diciéndome: «Se ha matado, Salinger».

Ahí estaba Manfred, tirándome los billetes.

Yo, acusándolo de ser el asesino de Brigitte.

Tenía que pedirle perdón a Manfred. Sin ese perdón, sentía que no iba a ser capaz de reconquistar a Annelise. Porque para recuperar mi matrimonio, tan precario como uno de los muñecos de nieve de Clara, en primer lugar tenía que reencontrarme a mí mismo. No al Salinger que se había aprovechado del demonio de Brigitte para lograr que hablara, sino al Salinger que se esforzaba para ser el mejor marido del mundo.

Respiré hondo.

Toqué el timbre.

Quien abrió, en vez del ama de llaves, fue Verena, la esposa de Max. En cuanto me reconoció, intentó cerrar la puerta, pero se lo impedí.

—¿Qué haces aquí, Salinger? —me preguntó.

—Me gustaría ver a Manfred.

La mujer negó con la cabeza.

—Imposible. Está enfermo.

—Creo que le debo una disculpa —le dije.

—Más claro el agua, pero no es el momento.

—¿Cuándo crees que puedo volver?

Verena me miró largo rato con esos grandes ojos suyos, de niña.

—Nunca, Salinger.

Intentó de nuevo cerrar la puerta. De nuevo se lo impedí.

—¡Salinger! —exclamó sorprendida ante mi obstinación.

—¿Qué tiene?

—No es asunto tuyo.

—Solo quiero pedirle perdón por mi comportamiento.

—Esa sí que es buena —me miró con rabia—. Solo perdón, ¿verdad? Eres un mentiroso, Salinger.

—Yo...

—No tiene nada que ver con la masacre del Bletterbach, ¿verdad? Me prometiste que no hablarías del tema con Max, y en cambio lo hiciste. Te llevó a Casa Krün, ¿no?

—Sí —admití—. Fue él quien me llevó, yo...

—Debió de ponerte las esposas, supongo.

—Yo...

—Solo sabes decir eso, Salinger. Yo. Yo. Yo. ¿Y nosotros? ¿No piensas en nosotros? ¿Sabes cómo descubrí que Max te había llevado a ese maldito agujero? Porque de nuevo comenzó a estar mal. De nuevo comenzó a mostrarse malhumorado y taciturno.

Una pausa. Un suspiro.

Su ira era palpable.

—Algunas noches vuelve tarde y apesta a alcohol, algo que no ocurría desde hace tiempo. ¿Estás contento, Salinger?

Permanecí con la cabeza gacha, callado.

La furia de Verena me estaba mostrando lo patético e inútil que era mi intento de hacer las paces con Manfred. Hay cosas que no se borran. Y si se perdonan, eso ocurre al cabo de unos años. No después de un par de semanas.

Idiota.

—Olvídate de esta historia, Salinger. El Bletterbach es solo un cementerio de monstruos.

—Es lo que estoy haciendo.

—Y márchate de aquí —los ojos de Verena centelleaban igual que los de un inquisidor—. Márchate de Siebenhoch y no vuelvas por aquí nunca más. Nunca —remarcó— más.

Estaba a punto de añadir algo. Una gota de veneno, seguro, pero la voz de barítono de Manfred llegó hasta nosotros desde dentro.

—Ya está bien, señora Krün.

Verena se volvió, confundida e incómoda.

Yo no lo estaba menos.

—Señor Kagol, ¿por qué se ha levantado?

—Está bien, Verena. Puede marcharse.

—Tiene que descansar, ya lo sabe.

—Lo haré. Pero primero quiero charlar con Salinger.

—No —exclamó Verena—. Se lo prohíbo.

Manfred sonrió.

—Aprecio su preocupación, señora Krün, pero es usted mi enfermera, no mi médico...

—Ten cuidado —masculló Verena, mirándome con maldad.

Se despidió de Manfred, pasó por delante de mí y desapareció detrás de la esquina.

Manfred me indicó con un gesto que entrara. Lo seguí bajo la atenta mirada de sus dos dóberman. No me ofreció nada de beber. Solo que me sentara.

Me fijé en que se había afeitado el bigote. Su cara parecía desnuda y descarnada.

—¿Cómo está, Salinger?

—He venido aquí para...

—Lo sé.

Me aclaré la voz.

—¿Y usted cómo está, Manfred?

—Si uno hace de sastre del diablo, tarde o temprano se acaba pinchando —dijo el *Krampusmeister*—. Tengo un pequeño problema en el corazón. Nada grave. Descanso y algunas inyecciones deberían ponerme a punto, la señora Krün es una enfermera muy profesional. Gracias a ella, ya estoy mucho mejor. Ha sido una época estresante para todo el mundo.

—Dije cosas horribles, Manfred. Lo siento.

No hizo ningún comentario. Se inclinó para acariciar la cabeza de sus dos grandes perros.

Le tendí el informe pericial de Evi.

Lo estudió, serio.

—Habría tenido un futuro magnífico. Estaba en lo cierto, ¿sabe? El consorcio de Trento tuvo que rendirse. Era gente anticuada, pensaba que ladrillo y hormigón armado nunca pasarían de moda. Pero el ladrillo y el hormigón armado pesan. Y no solo en sentido literal, me refiero también al sentido figurado. El vidrio, el acero, el aluminio, la madera..., esos eran los materiales del futuro. Ella lo sabía.

Pensé en el Centro de Visitantes, con su diseño moderno, ligero.

—Cuando me enteré de que otros habían tenido la idea de explotar el Bletterbach pensé que me iba a morir. No contaba con suficiente liquidez, ¿lo entiende? Demasiadas obras en marcha y poco dinero en efectivo. Pronto ese dinero estaría de vuelta en mis bolsillos, pero ¿y en ese momento? Lo mismo podría ponerme a vender castañas asadas en la nacional: en un día ganaría más dinero del que había en mi cuenta bancaria. Estaba desesperado, aquello por lo que había luchado tanto corría el



riesgo de derrumbarse.

Negó con la cabeza.

—Luego, Evi me vino a la mente. Era brillante, inteligente. Y ambiciosa. Además, era respetada en Siebenhoch. Todo el mundo sabía lo de su madre y cómo había criado a Markus ella sola. No me puse en contacto con ella en persona. Si lo hubiera hecho, se habría sentido obligada a rechazarlo. Dejé caer una palabra aquí y otra allá. El rumor de que alguien iba a construir un centro de visitantes en el Bletterbach, y que lo haría de acuerdo con los viejos métodos invasivos, pronto llegó a sus oídos.

Manfred chasqueó los dedos.

—Preparó el informe en un visto y no visto. Conocía de memoria cada una de las piedras de ese lugar. El consorcio de Trento se llevó una buena pedrada en toda la frente. Fueron a juicio y los juicios duran una eternidad. El tiempo suficiente para subsanar las deudas de la Kagol EdilBau y presentar mi proyecto.

—Vidrio, aluminio y madera.

—Exactamente.

—Pero...

—Yo también lo pensé, en esa época. Me pregunté si los del consorcio estaban tan irritados como para querer matar a Evi. Usted, Salinger, no ha hecho otra cosa que seguir las huellas que fui trazando.

—No las suyas, Manfred. Las de Günther.

Manfred entrecerró los ojos. Suspiró.

—Me enteré de ello cuando ya era demasiado tarde. Günther nunca me habló al respecto. Descubrió el informe pericial y se le metió en la sesera que el asesino era yo. Su hermano, ¿entiende? Si me hubiera dicho algo..., si me lo hubiera confiado, tal vez... —Manfred negó con la cabeza—. Dejemos a los muertos donde están. Son más felices que nosotros.

—A veces yo también lo creo.

Nos quedamos en silencio escuchando la respiración de los dos dóberman y el *föhn* que hacía crujir los postigos.

—Le llamé asesino, Manfred. Lo siento. No debería haberlo hecho.

—El pasado es pasado. De todos modos, yo hice lo mismo con usted.

—Tenía razón, el asesino soy yo.

—Usted no mató a nadie, Salinger.

—Le hablé a Brigitte del informe pericial. Le dije que Günther sabía lo suyo y que...

No pude contener un sollozo. Delante de mis ojos veía la expresión de Brigitte cuando me echó. Era la mirada de alguien que lo ha perdido todo.

—Brigitte me explicó lo que hablaron ustedes, Salinger. No voy a ocultarle el hecho de que en cierto sentido ya le tenía a usted entre ceja y ceja. Me había percatado de que en realidad estaba investigando los asesinatos del Bletterbach. Sabía

que tarde o temprano hablaría con Brigitte. Sabía que tarde o temprano saldría el asunto del informe pericial. Para mí estaba muerto y enterrado. Creo que usted me vio, aquella mañana, cuando salía de casa de Brigitte. Lo que es seguro es que yo lo vi a usted, Salinger. Lo tenía escrito en la cara. Había encontrado el informe y se había equivocado de camino. Así que pensé que me tocaba arreglar las cosas.

Me acordé del Mercedes negro.

—Ha tenido años para deshacerse de ese maldito peritaje —dije con incredulidad—. ¿Por qué lo dejó en esa caja de música durante todo este tiempo?

Manfred levantó los ojos hacia el techo, hacia la habitación de Günther.

—Porque pensaba que estaba a buen recaudo. Y porque habría sido *un error*.

—Así que, cuando me marché, le contó su versión a Brigitte.

—No es mi versión, es la verdad. Hablé del consorcio de Trento, de las dificultades económicas de la Kagol EdilBau. Y de cómo hice llegar unas palabras a los oídos de Evi para poner trabas a mis competidores. No quería que Brigitte se hiciera una idea equivocada. Al final me dijo que se sentía mejor.

—Pero no era verdad.

—No, no era verdad. Ahora me doy cuenta de ello, pero créame, nadie habría podido detenerla. Era la tercera vez que esa pobre mujer lo intentaba.

—¿Suicidarse?

—Sí. No se mató por Günther o por Evi, Salinger. Se mató porque se odiaba, y cuando alguien llega a odiarse hasta el punto de desear la muerte...

7.

A mediados de marzo llevé aparte a Annelise y le dije:

—Quiero volver a Nueva York. Este lugar nos ha separado. Y no quiero perderte. Por ninguna razón del mundo.

Nos abrazamos y sentí que algo se disolvía dentro de mí.

Esa noche Annelise dejó entornada la puerta de la habitación.

Hicimos el amor. Un poco torpes, como si tuviéramos miedo de hacernos daño. Al final, nos quedamos escuchando nuestras respiraciones mientras se iban sosegando.

Me quedé dormido haciéndome la ilusión de que la pesadilla iba a terminar.

## *Heart-Shaped Box*

1.

Werner estaba en la segunda planta de Welshboden, tumbado en el suelo, boca arriba. La mirada en blanco, una mano en el pecho y la otra doblada detrás de la espalda, en una postura antinatural.

Inmóvil.

2.

Me encontré con la puerta abierta y entré mientras llamaba en voz alta sin recibir respuesta. No me preocupé. Pensé que estaba cumpliendo su palabra sobre su propósito de reorganizar el desván. De manera que subí.

Annelise me había pedido que me acercara hasta allí para comprobar cómo iban las cosas. Desde hacía dos días, solo había hablado con su padre por teléfono, no en persona. Decía, precisamente, que estaba ocupado vaciando el desván, y que le dolía mucho la cabeza. Nada grave, pero no se sentía con ánimos para bajar hasta nuestra casa. Y si fuera la gripe, podría contagiarnos.

El paquete de seis cervezas que había llevado conmigo se me cayó de las manos. Busqué el móvil, necesitaba ayuda, una ambulancia, alguien.

—Werner...

Apoyé una mano sobre su cuello.

El corazón latía. Sus ojos se posaron en mí.

—Dolor —murmuró.

La espalda.

—Coño, Werner —encontré el móvil—. Tienes que ir al hospital.

Él negó con la cabeza. Hablar debía de provocarle una buena dosis de padecimiento.

—Nada de ambulancia —dijo—. Llévame tú.

—¿Te has caído?

—Puedo lograrlo. Solo tienes que echarme una mano.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Pocos minutos. No te preocupes.

Intentó levantarse por sí mismo. Se le escapó un gemido.

Lo ayudé.

Era como mover un peso muerto.

Bajamos las escaleras. Le hice ponerse una chaqueta y conseguí que se tumbara

en el asiento de atrás del coche. Era incapaz de estar sentado. Tenía la cara roja, se le marcaban las venas. Temí que fuera un infarto.

—Voy a llamar a Annelise.

Levantó una mano.

—Luego.

Más que marcharme de Welshboden *despegué* en dirección a Bolzano. El aumento de las temperaturas había derretido el hielo en las carreteras y fui a toda pastilla.

En urgencias pedí a unos enfermeros que me ayudaran. Werner rechazó la silla de ruedas, pero cuando entramos sufrió un mareo y lo izaron a peso en una camilla. Luego se lo llevaron.

Me quedé aguardando, mientras la sala de espera se llenaba y se vaciaba como el movimiento de sístole y diástole de un corazón. Mientras tanto, pensaba que sería mi deber avisar a Annelise. Un par de veces estuve a punto de llamarla. Pero ¿qué podía decirle? ¿Que Werner se había caído porque, a pesar del dolor de espalda, había decidido ordenar su maldito desván? ¿Y su estado? ¿Cuál era su estado? No tenía ni idea. Decidí que la llamaría cuando tuviera alguna información más que ofrecerle.

Con la esperanza de que también hubiera buenas noticias.

3.

—¿Papá?

Acababa de comenzar a leerle a Clara su cuento favorito (*Pulgarcito*) cuando la niña, seria, me interrumpió. Cerré el libro y lo coloqué sobre la mesita de noche.

—¿Por qué estaba llorando mamá?

—Mamá no estaba llorando. Solo estaba un poco triste.

—Pero tenía los ojos feos.

—Está preocupada por el abuelo.

Clara frunció el ceño.

—¿Qué le pasa al abuelo? ¿Por qué ha ido al hospital?

—El abuelo se cayó. Solo le duele un poco la espalda.

—¿Y por eso está triste mamá?

—Sí.

—Pero ¿tú le has explicado que al abuelo solo le duele un poco la espalda?

Sonreí, a mi pesar. Clara tenía la capacidad de mostrarme el mundo a través de sus ojos. Un mundo sencillo, lineal. En el que todo iría de maravilla.

—Claro. Y también el abuelo ha hablado con ella.

—Pero está triste. ¿Por qué?

—Porque el abuelo está mayor. Y las personas mayores son un poco frágiles. Como los niños.

—¿Es malo hacerse mayor, papá?

Resultaba difícil responder a esa pregunta. Sobre todo si quien la formulaba era una niña que, aun siendo precoz, seguía teniendo cinco años.

—Depende de quién te rodea. Si estás solo es malo, pero si tienes hijos o nietecitos tan simpáticos como tú, ya no es tan malo.

—¿Tú tienes miedo de hacerte mayor?

He ahí una pregunta que me descolocaba. Le contesté con sinceridad.

—Sí.

—Pero yo estaré contigo, papá.

—Entonces voy a tener menos miedo.

—Tuve mucho miedo, ¿sabes?

—¿Cuándo, pequeña?

—La nieve —dijo, y sus ojos se nublaron de ansiedad, como si estuviera reviviendo esos momentos—. Me había caído encima de la cabeza. Todo estaba oscuro. Ya no sabía dónde era arriba y dónde abajo. Y además, me dolía mucho la cabeza.

No dije nada.

Sentía un nudo en la garganta.

La acaricié hasta que creí que se había quedado dormida. Pero, mientras me preparaba para salir de puntillas de su habitación, Clara me llamó.

—Papá —abrió los ojos por completo—. ¿Tú también tuviste miedo?

Me esforcé para mantener un tono de voz calmado.

—El miedo es natural, pequeña. Todo el mundo tiene miedo.

—Sí, pero cuando tuviste el accidente. ¿Tenías miedo?

—Sí. Mucho.

—¿Tenías miedo de morir?

—Tenía miedo de perderos a vosotras —dije, besándola en la frente—. Tenía miedo de no volver a veros nunca más.

—¿Estabas enfadado?

—¿Con quién? —pregunté, sorprendido por esa pregunta.

—Yo estaba enfadada.

—¿Conmigo?

—También. Pero sobre todo con el abuelo.

—¿El abuelo Werner? ¿Por qué?

La mano de Clara, automáticamente, se fue en busca del pelo. Se enroscó un mechón alrededor del índice y comenzó a girarlo con delicadeza.

—¿Crees que debería pedirle perdón? Ahora que está enfermo, tal vez debería hacerlo.

—¿Cómo puedo decírtelo si no sé lo que pasó?

—Quería jugar con la muñeca de la caja con forma de corazón. Era muy bonita.

—¿La caja con forma de corazón?

La carita de Clara se movió arriba y abajo. Dos veces.

—Había una muñeca dentro. En el desván.

—¿El abuelo se enfadó?

Era como si no hubiera dicho nada.

—La caja era así de grande —indicó las dimensiones con las manos—. Y estaba llena de cosas viejas. Fotografías horribles y la muñeca. Pero la muñeca era bonita.

Fotografías horribles.

—¿Qué tipo de fotos?

—Fotos de películas. Películas de Halloween —dijo ella, seria, ante mi expresión de perplejidad—. Fotografías de películas de zombis. Lo que pasa es que los zombis estaban en el suelo. A lo mejor eran zombis rotos, ¿tú qué piensas, papá?

—Claro —dije mientras mi cerebro intentaba traducir lo que Clara estaba tratando de explicarme—. Zombis rotos.

Zombis rotos.

Una muñeca.

La caja con forma de corazón.

Zombis.

*Rotos.*

—El abuelo dijo que podía hacerme daño y yo le dije que no era justo que se guardara la muñeca. Él no es un niño, yo sí. Y además estaba enfadada porque todo el mundo me trata como si fuera una niña pequeña. No soy una niña pequeña.

—Así que en cuanto él se distrajo te llevaste el trineo.

Los ojos de Clara se llenaron de lágrimas.

—Sabía que me lo habías prohibido, pero quería que viera que...

—Que eres una niña grande.

—¿Crees que debería pedirle perdón? ¿Por haberme enfadado?

—Creo que... —dije con voz ronca— no serviría de nada pedir perdón —sonreí—. Estoy seguro de que el abuelo ya te ha perdonado.

4.

¿Por qué Werner no me había hablado de ello? ¿Por qué no me dijo que había regañado a Clara poco antes de que fuera a estamparse con el trineo? Tal vez en la consternación que había provocado el accidente se le había olvidado. O tal vez se sentía culpable y se guardaba ese asunto en su interior. Werner era bueno guardando secretos, pensé.

Pero...

¿La caja con forma de corazón?

¿La muñeca?

Lo que más me angustiaba esa noche, lo que me impedía conciliar el sueño, eran

las fotos de los zombis rotos. ¿Qué otra cosa podían ser, salvo cadáveres? ¿Por qué tenía Werner en casa fotos de cadáveres? ¿Y de quiénes eran? Me temía saberlo.

Había algo peor. No se trataba de un temor, sin embargo.

Era una certeza.

Werner me estaba ocultando algo.

5.

Esa noche reabrí el archivo.

Lo puse al día.

Luego me fui a dormir.

La caza se había reanudado.

6.

Esperé el momento apropiado. Fui paciente. La ocasión se presentó unos días más tarde.

Werner iba a bajar hasta Bolzano para que lo examinaran de la espalda. Cuando lo anuncié estábamos almorzando juntos. Annelise se ofreció a acompañarlo. Yo me ofrecí a acompañarlo.

Werner rechazó ambas propuestas, podía conducir solo perfectamente. Nos mostramos disgustados. Y contrariados.

Solo Annelise lo estaba.

Calculé los tiempos milimétricamente. De uno de los cajones de la cocina saqué las llaves de repuesto que Werner nos había confiado. Esperé a que Clara se fuera a la cama para echarse la siesta y le dije a Annelise que saldría a dar cuatro pasos.

Me colé en la casa de Werner cuando eran las tres de la tarde.

A las tres y seis minutos estaba en la segunda planta. Me faltaba el aire.

A las tres y siete trepaba por la estrecha escalera que llevaba hasta la trampilla del desván. Unos segundos después sentí las típicas vaharadas de un lugar cerrado.

A las tres y diez encendí la pequeña lámpara que colgaba de una viga. Comencé a buscar. Aun cuando sabía que por allí no había nadie, y que aunque me pusiera a bailar nadie iba a oír nada, todo lo hice en el máximo silencio.

Veinte minutos más tarde encontré la caja con forma de corazón. La puse contra la luz.

Había huellas recientes en el polvo.

La abrí.

# Avispas en el desván

1.

De niño pasaba más tiempo con la cabeza en las nubes que con los pies en el suelo. Mi padre me lo repetía siempre. Él era el ejemplo perfecto de hombre con los pies en el suelo. A los dieciocho años había huido de un destino ya marcado.

Desde hacía doscientos años, la familia Salinger nacía y la palmaba en el mismo pueblo de dos mil almas, en el Misisipi. Mi abuelo había sido agricultor, mi bisabuelo había hecho el mismo trabajo y así sucesivamente hasta ese oscuro antepasado que decidió que estaba hasta el gorro de Europa y se embarcó rumbo al Nuevo Mundo.

Al igual que ese Salinger de dos siglos atrás, mi padre soñaba con algo mejor para él. Soñaba con las mil luces de Nueva York. Pero no era un tipo que tuviera la cabeza a pájaros, como suele decirse. Mi padre no quería llegar a ser un corredor de bolsa en Wall Street o un actor en Broadway.

Simplemente había oído que en la Gran Manzana la gente no tenía tiempo para prepararse los almuerzos y las cenas, de modo que pensó que la mejor forma de sacarse la tierra del Misisipi de las suelas de los zapatos era abrir un puesto de hamburguesas y borrar ese acento arrastrado del sur de su forma de hablar.

Con el tiempo y con sudor, el puesto ambulante se transformó en una pequeña y modesta casa de comidas en Brooklyn, un lugar donde se gastaba poco y se comía mucho, aunque el acento se le quedó pegado igual que un chicle bajo las suelas de los zapatos ortopédicos que el médico le prescribió llevar en el trabajo.

En 1972 conoció a una joven inmigrante alemana, mi madre; se gustaron, se casaron, formaron un hogar y en el año 1975 nací yo, primogénito e hijo único de la familia Salinger de Red Hook, NY.

Entre los vecinos había quienes se burlaban de mí. Decían que era el hijo del *redneck*, pero yo no les hacía caso. Lo mejor de este país es que de una forma u otra todos somos hijos o nietos de inmigrantes. La casa de comidas era un mundo pequeño y acogedor que mantenía ocupados a mi padre y a mi madre durante catorce horas al día, y yo tenía un montón de tiempo libre para perderme en mis fantasías. Sobre todo leer y caminar por el barrio.

Red Hook en aquella época se encontraba en un estado bastante precario, la heroína fluía a raudales, lo que tenía como resultado una violencia generalizada, y por la noche las patrullas no se atrevían a asomar la nariz en las inmediaciones del puerto. Un chiquillo todo piel y huesos podía ser un objetivo para toxicómanos y descerebrados de toda clase.

Mi *Mutti* (tampoco ella perdió nunca su acento alemán, cosa de la que a menudo se quejaba) me rogaba que evitara mis paseos. ¿Por qué no me quedaba en casa



viendo la televisión como todos los buenos chicos de mi edad? Me daba un beso en la cabeza y salía corriendo a trabajar.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Y, de todos modos, yo era muy cuidadoso, no era un niño estúpido. Curioso, es cierto, pero ¿estúpido? Eso nunca. Leía montañas de libros, qué diablos. No podía sucederme nada malo. Creía que allá arriba, en el cielo, existía una divinidad que protegía a los amantes de los libros de las maldades de la vida terrenal. Mi madre era protestante, de la línea marxista, como le gustaba decir; mi padre baptista, de la línea basta-con-no-tener-un-sacerdote-tocándome-las-narices; los vecinos eran luteranos, hindúes, musulmanes, budistas, los había incluso católicos.

Mi idea del cielo era vaga y democrática.

Por lo tanto, sintiendo sobre la cabeza la mano del dios de los lectores, en todas las ocasiones tranquilizaba a mi *Mutti*, esperaba a verla salir por el vestíbulo del edificio de ladrillo rojo en el que me había criado y me escabullía para lanzarme a mis peregrinaciones. «Este chico gasta más zapatos que un equipo de corredores de maratón», murmuraba mi padre cuando mi madre le comentaba que había llegado el momento de comprarme un nuevo par, agitando lo que quedaba de las últimas All Star adquiridas. Estaba obsesionado con las All Star.

En cualquier caso, me gustaba caminar.

Me sentía atraído en especial por la zona antigua de Red Hook, el puerto, los almacenes de trigo, Sigourney Street, Halleck Street y la Columbia, con los puertorriqueños mirándote con hostilidad, y que terminaba en el océano, como la cola enroscada de un escorpión.

O de un Garfio, por supuesto.

Caminar significaba imaginar. Cada rincón, un misterio; cada edificio, una aventura. En mi cabeza todo se convertía en algo brillante, como en una película.

Nada me asustaba, el dios de los lectores estaba de mi parte, ¿verdad? Era un error.

Tenía diez años, la mejor edad para disfrutar de la libertad sin darse cuenta del peso que comporta. El aire templado que soplaba desde el océano se había llevado gran parte del *smog* y caminaba por las inmediaciones de Prospect Park deleitándome con los rayos del sol. Me senté en un banco, con un burrito en una mano y una Coca-Cola helada en la otra.

Fui el amo del mundo hasta que oí el ruido. Un zumbido. Grave, sombrío.

Levanté la cabeza hacia el cielo.

No vi ninguna deidad dedicada a leer alguna novela entre las ramas del arce que estaban por encima de mí. Ni siquiera vi el cielo de primavera. Vi una colmena. Fea, burda, tuberosa como una patata. Y docenas de avispas que me miraban, zumbando. La sensación que experimenté, cuando una de ellas se desprendió de esa especie de fruta de papel (la primera imagen que me vino a la mente en cuanto la vi) y se posó en mi mano, chupando un poco la grasa del burrito, fue horrible. Esa cosa que se

movía era de verdad, era malvada. Y pronto iba a hacerme daño.

Un daño de la hostia.

Y así fue.

Como el idiota que era, en vez de dejarla a su aire manteniendo la calma y esperando a que terminara su comida para largarme por patas, comencé a agitar la mano y me tiré al suelo. Me picó tres veces. Dos en la mano y otra en el cuello. La picadura del cuello se hinchó tanto que mi *Mutti* pensó que tendría que llevarme al hospital. No llegamos a ese extremo, pero desde ese día no volví a creer en el dios de los lectores. Comencé a temer a cualquier insecto que se encontrara por mi zona, y el recuerdo de la mirada de odio de todas esas avispas vuelve a mi mente cada vez que me doy cuenta de que he hecho una gilipollez.

Como aquel día de marzo.

Fue en las avispas en lo que pensé cuando abrí la caja con forma de corazón.

2.

Retrocedí dando respingos, al tiempo que lanzaba un grito.

No había avispas. Solo un montón de polvo y fotografías amarillentas. Fotografías de zombis rotos. Los zombis eran: Markus. Evi. Kurt.

Los zombis rotos del Bletterbach.

Horror en estado puro.

Esas fotografías debían de formar parte de los rollos disparados por los técnicos de la policía científica en la escena del crimen. Probablemente Werner las había robado y tal vez ni siquiera Max se había dado cuenta... ¿O tal vez Max lo sabía? La pregunta me pasó rozando y se fue con rapidez, tras el flujo galopante de la adrenalina en mis venas.

Los desgarros en primer plano. Los músculos cortados como en una carnicería de despojos. Los miembros amputados en medio del barro. Aquellas instantáneas eran un hierro al rojo vivo que se me clavaba en las tripas. Sin embargo, no podía dejar de mirarlas.

Las *caras*.

Las caras me atacaron con ferocidad.

La de Markus, con arañazos de los cardos en los que había caído, grandes surcos que parecían zarpazos de un animal. La expresión aterrorizada de quien sabe que delante tiene la muerte.

La cara de Kurt, distorsionada en una expresión que era la quintaesencia de la desesperación.

Evi.

El cuerpo sin cabeza, tirado entre las raíces nudosas de un castaño. Y el barro oscuro a su alrededor, como una aureola demoníaca.

—Hola, Evi.

Me escuché decir.

—Lamento todo esto —suspiré—. Aún no te lo había dicho, pero lo lamento de verdad.

Había otros dos objetos en la caja con forma de corazón.

La muñeca. Era de tela, rellena de algodón. La muñeca de la que me había hablado Clara. De las que se hacen en casa utilizando trapos y mucha paciencia. No tenía cara, tal vez fue bosquejada con un rotulador y el tiempo la había desdibujado. El pelo rubio estaba recogido en dos trenzas. La acaricié. Se parecía a mi hija.

Entonces me di cuenta de un detalle. Estaba manchada. La muñeca llevaba una especie de vestido de bailarina, largo, un delantal blanco de estilo tirolés. El delantal estaba manchado. Manchas extensas y nauseabundas. El color era oscuro, bronceo. Instintivamente supe de qué se trataba. La dejé escapar de mis manos.

Cuando cayó no produjo ningún sonido.

A los escalofríos se sumó la náusea. Me froté los dedos en los tejanos intentando liberarme de la sensación de haber tocado algo infectado. Comencé a respirar por la boca jadeando como un animal. El otro objeto no fui capaz de tocarlo.

Un hacha.

El mango estaba roto en dos partes, unidas entre sí con cáñamo desgastado. El filo de la hoja brillaba a la luz de la desnuda bombilla que colgaba encima de mi cabeza. Me quité la camisa y la utilicé como si fuera un guante para mover el hacha. La quemaría después, pensé. La idea de ponérmela de nuevo me repugnaba tanto como la idea de admitir de qué eran las manchas en la muñeca sin rostro.

En el fondo de la caja, apisonado por todo lo demás, había un sobre de papel que antaño había sido amarillo, pero que ahora tenía el color del vientre de un pez.

Tomé aire y lo levanté. Le di vueltas entre los dedos, incapaz de hacer el simple acto de abrirlo y mirar su contenido. Era ligero. Tardé una eternidad en decidirme.

Dos fotografías, un pequeño rectángulo de papel y una hoja doblada en cuatro.

Fue entonces, creo, cuando perdí la noción del tiempo.

3.

En cierta ocasión, nos encontrábamos al principio de nuestra historia, aunque yo ya estaba completamente enamorado, llevé a Annelise a conocer el barrio en el que había crecido. Lo hice pese a algunas reluctancias y solo porque ella insistió.

Ya no era el Red Hook de los años ochenta, con toxicómanos en los zaguanes de los edificios y camellos que fumaban apoyados en los postes de la luz, pero me avergonzaba un poco de esas casas con las paredes llenas de desconchados y las aceras sucias.

Le enseñé el puerto, los almacenes que databan del siglo XIX, lo que quedaba de

los bares a los que mi madre me prohibía ir, y la invité a un café muy caliente en el mexicano donde compré por lo menos la mitad de las meriendas de mi infancia y buena parte de los bocadillos de mi adolescencia.

A Annelise el barrio le gustó horrores. Lo mismo que ella le gustó a mi *Mutti* cuando, esa misma noche, se la presenté con el pretexto de una cena.

Mi *Mutti* había hecho las cosas a lo grande. Cuando nos abrió la puerta me di cuenta de que se había puesto su mejor falda. Incluso se había maquillado.

Para entonces mi padre ya había muerto; murió de un infarto mientras estaba preparando una de sus fantásticas hamburguesas con cebolla, y ella se encontró, viuda, teniendo que gestionar un local y las ambiciones artísticas de un hijo imprudente.

El día en que le confesé que salía con una chica fue incapaz de contener la alegría. Naturalmente, quería saberlo todo sobre ella. Naturalmente, tenía que llevarla a cenar. Presentársela. ¿De verdad era tan guapa? ¿De verdad era tan sensible? ¿De verdad era una buena chica? Naturalmente, prepararía esa cena con semanas de antelación. Y así fue.

Annelise se sintió más que feliz por conversar con ella en su lengua materna, y fue muy agradable escuchar a mi madre reírse como no ocurría desde hacía mucho tiempo.

Sometió a Annelise a un amable interrogatorio.

Me quedé fascinado con las historias de mi enamorada. Los *Krampus* con sus látigos, las cimas nevadas de los Dolomitas. La guardería de Cles, construida toda ella de madera; la escuela primaria con ventanas que daban a los viñedos que se perdían en el horizonte, las vacaciones en Siebenhoch y las excursiones en la montaña con Werner, la decisión de trasladarse allí, donde sus padres habían crecido y donde Werner no solo era su padre, sino que era Werner Mair, el gran hombre que había inventado el Socorro Alpino de los Dolomitas. La Navidad con nieve tan alta como para obligarlos a quedarse en casa todo el día, las amigas con las que ir de compras por Bolzano y la decisión de marcharse a los Estados Unidos.

Especialmente, a mi *Mutti* le encantó escucharla hablar de los paisajes. Se los hizo describir una y otra vez, hasta el punto de que incluso me sentí incómodo ante esa insistencia. Tal vez había llegado a la edad en la que los emigrantes sueñan con establecerse de nuevo en su tierra de origen, a pesar de que saben que aquello a lo que querrían regresar ya no existe.

Annelise habló de sus padres, de lo mucho que la habían mimado y consentido, a ella, hija única de una pareja de edad un tanto avanzada como para tener hijos y que por eso había sido muy protectora con ella.

Habló de aquella vez en que su padre discutió con una maestra por un castigo que en su opinión su hija no se merecía (cuando, por el contrario, sí que se lo había ganado, dijo Annelise, los petardos no caen en las cabezas de las personas porque sean las palomas las que los transportan, ¿verdad?), y expuso con todo lujo de

detalles todas las recetas que su madre había tratado de enseñarle.

—Debe de haber sido muy bonito crecer en un lugar como ese, Annelise.

—Tuve la infancia más bonita del mundo, señora Salinger.

¿Y cómo llevarle la contraria?

La nieve, los prados. El aire fresco. Dos amantes padres.

Siebenhoch.

Qué lástima que todo fuera mentira.

4.

No lo oí llegar; había perdido la noción del tiempo, y tal vez no solo eso. No oí el coche que aparcaba en el camino de entrada y no oí sus pasos en la escalera. Tan solo noté su mano que me agarraba.

Grité.

—Tú —dije.

Traté de articular algo sensato. No me salió nada.

Werner esperó.

Se agachó doblando una rodilla con un gemido de dolor y aferró la muñeca. Sopló encima y la acarició. Por último, la colocó en la caja con forma de corazón.

Yo seguía tembloroso cada uno de sus movimientos.

Me quitó las dos fotografías de las manos. Lo hizo con delicadeza, sin mirarme a los ojos, se las pasó sobre el jersey que llevaba puesto y las metió en el sobre. Luego metió también los dos pedazos de papel amarillento, el grande y el pequeño.

Introdujo en la caja con forma de corazón el sobre, la hoja del hacha y el mango roto. Por último la cerró, la cogió entre las manos y se levantó.

—Apaga la luz cuando bajes, ¿vale?

—¿Adónde..., adónde vas? —pregunté, mientras un escalofrío me recorría el cuerpo.

—A la cocina. Tenemos que hablar y este no es el lugar más indicado.

Desapareció, dejándome solo.

Bajé las escaleras aferrándome a la barandilla. Tenía miedo de que las piernas no me sostuvieran.

Lo encontré sentado en su silla de costumbre. Incluso había encendido la chimenea. Me indicó con un gesto que me sentara. Había colocado el cenicero sobre la mesa, junto a dos vasitos y una botella de *grappa*. El retrato de la normalidad. De no ser por la caja sobre sus rodillas, yo habría pensado que había sufrido una alucinación.

El hacha. La muñeca.

Las fotografías...

Una invención de mi mente.

—¿Eso es todo? —pregunté.

Werner pareció sorprendido por mi reacción, por lo menos tanto como yo lo estaba por la suya.

—Siéntate y bebe.

Obedecí.

—Creo que tendrás un montón de preguntas, ¿verdad?

Una vez más me quedé sorprendido por su tono de voz. No parecía agitado o asustado.

Era el Werner de costumbre, ofreciéndome una vieja historia. No sé qué me esperaba, pero sin lugar a dudas no toda esa normalidad: dos vasitos de *grappa* y una chimenea chisporroteante.

Werner me observaba, el rostro inescrutable.

Me tendió el vasito.

—Necesito respuestas, Werner, o como que hay Dios que lo primero que haré al salir por esa puerta será llamar a la policía.

Retiró la mano. Depositó el vasito sobre la mesa y acarició la caja.

—No es tan sencillo.

—Habla.

Werner se recostó en el respaldo.

—Tienes que saber que la he querido. La hemos querido.

—Eres un mentiroso. Un maldito asesino.

Werner se martirizó la cutícula del pulgar hasta que comenzó a sangrar.

Se lo llevó a los labios.

—La hemos querido como si fuera nuestra hija —dijo después de una eternidad.

El contenido del sobre. Las fotos de Kurt y Evi abrazados. Kurt y Evi que saludaban con la mano. Entre ambos, en los brazos de Evi, un recién nacido.

Una niña.

Rubia.

El nombre del recién nacido aparecía en la hoja doblada en cuatro. Annelise Schaltzmann, decía el papel, un certificado de nacimiento con el membrete de la República Austriaca. Hija de Evi Tognon, soltera, nacida el 3 de enero de 1985. Un certificado de nacimiento que decía lo impensable.

—Evi y Kurt tenían una hija.

—Sí.

—Tú te la quedaste.

—Sí.

—¿Annelise?

—Sí.

Me pasé la mano por la cara. Luego, desde lejos, oí que mi voz formulaba la más terrible de las preguntas.

—¿Y por eso los mataste?

# La verdad sobre la masacre del Bletterbach

1.

—Era tan pequeña. Ni siquiera lloraba. Pensamos que estaba muerta. Estaba toda salpicada de sangre. Tendrías que haber visto, en medio de esa carnicería, sus ojos. Esos ojos azules, inocentes.

—¿Quién más estaba contigo? —pregunté.

—Hannes, Max y Günther.

Sentí que la sangre se me subía a la cabeza.

—Deja ya de mentir.

—No lo has entendido, Jeremiah. Annelise... estaba entre sus brazos.

—¿Los brazos de quién?

—Del asesino —fue la respuesta de Werner.

Sus ojos lanzaban saetas. Extrajo de la caja con forma de corazón el sobre amarillo.

Desplegó las fotografías. Luego, el certificado de nacimiento. Para finalizar, el último rectángulo de papel. Era un permiso de conducir, austriaco. A nombre de Oscar Grünwald.

Me lo enseñó.

—Él los mató.

—¿Y por qué?

—Dejé de pensar en ello hace muchos años.

Depositó el permiso de conducir sobre la mesa. Se quedó por un instante en silencio.

—Estás mintiendo —dije.

Cuando Werner volvió a hablar, su cara estaba distorsionada en una mueca cruel.

—Fue lo primero que vimos cuando salimos a ese maldito claro. Grünwald, con el hacha en la mano derecha y esa criaturita bajo el brazo.

Me imaginé la escena.

La lluvia torrencial. El lodo que se deslizaba bajo los pies. Piedras que silbaban. Las copas de los árboles dobladas por la furia de los elementos. El rugido sordo de la tormenta autorregenerativa. Los cadáveres despedazados por el suelo.

*Todo.*

Me faltaba el aliento.

—En cuanto nos vio comenzó a gritar. «¡Monstruos! ¡Monstruos!». Max y Günther se quedaron petrificados. Hannes vio a Kurt y él también comenzó a... ¿Alguna vez has oído gritar a un loco? Yo sí, ese día, en el Bletterbach. Pero también había enloquecido yo. Todos habíamos enloquecido. Hannes se precipitó contra

Grünwald, yo seguí sus pasos. Con un grito aterrador, Grünwald se lanzó contra él. Aferraba a la niña contra el pecho y mantenía el hacha en alto sobre su cabeza. *Esta hacha.*

Señaló la hoja que no me había atrevido a tocar.

—Vi la trayectoria, la vi solo en mi mente, pero con toda claridad. Era como si el tiempo se hubiera detenido. No oía nada. Alguien había bajado el volumen por completo. Pero nunca en mi vida he tenido una percepción tan nítida de la realidad.

Las manos de Werner se agitaron en el aire de la cocina de Welshboden. A pesar de la chimenea, sentía el frío intenso en los huesos.

El frío intenso del Bletterbach.

De la tormenta.

Ya no estaba en la casa espartana de Welshboden con su desván lleno de misterios y la mesa con *grappa* colocada encima. Eso era mera escenografía, cartón. Las palabras de Werner habían abierto una brecha en el tiempo.

El olor del barro mezclado con el de la sangre. Sentí la electricidad en el aire.

El estruendo de los rayos.

Y los gritos de Hannes.

Pero no era Hannes quien gritaba, Hannes murió después de volarle los sesos a su esposa, enloquecido por el horror del Bletterbach. Lo que mis sentidos percibían era el fósil del grito de Hannes. Preso en la mente de Werner durante más de treinta años.

—La hoja estaba manchada de sangre. Grandes grumos oscuros. Quién sabe cuánto tiempo llevaba ahí, completamente inmóvil, con la niña agarrada contra el pecho y el hacha salpicada con la que había matado a aquellos tres. Horas, tal vez. No lo sé, no lo sé. En ese momento solo veía la trayectoria del hacha dibujada en el aire y la carrera desenfrenada de Hannes. Grünwald iba a añadir una cuarta víctima a su masacre. De manera que me lancé sobre mi amigo. Lo aferré por la pierna. Hannes se cayó al suelo. El hacha no le dio por un pelo. La cara de Grünwald, Jeremiah. Su expresión...

Werner se pasó las palmas de las manos sobre los pantalones. Las frotó con fuerza.

La realidad se desgarró todavía un poco más.

Sentía el sabor del barro, mezclado con el del miedo.

—Avanzó hacia nosotros. A cámara lenta. Grünwald agitaba el hacha como un trofeo de guerra, con la niña estrechada contra el pecho. Tan apretada que temí que la ahogara. Hannes se había golpeado la cabeza, un corte en la frente. La visión de la sangre me trajo de vuelta el audio.

Werner negó con la cabeza.

—No sé por qué.

Una gota de sudor se deslizó por su sien, bajando hasta la curva de la mandíbula.

Luego desapareció.

Me pareció roja.



—Pensé que la sangre de Hannes se mezclaría con la de su hijo. Me pareció horrible. Luego Grünwald se abalanzó contra mí. Parecía que midiera diez metros. Un gigante, una criatura de los bosques salida de una leyenda. Tenía los ojos desorbitados, sangre en la cara, sangre en la ropa.

Werner aferró la botella de *grappa* y dio un largo trago. Y otro.

—He visto heridos, muertos, en mi vida. He visto extremidades rotas. He visto a un padre llevar hasta el valle la pierna de un hijo, he visto a niños de rodillas implorándome que salvara a padres con el cráneo abierto por una roca. He visto lo que hace la fuerza de la gravedad en un cuerpo después de un vuelo de cuatrocientos metros. Yo mismo he estado a punto de morir varias veces. A la muerte la he oído venir. Como un rápido soplo que se te lleva. Pero ese día, en el Bletterbach, la muerte era un gigante con un hacha en la mano que me observaba poseído.

Werner me miró fijamente.

—Era el *Krampus*. Nada de látigos ni de cuernos, pero era el *Krampus*. Era el diablo. Y... lo oí murmurar.

—¿Qué decía?

—Parecía una fórmula mágica. O una maldición. No lo sé. No lo entendí, un rayo había derribado un árbol a menos de diez metros de distancia. Me zumbaban los oídos, tenía los tímpanos destrozados. Pero era una frase sin sentido, tal vez solo el reclamo de un loco. He pensado en ello durante años.

Werner se pasó la mano por el pelo blanco.

Sentí un vacío en el estómago. Yo lo sabía. No era una frase sin sentido. Era un nombre en latín.

Con las manos rígidas por un frío que provenía de otro lugar y de otro tiempo, hurgué en el bolsillo y extraje el móvil. Busqué en la memoria la imagen que me había enviado Mike, y al final le enseñé la pantalla a Werner.

—¿Qué es?

—*Jaekelopterus rhenaniae*. ¿Fueron estas las palabras de Grünwald?

Werner se las repitió a sí mismo, varias veces, como un mantra, como una oración. Sus ojos estaban a años luz de distancia de Welshboden.

—¡Sí! —exclamó de golpe—. Eso es. *Jaekelopterus rhenaniae*. ¿Cómo puedes saberlo?

—Grünwald estaba convencido de que aún existían, en el Bletterbach. El *Jaekelopterus rhenaniae* es un antepasado de los escorpiones extinguido en el Pérmico, precisamente la edad a la que se remontan las capas más profundas de la garganta. Este es el monstruo del que hablaba. El monstruo... —negué con la cabeza, incrédulo—. Evi había destrozado su carrera con una publicación que demolía sus teorías. Grünwald se convirtió en el hazmerreír del mundo académico. Un paria.

Recordé las palabras de Mike.

—Era una persona solitaria. No tenía a nadie. Excepto —señalé la criatura en la pantalla del móvil— sus obsesiones. Iba a la caza de monstruos, y cuando Evi se

interpuso entre ellos y él, el propio Grünwald se convirtió en un monstruo.

Examiné su cara en el permiso de conducir. La frente alta, una incipiente calvicie. El pelo corto, los ojos oscuros, estrechos, como si fuera miope pero le diera vergüenza llevar gafas.

Cogí las fotografías de la masacre. Las coloqué sobre la mesa, una al lado de la otra, teselas de un mosaico del horror.

Pasé un dedo por encima. La yema me quemaba.

—Las piernas tronchadas. Los brazos. La decapitación. El *Jaekelopterus* cazaba de este modo. Cuarenta y seis centímetros de pinzas afiladas como cuchillas.

Me senté.

—Estaba loco. Loco.

No quería creerlo. Me parecía demencial, pero al mismo tiempo todo encajaba.

De repente, la historia de Grünwald se convirtió en una perfecta secuencia de puntos unidos por una única línea que partía de *a*, pasaba por *b* y acababa convirtiéndose en una línea roja de sangre, en el Bletterbach. Las pruebas estaban todas ahí, las tenía delante.

Y por si las pruebas no bastaran, una parte de mí se encontraba en el Bletterbach, en abril de 1985. Tenía la espalda entumecida por el frío.

Podía verlo.

Podía oír cómo murmuraba esa maldición cuya antigüedad era de millones de años.

*Jaekelopterus rhenaniae*.

—¿Qué pasó después?

—Grünwald lanzó un grito terrible. Pero Günther fue más ágil. El rayo lo había espabilado del *shock*. Se abalanzó sobre él hecho una furia. Lo agarró por las caderas y lo lanzó contra el suelo. La niña rodó por el barro, y de no haber sido por los reflejos de Max se habría caído por el barranco. Comenzó a llorar. Era el lamento de un gatito, no el de una niña. Günther, por su parte, seguía peleando con Grünwald. Me levanté y fui a ayudarlo. Golpeaba a ciegas. Fui yo quien le arrebató el hacha de las manos a ese malnacido. La levanté en alto y grité hasta desquiciarme las cuerdas vocales. Era una reacción impropia de mí, era algo animal. Luego me di cuenta de que el mango estaba pegajoso por la sangre. Grité de nuevo, pero esta vez con horror.

Señaló las dos piezas del mango unidas por la cuerda.

—La rompí contra una roca. Golpeé hasta que me sangraron los dedos. Cuando terminé, Günther aún seguía liado a puñetazos con Grünwald. Le había dejado la cara hecha un amasijo informe de hematomas. Lo está matando, pensé. Pero ¿sabes una cosa, Jeremiah?

Dejó que la pregunta flotara en el aire.

—Yo también quería que esa bestia muriera.

*Bestia*, dijo.

—Pero —Werner continuó al cabo de una eternidad— no quería que Günther se

convirtiera en un asesino. Günther era una persona instintiva, un limpio de corazón. Si le hubiera dejado matar a Grünwald, el remordimiento lo habría perseguido. Lancé un grito. Günther se detuvo, las manos le goteaban sangre; Grünwald, debajo de él, gemía en voz baja. Le salían burbujas de sangre de la boca. No sentí ninguna piedad. Le ordené que se detuviera. Y Günther, tal vez solo por costumbre, obedeció.

Un suspiro.

—Max, mientras tanto, le había limpiado la cara a la niña. Ya no lloraba, pero estaba temblando de frío; le dimos calor como pudimos. Hannes, por su parte, estaba arrodillado junto al cuerpo de su hijo, sollozaba como si no pudiera parar de hacerlo.

Werner soltó un largo suspiro. Casi interminable.

—Sabía que si me quedaba en medio de toda esa destrucción sin hacer nada me volvería loco. Exactamente como Hannes. Había que tomar una decisión. E hice mi propuesta.

—¿Qué propuesta? —susurré.

—Existen tres tipos de justicia, Jeremiah. Está la justicia de Dios. Pero Dios, aquel día, estaba mirando hacia otra parte. No vino un ángel a hablar con nosotros para indicarnos el camino que debíamos seguir. Tan solo había una niña que se estaba muriendo de frío, el llanto de Hannes, la mirada poseída de ese loco, y toda aquella sangre.

Una pausa.

—Luego está la justicia de los hombres. Habríamos podido atar a Grünwald y arrastrarlo hasta abajo. Entregarlo a la policía. Pero yo había tenido problemas con la justicia de los hombres, y no me gustó. ¿Recuerdas el nacimiento del Socorro Alpino de los Dolomitas?

—¿La expedición en la que murieron tus amigos?

—Me llevaron a juicio. Dijeron que había sido culpa mía. Como yo era el único superviviente, decidieron que había sido mi negligencia lo que los mató. ¿Qué podía saber ese juez? ¿Qué podía saber sobre cómo se siente uno cuando tiene que cortar la cuerda de seguridad que le une a un compañero con la espalda destrozada? ¿Qué sabían sus leyes sobre lo que ocurre en la montaña? Nada. Para él solo importaba que yo estaba vivo y los demás no. De manera que tenía que ser castigado.

—¡Guárdate de los vivos! —dije.

—Me absolvieron por una sutileza técnica. La misma ley con la que fui acusado me dejaba en libertad por un apartado escrito por quién sabe quién y quién sabe por qué.

Werner negó con la cabeza, vigorosamente.

—Nada de justicia de los hombres.

—¿Y cuál es la tercera justicia?

—La de nuestros Padres.

Cruzó los brazos sobre el pecho, esperando mi reacción. No la hubo. Permanecí quieto hasta que su relato prosiguió.

—Nuestros Padres conocían la montaña. Nuestros Padres elevaban sus oraciones a las rocas y sus maldiciones al hielo. En su época no existía la justicia que hoy pensamos honrar. Nacían esclavos y esclavos morían. Sufrían el hambre y la sed. Veían morir a sus hijos como si fueran animales. Los enterraban bajo la tierra dura y procreaban otros con la esperanza de que al menos esos se salvaran.

Miró hacia arriba, hacia el techo y más allá.

Más allá del cielo.

Más allá del espacio.

—Nuestros Padres tenían una manera de limpiar la sangre de los vivos.

Me di cuenta de que contenía el aliento. Las palabras de Werner me golpeaban en el pecho como si fueran clavos. Grandes y pesados clavos de ataúd. Dejé salir el aire.

Mientras tanto Werner se había levantado y había desplegado el mapa sobre la mesa.

—Aquí es donde lo encontramos, lo atamos y nos lo cargamos a la espalda. No hubo necesidad de palabras. Todos conocíamos la justicia de nuestros Padres. Nos íbamos turnando, Günther, Max y yo. Hannes no, Hannes no hacía más que llorar y llamar a su hijo. Invocaba su perdón por no haberlo entendido, por no haberle dicho nunca lo orgulloso que estaba de él. Pero los muertos son sordos a nuestras súplicas, así que tratamos de consolarlo. En vano. No nos escuchaba ni siquiera a nosotros, y tal vez —suspiró—, tal vez porque también nosotros, mientras íbamos acarreado a ese malnacido hacia las cuevas, también nosotros estábamos muertos.

Me quedé de piedra.

—Las cuevas.

Werner repiqueteó en el mapa para mostrarme el punto exacto.

—Desde siempre nuestros Padres arrojaban ahí a los asesinos, violadores, camorristas. Cualquiera que hubiera derramado sangre, cualquiera que hubiera intentado destruir Siebenhoch, acababa allí. Carecía de importancia si era rico o pobre, noble o plebeyo. Las cuevas son grandes y oscuras. Acogen a todos.

¿Vi una sonrisa en su cara?

Recé por que no fuera así.

—Las brujas —murmuré recordando lo que me había explicado Verena—, también las brujas acababan ahí abajo.

—Sí.

—Las brujas eran inocentes.

—Eran otros tiempos. Nosotros sabíamos que Grünwald era culpable. Y lo tiramos ahí abajo.

—¿No..., no teníais miedo de que pudiera escapar?

Werner soltó un murmullo de burla.

—Nadie ha salido nunca de las cuevas del Bletterbach. Ahí abajo está el infierno. ¿Te acuerdas de la mina? De vez en cuando los mineros derribaban la pared equivocada y morían ahogados. Hay lagos bajo el Bletterbach. Hay quien dice que

incluso pozas de azufre. Hay todo un mundo ahí abajo.

—Y vosotros lo arrojasteis allí.

—Era su lugar. Fuimos Max y yo los que bajamos, mientras Günther, desde la superficie, de vez en cuando nos daba un grito. Cuando su voz se convirtió en poco más que un suspiro, Max y yo encontramos un pozo. Nunca he visto tinieblas más impenetrables. Parecía una pupila maligna y gigantesca.

—¿Grünwald aún seguía con vida?

—Respiraba. Jadeaba. Sí, estaba vivo. Günther no era un asesino. Antes de arrojar a Grünwald al pozo le quité el permiso de conducir, era el único documento que llevaba encima.

—¿Por qué?

—Por dos motivos. Porque si las corrientes subterráneas sacaban a flote su cadáver, no quería que se descubriera su identidad. No se merecía un nombre en la tumba. Y luego porque quería algo que me recordara la rabia que sentía en ese momento. Sabía que tarde o temprano desaparecería. Y yo quería que permaneciera viva para siempre. Cuando siento que se debilita un poco subo al desván, abro esta caja y miro a los ojos a ese hijo de puta. La rabia regresa, y con ella la sensación que sentí al lanzar a Grünwald en las cuevas. La sensación de haber hecho justicia.

—La justicia de los Padres.

—Cuando salimos al aire libre, Hannes ya tenía la mirada ausente, mientras que Günther temblaba como una hoja —Werner cruzó los brazos y miró hacia el techo—. Años después..., fue justo antes de morir en el accidente de tráfico, me lo encontré borracho como una cuba.

—¿Aquí en Siebenhoch?

Werner negó con la cabeza.

—No. En Cles, donde vivía yo. Quería quitarse un peso de encima. No hacía más que maldecir y golpearse con un juego de llaves. Sangraba. Estaba como loco. Günther fue el último en salir de la boca de la cueva, y decía que cuando nosotros ya nos habíamos alejado oyó voces, voces de mujer. Pedían ayuda. Eran un coro, me dijo exactamente eso, un coro.

—Por Dios...

—Estábamos locos esa noche.

—¿Qué pasó con la niña?

A pesar del certificado de nacimiento y de las fotografías, no era capaz de llamarla por su nombre.

—Encontramos un refugio, aunque bien pobre. Encendimos una hoguera. La acunamos por turnos. Tenía hambre. Nosotros solo teníamos agua y azúcar para ella. Necesitaba cuidados, pero la tormenta no dejaba de machacarnos.

Werner comenzó a dar golpes sobre la mesa.

—Era un bombardeo de lluvia, relámpagos, truenos. Duró siglos. Siglos que empleé para pensar.

—¿En qué?

—En la niña. Había nacido en Austria, después de que Kurt y Evi se trasladaran allí, pero no habían hablado de ella en Siebenhoch...

—No estaban casados.

—Exactamente. Kurt temía la reacción de su padre. Markus sabía lo de la pequeña, pero él había muerto tratando de escapar de ese loco que acabábamos de arrojar en las cuevas. ¿A quién se entregaría esa niña? Solo había dos posibilidades. La familia de Kurt y la madre de Evi.

—La alcohólica.

—Exacto.

—¿No había más parientes?

—Estaba el padre de Evi, pero ¿dónde se encontraba? Y, sobre todo, ¿le habrías confiado esa niña a un hombre que había abandonado a su esposa después de haberla convertido en una puta que estaba siempre borracha? Y que, además, era un maltratador.

Negué con la cabeza.

—Entonces decidiste quedártela tú.

—No. Decidí que iba a ayudar a Hannes a obtener la custodia. Pensé que Günther podría implicar también a su hermano Manfred...

—¿Por qué Manfred?

—Manfred sabía cómo manejarse con la burocracia y, en ese momento, comenzaba a tener amigos en la política. Cosas que podían sernos de utilidad. Era un peligro, pero... Fue lo que decidí esa noche. Luego regresamos. Estaba oscuro, hacía frío. Siebenhoch permanecía aislado del resto del mundo. A Helene le entregamos a Hannes: ambos estaban destrozados por la muerte de Kurt. Pero no podía imaginar lo que Hannes iba a hacer al cabo de unas horas... —un suspiro—. Durante unos días cuidaría yo a la niña. Max y Günther eran solteros, yo era el único que tenía una esposa, ¿comprendes?

—La llevaste a casa.

—Herta..., tendrías que haber visto su cara. Estaba asustada, aterrada, furiosa conmigo porque había puesto en peligro mi vida, pero la visión de la niña la convirtió en otra persona. La tomó entre sus brazos, la cambió, la lavó, la alimentó y, mientras Annelise dormía, me pidió que se lo contara todo.

—¿También lo de la cueva?

—Dijo que habíamos tomado la decisión correcta.

Oí en alguna parte el reclamo de un cuervo.

Las llamas de la chimenea se habían convertido en brasas.

—Esa noche Hannes mató a Helene, lo encontraron catatónico, escopeta en mano todavía. Fue Max quien me lo contó. Fue hasta mi casa hecho una furia, casi tira la puerta abajo. Pronto despejarían las carreteras, a Hannes lo detendrían y entregarían a la niña a los servicios sociales.

—¿Fue entonces cuando decidiste quedártela?

—Lo decidimos todos juntos. Max, Günther, Herta y yo.

—¿Con qué derecho?

—Esa niña no se merecía crecer en un orfanato. Eso no se lo merece nadie.

Werner se movió, parecía enojado.

—Nosotros la criaríamos, le daríamos el amor que Evi y Kurt ya no podrían darle. Que alguien —casi gritó— había decidido que ya no podrían darle. ¡Haciéndolos pedazos! ¡Pedazos!

Aferró el mango del hacha y lo lanzó contra el suelo.

—Seguía siendo un secuestro. De una menor.

—Puedes pensar como quieras, Jeremiah. Pero trata de verlo como nosotros lo vimos en aquel entonces.

—¿Cómo lo hicisteis?

—Teníamos que eliminar las huellas. Regresamos al Bletterbach. Rastreamos el claro en busca de lo que podría revelar la existencia de Annelise a la policía. La muñeca, un biberón. Nos lo llevamos todo. Nos llevamos también lo que quedaba del hacha. Teníamos miedo de que la policía pudiera encontrar huellas dactilares que lo estropearan todo.

Pensé en lo que Max me había enseñado acerca de las investigaciones de la científica.

—Un esfuerzo inútil.

—Lo sabemos ahora, pero ¿entonces? Volvimos al pueblo justo a tiempo, porque las excavadoras de Protección Civil hicieron su entrada triunfal.

—Annelise...

—Esperé el final de las investigaciones preliminares encerrado en casa. Iba a hacer la compra a Trento por temor a que alguien pudiera verme con una bolsa llena de papillas y pañales para bebés. Veía policías listos para detenerme por todas partes. Les tenía miedo incluso a las sombras. En cuanto se declararon cerradas las investigaciones, Herta, Annelise y yo nos fuimos. En mitad de la noche las subí al coche y nos escapamos de aquí.

—¿A Cles?

—Eso es lo que la gente cree. No. Habría sido imprudente. Nos ayudó Manfred. Sí, también Manfred lo sabe. Tenía una propiedad en Merano, un pequeño apartamento. Lo bastante alejado para que nadie nos reconociera. Permanecimos ocultos durante casi un año. Fueron Manfred y Max los que nos procuraron documentación falsa. Nunca me dijeron cómo lo hicieron y nunca se lo pregunté. Pero lo hicieron. Y funcionó. Solo entonces nos trasladamos a Cles.

Werner se encendió un cigarrillo. Estaba pálido, con la frente surcada por arrugas profundísimas.

La historia llegaba a su fin.

—Max y Günther, entretanto, habían hecho circular ciertos rumores. Herta

embarazada: un embarazo difícil que requirió cuidados y que me empujó a abandonar el Socorro porque tenía miedo de dejar huérfana a mi hija. El tiempo pasaba y la gente ya no pensaba en nosotros. Cuando volvimos al pueblo para unas breves vacaciones, todo el mundo llamaba a Annelise por su nombre, como si la conocieran de toda la vida —Werner se encogió de hombros—. Es así como funcionan los rumores. Pero hay otra cosa que debes saber.

—La muerte de Günther.

Werner cruzó los brazos sobre el pecho, con los ojos brillantes.

—Günther, sí. La última vez que lo vi, en 1989, estaba ya completamente fuera de control. Había encontrado el informe pericial de Evi y se le había metido en la cabeza que detrás de Grünwald estaba su hermano. Quería matarlo, me lo dijo tan claro como el agua. Intenté disuadirlo. Hacerle entender que se trataba de una locura. Pero unos días más tarde...

—El accidente de coche.

—Su mente no lo soportó. Y se suicidó. Günther fue la última víctima del Bletterbach.

Había terminado. Llenó un vaso de *grappa* y me lo tendió.

Esta vez lo acepté.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora te toca a ti, Jeremiah. Debes decidir. ¿En qué justicia crees?

No lo sabía, así que respondí con una pregunta.

—¿Por qué nunca le has contado nada a Annelise?

—Al principio pensé en hacerlo. Me decía que iba a esperar hasta que cumpliera dieciocho años, cuando fuera lo bastante madura como para entender. Conservé la caja con forma de corazón precisamente por eso. Sabía que mis palabras, sin pruebas, solo la habrían aturdido. Tal vez pensaría que su viejo se había vuelto loco. Entonces me di cuenta de que dieciocho años no significaban nada. Todavía era una niña, aunque se hubiese matriculado en la autoescuela y soñara con América. Hablé del tema con Herta y juntos decidimos que solo una madre podría aceptar lo que ella y yo hicimos en el 85.

—Y cuando Clara nació...

—Annelise estaba al otro lado del océano y Herta se estaba muriendo. ¿Tenía sentido hablarle de ello?

—No.

—¿Y ahora, Jeremiah? ¿Qué sentido tendría contarle toda esta historia?

Había por lo menos un millar de respuestas a la pregunta que Werner me había dejado caer encima como un fardo de millones de toneladas.

—Según la ley de los hombres, Annelise debería saber que su padre murió en esa garganta y que el hombre que ocupó su lugar —dije con la cabeza agachada— es un asesino y un secuestrador de niños. Según la ley de Dios... —levanté la cabeza—. No estoy muy versado en la materia. Pero creo que según la ley de Dios todo esto no



tiene la más mínima importancia, y si la tiene, criar a Annelise en una familia afectuosa, en vez de en una institución o algo peor, ha sido lo que resultaba justo.

Werner asintió.

Hice un esfuerzo por sonreír.

—En resumen, un voto en contra y un voto a favor.

—¿Y la justicia de los Padres?

Extendí los brazos, desconsolado.

—Mírame, Werner. Soy hijo de inmigrantes, ni siquiera sé quiénes son mis Padres y, francamente, nunca me ha preocupado lo más mínimo ese tema. Yo solo tengo un padre. Un pobre hombre que se partió el lomo toda la vida haciendo hamburguesas de cincuenta centavos cada una para pagarme el recibo de la escuela y el dentista —la voz se me quebró por un momento, luego proseguí—. Pero puedo hablar por mí mismo. Y no sé si lo que me has contado son chorradas o si me has dicho la verdad. Pero sé que me has hablado con el corazón en la mano y sé que crees en esta historia de locos. Aunque los locos saben ser muy convincentes.

Werner se me quedó mirando por un instante. Aspiró el humo del cigarrillo, tosió y lo arrojó a la chimenea.

—Cualquier cosa que decidas hacer, hazla con rapidez —Werner se inclinó hacia mí, con los ojos de halcón que me traspasaban de lado a lado—. Porque me estoy muriendo.

—Qué...

—El dolor de espalda. No es dolor de espalda. Tengo cáncer. No se puede operar. Me quedé sin habla.

—Annelise... —conseguí decir.

—No lo sabrá por mi boca.

—Pero...

—¿Qué vas a hacer, Jeremiah?

2.

Cuando salí de Welshboden el aire de marzo aún olía a nieve, pero por debajo se advertía el hedor de la descomposición. Percibía a mi alrededor una especie de cansancio de la naturaleza, un cansancio que era también el mío.

Me senté en el asiento del conductor mientras notaba los brazos pesados, como si hubiera transportado troncos durante toda la tarde. En mi cabeza retumbaban los gritos del Bletterbach.

Durante el relato de Werner había cerrado las mandíbulas con tanta fuerza que ahora me dolían. Tenía la sensación de haber mordido una fruta envenenada. En alguna parte una serpiente se estaba burlando de mí.

Ahora ya sabes, me dije.

No, ahora no sabes una mierda.

Me recosté sobre el volante, exhausto.

Estaba herido. Por un lado sentía que lo más justo sería hablar con Annelise. Decirle todo lo que Werner acababa de contarme. Por el otro, me decía que no tenía derecho. Era cosa de Werner. Lo odié por haberme colocado en esa encrucijada. Era una carga insoportable que le pertenecía a él, no a mí. Golpeé el volante con las pocas energías que me quedaban en el cuerpo. No era justo. Pero ¿qué era lo justo en esa historia?

¿La muerte de Evi? ¿Las de Kurt y Markus?

¿Y Grünwald?

¿No habría tenido derecho a un juicio justo? La justicia de los hombres, como decía con desprecio Werner, es falible, con tendencia a castigar a los débiles, pero es esto lo que nos diferencia de las bestias de la selva.

¿De verdad lo pensaba?

¿En el lugar de Werner realmente me habría comportado de una manera distinta? Si hubieran entregado a Annelise a los servicios sociales o a una madre alcohólica, ¿sería la misma Annelise a la que amaba? ¿Habría tenido los mismos sueños que la habían llevado hasta mis brazos? ¿O estaría condenada a una vida de humillaciones?

¿Qué diferenciaba a la mujer que amaba de Brigitte, por ejemplo?

Poco o nada.

Respiré profundamente.

Aún no había terminado.

Metí la marcha y pisé el acelerador.

3.

Esta vez no fui amable ni comprensivo. Empujé a Verena a un lado, casi la hice caer. No tenía ojos más que para Max, erguido de pie. Era la primera vez que lo veía vestido de civil.

—Tenemos que hablar —silabeé las palabras—. Ven conmigo.

—Vosotros no tenéis nada de que hablar —gritó Verena fuera de sí—, y tú tienes que marcharte de mi casa.

Me habría sacado los ojos de no haber intervenido Max, quien la retuvo. Luego, mientras la abrazaba, me dijo:

—Espérame fuera, Salinger.

Cerré la puerta.

Oí los gritos de Verena y la voz de Max que intentaba tranquilizarla. Luego, silencio. Al final, se abrió la puerta. Una grieta luminosa que desapareció rápidamente. Ahí estaba Max, con las manos en los bolsillos, un cigarrillo apagado entre los dientes, a la espera de mis palabras.

—¿Ella lo sabe?

Me observó largo rato.

—¿Sabe qué?

—Lo de Annelise.

Max se puso pálido, o eso me pareció. La luz era pobre, no podría jurarlo. Lo cierto es que su cuerpo se sobresaltó. Me cogió por el codo, y me empujó lejos de la puerta.

—Vamos a caminar.

—Werner me lo ha contado todo.

—¿Todo?

—Grünwald. Las cuevas. La hija de Evi y Kurt. Y Günther.

Max se detuvo junto a una farola. Encendió el cigarrillo.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Cómo os las apañasteis Manfred y tú para eliminar el rastro de la niña?

Max sonrió.

—Los ordenadores de la época eran trastos que no servían para nada. Y, además, ¿quién los tenía? Nosotros no. La burocracia se movía sobre papel. Un gran paquidermo ciego y estúpido. Por no hablar del telón de acero.

—Austria era un país aliado.

—Es cierto, de hecho si Annelise hubiera nacido en Alemania del Este o en Polonia me habría ahorrado muchos dolores de cabeza. Austria, de todos modos, no era un país aliado, se había declarado neutral. Pero esto es política y a ti te interesan los detalles prácticos, ¿verdad?

—A mí me interesa todo.

—¿Por qué?

Me acerqué, mirándolo a los ojos.

—Porque quiero saber si me estáis contando estupideces. Porque quiero entender si tengo que destrozarle la vida a la mujer que amo o no.

Max miró a su alrededor.

—Estás dando un espectáculo.

Me aparté de él y encendí un cigarrillo. La llama del mechero me cegó.

—Continúa.

—Piensa en el mundo en el que vivíamos. Guerra Fría. Espías. Aquí había terrorismo. Se decía que los terroristas tenían bases al otro lado de la frontera, luego resultó que era así, exactamente, hasta el punto de que algunos de ellos todavía están allí, en Austria. Para ir a Innsbruck había que pasar por la aduana. No hacía falta el pasaporte, ya estaban vigentes entonces los acuerdos internacionales, pero había un montón de policía —Max hizo con la derecha el gesto de una barrera que subía y bajaba—. De un lado la italiana y del otro la austriaca. Cruzar el Brennero requería bastante tiempo. Pero ambos estados tenían algo en común: la burocracia. Cuando decidimos que Werner y Herta criarían a la niña, me di cuenta de que Manfred y yo

podíamos intentar un truco de magia. Günther nunca había sido un lumbreras, Werner estaba demasiado asustado y era demasiado conocido como para atreverse a algo tan...

—¿Illegal?

—*Delicado*. Era una intervención a corazón abierto. ¿Has visto qué manos tiene Werner?

Sonrió.

Permanecí impasible. Grababa mentalmente todas sus palabras. A la primera incertidumbre, a la primera contradicción...

—Prosigue.

—Teníamos que hacernos con un certificado de defunción para una niña de la edad de Annelise. Un certificado de defunción *italiano* para una chica *austriaca*. Me ocupé yo del tema. Fue fácil, me acordé de una niña muerta cerca de la Marmolada. Lo modifiqué con los datos de Annelise. Lo ensucié, como si el fax no funcionara bien. Lo envié a la Embajada de Austria y esperé a que fuera registrado y enviado a su tierra natal. Tenía que ganar tiempo. Tiempo para responder a las preguntas de ese idiota del capitán Alfieri.

—A ti no te interesó nunca que consiguiera encontrar al culpable, ¿verdad? Tú querías despistarlo.

—Es la palabra correcta. Me convertí en una broma, pero las bromas son divertidas, no matan. Al culpable ya lo había matado, lo que estaba haciendo era proteger a los inocentes. Werner, Günther, Herta y Annelise.

A la luz de esas revelaciones el archivo de Casa Krün adquiriría un significado distinto.

—Por eso hiciste desaparecer los archivos en cuanto tuviste ocasión.

—En un primer momento pensé en quemarlos. Luego me dije que sería mejor conservarlos. En el caso de que...

—¿De que alguien metiera la nariz?

—Alguien como tú, sí.

No contesté. Aspiré una larga calada. Esperé a que Max continuase.

—Fui a Austria, fui de uniforme. Con el uniforme de *carabiniere*. Me lo compré a propósito y lo tiré a la basura antes de volver a cruzar la frontera y regresar a casa. Solicité el certificado de defunción de Annelise Schaltzmann. Dije que lo necesitaba para una investigación oficial. Mentí, claro está, pero nadie se dio cuenta. Me lo dieron y esta vez era un auténtico certificado de defunción. Annelise Schaltzmann había muerto por insuficiencia renal en el hospital de Belluno.

—Es un pez que se muerde la cola.

—Es la burocracia. Luego vino la parte más peligrosa.

—Annelise tenía que resucitar. Tenía que convertirse en Annelise Mair.

—Sí. El único momento en que habrían podido descubrirnos. Manfred tenía contactos, sabía moverse. Por eso, y por el hecho de que era hermano de Günther, nos

dirigimos a él. Así, el 9 de septiembre de 1985 un funcionario del registro civil de Merano próximo a la jubilación se llevó una buena pasta y, haciendo la vista gorda, introdujo a Annelise en el registro de nacimientos. La niña del Bletterbach nacía por segunda vez. Nadie se dio cuenta de nada. Si no fuera trágico, sería para desternillarse. Le tomamos el pelo a todo el aparato burocrático de nada menos que dos países, y nos fuimos de rositas.

—Hasta hoy.

Max entrecerró los ojos.

—¿Qué piensas hacer?

—Eso es algo que me estoy preguntando yo también, Max.

4.

Fue Clara quien me dijo qué hacer. Su voz desesperada, esa noche, durante un sueño.

5.

Las luces de casa estaban apagadas. Iluminando mi camino había un aura fantasmal, una luminiscencia fosforescente. Caminaba a tientas, tratando de orientarme.

Las paredes, cuya presencia advertía pese a todo, estaban tan alejadas que podía seguir caminando el resto de mis días sin llegar a tocarlas. Sin embargo, sabía que esa era la casa de Siebenhoch.

En la lógica del sueño, así era.

Sentía una ansiedad indescriptible. No sabía por qué, solo sabía que si me paraba, todo se perdería. No estaba huyendo. No era uno de esos sueños en los que sombras sin rostro aguardan al acecho dispuestas a atraparte. No, yo estaba *buscando*.

Pero no sabía qué.

Lo entendí cuando comencé a oír la voz de Clara que me llamaba, desesperada. Intenté responder a su llamada, en balde. Mis labios estaban sellados. Así que eché a correr para llegar a donde la voz era más fuerte. Era una habitación circular, las paredes de roca. Roca blanca que destilaba sangre. En el centro de la habitación, un pozo.

Me asomé.

Clara estaba allí.

Así, mientras mi hija seguía invocando mi nombre, me lancé en esa inmensa pupila de tinieblas.

## Algo de otro mundo

1.

Eran las diez de un hermoso día de sol cuando, a la mañana siguiente, me presenté en Welshboden dispuesto a afrontar el último capítulo de la historia de los crímenes del Bletterbach.

Preguntar a los muertos para dar respuestas a los vivos.

El Werner que me abrió la puerta tenía la cara de quien no ha pegado ojo en toda la noche. Su aliento olía a *grappa*. No quise entrar. No tenía tiempo.

Le bastó echarle un vistazo a mi ropa para entender lo que pretendía.

—Estás loco —dijo.

No me esperaba un comentario diferente.

Tendí la mano.

—Dame el mapa.

—Vas a morir.

—Dame el mapa.

Fue mi determinación lo que le hizo capitular. Me lo entregó y lo vi, de pie en el umbral, desaparecer en el espejo retrovisor. Un viejo doblegado por demasiados secretos.

2.

El Centro de Visitantes estaba desierto, el mío era el único coche en el aparcamiento. Saqué del maletero una mochila y comprobé el equipo. No lo tocaba desde el 15 de septiembre. No pensé en ello. El 15 de septiembre era un día como cualquier otro.

Mis movimientos eran lentos, precisos, como había aprendido que debían ser en terrenos como aquel. Llevaba de todo. Desplegué el mapa y verifiqué que lo había memorizado a conciencia. Entonces superé la valla (agradeciendo la ausencia de alambre de púas en la parte superior) y comencé mi caminata hacia las cuevas.

Mientras estaba ocupado en el rodaje de *Mountain Angels* aprendí algunas nociones básicas de montañismo, pero eran en su mayoría conceptos teóricos, junto con alguna escalada en mi tiempo libre, solo para poner a prueba el vértigo y siempre bajo la mirada experta de un guía. Me divertí y logré la suficiente habilidad como para no meterme en algún problema por mi cuenta.

Ahora, sin embargo, en el Bletterbach, el juego era más duro. Y peligroso. Recordé que, durante mi excursión con Clara, a lo largo del camino había carteles que advertían sobre la falta de cobertura. Ni hablar de teléfono allí abajo. Es decir, no

había posibilidad de socorro. Y si lo que Werner me había dicho era cierto, ni siquiera podría fiarme de la brújula.

¿Estas consideraciones me detuvieron?

Ni siquiera un segundo.

No seguí el recorrido realizado por la misión de rescate de Werner, Hannes, Günther y Max. Me habría hecho malgastar mucho tiempo y energías. 1985, con sus pistas abiertas por los madereros y los animales, era arqueología: ahora había senderos bien cuidados, si bien en ese momento cubiertos por la nieve, y mientras pudiera aprovecharía todas las ventajas posibles. Al menos hasta el punto en el que el presente se cruzara con el pasado.

Antes de decir adiós a los trazados turísticos e *ir a las profundidades*, me permití una breve parada. Bebí agua y comí un poco de chocolate. Los músculos me dolían, pero sentía en las piernas la fuerza necesaria para llevar a cabo mi viaje en el tiempo.

Tras haber comido y bebido, me interné por una cuesta que descendía, procurando no quedar atrapado entre las ramas de los abetos.

La pendiente se hizo más escarpada y un par de veces a punto estuve de darme un buen batacazo que, entre esas rocas afiladas, habría tenido serios efectos.

Si ese día hubiera pensado realmente en las posibles consecuencias de mi descenso al Bletterbach, me habría quedado en casa.

Al fondo de la garganta la roca estaba cubierta por una capa de hielo. Por debajo de este pude vislumbrar el discurrir del torrente.

No esperé un instante siquiera. Ascendí por el lado opuesto.

Un susurro de las ramas, algún animal intrigado por mi presencia o bien un poco de nieve que sucumbía al calor y a la fuerza de la gravedad. Aire gélido. Sudor.

Y nada más.

Siguiendo las indicaciones de Werner, llegué a la pista por la que los hombres del equipo de rescate habían arrastrado el cuerpo de Grünwald y la tomé. No sin dificultades. La nieve era abundante y tenía que marchar levantando las rodillas.

Me maldije por no haber pensado en las raquetas de nieve.

Entonces, jadeante, llegué.

A mi alrededor había abetos rojos, alerces y un par de pinos. Todos cubiertos de nieve. Pero ninguna cueva. Tal vez, en el afán de llegar lo más rápidamente posible, me había perdido. De manera que abrí la mochila para comprobar el mapa.

Este me dio la razón. No había error.

El lugar era ese.

¿Había hecho un viaje inútil? ¿Werner me había mentado? La respuesta era mucho más simple y tardé un momento en llegar a ella. Estúpido mocososo de ciudad. Si como alpinista era un principiante y como espeleólogo ni siquiera eso, como explorador daba asco. No sabía leer el terreno.

Las grutas del Bletterbach no eran un cruce entre Tolkien y un documental del *National Geographic*, simas espectaculares en las que entrar con comodidad. Eran

pequeños agujeros en la roca que, a partir de octubre y hasta el deshielo, quedaban obstruidos por la nieve: este era el motivo por el que no había nada esperándome en el tristemente famoso punto x del mapa.

Maldiciendo en voz alta, comencé a cavar con las manos, jadeando y sudando.

Lo encontré.

Una brecha de no más de ochenta centímetros de diámetro de la que salía un olor que le echaba a uno para atrás. Encendí la linterna montada en la parte superior del casco.

Cogí aire hasta el fondo. Y me metí ahí dentro.

3.

Avancé a gatas mientras aspiraba ese aire húmedo, más cálido que el del exterior, cargado de un fuerte olor a tumba. La cueva bajaba sinuosamente entre las rocas quebradizas del Bletterbach. Traté de imaginar cómo se las apañaron Werner y Max para arrastrar a Grünwald. Se requería una determinación formidable.

La misma que tenía yo.

Un par de curvas, y luego un escalón de roca. Pasado ese escalón, el túnel iba en ascenso, para abrirse en una sala enorme. Me quedé mirando esa inmensidad hipnotizado por un espectáculo de estalactitas y estalagmitas entrelazadas en formas peregrinas.

Caminé manteniéndome a lo largo del lado derecho del perímetro. En algunas grietas de la pared había matas sedosas al tacto. Moho, o tal vez musgo. Me pareció increíble que incluso ahí abajo, donde el sol no brillaba desde hacía trescientos millones de años, hubiera vida. Increíble y aterrador.

Miré el reloj y descubrí con sorpresa que había perdido la noción del tiempo. Sabía que se trataba de un fenómeno natural que a los espeleólogos profesionales les parece obvio, pero la rapidez con que se manifestó me dejó de piedra.

Continué y, al final, di con la pupila de tinieblas.

Me agaché, para asomarme y mirar. No era como me la había imaginado. Parecía más que nada un declive muy empinado y resbaladizo, pero no tuve ninguna duda. Era por ahí por donde Max y Werner habían dejado caer a Grünwald. La hendidura ligeramente circular donde comenzaba era realmente una pupila de tinieblas.

Como si existiesen varias tonalidades de negro y ese pozo hubiera decidido mostrarme la última gradación posible. Me asusté, sí. Pero no por eso me arredré. Quería ver, quería saber. Solo entonces sabría cómo comportarme.

Si decirle todo a Annelise o dejar que esa historia acabara en el olvido.

Fijé un par de clavos y aseguré la cuerda que había traído conmigo. La pasé por el descensor que había unido al arnés y comencé a bajar.

Comprendí de inmediato por qué Werner y Max habían elegido ese lugar para



ejecutar su sentencia de muerte. Sin el equipo adecuado, sería imposible volver a subir por ahí.

La roca era resbaladiza y desprovista casi por completo de puntos de apoyo.

Reprimí la claustrofobia y aceleré.

Cuando, después de bastantes metros, sentí que el suelo volvía a ser plano, me solté y miré alrededor, tratando de orientarme. La linterna del casco ayudaba poco.

La oscuridad allí abajo era casi sólida.

Me aventuré a dar un paso, manteniéndome apoyado en la pared húmeda. Al primero se le añadió un segundo y así sucesivamente, hasta que me encontré lejos del lugar por donde había bajado.

De vez en cuando algunos insectos trotaban por encima de mi mano, haciéndome sentir un escalofrío de repugnancia. Eran arañas, blancas y espectrales, con patas larguísimas que salían de un cuerpo central grande como una moneda de un euro.

Repugnantes.

Precisamente mientras me estaba quitando una de encima, noté un roce en los tobillos y me detuve para iluminar. Era agua, descubrí sorprendido. Estaba bordeando un lago subterráneo. Mojé las puntas de los dedos para comprobar la temperatura. Estaba fría, pero menos de lo que esperaba. El estupor me duró poco, porque un estruendo repentino me hizo soltar un grito que el eco repitió en un sinfín de reverberaciones.

Algo grande había caído al agua. El corazón se me desacompañó un latido.

Todo va bien, me dije. Las montañas están en constante metamorfosis: ¿por qué no iba a ser lo mismo para sus entrañas? Los derrumbes en una cueva de ese tipo debían de estar a la orden del día. Así que todo va bien. Todo va bien.

Sobre todo: nada de pánico.

La espeleología, al igual que el alpinismo, no es solo cuestión de habilidad y de músculos.

Durante la filmación de *Mountain Angels*, había visto a personas que pasaban sus días en rocódromos, técnicamente preparadísimos y físicamente más en forma de lo que podría estar yo en toda mi vida, caerse en medio de una pared de dificultad media. ¿Por qué? No sabían cómo responder a semejante pregunta. Permanecían aturridos delante de la cámara, con la mirada apagada, murmurando algo sobre contracturas o calambres.

Chorradas.

La verdad es que la técnica y la preparación física son importantes, pero suponen solo el cincuenta por ciento de lo necesario. El resto es una cuestión de nervios: es el miedo a joderte. De pronto tus dedos sienten la textura de una roca quebradiza, un insecto te roza zumbando sobre tu cabeza, y ya está: la pared a la que te enfrentas se convierte en la representación concreta de todos tus miedos.

La mente cede.

Lo sabía muy bien. Me había pasado a mí también en aquella maldita grieta.

Por eso mismo: nada de pánico.

Me había traído conmigo una linterna halógena grande, mucho más potente que la del casco. La luz ayuda a disipar el miedo. O, al menos, era lo que mi corazón deseaba.

Con cuidado, la saqué de la mochila y la encendí. Logré medir las dimensiones del espacio en el que me encontraba. El lago subterráneo era enorme. Enfoqué el haz de luz hacia arriba para calcular a qué altitud se hallaba el techo de la cueva.

Y la vi. La Bestia.

4.

Era blanca.

Era feroz. Estaba inmóvil. No obstante, me di cuenta: se trataba tan solo de hielo.

Moví el haz de luz de la linterna dibujando cimitarras plateadas sobre la superficie del agua. Con cada ondulación parecía que el lago subterráneo sonriera. No era una sonrisa amigable, creedme.

Seguí las ondas hasta identificar el epicentro, a unos diez metros de mí. Una especie de blanco iceberg en miniatura flotaba plácidamente arriba y abajo como si estuviera haciéndome señas.

Ven aquí, decía, *ven conmigo*.

Traté de tranquilizarme buscando una explicación plausible. No tardé mucho en encontrarla.

La capa de hielo situada sobre mi cabeza de vez en cuando cedía y dejaba caer bloques marmóreos en el agua. Ese era el truco. Nada más. Tal vez fuera el calor de mi cuerpo el que generaba esa reacción. Simple física.

El problema fue que esto me hizo pensar en la cueva como un ser vivo.

Conmigo dentro.

En la blancura.

Sentí un sabor amargo en la boca. Mi mente, a la que había entrenado desde la más tierna edad para contarme historias, comenzó a hacer su trabajo sucio. Empezar por una *a* y llegar a..., a los gritos de Grünwald que se despertaba, solo, en esa oscuridad.

Sus intentos frustrados de trepar por la pupila.

Uñas rotas, sangre, oraciones y gritos.

La decisión de buscar otra vía de escape. Su vagar dando vueltas. Llegar hasta allí.

¿Y luego? ¿Había proseguido? ¿Había intentado nadar? Yo no lo habría hecho, pero Grünwald era más experto que yo, tal vez se había aventurado a entrar en esa especie de...

Nicho.

Esa era la palabra.

Cinco letras.

Un nicho ecológico. Protegido de los agentes externos. Un mundo en el que las agujas del reloj no tenían ningún sentido. Tal y como aparecía en las teorías de Grünwald.

Inspiré hondo. Relajé los hombros, rotándolos despacio. Estaban rígidos como vigas de acero. Abrí y cerré las manos para estimular la circulación. Comenzaba a sentir frío. Tenía que mantener los músculos calientes y relajados. O me quedaría allí para siempre. Como Grünwald. Como... ¿cuántas personas? ¿Cuántas personas terminaron ahí dentro? La justicia de los Padres, la había llamado Werner. Linchamientos, lo llamaba yo.

Barbarie.

Seis letras: «Muerte».

Si no me hubiera demorado en esa macabra reflexión y hubiera vuelto tras mis pasos, habría evitado lo que pasó acto seguido, porque vi por pura casualidad el cadáver acuclillado en una hendidura de la roca.

La ropa pasada de moda que caía floja sobre lo que quedaba del cuerpo. Las rodillas debajo de la barbilla. La pierna derecha rota por dos sitios.

Los huesos que brillaban a la luz de la linterna.

—Hola, Oscar —dije.

El lago respondió con un chapaleo.

Me encontraba frente a los restos de Grünwald.

La mochila ceñida contra el pecho, los brazos rodeando las rodillas, la cabeza inclinada hacia un lado, la mandíbula completamente abierta. Un niño castigado. Un hombre derrotado.

Condenado a la eterna oscuridad de las entrañas del Bletterbach.

Me imaginé lo que debió de sufrir, allá, solo, con la pierna rota, arrastrándose en busca de salvación. Imaginé la oscuridad que lo estrangulaba, las alucinaciones, la locura. Una lenta, miserable agonía. Y, al final, la muerte.

Las cuencas vacías de la calavera despedían una desesperación que iba más allá de la angustia. Un hombre enloquecido, encarcelado en la más atroz de las celdas.

Era un asesino, sí, pero nadie se merecía un castigo tan terrible. Sentí pena por él.

Y horror por lo que Werner y los otros habían hecho.

No sé cuánto tiempo estuve junto al cadáver de Oscar Grünwald, solo sé que cuando una escolopendra de veinte centímetros salió por esas mismas órbitas que me habían hipnotizado salté hacia atrás, sorprendido y asqueado, y perdí el equilibrio.

Caí en el lago y perdí la linterna. El agua se cerró sobre mí con un sonido apagado. Me revolví a tientas, en busca de aire, pero no hice más que tragar agua. Estaba ciego y sordo.

Arriba y abajo se confundieron.

Agité los brazos y las piernas en movimientos insensatos, dictados por el pánico,

y me hundí aún más, con los pulmones ardiendo y el estómago llenándose de ese veneno con sabor a hiel.

Todo era negro, todo estaba oscuro.

Actué por instinto y fue el instinto lo que me salvó la vida. Me liberé de la mochila y dejé que la fuerza de la gravedad la empujara. Noté cómo bajaba. Entonces me lancé con todas mis fuerzas en dirección opuesta. Un par de metros que por poco no me resultaron fatales.

Una vez en la superficie boqueé y escupí un buen rato, pero en vez de seguir forcejeando me dejé flotar.

Paso a paso, me dije. De momento, respira. Mira a tu alrededor. Encuentra la orilla. Y pírate lo más rápido que puedas.

La bombilla montada en el casco funcionaba a ratos. Debía de haberse golpeado al caer. Lanzaba breves destellos (luz, oscuridad, luz, oscuridad) que iluminaban las aguas negras e inmóviles en un parpadeo que no ayudaba a que mis pupilas se acostumbraran a las tinieblas, todo lo contrario. Sin embargo, durante uno de esos preciosos segundos de luz, me pareció ver la orilla y traté de nadar en esa dirección. Brazadas lentas y metódicas.

Pero.

No era la orilla. Era algo frío y viscoso. Hielo, pensé. Solo hielo. El hielo se *movió*. Y algo, bajo el agua, me rozó la rodilla.

Luz, oscuridad. Luz, oscuridad.

El objeto que toqué era grande y blanco, y cuando un repentino destello lo iluminó, se *sumergió*. En la oscuridad oí el chapoteo que se cerraba sobre él. Como si fuera un gran pez albino.

O bien...

Mis gritos se convirtieron en un coro de clamores, de mil voces superpuestas, que parecían burlarse de mi miedo. Los gritos de las mujeres condenadas por Siebenhoch. Las risas de las brujas allí enterradas. Eso era lo que Günther dijo que había oído. Lo que debía de haber oído Oscar Grünwald antes de morir, acuclillado en esa hendidura de la roca como si... Como si hubiera visto algo terrible moviéndose en el agua. Algo grande y frío. Y por segunda vez sentí que algo me tocaba el pie. Con más insistencia. Levanté de golpe la pierna y terminé con la cabeza bajo la superficie del agua. En ese momento la lámpara se encendió.

Luz.

Era blanco. Era enorme.

*Jaekelopterus rhenaniae*.

Pataleé.

Volví a la superficie, al oxígeno. Resollaba. Nadé. Fuera de allí. Sin pensar en esa cosa blanca y viscosa de nombre latino que me había agarrado la bota. En sus pinzas de cuarenta y seis centímetros. En sus dimensiones antinaturales. Dos metros y medio de escorpión marino. De ojos perfectamente redondos, negros, de una inhumanidad

que rayaba en lo insoportable.

Un depredador de millones de años de antigüedad.

No. Pensar.

Me lo ordené.

¿Cómo cazaba el *Jaekelopterus rhenaniae*? ¿Sus emboscadas eran rápidas y letales, como las de los tiburones, o se parecían más bien a las de los cocodrilos? ¿Me agarraría por la pierna y entonces notaría la pinza destrozándome huesos y cartílagos, o me arrastraría hacia abajo y haría que me ahogara?

Peor aún: ¿dónde estaba?

¿Por qué no me había atacado todavía?

—¡No pienses en eso, joder!

No había ningún monstruo ahí abajo. Era imposible. No estaba realmente seguro de haberlo visto. El monstruo blanco en la mancha de tinta del lago. Me parecía haberlo divisado. La clave para no volverme loco estaba en esas siete simples letras: «Parecía».

El sabor a hiel del agua me daba náuseas. Y tenía frío. Nadé tratando de mantener siempre el mismo rumbo. Era un lago subterráneo, no un océano. Tarde o temprano daría con un saliente donde aferrarme. Nadé hasta que mis dedos chocaron contra la roca sólida. Salí del agua, agotado.

No tenía ni idea de dónde me encontraba, pero sabía que tenía que moverme. Empapado corría el riesgo de morir congelado. Así que había que moverse, pero ¿en qué dirección?

Cualquiera era buena.

Caminé.

Las tinieblas penetraron en mi piel, me tragaron.

El sonido de mi respiración se convirtió en la respiración del Bletterbach.

El tiempo se fue deshilachando hasta desaparecer del todo.

Al final, exhausto, me dejé caer al suelo. Tal vez estaba a pocos pasos de una salida, pero sin luz nunca la alcanzaría. Era inútil. Estaba en un laberinto.

Me llevé las manos a la cara.

Pensé en Clara. En Annelise.

—Perdonadme —dije.

Las brujas se rieron. De mi idiotez.

Tal vez dormí, no me acuerdo.

Me despertó un ruido aterrador. Un rugido que me hizo ponerme en pie, tembloroso.

No era una alucinación. Era el fragor de algo implacable que se movía a flor de agua agitando lo que solo podía ser una cola.

Una larga cola cubierta con una coraza. Ojos como pozos negros. Pinzas como cuchillas.

Estaba llegando.

*Jaekelopterus rhenaniae*.

Es así como termina la patética historia de Jeremiah Salinger, me dije.

Devorado por un monstruo tan viejo como el mundo.

Comencé a reír sin poder parar.

Era la muerte más ridícula que jamás había oído.

—¡Ven aquí, gilipollas! —grité.

El estruendo se acercaba. Rápido.

Me había seguido. Había espiado todos mis movimientos, silencioso. Había esperado a que perdiera mis energías. A que perdiera la esperanza. Paciente, inexorable. Y ahora atacaba.

Era listo, ese cabrón.

—¡Vamos, hijo de puta!

Me apoyé en la pared, en busca de alguna piedra que desprender y utilizar como arma defensiva. Vendería caro el pellejo. Cuando el *Jaekelopterus* cargara contra mí le haría entender que ese ya no era su tiempo. Estaba extinguido. Estaba muerto. Había desaparecido.

Mis dedos encontraron algo mucho más valioso que una piedra. Encontraron una inscripción.

Unas pocas líneas rectas, talladas con fuerza en la roca desnuda. Tres triángulos con la punta hacia arriba. Humanos, sin asomo de dudas. Geométricos. Nada en la naturaleza podría hacer unas muescas tan precisas sobre la piedra. El destino no me estaba ofreciendo un arma, me estaba ofreciendo algo mejor.

Esperanza.

Palpé, frenético.

El rugido del *Jaekelopterus* cada vez más cerca. Cinco metros. Tal vez menos. A pocos centímetros de la inscripción, los dedos se aferraron a un gancho de metal.

El fragor se convirtió en trueno.

Un metro.

Gotas de agua fétida en la cara.

Grité y me arrojé hacia un lado agarrando con todas mis fuerzas el hierro que sobresalía. Sentí un tirón en la espalda. El dolor se me disparó hasta el cuello. Me tambaleé, reboté, perdí el equilibrio, me agarré con más fuerza aún, golpeé el casco contra la roca y la lámpara volvió a funcionar.

Maravillosa, cegadora luz.

¿Qué vi?

Un enorme bloque de hielo que flotaba. Nada más.

5.

Debían de haber sido los mineros quienes colocaron el gancho y tallaron los tres

triángulos. Los que trabajaban en las minas de cobre derrumbadas en los años veinte. Era un método para señalar las vías de escape o recodos y no perderse en las entrañas que ellos mismos creaban. Por regla general eran pequeñas cruces. Otras veces iniciales o símbolos que de alguna manera remitían a la identidad de quienes los llevaban a cabo o a la localidad de la que procedía el trabajador. No era importante. Esos signos en la roca eran *esperanza*.

Continué palpando la pared de la cueva hasta que encontré la entrada de un túnel en la que estaba grabado el mismo símbolo. No fui capaz de contener la alegría. Entré sin demora.

Tuve que caminar de rodillas, con la cabeza casi rozando la roca, mientras la lámpara seguía haciendo de las suyas. No me preocupaba. La esperanza me daba nuevas energías. Además, por fin, sentía que iba ascendiendo.

Nada podría detenerme. Y nada me detuvo.

De repente, sentí aire fresco.

Cuando vi la luz, un pequeño agujero ahí arriba, comencé a llorar. Trepé y resbalé. Me caí, me herí en las manos. Lo intenté de nuevo, una y otra vez. Me rompí las uñas, blasfemé y lancé espumarajos. Al final, agarrándome a las raíces nudosas de un castaño, me encaramé hacia la fuente de luz.

Cuando aparecí en la superficie lo hice con un grito que repitió el eco por toda la garganta.

Rodé por la nieve, hundiéndome en un hielo que me parecía tan puro como para que se me subiera a la cabeza. El aire que respiraba era tan dulce como la miel. El sol me cegaba. Estaba pálido y crepuscular y me sorprendió verlo. Cuando verifiqué la hora me di cuenta de que mi vida errante en las entrañas de la montaña no había durado más que un soplo. Y comencé a sentir el mordisco del frío intenso.

Volví a la realidad.

Estaba sin equipo, empapado, y con el cuerpo empezando a colapsar. Tenía que moverme. Me icé trabajosamente en el castaño cuyas raíces me habían puesto a salvo. Alcancé una horqueta robusta y me senté allí a horcajadas. Examiné el horizonte y no tardé mucho en ver el recorrido equipado del Bletterbach, con sus hermosas indicaciones blancas y rojas, sus señales de peligro. Objetos comunes, construidos en alguna carpintería de la zona.

Me parecieron obras maestras dignas de un museo.

6.

Enfilé el camino de entrada sorprendiéndome de hasta qué punto ese acto tan banal me parecía prodigioso. De las ventanas llegaba una luz suave, cálida. Apagué el motor.

Se me saltaron las lágrimas de los ojos y en ese momento Clara apartó las cortinas

y me saludó con la mano. Respondí a su gesto. Detrás de mi hija vi el perfil de Annelise.

Era bellísima.

Bajé del coche.

Fue Werner quien me abrió. Miró mi cara repleta de arañazos y contusiones. Luego, las manos hinchadas y estropeadas. Abrió los ojos como platos. Intentó decir algo. Le hice una señal para que callara.

Le tendí la mano y él me devolvió el gesto.

No fueron necesarias las palabras.

Lo rebasé y me acerqué a Annelise. Estaba petrificada. Tenía el aspecto de un cadáver.

—Te quiero.

Le dije.

7.

Esa noche esperé a que Annelise se durmiera, luego salí fuera de las sábanas, me encaminé al estudio y cerré la puerta. Encendí el ordenador y puse al día el archivo.

Luego lo arrastré hasta la papelera.

Se había acabado.



# Padres

1.

Los últimos días de marzo los pasé en la cama, víctima de una fiebre que me dejó hecho un trapo. De nada servían los antipiréticos: ese malestar era solo en parte de origen físico. El descenso a las entrañas del Bletterbach me había devastado y mi cuerpo necesitaba tiempo para poner a cero los contadores y comenzar de nuevo.

Dormía poco y solo a rachas. En esos breves lapsos de tiempo regresaba a la cueva. Veía de nuevo la pupila de tinieblas y el cadáver de Grünwald, y el monstruo que emergía del agua no era un bloque de hielo: tenía boca, pinzas y un nombre en latín. Me despertaba desorientado y asustado, pero a salvo.

En casa.

Casa era Clara asomándose al dormitorio, con la cara preocupada, trayéndome un zumo de frutas o naranjas exprimidas que la enfermedad volvía asquerosas, pero que me bebía hasta la última gota solo para complacerla.

—¿Está bueno, papá?

—Estupendo, cariño —decía mientras me esforzaba por no vomitar.

—¿Quieres que te tome la temperatura?

—Quiero un beso, pequeña.

Siempre los recibía en grandes cantidades.

De vez en cuando, si Annelise había salido para hacer la compra, Clara entraba de puntillas y se sentaba en el borde de la cama. Me contaba cuentos y me acariciaba el pelo, casi como si ella se hubiera hecho adulta y yo fuera el niño al que cuidar. Muchas veces tan solo se quedaba quieta mirándome.

¿Sois capaces de imaginar un cuadro más dulce del amor?

Annelise nunca me preguntó nada. Estuvo diligente, atenta y preocupada. Yo sabía que las preguntas únicamente se habían pospuesto, se lo leía en los ojos, pero primero tenía que curarme.

Y fue lo que hice.

2.

La fiebre pasó. Aún tenía mareos y me sentía como si una apisonadora me hubiera pasado por encima. Pero los ojos ya no se me llenaban de lágrimas si trataba de leer alguna página de periódico, mientras que el dolor de cabeza era solo una molestia en la nuca. Comencé a comer de nuevo con apetito. Annelise me azuzaba con increíbles cantidades de exquisiteces a las que no sabía decir que no. Resultaba muy agradable

sentir algo que no fuera dolor.

Después de un par de días holgazaneando en batín por la casa decidí aventurarme al mundo exterior. Necesitaba aire fresco. Y, no os enfadéis conmigo, un Marlboro.

Me puse unos tejanos gruesos, jersey y botas, el chaquetón acolchado encima y atravesé la puerta de casa con la determinación de Harrison Ford tras las huellas del Santo Grial.

Con paso incierto, llegué hasta la cancela de la entrada de la finca. La rocé con las yemas de los dedos y volví tras mis pasos. Satisfecho por la empresa, me concedí un cigarrillo sentado en los escalones.

El sol estaba alto, brillante como no lo veía desde hacía meses, y dejé que el viento me trajera el olor del bosque. La primavera estaba llegando de verdad. Todavía había placas de nieve en el suelo, sobre todo en los márgenes de las carreteras, donde las quitanieves la habían apilado en montones oscuros y sucios, pero la naturaleza se estaba despertando.

Y yo con ella.

De repente, me percaté de que Annelise estaba detrás de mí, de pie.

—Creo que te debo una explicación —dije.

Con gracia, se colocó la falda por debajo de las piernas, se sentó a mi lado y apoyó la cabeza sobre mi hombro.

Se oyó el canto desafinado de un mirlo y un batir de alas. Un ave de presa volaba alto en un cielo punteado de nubes blancas y lentas.

—Solo dime una cosa, Salinger —preguntó Annelise—. ¿Se acabó?

Me volví hacia ella.

Me quedé mirándola a los ojos.

—Se acabó.

Rompió a llorar. Me abrazó. Miré las nubes.

Podría tocarlas con un dedo.

3.

Dos días más tarde visité la consulta del mismo especialista que había logrado levantarme tras el accidente del 15 de septiembre. Cuando le confesé que no había tomado la medicación que me había prescrito, montó en cólera.

Sufrí el rapapolvo en silencio, con la misma expresión de un perro apaleado, hasta que se calmó; luego le expliqué mi decisión de retomar una terapia que en realidad no había comenzado nunca: estaba allí precisamente por eso.

Tenía que recuperarme, le expliqué, lo había intentado a mi manera y había fracasado.

No tenía ninguna intención de atiborrarme de psicofármacos que me dejaran hecho un pobre idiota feliz (y aquí se le puso la cara colorada), pero era el momento

de decir adiós a las pesadillas y a los ataques de pánico.

En cierto sentido regateamos, y resulta casi cómico pensar en ello, dado que el hombre de bata blanca no estaba tratando de venderme un coche usado o un abono para la televisión de pago, sino que pretendía que mi vida mejorara.

Me recetó unos ansiolíticos ligeros y nuevos somníferos para hacer que las noches fueran menos agitadas. Me despidió con un gran signo de interrogación en el rostro.

Comprendía sus dudas, pero de todas formas no podía explicarle el verdadero motivo de mi determinación. Porque la historia del Bletterbach, la historia de los crímenes del Bletterbach, a esas alturas ya era solamente un archivo en la papelera de mi portátil. Un documento cerrado.

Lo había logrado.

Había contado la historia de Evi, Markus y Kurt. Y la de Werner, Hannes, Günther, Max, Verena, Brigitte, Manfred, Luis, Elmar. La biografía de Siebenhoch.

Nadie podría leerla y yo nunca filmaría un documental sobre esa maldita excursión, pero ¿a quién le importaba? Me había demostrado a mí mismo que seguía siendo capaz de hacer lo que más me gustaba: contar historias.

Había llegado el momento de pasar página.

4.

—De ti se ocupará Frau Gertraud —dijo Werner—. Frau Gertraud te cae bien, ¿verdad, Clara?

Clara primero me miró a mí y luego a Annelise; a continuación asintió, con timidez.

—Ha leído todos los libros del mundo.

Werner abrió los brazos.

—¿Lo ves? No hay problema, ¿venís a cenar a mi casa?

Annelise intentó esconder la sorpresa por la invitación con un «¿por qué no?».

—Buena chica —dijo, y la abrazó.

Luego desapareció con su *jeep*.

—En tu opinión, ¿qué significa esto? —me preguntó Annelise, cuando estuvimos de nuevo en la calidez de casa.

—¿Quién puede saberlo?

—Pasáis un montón de tiempo juntos.

—Es cierto.

—Creía que hablabais.

Le pasé el brazo por encima de los hombros.

—¿Cuántas veces tengo que explicártelo, cariño? Los hombres no hablan. Los hombres gruñen y beben cerveza. *Pardon*. Beben *grappa*.

No se rio.

—Le encanta estar con Clara. Me parece raro que...

La interrumpí.

—En lugar de hacerte tantas preguntas, ¿por qué no piensas en disfrutar de la noche libre? —dije.

Werner no me había dicho nada, pero tenía una vaga idea de lo que pensaba hacer esa noche. No voy a ocultar que sentí miedo. Pero fingí tener otras cosas en la cabeza.

Me mostré alegre, hablador. Ayudé a Clara a elegir el vestido que se pondría para el rato en que Frau Gertraud, la bibliotecaria de Siebenhoch, le haría de canguro. Cuando la mujer llegó con su *loden*, hacia las siete de la tarde, mi hija había cambiado de opinión al menos trescientas veces (tejanos y jersey eran demasiado de estar por casa, la falda verde era para las veladas en el restaurante, tal vez la roja...) y yo, a pesar de mi fachada afable, estaba tenso como la cuerda de un violín.

Annelise y yo no íbamos a encontrarnos con una simple cena, sino con una despedida que añadiría alguna arruga en la cara de la mujer a la que amaba.

Me mostré fuerte.

5.

Werner nos abrió la puerta y nos estrechamos la mano. Él buscó mi mirada y yo rehuí la suya.

Charlamos sobre Nueva York, sobre Siebenhoch. Hablamos sobre Clara, que en septiembre comenzaría la escuela. Sobre Frau Gertraud.

Fui normal.

Werner había perdido peso, saltaba a la vista, y sin embargo, cuando se alejó para ir a buscar el postre en la nevera, me mostré sorprendido ante los comentarios de mi esposa.

¿Werner?, dije. A mí me parecía que estaba perfectamente.

Vivaracho como los zombis rotos de las fotografías de la caja con forma de corazón.

Únicamente lo pensé, pero lo pensé.

Terminado el postre, Werner le entregó un pequeño paquete envuelto para regalo a Annelise.

—Esto es para ti. De mi parte y de la de Herta.

Ella parpadeó, confundida.

—¿Qué?

—Ábrelo.

Annelise me miró intentando averiguar si estaba al tanto del contenido de ese paquete. Yo no sabía nada, la jugada de Werner me había pillado por sorpresa a mí también.

Annelise sacó primero la cinta, luego el papel de seda del envoltorio. Dentro de la cajita había un reloj de bolsillo. Redondo, la esfera blanca, sencillo. La caja de plata, rayada aquí y allá. Las horas estaban en números romanos, las manecillas eran flechas góticas.

Annelise lo observó confundida.

—¿Y qué hago yo con esto, papá?

—Es tuyo —dijo Werner serio.

—Gracias, pero...

Annelise por fin se dio cuenta de la expresión severa de su padre.

Va a comenzar, pensé.

Sentí una oleada de alivio. Mi parte en aquella representación había terminado.

Podía dejar el escenario, retirarme entre bambalinas y prepararme para recoger los pedazos del corazón roto de mi esposa.

—Ese reloj pertenece a nuestra familia desde hace más de un siglo. Mira la caja.

Annelise leyó en voz alta. Era una fecha.

—12 de febrero de 1848.

Werner asintió.

—Fue un regalo de bodas. Desde entonces pasa de padres a hijos. Y ahora yo te lo regalo a ti.

—Es muy bonito, papá, pero...

—Tienes que velar por él, el mecanismo es frágil. Debes darle cuerda cada noche, al igual que los Mair hicieron hasta hoy. De lo contrario, podría estropearse.

—Papá...

Annelise estaba pálida.

Werner le dirigió una sonrisa dulce e infinitamente dolorosa.

—Me estoy muriendo, hija mía.

Annelise depositó el reloj sobre la mesa como si de repente le diera miedo.

—Mi tiempo se está acabando. Por eso quiero que tengas tú este reloj. ¿Sabes por qué hay que darle cuerda cada noche? Porque así se aprecia más el paso de los minutos. Palabras textuales de mi padre el día en que me lo donó. A saber dónde había leído una frase semejante. Tal vez fuera suya, ¿quién puede saberlo? Siempre fuimos un poco raros, nosotros los Mair. Un poco locos y un poco ingenuos. Lo que quería decir es que siempre debes velar por el tiempo.

—Papá —murmuró Annelise, con los ojos llenos de lágrimas—. Tú no te estás muriendo de verdad. Eres Werner Mair, no puedes morir. Todo el mundo lo sabe en Siebenhoch, tú..., tú...

Werner asintió.

—¿Recuerdas cuando me caí en el desván y fui a hacerme un chequeo? El médico hizo como siempre hacen los médicos en estos casos: me envió a un colega suyo y así sucesivamente. Solo que en cada ocasión la cara del médico contra el que chocaba se iba poniendo tan larga como la de un mulo. Al final el que se quedó con la pajita más

corta tuvo que cargar con el muerto de revelarme el diagnóstico. Tengo cáncer de huesos. Inoperable. Incurable.

Era como si un vampiro invisible le hubiera chupado a Annelise hasta la última gota de sangre.

—No puedes dejarme sola —susurró.

—No te dejes sola, hija mía. Tienes a tu marido y a tu hija. Tienes tu vida —recogió el reloj y se lo colocó en la palma de la mano, luego se la estrechó—. Todavía te quedan muchas cosas que hacer, montañas que escalar, batallas que ganar o incluso que perder; lo suficiente como para adquirir un poco más de sabiduría. Y estoy seguro de que el destino te tiene reservados un par de días soleados para calentar tus huesos, cuando te llegue ese momento en que el tiempo se mide por minutos y ya no por años. Luego, al final, tomarás este reloj, harás un paquete más bonito que el mío, y se lo regalarás a Clara.

—Pero yo... —Annelise negaba con la cabeza—. Yo no voy a saber qué decirle. Yo... —hablaba como si tuviera la esperanza de convencer al cáncer de que le dejara más tiempo a Werner.

—Ese día lo sabrás —respondió.

Annelise se le echó al cuello, al igual que hacía Clara conmigo cuando estaba asustada. Solo que quien estaba llorando en el cuello de su padre no era una niña, era una mujer adulta, la mujer a la que amaba y a la que había jurado proteger de todo mal.

Una promesa que no podía ser mantenida.

El diablo siempre ríe el último, decía el *Krampusmeister*.

Me levanté, sintiéndome como un buzo en el fondo del mar.

Padre e hija tenían palabras que decirse, secretos que revelar y lágrimas que compartir. Recé, mientras los dejaba solos, para que un día delante de Clara consiguiera yo encontrar la misma serenidad con la que Werner estaba explicándole a Annelise el último de los misterios.

6.

Durante toda la semana siguiente, Annelise deambuló por la casa, con los ojos rojos y la mirada neblinosa. Era como vivir con un espectro. Fue un suplicio verla así.

Sobre todo para Clara, que no entendía el comportamiento de su madre.

—¿Mamá está enferma?

—Un poco de gripe, tal vez.

—¿Le preparamos un zumo de frutas?

—No creo que le apetezca.

—¿Y entonces qué le apetece?

—Quedarse un poco sola.

—¿Por qué?

—Porque a veces los adultos necesitan quedarse solos. Para pensar.

Luego, para detener la cascada de preguntas, trataba de distraerla. Me inventaba un nuevo juego, un trabalenguas, la desafiaba a ver quién encontraba la palabra más larga del mundo, cualquier cosa con tal de que no le pesara tanta amargura. Entendía lo que Annelise estaba sintiendo, pero yo no quería que se encerrara en su dolor dejando el mundo al margen.

No había tiempo.

Una noche, después de acostar a Clara, hablé con ella.

—Tienes que reaccionar, amor mío.

—Estoy reaccionando —dijo ella, molesta, como si le hubiera estorbado en sus razonamientos.

—No, tú estás llorando a tu padre —le contesté con dulzura.

—¿Por supuesto que estoy llorando a mi padre, Salinger! —saltó ella—. ¡Tiene cáncer!

—Pero es que todavía no está muerto. ¿Recuerdas lo que dijo? De momento, la medicación está cumpliendo con su deber, casi no le duele. Tendrías que aprovecharte de eso.

Annelise me miró como si yo hubiera blasfemado en la iglesia.

—¿Para hacer qué?

—Para estar cerca de él —le dije—. Porque lo más importante que podemos hacer por nuestros padres es actuar de manera que nos dejen bonitos recuerdos.

## En el vientre de la Bestia

1.

El 20 de abril, llamaron a la puerta en mitad de la noche. Unos timbrazos furiosos me despertaron sobresaltándome. El corazón parecía querer salir volando.

Aturdido por los somníferos, me preguntaba si no se habría declarado un incendio que estaba arrasando Siebenhoch, una guerra o un desastre de proporciones apocalípticas. Bajé las escaleras y abrí sin preguntar siquiera quién era el que hacía todo ese ruido.

La forma que surgió de la oscuridad me abrazó con la fuerza de un oso.

—¡Salinger! Siempre me equivoco con los husos horarios, ¿verdad? —gritó—. ¿Y dónde está mi pastelito?

—Mike, Clara está...

No estaba durmiendo.

Clara se deslizaba escaleras abajo, saltando los peldaños de dos en dos, para luego aterrizar en los brazos de Mike, que la levantó por los aires y la hizo gritar de alegría.

—¡Tío Mike! ¡Tío Mike!

Se podían ver los signos de exclamación a kilómetros de distancia.

Mike la lanzó tan alto que tuve miedo de que la hiciera chocar contra el techo. De manera que, para evitar un infarto, cogí las dos maletas que mi amigo había abandonado en la entrada y cerré la puerta, dejando fuera el punzante frío de la noche.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo aquí? —pregunté.

—Tu padre no quiere al tío Mike —dijo dirigiéndose a Clara.

—Papá quiere al tío Mike —pontificó ella—. Lo que pasa es que dice que el tío Mike está un poco cuatro letras.

Mike se dio la vuelta hacia mí.

—¿Qué diablos significa eso de «cuatro letras»?

—«Loco», en este caso.

Mike se volvió hacia Clara y le dio una nueva voltereta.

—¡Loco! ¡Loco! ¡El tío Mike está loco!

Cada vez que Clara despegaba perdía yo un año de vida.

Al fin la depositó en el suelo, fingiendo que estaba dolorido.

—¿No hay ni siquiera una cerveza para el tío Mike, pastelito?

—Es de noche, tío Mike —dijo Clara con inesperada sabiduría.

—En algún lugar del mundo son las cinco de la tarde.

A Clara esa frase le pareció de una lógica irrefutable y desapareció en la cocina.

Había visto mujeres adultas y astutas sucumbir a la lógica absurda de Mike: ¿por



qué cabría esperar que una niña de cinco años fuera una excepción?

—¿Desde cuándo desayunas con cerveza?

Era Annelise: iba en bata, el pelo despeinado y una sonrisa plantada en el rostro. Mike la abrazó y la cubrió de cumplidos.

Le dio las gracias a Clara, que entretanto le había llevado una lata de Forst, y se dejó caer, con la chaqueta todavía puesta, en la butaca del centro del salón.

—¿Cómo te va, socio? —le pregunté.

—Como a alguien que ha viajado ocho horas en un vuelo intercontinental, cuatro más en tren y luego se ha gastado un montón de pasta en un taxi —respondió antes de tragar cerveza—. Por cierto, dado que se me olvidó pedir un recibo, ¿cuánto es «un montón de pasta» en dólares? Tienes que saldar una deuda, Salinger.

—¿Clara? —dije.

—¿Papá?

—Tráeme el Monopoli, por favor.

Clara se quedó estupefacta. Fue Annelise quien le explicó que se trataba de una broma.

—Papá hace chistes, Clara —añadió Mike tragando la Forst—. Papá se cree gracioso.

—Podrías haber llamado —dijo Annelise—. Te habría preparado algo que pudieras meterte entre pecho y espalda. ¿Quieres un sándwich?

—¿Qué tal otra cerveza?

—Ni lo sueñes.

—Has perdido puntos, *baby*.

—¿Mike?

—Dime, socio.

—Son las tres de la madrugada. Yo estaba durmiendo con mi legítima esposa, bajo un cálido edredón de plumas, y has caído a plomo en mi propiedad privada, sin avisar.

—Habrías podido dispararme.

—Lo habría hecho de buena gana. ¿Hija?

—¿Sí, padre?

—Tráeme la escopeta.

Esta vez Clara entendió la broma y se echó a reír.

Cuando se ponían a ello, papá y el tío Mike eran mejores que los dibujos animados.

—¿Quieres que te diga por qué he penetrado en los confines sagrados de tu propiedad privada y sin avisar?

—Sería una cortesía por tu parte, dado que te has apropiado también de mi butaca.

—Yo estaba tan tranquilo en mi casa, después de una velada en un pequeño local en Co-Op City, un lugar increíble con una banda que tocaba en vivo y hacía versiones

de los Stooges, así como un *lap-dancer* que no hay que menospreciar. Me tomo un par de cervezas, charlo con algunos y conozco a una rubia. No está mal, qué te voy a decir. Así que decidimos ir a mi apartamento y...

—Los detalles puedes ahorrártelos.

Mike se acordó de Clara, que estaba siguiendo el monólogo como hipnotizada. Se aclaró la voz y continuó:

—La llevo a casa y le cuento la fábula de la zorra y las uvas. Pastelito, ¿conoces la fábula de la zorra y las uvas?

—¿Es la de la zorra que se quiere comer las uvas pero, como están demasiado altas, entonces dice que no están maduras? ¿Esa, tío Mike?

—Esa misma. Lo que pasa es que mi versión de la historia dice que se trataba de un zorro viejo y flácido que está casado y que luego, cuando su amigo Mike empieza a contarle lo del último racimo de uvas que se ha llevado a casa, el viejo zorro flácido y casado con...

—Corta ya —lo detuve.

Mike sacó dos sobres del bolsillo de su chaqueta y me lanzó uno a mí y otro a Annelise.

—¿Qué es esto?

—Una invitación para el estreno de la obra maestra de Mike McMellan y del ya atocinado Jeremiah Salinger.

El sobre contenía un folleto impreso en papel rígido. El logotipo era el del Canal. Había demasiados colores demasiado estridentes. Había montañas nevadas.

Y una fecha.

La fecha era el 28 de abril.

2.

Siete días más tarde, Mike le estaba contando a Clara su personal versión del cuento de la *Cenicienta*. Por lo que pude entender cuando pasé por su dormitorio para darle el beso de buenas noches, estaban implicados un adinerado abogado de Manhattan, un periodista de *Vogue* y un gran bull-terrier. A Mike la idea de que los cuentos servían para que los niños conciliaran el sueño se le escapaba, pero era agradable escuchar a Clara partiéndose de risa.

Annelise estaba acabando de recoger la mesa, con un delantal atado a la cintura y un mechón de pelo que le rozaba la barbilla y la molestaba. La encontré encantadora.

Me encendí un cigarrillo.

—Estará lleno de gilipollas —murmuré.

—Lo sé.

—Gilipollas que escribirán gilipollecés.

—Es una tautología.

Me aclaré la garganta.

—Tendremos que salir corriendo en el corazón de la noche. Vendrán a buscarnos con horcas.

—No exageres.

—No estoy exagerando. Será así.

—Estás exagerando.

—Si quisiera exagerar, habría dicho: le prenderán fuego a la casa, me empalarán en la cima del campanario y, cuando ya la haya palmado, harán una barbacoa con mis nalgas.

—No va a pasar nada por el estilo. Solo tendrás que estrechar unas cuantas manos y contestar preguntas a las que ya has contestado un montón de veces.

—El director es Mike —lloriqueé—. Es a él a quien le gusta estrechar manos. ¿Recuerdas cómo me fue la última vez que me tocó a mí responder a las preguntas?

Annelise torció la boca al recordar la *performance* con la que me gané una demanda (más tarde rechazada por el tribunal) y una migraña que me duró tres días.

—Eres la estrella.

—No quiero ser la estrella. A mí me gusta la retaguardia.

—Salinger...

Levanté las manos en señal de rendición.

—Vale, vale...

—Nada de «vale, vale», ¿de acuerdo? No me he gastado quinientos euros en un vestido para que me lo estropees con tu lloriqueo, ¿queda claro?

Dicho esto se dio la vuelta, mientras frotaba una sartén con una costra de grasa; la cena la había preparado Mike, y cuando Mike cocinaba, el colesterol comenzaba a dar saltos de alegría.

Me quedé en silencio unos instantes, escuchando la risa de Clara y el ruido de los platos en el fregadero, preguntándome por enésima vez por qué ni Annelise ni yo utilizábamos ese moderno invento del diablo llamado lavavajillas. Una forma de esnobismo, supongo. Del mismo tipo de la que me haría permitir a toda la larga lista de invitados al estreno del documental darme patadas en el culo durante las próximas dos primaveras. Ya me dolían las nalgas.

—Para ya de una vez por todas —exclamó Annelise de repente.

Me sobresalté.

—¿Que pare ya de hacer qué?

—De rumiar. Puedo sentirlo desde aquí.

—No estoy rumiando.

Annelise dejó la sartén, se pasó las manos por el delantal y se sentó frente a mí.

—Tienes que hacerlo. Tienes que ir.

—¿Por qué?

—Por tres razones —dijo.

—¿Nada menos que tres? —intenté bromear.

Annelise estaba muy seria.

—En primer lugar —dijo—, se lo debes a Mike. Ha trabajado hasta el agotamiento para terminarlo todo. Te defendió a capa y espada y sabes muy bien que no fue un juego de niños.

—Sí.

—En segundo lugar: tienes que hacerlo por ti mismo. Tienes que poner la palabra «fin». Luego te sentirás mejor.

Traté de sonreír. No lo conseguí. Tenía la boca seca.

Apagué el cigarrillo. Tal vez era hora de dejar esa mierda.

—En tercer lugar: se lo debes a ellos.

—¿Ellos?

—A ellos.

3.

El Canal había desplegado la artillería pesada. Vallas publicitarias en las esquinas de las calles, carteles y todo el resto del armamento que Gilipollas Integral había ideado para la ocasión. Sin ir más lejos, en internet había puesto en marcha algo llamado «bombardeo viral», de acuerdo con los dictados del *marketing* de guerrilla: a mí me parecía más bien una sarta de gilipolleces en caída libre, pero ¿quién era yo para juzgar?

La somnolienta ciudad de Bolzano había asistido con asombro a los preparativos del estreno de *En el vientre de la Bestia* y a la invasión de una fauna de críticos (los que llevaban camiseta debajo de la americana eran críticos de televisión; los que tenían ojeras, cinematográficos), periodistas (los fanfarrones eran de los periódicos locales; los que comían *sushi*, nacionales; los que iban resoplando, del Tío Sam), *starlets* («¿Mike?». «Dime, socio». «¿Quién demonios es Linda Lee?». «Ha participado en un par de películas comprometidas». «¿Con ese par de cabezas nucleares colocadas en el lugar de las tetas?». «Socio, tómatelo con calma, Linda es una amiga») y personajes más o menos peregrinos que vagaban entre soportales y monumentos con mirada alegre y un tanto perpleja. La población local parecía haberse tomado bien esa locura, pensé mientras nos dirigíamos con un coche de alquiler con chófer y todo hacia la sala de proyección que albergaría el evento, hasta que mis ojos se posaron en una pintada, en letras mayúsculas rojas, que un diligente funcionario municipal estaba tratando de limpiar y que rezaba: «Salinger Asesino».

—¿También es un truco de G. I.? —le pregunté a Mike.

—Puede ser, socio, puede ser. ¿Quién fue el que dijo: «Lo importante es que se hable del tema»?

—El camarada Beria, creo. O tal vez fue Walt Disney.

Mike iba vestido con una sobriedad inusual esa noche. Un traje y una corbata que

a mis ojos lo convertían en un extraño. Fingía estar relajado. Pero yo lo conocía bien. No hacía más que crujirse los nudillos. Actividad a la que se dedicaba únicamente cuando trataba de no ponerse a gritar.

Lo comprendía, y de qué manera. Yo ese día no comí nada, me chuté dos paquetes de cigarrillos (al diablo las buenas intenciones), murmuré a lo largo de toda la mañana y pasé gran parte de la tarde probándome ropa. Al final, la elección recayó en un traje con corbata que me rejuveneció treinta años, haciendo que pareciera un colegial el día de su primera comunión. Annelise lo soportó todo con paciencia y estoicismo. Con su nuevo vestido estaba de rompe y rasga. Pero yo andaba tan nervioso que apenas me había dado cuenta.

Clara, en cambio, simplemente estaba excitada. Bendita infancia.

Lo miraba todo con ojos como platos y seguía bombardeándonos con preguntas, mientras el coche con cristales tintados (otra cursilería fruto de la mente retorcida de Gilipollas Integral) hendía la multitud en el centro de Bolzano. La mitad de esas personas no tenía ni idea de quiénes éramos —continuaba repitiéndome—, y la otra mitad, pensé, nos consideraba unos buitres. En realidad, eran muy pocos los que parecían haberse fijado en nosotros. Pero mi paranoia había llegado a niveles peligrosos.

—¿Qué significa «G. I.», papá?

Mike y yo nos miramos.

—«Gran Inteligente», pequeña —respondí.

—Si es tan inteligente, ¿por qué el tío Mike y tú os seguís burlando de él?

—Cariño —intervino Annelise—, ¿recuerdas lo que hemos hablado?

—Sé buena chica. Papá tiene que trabajar —enunció Clara.

—Muy bien.

—Pero esto no es un trabajo de verdad.

En ese momento Mike y yo ya no fuimos capaces de contener la hilaridad. Clara nos había pillado. Ese no era un trabajo de verdad.

Los periodistas estaban esperándonos en la acera debajo de dos gigantografías muy *cool*, muy minimalistas y muy malas del perfil de una montaña. La franja roja que la atravesaba era la representación artística del EC-135. Gilipollas Integral me lo había asegurado. Era fruto del genio de un diseñador californiano que cobraba bastantes miles de dólares por cada asesoría. A mí me parecía solo una raya roja, y mal hecha, además, pero si un tipo había logrado realmente que le pagaran una fortuna por aquello, me quitaba el sombrero. Hay que valorar el talento allí donde se manifiesta.

El coche se detuvo.

El chófer se aclaró la garganta.

—Tenemos que bajar —dijo Mike.

—Nos van a destrozar.

—¿No es siempre así?

—¿Podemos volver atrás, socio?

Antes de abrir la puerta del coche, Mike me lanzó una mirada de ánimo. Annelise me apretó la mano, con fuerza. Le devolví el gesto y me dirigí a Clara.

—Dame un talismán, pequeña.

Clara me plantó un beso en la frente.

Si veis las fotografías de esa noche, os daréis cuenta de que un servidor lleva una especie de corazoncito medio borrado entre las cejas. Es el lápiz de labios de mi hija (sí, Annelise le había puesto *lápiz de labios*).

Nos estaba esperando un tipo larguirucho cuya identidad desconocíamos. Hubo unos cuantos *flashes*. Mike mostró el índice y el medio en el gesto que Churchill hizo famoso. Yo me limité a no salir pitando de allí a la velocidad de la luz. Hay que decir que con Annelise al lado daba el peso. Estreché manos y apreté las nalgas.

El interior del edificio rebosaba de gente. Un babel de lenguas por el que penetramos seguidos por los ojos de todo el mundo. Palmadas en la espalda, perfumes de miles de dólares cada frasco mezclados entre sí hasta provocar náuseas.

Gilipollas Integral había mandado a un artesano de Val Gardena construir algo así como un ejército de lámparas en forma de *Rosengarten* (aunque el *Rosengarten* no tenía nada que ver con el largometraje), cuya luz supuso una tortura todo el tiempo que Mike y yo, con Annelise y Clara a un lado, pasamos fingiendo que conocíamos a todo aquel que nos saludaba.

—Salinger.

Mister Smith había levantado su culo de Nueva York y había volado hasta allí. Estaba impresionado, aunque tendría que haberme sentido halagado.

Vestía un esmoquin impecable y llevaba un puro en el bolsillo de la chaqueta, en lugar del pañuelo. Su apretón de manos se quedó detenido el tiempo de un par de *flashes*. Había engordado desde la última vez que lo vi.

Por un momento temí haber dicho eso en voz alta.

—¿Qué te parece, chico?

—Extraordinario.

Sonrió, satisfecho.

—¿Te he presentado a Maddie?

Maddie era una cosita arrugada que llevaba un vestido rosa caramelo, un Martini en la mano izquierda y la derecha tendida como si esperase un besamanos.

—¿Maddie?

—Maddie Grady, del *New Yorker*.

Sentí una opresión en el estómago. Y mientras Mister Smith se ausentaba para ir a repartir *charme* por el bufé, vislumbré a Mike (la que tenía bajo el brazo debía de ser Linda Lee, a juzgar por aquella abundancia que se le desbordaba por el escote) poniéndose una mano sobre la boca, en un intento de no parecer el divertido cavernícola que en verdad era.

—Me moría de ganas de conocerla en persona —dije.

Mi sarcasmo no le pasó desapercibido a Annelise, que me soltó un pellizco. Maddie Grady era la firma que había sacrificado y deshuesado la primera temporada de *Road Crew* con la delicadeza de una escuadrilla de Stukas en picado.

Había perdido noches por culpa de ese artículo.

—Créame, lo mismo le digo, señor Salinger.

—Deje que le presente a Mike, él...

—Conozco a McMellan —la cosita arrugada hizo un gesto como apartando una mosca en dirección a Mike y su rebosante compañía—. Pero no he volado hasta aquí por el *speck* curado y una película. He venido hasta aquí por usted, Salinger —dijo, colgándose de mi brazo y obligándome a sujetarla—. ¿Puedo llamarle Jeremiah?

—Llámame Plissken —murmuré.

—¿Cómo dice?

—He dicho que como quiera, señora Grady.

—Señorita. Pero Maddie está bien, Jeremiah. Tuteémonos —vació el vaso y, como por arte de magia, hizo desaparecer otro de la bandeja de un camarero (vestido con el uniforme del Socorro Alpino de los Dolomitas, detalle por el que con gusto habría estrangulado a G. I.). Luego taladró a Annelise con sus ojos de hielo—. Cariño, ¿te importa si te robo a tu novio?

—Estamos casados —dijo ella sin perder su aplomo—. Pero adelante. Es su noche, después de todo.

—¿Aún no has bebido nada, Jeremiah?

—Acabo de llegar. Y, además, preferiría evitar el alcohol. La tensión, ya sabes cómo es...

—Oh, tonterías, querido —gorjeó al tiempo que me tendía un Martini—. Como decía mi tercer marido, no hay nada que un *marciano* no pueda ahuyentar.

Dijo exactamente eso: marciano.

Ahora sí que estaba aterrado.

Con la maestría de una *grande dame*, Maddie me encaminó hacia un rincón discreto, en el que fingimos que nadie nos observaba cuando los dos sabíamos (yo con consternación, ella regodeándose como una orca asesina) que la mayoría de los presentes ya estaba comentando nuestra cita privada.

—¿Muy nervioso, Jeremiah?

—Lo suficiente. Pero un marciano es un marciano —dije haciendo tintinear mi vaso contra el suyo.

—Estoy segura de que será un éxito. Ese guasón de McMellan no me ha dejado ver ni siquiera un pequeño clip.

—Supongo que habrá sido Mister Smith quien se lo ha ordenado.

—¿Mister Smith? Cariño, Tom es mi tercer marido; si se lo pidiera, se pondría a ladrar aquí, delante de todo el mundo.

Estaba borracha, pero terriblemente lúcida.

—¿Cómo te sientes con todo esto? —volvió a la carga.

Gané algo de tiempo.

—¿Es una entrevista o quedará entre nosotros?

—Depende de lo que digas, *chéri*.

—Estoy un poco aturdido, pero feliz. Es justo que la gente, sobre todo la gente de aquí, sepa cómo ocurrieron realmente los hechos —me aclaré la voz—. Se han escrito un montón de chismes sobre el 15 de septiembre —añadí, esforzándome por mantener un tono neutro, profesional—: Es hora de contar la verdad.

—Tomo nota. Pero ¿y *off the record*?

—Estoy aterrorizado, Maddie.

—¿Después de la que montasteis con la serie *Road Crew*? ¿Uno de los niños prodigio más envidiados de la Costa Este? ¿Aterrorizado por un estreno?

—La gente le ha dado demasiadas vueltas a este asunto. Algunas de mis heridas continúan sangrando —intenté no percatarme de la luz que se encendió en la mirada de Maddie—. Por suerte, mi esposa ha estado a mi lado. Su ayuda ha sido crucial, pero lo que pasó... —se me rompió la voz—. En fin, ya lo verás.

Maddie vació el vaso sin quitarme los ojos de encima.

—Ya lo veré, por supuesto.

—Ahora, si...

Maddie me retuvo. Más que manos, fueron garras las que me clavó en el bíceps.

—Veo que a tu encantadora mujercita le está entrando tortícolis de tanto mostrarse desinteresada en nuestro pequeño *tête-à-tête*, pero quiero robarte aún un segundo más. No veo a nadie del Socorro Alpino de los Dolomitas. ¿Tienes idea de por qué?

Un puñetazo en el estómago.

La bruja sabía dónde golpear, e incluso bien. No era casualidad que la suya fuera la pluma más temida de la Costa Este, y también de la Oeste, para decirlo con sus propias palabras.

Me salvó la caballería. Un pequeño contingente de caballería de metro treinta.

Clara, ignorando a mi interlocutora, se me aferró a los pantalones, con su carita hacia arriba, reclamando mi atención.

—El tío Mike dice que tenemos que ir. Va a empezar.



## *Wer reitet so spät durch Nacht und Wind?*

1.

No recuerdo lo que soñé, supongo que algo terrible, porque cuando me desperté la almohada estaba empapada de lágrimas y tenía una migraña tan fuerte que casi me revolvió el estómago. Tuve que cerrar los ojos y esperar a que el mundo volviera a girar sobre su eje.

Había bebido, y mucho, después de la proyección del documental. Recuerdo poco o nada del *show* posterior.

Los títulos de crédito, lúgubres e interminables, que cerraban con: «En memoria de los valientes del Socorro Alpino de los Dolomitas», y el aplauso, primero tímido, luego un estruendo.

Mike miraba a su alrededor, aliviado, mientras yo pensaba que ese ruido no era otra cosa que la risa de la Bestia. Annelise me rozó con un beso, y luego se inclinó para consolar a Clara, toda ella lágrimas, con el pelo revuelto.

No sé si fue el aplauso o la visión de mi hija llorando entre los brazos de mi mujer lo que me llevó a abusar del alcohol, el hecho es que cuando Maddie Grady me puso en las manos uno de sus marcianos, me lo trinqué de un trago.

El resto fue todo cuesta abajo.

Tengo algún fognazo del viaje de regreso a Siebenhoch. De una parada delante de un hotel donde Mike y Linda Lee pasarían el resto de la velada. La carretera sumida en la oscuridad, la silueta del chófer a contraluz, Clara dormida en el regazo de Annelise, ella respondiendo a preguntas de borracho cuyo sentido no puedo recordar, tan solo la urgencia con que las formulaba.

Las escaleras.

La cama.

2.

Poco a poco las punzadas de dolor en las sienes se hicieron menos violentas y me di cuenta de que estaba solo.

Hacía frío.

Me levanté, moviéndome como un anciano de cien años. Revisé la ventana. Estaba cerrada. Llegaba luz, de todas formas, procedente del pasillo. Tal vez Annelise había bajado a la cocina para picar algo o tal vez estaba roncando tan fuerte que había decidido pasar la noche en el catre del pequeño estudio. Sentí una punzada de remordimiento.

Me dirigí de puntillas al cuarto de baño, me enjuagué la cara y me tragué un par de analgésicos. Bebí un poco. Me revolví el pelo delante del espejo intentando asumir un aire al menos presentable.

El estudio estaba iluminado. La puerta, apenas entreabierta. Llamé.

—¿Annelise?

No hubo respuesta.

Entré.

Annelise no estaba. El ordenador del escritorio estaba encendido, veía el led intermitente. Moví el ratón. Cuando se reinició el monitor tuve que aferrarme al escritorio para no caerme al suelo. Había pasado demasiadas horas delante del documento como para no reconocerlo al instante. Las notas tomadas a lo largo del descenso infernal que me había llevado desde unas pocas palabras oídas por azar en el Centro de Visitantes hasta las entrañas del Bletterbach, pasando por los fantasmas de Siebenhoch, la muerte de Brigitte y las confesiones de Werner y Max. El archivo sobre la masacre del Bletterbach. El que había tirado a la papelera en el escritorio pero que, como un idiota, no había eliminado.

Annelise lo había leído.

Ahora lo sabía.

Sabía la verdad sobre Kurt, Evi y Markus. Sobre el hombre al que había llamado padre y la mujer a la que había llamado madre. Sobre el fin de Oscar Grünwald. Sobre la justicia de los Padres.

Sobre mis promesas rotas.

—¿Annelise? —la llamé.

Era casi una oración.

No hubo respuesta.

La casa estaba sumida en el silencio. Bajé las escaleras, descalzo. Tenía los oídos tapados, todo estaba como acolchado. La puerta de entrada permanecía abierta de par en par. El viento soplaba con fuerza. Había agua en el rellano. Estaba lloviendo. En el cielo las nubes eran una losa compacta de plomo. El estómago se me encogió.

—¿Annelise? —gemí.

No sé cuánto tiempo habría estado así, paralizado, si la adormilada voz de Clara no me hubiera hecho reaccionar.

—¿Papá?

—Vete a la cama, pequeña.

—¿Qué pasa, papá?

Saqué todo el aire que tenía en los pulmones, inspiré profundamente, luego me di la vuelta. Tenía que ser tranquilizador. Tenía que ser fuerte. Sonreí y Clara me devolvió la sonrisa.

—Todo bien, cinco letras.

—¿Estás bien, papá?

—Me duele un poco la barriga. Me preparo un té y me meto otra vez en la cama.

Tú vete a dormir.

Clara se puso a jugar con un mechón de pelo.

—¿Papá?

—Clara —dije—, vete a la cama, por favor.

—La puerta está abierta, papá. Entra la lluvia.

—A la cama.

Probablemente lo dije en un tono demasiado agresivo, porque sus ojos se hicieron más grandes.

—¿Dónde está mamá?

—A la cama, pequeña.

Clara tiró con fuerza del mechón de pelo, luego volvió tras sus pasos.

Obedeció. Me quedé solo.

—¿Annelise?

Me respondió el seco retumbar de un trueno. Me encaminé hacia la puerta. Sentí el agua helada bajo las plantas de los pies, procuré no resbalar. Miré.

El coche no estaba allí.

La memoria se niega a repescar los minutos que pasé sumido en la angustia y en el sentimiento de culpabilidad. Solo sé que me encontré vestido al tuntún, con el móvil en la mano y la voz de Max en las orejas.

—Cálmate, Salinger, cálmate y explícamelo todo desde el principio.

—Annelise —dije—, el Bletterbach.

No sé qué intuyó Max, pero debí de asustarlo mucho porque su respuesta fue:

—Ya voy.

Pulsé la tecla de colgar. Me quedé mirando el móvil. Lo deposité sobre un mueble.

Subí las escaleras, tratando de reprimir la ansiedad.

—¿Cariño? —dije al entrar en la habitación de Clara.

La niña estaba acurrucada bajo las sábanas, en posición fetal. Me pareció mucho más pequeña que sus cinco años. Tenía el pulgar en la boca.

—¿Mamá? —preguntó esperanzada.

Me senté en el colchón a pesar de que cada fibra de mi cuerpo me exigía salir corriendo.

—Ahora iremos a buscarla.

—¿Adónde se ha ido?

—A casa del abuelo.

—¿Por qué?

No tenía respuesta.

—Tenemos que vestirnos, Max llegará pronto y hay que estar preparados.

Si Clara tenía algunas preguntas que formularme, no lo hizo. Permaneció en silencio durante el tiempo que necesité para vestirla.

Cuando los faros del todoterreno de la Forestal hendieron la oscuridad delante de

la casa, Clara y yo estábamos en el umbral, arrebujados bajo dos pesadas capas antilluvia.

Max salió de la cabina sin apagar el motor. Las volutas que partían del tubo de escape, teñidas por el rojo de las luces, adquirían formas demoníacas. Empujé a Clara hacia la puerta de atrás y la hice entrar.

—Annelise lo sabe todo —le dije a Max.

—¿Qué ha pasado?

—Ha leído mis anotaciones.

Max cerró con fuerza la mandíbula.

—Eres un idiota.

—Tenemos que ir.

—¿A casa de Werner?

Asentí.

3.

No encontramos a Annelise en Welshboden. La propiedad de Werner estaba sumida en la oscuridad.

Ni rastro del *jeep* de mi suegro, mientras que el mío tenía la puerta abierta de par en par. La casa se hallaba vacía.

Noté que se me llenaban los ojos de lágrimas. Me las enjuagué con el dorso de la mano.

No quería que Clara me viera en esas condiciones. Ya estaba lo bastante asustada.

—Creo que sabes adónde han ido —dije mirando hacia delante.

Max no respondió. Metió la marcha atrás y partió rumbo al Bletterbach.

Me armé de valor y me di la vuelta, luego dije:

—Vamos a dar un paseo, cinco letras.

—Está lloviendo, papá.

—Será una especie de aventura.

Clara negó con la cabeza, lentamente.

—Quiero irme a casa.

Tendí la mano para tocarle la mejilla.

—Pronto.

—Quiero a mi mamá.

—Pronto, pequeña. Pronto.

Oí que mi voz se quebraba.

—¿Te gusta la música, Clara? —preguntó Max.

—Sí.

Encendió la radio del vehículo. Una melodía alegre inundó el habitáculo. Era Louis Armstrong.

—Esta es mi favorita —dijo Max—. *When the saints go marching in...*

Un atisbo de sonrisa en el rostro de Clara.

—¿Desafino?

—Un poco.

—Es porque el volumen está demasiado bajo —respondió Max. Y comenzó a cantar de nuevo, a voz en grito.

Clara se rio, llevándose ambas manos a las orejas.

Le lancé una mirada de agradecimiento a Max y apoyé la cabeza en el asiento. El analgésico había comenzado a surtir efecto. La migraña se redujo a una especie de resaca de dolor.

En el exterior del todoterreno, lluvia y oscuridad. En el interior, Louis Armstrong. Era una locura. Sencillamente, una locura.

Cuando llegamos a la entrada del Centro de Visitantes, nos percatamos de que el *jeep* de Werner estaba aparcado en batería y la verja abierta de par en par.

Max apagó el motor. La música cesó de golpe.

—Tenemos dos posibilidades, tal como lo veo yo —dije.

—Tres —dijo Max—. La tercera es: nos quedamos aquí y esperamos.

Fue como si no lo hubiese oído.

—La cueva... o allí.

Allí, donde todo comenzó. El lugar donde Kurt, Evi y Markus hallaron la muerte. Donde Annelise nació por segunda vez.

—O nos quedamos aquí —repitió Max—. Con Clara.

Negué con la cabeza. No tenía tiempo que perder. Abrí la puerta.

—¿Vienes con nosotros?

4.

Antes de haber recorrido los primeros cien metros, nos encontramos empapados de agua. Caía como si quisiera inundar el mundo entero, y a nosotros con él. Hasta ese día, la lluvia había tenido para mí un significado totalmente distinto. Era una molestia que un paraguas o el limpiaparabrisas eliminaban. Esa noche la vi como lo que en verdad era. Agua gélida que destilaba oscuridad y no traía nueva vida, sino que traía muerte. Arrancaba plantas de raíz, mataba animales ahogándolos en sus madrigueras. Se metía por la ropa y hacía perder calor. El calor es vida.

A nuestro alrededor la garganta del Bletterbach retumbaba. No era una voz única, era un coro en el que cada instrumento se sumaba al otro hasta producir una cacofonía que a ratos resultaba insostenible. Incluso el fragor de la lluvia cambiaba sus notas en función de la superficie sobre la que percutía. El repique sombrío en el castaño, cristalino en el abeto. Ronco en las rocas.

Muchas voces, un único mensaje. El Bletterbach nos advertía que no lo

desafiáramos.

Pero nada podía detenerme.

Annelise estaba allí, en alguna parte (aunque sabía perfectamente dónde), en las profundidades. Estaba herida. Si no en lo físico, seguro que en el alma. Y esa herida era culpa mía.

Clara me sujetaba la mano, con la cabeza agachada. Caminaba con paso rápido, el barro le había hinchado los pantalones, volviéndolos pesados. Quise llevarla en brazos, pero se negó. Con tal de no perder tiempo la contenté, prometiéndome que en cuanto percibiera signos de desaliento la convencería para que se dejara ayudar.

De vez en cuando la oía cantar en voz baja. Era su modo de infundirse valor.

La envidié.

Yo no tenía nada más que la guía de Max, por delante de mí, en la oscuridad de la noche veteada por los relámpagos.

Traté de visualizar la cara de Annelise. Las pecas alrededor de la nariz, su forma de doblar el cuello mientras se acercaba para besarme. No lo logré. Tan solo veía el dolor con el que había pronunciado su ultimátum. O ella o la historia de la masacre. Había elegido a los muertos y los muertos se habían vengado arrebatándomela.

Era un pensamiento estúpido. Los muertos estaban muertos. Recordé una pintada leída en la pared de un baño público, en Red Hook. «La vida es fea, pero la muerte es peor».

Evi, Kurt y Markus no eran los responsables de lo que estaba sucediendo.

Yo era el responsable.

Yo me había olvidado de borrar el archivo con las anotaciones (¿o no me había atrevido?). Era culpa mía que Annelise lo hubiera encontrado.

Pero ¿qué había impulsado a Annelise a encender mi portátil, en mitad de la noche, y hurgar entre mis archivos? Por regla general, era yo el que se ponía a buscar los regalos de Navidad antes de recibirlos, no ella. Lo que la había llevado a quebrantar mi privacidad (a ser tan decidida como para mirar incluso en la papelera del ordenador) solo podía ser algo grave.

Algo así como...

Me quedé bloqueado.

Por poco Clara no chocó contra mí.

—¿Salinger? —la voz de Max.

Avanzaba a menos de dos metros de distancia y, sin embargo, su silueta se confundía con las sombras.

—Todo bien. Es solo...

Es solo que cuando me emborracho, cuando me emborracho de verdad, no después de tres o cuatro copas, ni siquiera después de seis o siete, sino cuando los marcianos me abducen y me llevan en su nave espacial a darme una vuelta en la montaña rusa, hablo.

Hablo en sueños.

—¿Papá?

Clara seguía mirando al suelo.

—Tengo los zapatos sucios.

—Los limpiaremos.

—Mamá se enfadará.

—Mamá se pondrá feliz cuando nos vea.

Avanzamos por lo menos otros tres cuartos de hora antes de que Clara tropezase. Fui rápido en recogerla y limpiarle las mejillas con un pañuelo que Max me ofreció. No había sangre y Clara no lloró. Mi chica valiente.

—Ahora tenemos que ganar altitud —explicó Max mientras señalaba una maraña de robles entre los que sobresalían un par de abetos rojos—. Aún nos queda un buen trecho por delante, Salinger. Según mis cálculos al menos faltan otras dos horas de camino. Con esta lluvia, incluso más. Y Clara es solo una niña —añadió, mirando con dureza.

—Ve abriendo camino.

Max suspiró y comenzó a trepar por la pendiente.

—¿Tenemos que subir nosotros también? —preguntó Clara.

—Será divertido.

—¿Mamá está allí?

—Allí mismo. Pero para llegar necesito tu ayuda, pequeña.

—¿Qué debo hacer?

—Voy a llevarte a hombros, pero tendrás que agarrarte con fuerza. ¿Te ves capaz?

5.

Dos horas más tarde tuve que pararme. Estaba agotado. Deposité a Clara en el tronco caído de un pino, resguardada bajo un grupo de helechos de dimensiones excepcionales.

Clara apenas podía mantener los ojos abiertos y el pelo que se le salía de la capucha se le había pegado a la cara. Se me encogió el corazón al verla así.

Eran las seis de la mañana, pero no había ni rastro del sol. El agua no dejaba de caer a mares. Y yo me había acostumbrado tanto a los truenos que casi no los oía.

Acepté el termo de Max. Antes le di a mi hija, luego me tomé varios tragos. Té dulce, reconstituyente.

Tenía los músculos de la espalda y de las piernas ardiendo.

Max miró el reloj.

—Parada de dos minutos, no más. Hace frío.

Me dejé caer en el suelo, a pesar del barro.

—Aún no te he dado las gracias, Max.

—¿Por qué?

Me señalé a mí mismo y a Clara, y luego a todo el Bletterbach.

—Por esto.

—Es una operación de búsqueda. La más idiota de toda mi carrera.

—Llámalas como quieras, pero estoy en deuda contigo.

—Tú procura que no te dé un infarto, mantén a esa niña con calor y yo consideraré la deuda pagada.

Cogí a Clara y la estreché contra mi pecho. Se había quedado dormida.

—¿Cuánto falta? —le pregunté a Max.

—Poco. Si hubiera sol, podrías ver el sitio desde aquí.

—Deberíamos oírlos, por tanto.

—¿Con todo este ruido? —el Jefe Krün negó con la cabeza—. Ni aunque utilizaran un megáfono. Ahora vamos a movernos. El tiempo expiró.

Comencé a levantar a Clara, que protestó solo un poco, con los ojos medio cerrados, pero una terrible punzada en la espalda me hizo dar un salto hacia delante.

—Ya llevo yo a la niña —dijo Max, preocupado—. ¿Te parece bien a ti, Clara?

—Muy bien —murmuró.

—¿Te gusta mi gorro? —le preguntó Max.

—Es divertido.

—Y está calentito.

Se lo caló a la niña sobre la capucha de la capa. A pesar de la lluvia, los relámpagos y el crepitar de las piedras, se me escapó una risa.

—Te queda como un guante, ¿sabes, cinco letras? A lo mejor de mayor puedes ser de la Guardia Forestal en vez de doctora.

—No sé si me gustaría.

—¿Y por qué? —preguntó Max reanudando la marcha.

—Porque donde trabaja la doctora no llueve.

6.

Reconocí el claro sin haber estado allí nunca. Por las fotografías de la científica, claro está, pero también por los relatos.

El castaño era más impresionante de como me lo había imaginado, algunos abetos debían de haberse venido abajo, porque el borde del precipicio parecía más cerca con respecto a las fotografías del año 85.

Annelise y Werner estaban debajo del saliente de roca, el mismo bajo el que Kurt y los demás habían acampado. Werner estaba sentado de espaldas a la montaña y le acariciaba el pelo a Annelise, que estaba acurrucada entre sus piernas. Levantó una mano, en señal de saludo. Luego sacudió suavemente a su hija.

Clara se bajó de los brazos de Max y se lanzó sobre Annelise, que la enterró a besos.



—De nuevo aquí —dijo Werner mientras se levantaba. Sus ojos estaban rojos.

Le estrechó la mano a Max.

—¿Es que alguna vez llegamos a marcharnos de verdad, Werner? —fue la respuesta del Jefe Krün.

—No me has dicho nada —Annelise me abrazó.

—Yo no quería...

Se separó de mí despacio.

—¿Qué?

—No quería que te sintieras mal.

Annelise se enjugó una lágrima.

—Papá me lo ha contado todo.

—¿Qué te ha contado el abuelo, mamá?

Ella le acarició la cabeza a Clara.

—Mira qué mojada estás, cariño.

—¿Qué te ha contado el abuelo?

—Un bonito cuento —dijo Annelise—. La historia del cazador que salva a la princesa del monstruo.

Dirigió la mirada a Max.

—Los *cuatro* cazadores —se corrigió—. Werner, Günther, Hannes y Max.

—¿Y el monstruo?

—El monstruo se volvió al lugar de donde venía.

Me miró a los ojos.

—Lo sé de buena fuente.

—Yo...

Annelise me rozó la mejilla con un beso.

—Has sido un insensato.

La montaña vibraba por la electricidad.

Percibía lo que Werner había tratado de explicarme con palabras, siglos atrás. La sensación de hostilidad del Bletterbach. Hostilidad y vejez. Millones de años en un cementerio al raso, donde seres monstruosos habían exhalado su último aliento.

Pensé en la sangre de Kurt, Evi y Markus.

A saber si una parte de ellos se habría quedado allí, en lo que llamaban «las profundidades». No desde un punto de vista biológico, por supuesto. Viento, nieve, agua, años habían borrado hasta el más pequeño filamento de ADN de los padres de Annelise.

Pero algo, tal vez más sutil, un pedazo de eso que llamamos alma, debía de estar aún allí, y pensé, gracias al beso de mi mujer, que a pesar del Bletterbach, los truenos y el frío, en ese momento las almas de Kurt y Evi descansaban en paz. Gracias a Annelise.

Y a la nieta que nunca habían conocido.

—¿Cuántas letras tiene la palabra «fin», Clara?

La niña respondió, rápido.

—Tres.

—¿Sabes qué, pequeña? Necesito un abrazo. ¿Quieres?

Clara se adelantó hacia mí y yo, al igual que había hecho infinitas veces y como otras infinitas veces quería hacer en el futuro, la levanté abrazándola con fuerza. Bajo el olor a barro y a sudor sentí el aroma de su piel y cerré los ojos.

Ese olor era el cofre en el que estaban guardados todos los momentos felices de mi vida. La *pizza* fría a las cinco de la mañana durante las tomas de *Road Crew*. El Club de la Lucha. *Mein liebes Fräulein...* Las dulces notas de «Nebraska» de fondo. El «sí» de Annelise en Hell's Kitchen. Mi reflejo en el espejo que murmuraba esa extraña palabra: «Papá». Los ojos abiertos de Mike, por una vez mudo, cuando le anuncié que pronto iba a ser padre y que él sería...

7.

De pronto, mi mente hizo clic.

8.

Petrificado, dejé a Clara en el suelo.

Ya no existía el Bletterbach. Ni tampoco la lluvia. Solo estaba ese clic.

Y el recuerdo de la mirada aturdida de Mike.

—3 de enero de 1985 —dije, con la voz que se me ahogaba—. 3 de enero, Werner. Oh, Dios. Oh, Dios.

—3 de enero —repitió Werner, sorprendido—. Sí, la fecha real del nacimiento de Annelise, pero...

Ni siquiera lo escuché.

Al clic se le sumó otro clic y luego otro. Una avalancha que se movía rápidamente desde la *a* hasta la *z* en una deslumbrante explosión de terror.

Cumpleaños y triángulos con la punta hacia arriba. Y un alma a la que la presión implacable del tiempo había vuelto insensible como una roca, una roca que, como había ocurrido en el Bletterbach, el odio y los celos habían erosionado hasta el punto de sacar a la luz lo increíble que está enterrado en el corazón de todos los seres humanos.

La sustancia del mal.

—¿Qué hicisteis...? —murmuré.

Werner me observaba con ojos de ave de presa que no veían. Que durante treinta años no habían visto, tan cegados de amor por Annelise que no se dieron cuenta de lo obvio. Como los de Günther, rehén de sus demonios, o los de su hermano Manfred,

con los sentimientos de culpa y el afán de llegar a ser alguien. Ciegos como los ojos de Hannes, velados por los prejuicios y luego aniquilados por el dolor de la pérdida.

Ninguno de ellos había visto.

La respuesta siempre había estado allí, a plena luz. A lo largo de todo ese tiempo.

Un latigazo.

Adrenalina.

Levanté la cabeza, con un gruñido. Aferré una gruesa rama del castaño, la arranqué lijándome las palmas de las manos y la empuñé como una maza.

—Annelise —ordené—. Llévate a Clara. Huye.

—Salinger... —dijo Annelise—. Cálmate, por favor.

—Vuelve al valle. ¡Ya!

Oí a Clara lloriquear.

Apreté los dientes.

—Jeremiah —dijo Werner—, suelta esa rama.

—Apártate, Werner..., no quiero hacerte daño. Pero si das un paso más, te lo haré.

—Por Dios, muchacho... —dijo con incredulidad—. ¿Qué te pasa?

—¿Llevas cuerdas contigo?

—En la mochila, sí.

—Entonces, úsalas.

Werner me escrutó largo rato, perplejo.

—¿Que las use?

—Tienes que atarlo.

—¿Atar a quién?

—A Max. El monstruo del Bletterbach. El asesino de Evi, Kurt y Markus.

Con cada uno de esos nombres sentía crecer la rabia.

Y los clic sumarse unos a otros.

—Es una locura, Jeremiah —rebatí Werner—. Fue Grünwald. Estaba loco. Tú también lo sabes. Él...

—Grünwald los estaba protegiendo.

—¿De quién?

—Del *Jaekelopterus rhenaniae* —mascullé.

—Todo esto es...

—Grünwald —respondí sin apartar los ojos de Max, inmóvil— estaba realmente convencido de que en el Bletterbach existían esos monstruos. Sabía que Evi y Kurt iban a venir aquí de excursión, y cuando oyó que una tormenta estaba a punto de abatirse sobre esta zona, pensó que los lagos subterráneos se desbordarían, llevando consigo los *Jaekelopterus*. Envió el telegrama y se vino aquí corriendo. Estaba loco, pero había lógica en su locura. ¿No es cierto, Jefe Krün?

—No sé de qué me estás hablando —respondió lentamente Max.

Su calma me enfureció.

—¿3 de enero, Max! —bramé—. ¡Cuatro meses antes de la masacre, cuatro!

¿Era posible que ni Annelise ni Werner lo entendieran?

Todo era tan malditamente sencillo.

—¿Sabes cuál fue mi primer pensamiento cuando Annelise me dijo que estaba embarazada? Pensé que tenía que decírselo a Mike de inmediato. Porque Mike y yo somos amigos y los amigos siempre se dan las buenas noticias. Markus y tú erais los únicos que seguíaís en contacto con Evi y Kurt. Y por eso también los únicos en Siebenhoch que sabíaís del nacimiento de Annelise. Evi y Kurt eran tus amigos. Tú sabías de la existencia de la niña. Pero ¿por qué no se lo dijiste a Hannes o a Werner cuando organizasteis la misión de rescate? Ya no tenía sentido mantener el secreto.

Werner se puso pálido.

—¿Qué estás diciendo, Jeremiah? —farfulló.

No entendía.

O tal vez no quería entender.

Porque las consecuencias de mi razonamiento eran catastróficas.

—¿Sabes para qué me pagan, Max? Para que construya historias que empiezan en la *a* y terminan en una bonita *z*. Y la *a* es el sonido de un teléfono de hace treinta años. En un lado estás tú y en el otro... ¿Quién te lo dijo? ¿Kurt? ¿Evi? O tal vez el inicio de la historia es Markus, en el séptimo cielo, que llama a tu puerta para anunciarte que Evi está embarazada, pero que nadie debe saberlo. No importa, no creo que fuera entonces cuando decidiste matarlos. No.

Todo estaba tan claro ahora...

—Cuando Annelise nació cogisteis el tren y os fuisteis a Innsbruck. ¿Era enero? ¿O febrero? Lo importante es que cuando viste a la niña, cuando la cogiste en brazos, en ese momento te diste cuenta de que Evi jamás sería tuya, jamás. Porque tú la querías, ¿no es así? Solo que ella eligió a Kurt y tuvo una hija con él. Esa niña era la señal concreta de su amor. Ya no podías mentirte a ti mismo, mantener la esperanza de que romperían. Fue ese el momento en que decidiste matarlos.

De la *a* a la *b*.

De la *b* a la *c*.

Y luego...

—Pero no inmediatamente. No allí. Te habrían descubierto. Detenido en un abrir y cerrar de ojos. No querías acabar en la cárcel. Continuaste fingiendo. Querías matarlos aquí. Y por una razón bien precisa, ¿verdad?

Max negaba con la cabeza.

Un trueno retumbó en el Bletterbach.

—Triángulos —dije—. Los triángulos con la punta hacia arriba. El símbolo que me salvó la vida en las cuevas. Tres triángulos con la punta hacia arriba. Una corona, eso es ese símbolo. *Krone*, en alemán. *Krün*, en dialecto. Fue tu abuelo quien esculpió esas coronas en las paredes de la mina, ¿verdad? Él era el encargado de la seguridad. La mina y las cuevas, un laberinto único donde nadie se atreve a entrar. Eres la última

persona de Siebenhoch que las conoce como la palma de su mano. ¿Te llevaba allí tu abuela? Porque la locura no nace de la nada. Se sedimenta. Capa sobre capa. Requiere tiempo. Años. Fue ella, ¿verdad? ¿Cuánto rencor te transmitió? ¿Cuánto odio fue necesario, Max?

Max no reaccionó.

Su expresión de asombro era perfecta.

Merecedora de un Oscar.

O tal vez estaba realmente sorprendido.

Después de treinta años alguien había descubierto la verdad.

—La locura se estratifica y luego el odio la va erosionando hasta hacer que brote la sed de sangre. Un proceso lento y frío. Esperaste. Eran tus amigos, los conocías. Sabías que tarde o temprano Kurt y Evi regresarían donde nació su amor. Aquí, donde podrías crearte una coartada perfecta: la distancia desde Siebenhoch. Nadie podría arrestarte. Por supuesto, quizá fuera para largo, pero ¿qué importaba? El Bletterbach lleva aquí millones de años y tú eres un tipo paciente. En cambio, al final solo necesitaste cuatro meses. La tormenta autorregenerativa, además, te ofreció una cobertura incluso mejor de lo que cabría esperar, ¿no es así? Pero... —estallé— ¿qué sentiste cuando Grünwald surgió de la nada?, ¿cuando estropeó tu plan?

Me acerqué un paso.

Era hora de terminar. Y de atacar.

—¿Cuánto tardaste en llegar hasta aquí, Max? —lo presioné—. ¿Cuánto se tarda atajando por las cuevas?

La voz de Werner se filtró a través de mi rabia. Una voz temblorosa.

—No es posible. Entonces significa que...

Lo había entendido.

El horror.

—Significa —terminé por él— que en esta historia hay tres inocentes. Kurt, Evi, Markus. Y hay un héroe. Oscar Grünwald. Oscar Grünwald, que salvó a la niña, estropeando el plan de Max. Oscar Grünwald, al que vosotros matasteis.

Como en el Ortles, pensé. Los inocentes y los héroes mueren, los culpables se salvan.

—No —gimió Werner.

Fue su última palabra. Luego sus ojos se abrieron por completo. Se llevó las manos al vientre.

No había ninguna expresión en la cara de Max cuando lo vi remover el cuchillo en la herida.

Annelise gritó, sujetando con fuerza a la niña y girándole la cabeza hacia el otro lado.

—Se tarda una hora y media, Salinger —respondió Max, monótono—. Para ir y volver. Una hora y media. Pero hay que nadar. La *Omi* me obligaba a hacerlo desde que tenía la edad de tu hija. Nadar en las cuevas, en la oscuridad, era necesario para

hacer que reviviera la sangre de los Krün. Eso es lo que decía la abuela. Cuando ocurrió el colapso del año 23, el agua lo inundó todo. Los mineros murieron ahogados. Mi abuelo se equivocó en sus cálculos. Se equivocó porque estaba cansado, porque le pagaban igual que a todos los otros pordioseros de Siebenhoch, a pesar de que él era el responsable de la seguridad y no un simple minero. Murió con los demás, él, que valía como un millar de ellos.

Escupió en el suelo.

Me miró fijamente.

—Reflexiona, Salinger —dijo—. Una hora y media. Y solo treinta minutos para encontrarlos bajo este saliente. Treinta minutos. Era el destino. Esos tres tenían que morir. Y tenía que morir la niña también.

Sacó el cuchillo y Werner cayó de rodillas. En el mismo movimiento puso la hoja sobre la garganta de Werner.

—Suelta esa rama.

La dejé caer.

—Tres pasos hacia atrás.

Obedecí.

Max mostró la cara del tío bonachón.

—¿Cuándo comenzaste a meter tus narices en esta historia?

—Hace unos pocos meses.

—¡Unos pocos meses! —rugió Max—. Incluso ese borrachuzo de Günther comenzó a sospechar. ¿Quién crees que le hizo encontrar el informe pericial? —sacudió la cabeza de Werner, fuera de sí—. ¿Y tú? Te pasaste treinta años sintiéndote como un héroe. Treinta años y no entendiste nada.

Werner agachó la cabeza, derrotado.

Max mostró la hoja del cuchillo.

—Con vosotros será más difícil, pero mucho más divertido. El hacha es demasiado... burda.

—¿No te bastaba con una pistola? ¿No tenías una escopeta? —dije.

—No habrían sufrido lo bastante. Todas las humillaciones que había padecido. Tenían que pagar. Saborear un poco de mi mierda. La mierda con la que Siebenhoch condimentó todo lo que comía desde que nació. El heredero del hombre que hizo caer la mina. Como si un niño pudiera ser culpable de algo. ¡Ah! Era maravilloso para ellos vengarse en nosotros. Burlarse de nosotros, reírse de nuestra pobreza. Igual que se rio Evi de mí cuando le dije que la quería. Pensaba que era una broma. Una broma, ¿comprendes? Prefería a Kurt. Ese hijo de puta. El socorrista. El héroe. Pero al final se lo comieron todo.

A Annelise se le escapó un sollozo, lo que atrajo hacia ella la atención del Jefe Krün.

No quería que Max la mirara. No hasta que fuera yo quien tuviese el cuchillo en la mano. Así que traté de ganar algo de tiempo reconduciéndolo de nuevo hacia su

relato.

—Pero entonces llegó Grünwald —dije como si estuviera entrevistando a uno de los protagonistas de mis historias.

—Markus intentó escapar. Cobarde hasta el final. Resbaló y se golpeó la cabeza. Lo alcancé para rematarlo, pero ya estaba muerto. Solo me hizo perder el tiempo. Le corté la cabeza a Evi, la cogí en la mano y la coloqué delante de los ojos de Kurt; estaba agonizando, pero aún seguía lúcido. Quería que la viera. Luego la tiré por ahí. Cuando Grünwald apareció gritando como un poseso, me dejé llevar por el pánico y hui —dejó escapar una expresión de contrariedad—. Creí que era la *Omi* que regresaba para llevarme hacia las cuevas. Ahora que había vengado al abuelo, tenía que permanecer allí para siempre, con él.

En su mirada había un abismo.

—Cuando me calmé, vi que Grünwald había encontrado a la niña. El hacha. Y se me ocurrió una idea. Una idea maravillosa, Salinger. Esos tres gilipollas se habían llevado su buena ración de mierda. Pero ¿y los demás? ¿Los que se burlaban de mí porque iba al colegio con los zapatos rotos? ¿Los que se reían de la *Omi*, de Frau Krün, porque lo había perdido todo en el derrumbe de la mina? Dinero, marido e incluso el honor. ¡Ella, que había sido la esposa del *Saltner* de la mina! ¡Todos esos paletos que se creían mejores que nosotros, los Krün, *nosotros*, que durante dos siglos habíamos protegido a los mineros de Siebenhoch! Me di cuenta de que había una manera de volver en su contra esa patética justicia de los Padres.

Max jadeaba como un animal.

Lo era.

—Regresé tras mis pasos. Fui a la fiesta de Verena. Llegó Hannes, luego Günther y juntos fuimos a casa de Werner. Nos vinimos hasta aquí y yo fingí que no sabía nada de nada. Lo tenía todo bajo control. *Casi* todo —se corrigió.

Entonces los ojos de Max se clavaron en Clara.

—¿Cuántas letras tiene la palabra «fin», pastelito?

Clara, escondida tras el cuerpo de Annelise, dijo con voz temblorosa:

—Tres.

—Tres —repitió Max.

La hoja desapareció en la garganta de Werner, que cayó al suelo soltando un chorro de sangre oscura. Sus ojos se quedaron en blanco. Su cuerpo se estremeció. Una, dos, tres veces.

Fin.

Max ni siquiera se dignó a mirarlo. Se limpió el cuchillo en la chaqueta. Observé hipnotizado las rayas oscuras sobre la tela impregnada de agua.

Nos tocaba a nosotros.

Fue en ese instante cuando lo oí.

9.

Solté la rama y me lancé hacia Annelise y Clara justo cuando el barro nos embestía. El Bletterbach se había transfigurado en un apocalipsis de agua, lodo y escombros. Aferré a mi hija por el codo y la levanté a tiempo, antes de que un trozo de madera tan gruesa como mi muslo azotara el aire justo donde estaba su cabeza en el momento anterior. Lanzó un grito que era también un sollozo. Caímos. Braceé. Conseguí agarrarme a un abeto. La roca bajo la que Kurt había plantado su tienda se convirtió en una cascada de barro. El cuerpo sin vida de Werner fue barrido.

—¡Annelise! —grité.

No reaccionó a mis llamadas. Algún escombros debía de haberla golpeado. No veía sangre, pero sus ojos estaban velados.

Permanecía aferrada a una raíz, mirando al vacío.

¿Y Max?

¿Dónde estaba?

Por un segundo tuve la esperanza de que se lo hubiera tragado el abismo, pero me equivocaba. De alguna manera se las había apañado para aferrarse al castaño y para incorporarse. La mano empuñaba el cuchillo, el rostro contraído en una expresión de furia. Se apartó del árbol y comenzó a avanzar, mientras el agua formaba remolinos entre sus piernas. Inexorable.

—¡Mamá!

La voz de Clara tuvo el poder de despertar a Annelise. Se volvió hacia nosotros, sus ojos trataban de enfocar.

Max descollaba por encima de ella, jadeante. La sujetaba por el pelo, la cabeza echada hacia atrás, el cuello expuesto.

—La hija de la puta —dijo Max—. Vamos a terminar con esto, Salinger.

Me abalancé sobre él. Mis gritos eran los gritos de la Bestia.

La hoja del cuchillo se levantó al cielo, lista para cortar, cuando un rayo llenó el aire de electricidad. El estruendo del trueno hizo temblar las paredes del Bletterbach.

Una fracción de segundo. Un momento de vacilación.

Fue suficiente.

Le pegué a Max un puñetazo que le hizo caer hacia atrás. Max escupió, tosió, agitó los brazos. Lo golpeé de nuevo. El dolor de los nudillos me resarcí de todos los sufrimientos que había soportado hasta ese instante. Lo levanté agarrándolo por el cuello. Y lo golpeé otra vez. Y otra más.

A la siguiente perdí la sensibilidad de la mano.

No me detuve.

Quería tan solo una cosa: matarlo.

De repente sentí una oleada de calor y el dolor repentino me cegó. El cuchillo



traspasaba mi rodilla de lado a lado. Max desgarraba la carne, tirando y empujando. Mi carne. Mis cartílagos.

La pierna cedió. Resbalé y caí. El agua me arrastró, mientras el dolor crecía y crecía. Choqué con Annelise y nos abrazamos. Sentí el calor de su cuerpo. Sentí incluso su aliento en mi cuello. Pero también sentí la fatiga. Llegó la resignación. Era hermoso morir de esa manera. Se me había concedido la posibilidad de ese último contacto con la mujer a la que amaba. Cerré los ojos. Experimenté una sensación de paz total. No más dolor, no más miedo.

No más Bletterbach. Solo quedaba la muerte, esperándome.

Fundido en negro, como habría dicho Mike.

Fue Clara quien me salvó.

—¡Papá!

La voz rota de la niña me arrancó del letargo. No podía morir. Todavía no. Clara me necesitaba.

Levanté la cabeza del barro. Abrí los ojos. Regresaron el dolor, el miedo, la angustia.

La determinación.

Mientras seguía abrazado a Annelise, traté de moverme entre los escombros, hacia nuestra hija. Fui a chocar contra una roca calcárea. Me aferré a ella. Annelise se aplastó contra mí.

—¡Salinger! —tronó Max—. ¡Salinger!

Estaba de pie, de pie en medio de la corriente.

Un demonio.

Extendió los brazos, gritando mi nombre. Tal vez quería añadir una maldición o una amenaza, pero no tuvo tiempo.

*Algo* le segó la pierna a la altura del muslo, dibujando en el aire una medialuna de sangre.

Max dejó de gritar.

Irguió la espalda. La cabeza le cayó hacia atrás, la boca completamente abierta.

Vi su cuerpo levantarse unos treinta centímetros sobre la superficie del agua, el horrendo muñón de la pierna que sangraba y pateaba, los brazos que rotaban.

Entonces...

*Algo* salió de su caja torácica. *Algo* que me pareció una pinza gigantesca. *Algo* que hundió los huesos y lo traspasó de parte a parte. El monstruo del Bletterbach.

El *Jaekelopterus* estaba allí. Hambriento.

Había tenido a Max. Me quería a mí. Y a Annelise.

Quería a Clara.

Solo había una cosa que pudiera hacer.

Aferré a Clara. Aferré a Annelise.

Inspiré. Exhalé.

Cerré los ojos y dejé que la corriente nos arrastrara.

## Cuatro letras en la parte inferior del arcoíris

1.

Recuerdo el dolor. Las olas de barro y el frío en los huesos. El mundo que se deslizaba por un abismo sin fondo. Los gritos de Clara incluso ahora retumban en mi cabeza, igual que su repentino silencio, que me asustó todavía más. El descenso terminó, aunque no sé ni cómo ni cuándo. Nos quedamos en silencio en una cavidad de la roca esperando a que el monstruo nos descubriera y nos destrozara.

No sucedió.

Arrullé a Clara. Arrullé a Annelise.

La lluvia comenzó a disminuir. Las gotas se hicieron delgadas, un polvillo húmedo contra el que los primeros rayos de sol se refractaban creando arcoíris. Ya no caían más piedras del cielo.

El fango poco a poco detuvo su descenso.

Entonces, mil años más tarde, se oyó el zumbido de los insectos. El reclamo de algún animal. Una perdiz apareció entre los arbustos, nos miró y desapareció con un aleteo.

Las nubes adelgazaron. El sol adquirió fuerza. Me pareció enorme y hermosísimo.

La garganta del Bletterbach ya no rugía. Estaba saciada de muerte.

En ese momento comencé a llorar. No por el dolor. No por los ojos vacíos de Annelise. Ni siquiera por Clara que dormía, gimiendo.

Lloré porque lo había visto.

El *Jaekelopterus rhenaniae*.

El monstruo con pinzas y ojos como pozos negros. La criatura a la que Dios había decidido borrar del mapa, pero a la que el Bletterbach había cuidado en su seno como una madre amorosa. Lo había visto. Había visto de lo que era capaz.

Pero.

El informe de la autopsia dice otra cosa. Nada de pinzas, nada de monstruo. Nada de *Jaekelopterus rhenaniae*. Habla solo de una gran rama de abeto que la furia de la corriente había transformado en un arpón. En otras palabras: al parecer, fue el Bletterbach el que cerró el círculo.

Sin embargo, en esos terribles momentos, mientras el Bletterbach nos reconfortaba, maldije, lloré. Enloquecí. Y cuando la locura se hizo dueña y señora, vi llegar a los fantasmas. Se bajaron de un helicóptero rojo flamante. Moses, con sus rasgos severos; Ismaele y su aire de Polilla; Manny con su plácida seguridad, y Christoph, con su expresión habitual de quien es incapaz de tomarse nada en serio.

También estaba Werner con ellos.

Mientras me quitaban con delicadeza a Clara de los brazos y le cubrían a Annelise los hombros con un paño, comprobando sus pupilas, traté de explicarles que yo no había querido su muerte: si hubiera podido volver atrás, no habría bajado por la grieta y así el alud no los habría matado.

Su respuesta no necesitaba palabras.

Estaban allí.

Es la Regla Cero.

2.

Estuve a punto de morir mientras me encontraba en el quirófano. La hoja había cortado no sé qué nervio y una fea infección hizo el resto. La pierna derecha ya no sería nunca más la misma de antes.

Cuando Mike me vio después del Bletterbach, rompió a llorar y no fue capaz de hacer otra cosa más que sollozar todo el rato. Pero Mike lo pinta más trágico de lo que es, en el fondo siempre ha sido un sentimental. He adquirido una gran destreza con el bastón, ¿sabéis?

Tendríais que verme: un bailarín.

*En el vientre de la Bestia* ganó un premio del que Mike está muy orgulloso. Dice que nos va a abrir un montón de puertas, pero también sabe que nunca habrá otra obra con la firma McMellan-Salinger. Creo, de todas formas, que ir repitiéndolo por ahí le sienta bien, de manera que no le llevo la contraria. Como cantaba Bob Dylan, *the times they are a-changin'*, y no siempre cambian para mejor.

Al principio, el auténtico problema fue sobre todo mi cabeza. Un gran problema. Suficiente como para hacer que el doctor Girardi, el psiquiatra a cuyas manos me encomendé, se temiera que nunca recuperaría mi equilibrio. Puse toda la carne en el asador y ahora ya me encuentro mejor. Manfred me ayuda a mantenerme ocupado. Está proyectando abrir un centro de rehabilitación para alcohólicos. Y quiere que le eche una mano. Imposible decirle que no a alguien como él. Para citar a Bogart: creo que este es el comienzo de una hermosa amistad.

También Annelise ha tenido que luchar.

Acabó con un brazo bastante malparado. Incluso ahora, cuando se avecina lluvia, toma analgésicos. Va a fisioterapia tres veces por semana. Tiene sus batallas que afrontar, como yo. Pesadillas, malos recuerdos, ansiedad. A menudo su mirada se pierde y entonces sé que está pensando en Werner, cuyo cuerpo todavía sigue en alguna parte del laberinto de cuevas que hay bajo la garganta. Pero cada día sonrío un poco más.

Como yo.

Nuestra medicina tiene cinco letras: «Clara». Por ella en los días oscuros encontramos la fuerza para levantarnos de la cama. Por ella nuestras risas, poco a

poco, se están volviendo sinceras. Por ella hacemos el amor por las noches, como dos adolescentes torpes.

Clara...

Me gusta escuchar sus historias. Me gusta jugar con ella. Correr por los prados de Siebenhoch con el bastón que hace que parezca un espantapájaros. Pero sobre todo me gusta verla dormir. Clara, a veces, sonrío en el sueño y cuando lo hace mi corazón se llena de esperanza. Sus sonrisas ahuyentan el miedo y me acercan un paso más a la salvación. *Necesito* que Clara sonría. Porque es así como terminan los cuentos, los que empiezan por la *a* y terminan, siempre, con una *z* a la que llamamos *happy end*.

3.

Escribí estas páginas para ella. Porque un día Annelise y yo tendremos que contarle la verdad sobre la masacre del Bletterbach. Sobre cómo fue su amor el que salvó la vida de los últimos protagonistas de esa historia.

Annelise y Salinger.

4.

—¿Cuatro letras, papá?

—La sonrisa al final del arcoíris, pequeña.

Zeta.

## Agradecimientos

Si, como muchos habrán notado, el Alto Adigio/Tirol del Sur descrito en estas páginas se diferencia del real, la razón es sencilla: *La sustancia del mal* es una obra de ficción, y la ficción, por su propia naturaleza, tiende a la verosimilitud más que a la verdad. Tengo la esperanza de que esto no haya herido la sensibilidad de nadie. De todos modos, estoy casi seguro de que Clara estaría de acuerdo conmigo si afirmo que contar historias es siempre, en cierto sentido, una declaración de amor.

A este respecto, quiero dar las gracias a muchas (ciertamente no a todas) de las personas que con su afecto y sus ánimos me han ayudado a completar la escritura de esta novela.

Gracias a mi madre y mi padre por haberme llevado siempre de la mano. Gracias a Luisa y Agostino por dejar que me llevara lo más valioso que tenían. Gracias a Claudia, Michi y Asja por Alex y todo lo demás. A Eleonora, Corrado y Gabriele por haberme adoptado. Y gracias a Giannina por las campanas.

Gracias a Maurizio, que nunca se echa para atrás, y a Valentina, que se lo lleva a pescar. Gracias a Michele, el único, auténtico e inimitable. Gracias a Emanuela, Simone y Bianca. A Caterina, Maurizio y Sofía. A Ilaria y Luca. A Chiara y Damiano. No hace falta añadir el porqué, ya lo sabéis. Un agradecimiento muy especial a Loredana, Andrea y los primeros lectores del manuscrito. Ya sabéis quiénes sois y cuánto os debo.

Gracias a Piergiorgio Nicolazzini, que no solo es un agente y tengo la esperanza de que lo sepa. Gracias a Luca Briasco por enseñarme cómo sostener el bolígrafo en la mano (aunque se obstine en afirmar lo contrario). Gracias a Francesco Colombo por haber transformado la edición en una agradable excursión entre amigos. Gracias a Severino Cesari, Paolo Repetti, Raffaella Baiocchi y a toda la familia de Stile Libero por la amabilidad con que acogieron en la gran ciudad a este montañés desorientado y por la profesionalidad con que se encargaron de ese librote que llevaba en la mochila.

Gracias al doctor Christian Salaroli, por el *blues* de las montañas. A Raffael y Gabriel Kostner, por ser ejemplos cotidianos de heroísmo. Gracias a los valientes del Aiut Alpin Dolomites por la inspiración, el queroseno y el *strudel*. Lo bueno que encontraréis en esta novela acerca del rescate de montaña se lo debo a ellos (los errores y vuelos de la imaginación, en cambio, deben ser atribuidos únicamente a la fantasía del que suscribe). Gracias al profesor Fulvio Ferrari, siempre fiel al lema: «Maestro un día, maestro para siempre». Y *Vergelsgot'n olt'n Alois for dr Mappe unds Wörterbuach. Zum wohl, Herr Luis!* Gracias, por supuesto, al Bletterbach y a su cartel: «Usted entra bajo su entera responsabilidad».

Por último: un doblón de oro para Alessandra por haber sido la primera en gritar «¡Sopla! ¡Sopla!».

## Nota

Los versos «*And the day keeps on reminding me, there's a hellhound on my trail / Hellhound on my trail, hellhound on my trail*» se han tomado de *Hellhound on My Trail*, interpretada por Robert Johnson (Johnson).

El verso «Millas por recorrer antes del sueño» se ha tomado del poema de Robert Frost «*Stopping by Woods on a Snowy Evening*», en *Collected Poems of Robert Frost*, Henry Holt & Company, Nueva York, 1930 [traducción de Xavier González Rovira].

La cita «¿Han resucitado los muertos? Los libros dicen que no, la noche grita que sí» se ha tomado de John Fante, *Pregúntale al polvo*, traducción de A. P. Moya, Barcelona, Anagrama, 2004.

## **Notas del traductor**

[1] Según la tradición italiana, los últimos días de enero y el primero de febrero — conocidos como los días del mirlo— son los más fríos del año. <<



[2] En Italia, el secador para el pelo recibe este nombre. <<